

Chechu Leduc

Solos en el Andén

Novela revelación 2019

Chechu Leduc

Solos en el Andén.

Capítulo 1

No era muy tarde para el centro de una ciudad, pero sí para un distrito financiero en el que a partir de las diez de la noche, era poco habitual ver gente por sus modernas avenidas.

Esa quizás era la razón por la que en el metro, apenas estábamos cuatro personas esperando el convoy. Sentado en un banco metálico ojeaba un periódico abandonado junto a mí.

El silencio sepulcral de la estación de metro era solamente interrumpido por los balbuceos y gritos esporádicos de un indigente, que cargado con todas sus pertenencias en un carro de supermercado, apuraba un cartón de vino mientras mantenía un monólogo incoherente a nuestros oídos.

Una atractiva joven con aspecto colegial, evitaba mirar al indigente, mientras este se disponía a orinar en una de las paredes del andén.

Un monje de rostro bondadoso, más bien menudo, con el pelo rapado y que vestía una túnica naranja, se sentó a mi lado.

Se quitó unas diminutas lentes redondas de montura sencilla, similares a las del Mahatma Ghandi y se dispuso a limpiarlas cuidadosamente con un paño.

—Según su criterio... ¿A quién de los dos le irá mejor en la vida? ¿A la dulce y atractiva señorita?. ¿O quizás al ebrio personaje que está orinando ahora? —preguntó el monje sin dejar de prestar atención a la limpieza de sus gafas.

—Está muy claro. Al indigente —contesté con poco entusiasmo.

El hombrecillo de la túnica naranja dejó de limpiar las gafas por un momento, para prestarme más atención.

—¿Por qué? —me preguntó ciertamente sorprendido, esbozando una sonrisa benévola.

—Ese hombre no tiene más jefe que su cartón de vino, y por lo que veo, en este preciso momento se está deshaciendo de él —contesté con cierta ironía mientras le señalaba con el dedo el charco de orín que estaba dejando en el

suelo.

El monje me hizo una pequeña reverencia, y me ofreció un sencillo colgante con forma de Buda a modo de obsequio. Tras lo cual, se puso las gafas de nuevo, se levantó, acomodó su túnica y se dirigió en esta ocasión a la joven ejecutiva.

Una vez que estuvo a su altura, el monje la asestó cinco puñaladas sin mediar palabra.

Capítulo 2

La noche era fría y lluviosa, las numerosas luces azules y anaranjadas del dispositivo policial, se reflejaban en los charcos y en los ventanales de los modernos edificios. Un cordón de seguridad, nos separaba de los pocos curiosos que a esa hora todavía transitaban por la avenida.

El agua resbalaba por mi rostro y me nublaba la vista, por lo que el paisaje que contemplaba ante mí, me recordaba a una obra de *Van Gogh, Noche estrellada en el Ródano*.

Una joven con uno de esos chalecos reflectantes naranja fosforescente se me acercó, y agachándose ligeramente mientras apoyaba sendos brazos en sus rodillas, se dirigió a mí.

—Caballero, se está mojando. ¿Por qué no quiere pasar al interior de la ambulancia? —preguntó con tono paternalista, mientras yo permanecía sentado en el bordillo de la acera.

—Tranquila, no soy efervescente.

No recuerdo qué contestó aquella mujer, me limité a contemplar absorto como la comitiva judicial abandonaba el lugar, en el mismo momento que unos operarios introducían el cuerpo de la joven en el furgón fúnebre. Los flashes de las cámaras fotográficas de los periodistas atravesando la lluvia, daban un aspecto aun más tétrico al escenario.

Un agente de policía se dirigió a mí, lo que ocasionó que la psicóloga del chaleco reflectante se retirara del lugar.

—Donovan, puedes irte cuando quieras, ya te hemos tomado declaración —dijo el patrullero mientras me ofrecía café en un vaso de cartón.

Acerqué la mano, di un sorbo, y continué con la mirada perdida. El

policía se dirigió a mí de nuevo.

—Dick, tío, no podías hacer nada, las puñaladas eran mortales de necesidad, además, ¿quién iba a pensar que a un monje iba a darle por pegarle cinco puñaladas a una chica tan bonita? —argumentó el hombre de uniforme mientras intentaba protegerse de la lluvia con un gran paraguas negro.

Volví mi mirada hacia la suya buscando una respuesta a todo aquello.

—¿Se sabe quién era ese tipo? —pregunté con interés, sin importarme el aguacero que me caía encima.

—Los chicos de la científica están examinando las cámaras del andén, y la unidad canina está rastreando los túneles del metro. Además, hay compañeros en todas y cada una de las estaciones del recorrido, deberíamos dar con él, pero...

—Pero... ¿qué? —pregunté cortante.

—Te voy a ser sincero, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Capítulo 3

La noche había sido intensa y en mi mente solo había un deseo, que este nefasto día terminará. Totalmente empapado, me bajé del coche patrulla e hice un gesto de agradecimiento al patrullero que amablemente me había acercado a mi edificio.

Con desgana introduje mi clave en el panel de timbres, un clac metálico me indicó que la puerta ya estaba desbloqueada. Por fin había llegado a casa.

Tras abrir la portezuela de mi buzón, me interesé artificialmente por la correspondencia del día, con el convencimiento de que más allá de facturas, no encontraría nada especial.

Lo que me aguardaba tras adentrarme en el edificio, tampoco era mucho más interesante, largos pasillos geoméricamente impersonales llenos de puertas alineadas en batería, que conducían a diminutos apartamentos nacidos de los codiciosos lápices de algún arquitecto ávido de rentabilidad metro cuadrado.

Aquel edificio, más que un hogar, me recordaba a esos grandes almacenes de *self storage* donde van a parar todos los trastos que ya no tienen utilidad ninguna, igualmente los inquilinos de aquel mega bloque, éramos desechos de antiguos hogares, trastos que no tenían cabida en

ninguna familia.

—Creo que me merezco un Bourbon —me dije a mí mismo mientras arrojaba la chaqueta sobre la cama, y me dejaba caer en un sofá contiguo, donde pude estirar generosamente todas y cada una de mis extremidades.

—¡Qué ganas tenía! —exclamé mientras saboreaba pausadamente mi copa.

Algo me sacó súbitamente del deleite del Bourbon.

—¡HOSTIAS EL COLGANTE!

Recordé de pronto como poco antes del asesinato de la joven, el extraño monje me había obsequiado un Buda en forma de colgante.

De un salto me dirigí a la cama donde poco antes había dejado mi chaqueta. Nervioso busqué entre algunas tarjetas de visita y algún folleto doblado, en busca del colgante. Respiré aliviado al comprobar que el obsequio seguía allí.

A simple vista parecía normal, un buda de plástico color marfil, con una sencilla cuerda de esparto de baja calidad, muy similar a los que venden en los bazares asiáticos. Por más que lo examiné y di vueltas, no pude ver nada más allá de una simple baratija.

No sé el tiempo que estuve absorto, pasando el colgante de una mano a otra de forma mecánica con la mirada perdida. No podía quitarme de la cabeza, la idea de que quizás yo era el responsable de la muerte de aquella dulce chica.

Quién sabe, tal vez aquel hombre me estaba dando la oportunidad de decidir quién viviría o quién no.

En mi mente resonaban las palabras de aquel tipo una y otra vez “ ¿A quién de los dos le irá mejor en la vida?”... yo dicté sentencia, salvé al indigente, pero condené a la pobre joven.

No es que la vida de aquel hombre me importará menos que la del resto de la gente, para mí cualquier vida humana tiene el mismo valor, independientemente de la dicha o desgracia que tenga emparejada, pero es que aquella mujer, era tan parecida a Virginia, que me hizo sentir como si esa desconocida fuera realmente aquella chica linda, de rostro suave, pelo rubio, ojos azul claro, piel pálida y carácter dulce, que tanto marcó mi vida, y por qué no decirlo, que tanto echo de menos.

Capítulo 4

Los días se sucedían unos a otros sumisamente sin ofrecer resistencia al paso del tiempo. Y ahí estaba yo, de nuevo en mi oficina, intentando reponerme, volviendo a la rutina de mi actividad diaria.

Con un destornillador en una mano y un par de letras adhesivas en la otra, miraba fijamente la placa que lucía a la entrada de mi lugar de trabajo, reflexionando de qué manera podría yo arreglar aquel desaguisado.

"Dick Donovan Detective Privado".

Un hombre con rastas, larga barba, y una gorra jamaicana entró en mi oficina con un gran macuto militar color camuflaje, interrumpiendo con ello mis reflexiones.

—Te faltan letras —aseveró el hombre del macuto señalando la placa de mi despacho.

—Ya lo sé, qué te crees que estoy haciendo ¿un crucigrama? Por cierto...¿quién coño eres? —pregunté sin mucho interés, mientras intentaba pegar una de aquellas letras adhesivas.

—¿No me recuerdas?

—No lo sé, por aquí vienen muchos idiotas —respondí sin siquiera mirarle.

—Será que se sienten a gusto contigo —contestó posando en el suelo su macuto.

Dejé por un momento lo que tenía entre manos para dedicarle una mirada.

—Cierto, yo te conozco. Tú eres el tipo al que le clavé mi navaja —confesé con total tranquilidad.

—Veo que al fin te acuerdas —contestó mientras enseñaba una enorme cicatriz en el cuello.

—Bonita marca, ¿qué quieres?.

—Pagarte, no quiero deber nada a un blanco —contestó mientras buscaba algo en el macuto.

Permanecí en silencio mientras aquel hombre revolvía entre los distintos objetos que portaba en el macuto.

—No me debes nada, cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

—Toda deuda nace del valor de las cosas, no reconocer la deuda, es no reconocer el valor —contestó el rastafari sin dejar de revolver en el macuto.

—No te preocupes, seguro que ya me gané el cielo el día que te salvé la vida, ¿no te parece suficiente recompensa?

—Todo el mundo quiere ir al cielo, pero nadie quiere morir —recordó el jamaicano.

—Igual es porque en el fondo, no somos tan estúpidos.

Al final encontró lo que buscaba, de entre los distintos objetos que portaba el macuto, sacó un León de Judá esculpido en ébano.

—Toma, él te protegerá de lo que está por venirte.

Aquellas palabras sonaban proféticas, lo cual lejos de complacerme me pusieron algo nervioso.

—Gracias amigo, sé lo que representa para ti y para tu cultura este león, pero... ¿De qué tiene que protegerme?

—Lo que has sufrido, no es nada comparado con lo que te queda por padecer, que el espíritu de *Haile Selassie* te guie hermano.

Una vez dicho esto, recogió sus cosas y se fue por donde había venido, con un objeto menos en su macuto y una deuda menos en su corazón.

Me quedé en blanco con el León de Judá en la mano, absorto por la extraña profecía de aquel jamaicano.

No es que sea un tipo supersticioso, ni me crea lo primero que me diga un tipo que apenas conozco, pero había que reconocer que en cuanto a mi pasado, el tío lo estaba clavando. Solo me quedaba esperar que al menos en lo que al futuro respecta, pudiera fallar.

Adopté cara de circunstancias y me dispuse a buscar sitio a la escultura de ébano. Tarea más bien difícil en una oficina de apenas 10 metros cuadrados donde cabía lo justo, una mesa de corte clásico y un armario archivador metálico, el cual siempre mantenía abierto, ya que la persiana que toscamente ocultaba los archivos siempre se atascaba a medio recorrido.

Una antigua lámpara de bronce tipo *banker* sobre la mesa, una vieja foto de Virginia torpemente enmarcada y uno de esos ventiladores de techo con luz, cerraba el resto del mobiliario. Opté por poner la figura en el suelo mientras buscaba el lugar idóneo.

No me dio tiempo ni a colocar la figura, ni mucho menos a terminar de reparar la placa de la entrada, ya que un hombre irrumpió en mi oficina.

—¿Quién era el de las rastas? —preguntó Jim, uno de los guardas de

seguridad del edificio.

—Nadie, solo un tipo al que le salvé la vida un día.

—Joder, supongo que no le salvarías de morir ahogado, porque ése no ha visto el agua en su puta vida.

Me paré unos segundos a reflexionar ante la ocurrencia de Jim.

—Ahora entiendo eso de que unos sienten la lluvia, mientras otros solo se mojan, hasta ahora no lo había pillado —confesé divertido.

El hombre de seguridad soltó una sonora carcajada, tras lo cual volvió a insistir.

—Ahora en serio ¿le salvaste la vida a ese tipo?

—Sí, le hice una traqueotomía un día, casi palma en mitad de un concierto de *reggae*, pero dejate de chorradas y dime qué quieres.

—No, nada, hay un tío que se ha perdido por el edificio buscando tu oficina.

—¿Tiene pinta de idiota?

—Eh.. pues.. sí —respondió confuso.

—Entonces es cliente, tráelo para acá.

Ya me había olvidado del cliente, cuando por fin apareció por la puerta después de haber trascurrido casi media hora desde que se fue el seguridad.

—Buenos días, ¿es aquí lo de los detectives?, es que no estoy seguro...

—El segurata como siempre, no se molesta ni en acompañarle a la puerta, luego el hijo puta dice que se aburre... —comenté a media voz.

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó aquel hombre sin atreverse a adentrarse del todo en mi despacho.

—No, nada, entre y siéntese por favor.

—Gracias —contestó mientras se sentaba ceremoniosamente en una de las sillas enfrentadas a mi mesa.

—Bueno, usted dirá —contesté con tono profesional.

El hombre tardó en responder, con las piernas juntas, la espalda totalmente recta pegada al respaldo de la silla, y los brazos perfectamente colocados sobre la rodilla, parecía estar sentando en el despacho del tutor de un siniestro correccional.

—Es por mi mujer, verá es que... —titubeo nervioso.

—Diga, diga, no se preocupe —contesté con aire profesional.

—Bueno, creo que me..

—¿Sí? —insistí para que el hombre arrancara a hablar.

Nervioso empezó a interesarse artificialmente por la exigua decoración

de mi despacho, trascurridos unos minutos pareció decidirse a contar la razón que le había traído a mi oficina.

—Pues..., que me engaña.

—Ya, comprendo, no se preocupe, pasa a diario —contesté con aire de suficiencia mientras me alegraba por dentro, por lo fáciles y rentables que eran ese tipo de casos.

—¿De verdad? ¿Hay más mujeres que engañan a sus maridos? —preguntó aliviado mientras colocaba su americana de corte clásico.

—Por supuesto, más que cirujanos plásticos en casa de Cher —contesté con autoridad.

—No vea lo que me alivia —contestó a la vez que sacaba de su rancia americana un pañuelo azul bordado con su iniciales.

—Ya, ¿podría darme sus datos?

—Sí, sí, por supuesto —ratificó mientras se pasaba el pañuelo por la comisura de los labios.

—Bien, ¿altura?

—Sobre 1.70.

—¿Peso?

—Unos cincuenta y cinco kilos.

—¿Qué me dice del pelo?

—Ah, pelo, muy poco, negro y con entradas.

—Caray. Ojos, forma de la cara, ya sabe.

—Pues ojos azules, cara más bien ovalada y bigote.

—¿Perdón, cómo dice? —pregunté extrañado.

—Sí, bigote, dicen que me hace más serio —contestó aquel hombre mientras se pasaba una de sus manos por el mostacho.

—Joder, empezamos bien, me refiero a su señora, no a usted.

—La verdad es que me parecía raro, pero como le veía con tanto interés.

—Señor...

—Kocinsky, Jeremias Kocinsky.

—Señor Kocinsky, necesito una descripción de su señora para poder seguirla, ¿entiende? —expliqué mientras observaba a aquel tipo detenidamente.

—Bueno, traje una foto — aclaró.

—Eso es otra cosa, ¿puedo verla?

—Cómo no, la debo tener por aquí.

Nervioso rebuscó en una vieja cartera de piel de cocodrilo, tras hurgar en

pequeños compartimentos de los que salían numerosos resguardos, vales y otros trozos de papel de dudosa utilidad, me pasó la foto que había rescatado de entre un montón de tarjetas de visita ya amarillentas. Una vez me la entregó, se me quedó mirando con la misma expectación de un estudiante a punto de recibir la calificación a un examen.

—Veamos, así que esta es su esposa —reflexioné mientras examinaba la foto.

—Así es.

Más bien bajita, sin cuello, regordeta, piel grasa, permanente de peluquería de barrio, un bigote depilado a cuchilla de afeitar y una pinta de borde que no era normal. Es curioso, lo que el azar pone en nuestras vidas, lo asumimos como propio, sin cuestionarnos si no es mejor dejar pasar la ruleta y tirar de nuevo.

—Y dígame una cosa Jeremías, ¿seguro que le engaña?

—Estoy absolutamente convencido —afirmó rotundamente.

—Bueno y... ¿qué más da? —pregunté con total espontaneidad.

—No le entiendo.

—No se moleste hombre, yo lo digo por la foto.

—Sigo sin entenderle —respondió algo incomodo.

—Nada, nada, no me haga caso, si es tan amable vaya rellenando esta ficha con sus datos personales, ahora mismo le hago un presupuesto.

—Perfectamente —contestó el hombre ya en tono condescendiente.

Un vendedor de suscripciones a no sé qué revista esotérica, y alguien que confundió mi oficina con los lavabos, completaron la mañana. Demasiado jaleo, no tuve tiempo para pensar en aquel curioso colgante y sobre todo, por qué aquel monje me eligió a mí. Precisamente a mí.

Podría perfectamente haber sido yo la víctima, si el monje hubiera preguntado a la chica en vez de a mí. O tal vez al vagabundo. O quizás....

Demasiadas preguntas, tenía que desconectar de todo aquello, por lo que creí que lo más apropiado sería hacer una pausa para comer.

—¿Café?

—Un poco gracias —indiqué a la camarera.

—Hoy no nos queda lomo especial, ¿te hacen unos *nuggets* a la salsa de barbacoa? —sugirió la del mandil amarillento.

—Lo dices tú todo, para qué llevarte la contraria —contesté con aire resignado.

—¡Un número 3 para nuestro Dick Tracy! —gritó la chica a la cocina.

Encarcelado tras unos cristales grasientos que trataban de separar la ridícula cocina del resto de la barra del café, se podía ver el rostro sudoroso de Barry, moviendo a modo de saludo una de las espátulas que usaba en la plancha, mientras goteaba grasa de la campana extractora sobre su enorme barriga.

—Esta noche no trabajo Sr. Donovan —comentó la camarera con picardía mientras me servía un café más aguado de lo normal, hasta tal punto que parecía agua destilada.

—Yo tampoco señorita Minie —contesté con una indiferencia artificial que pareció confundir a la chica.

—¿Sabes?, de todos los clientes que vienen por aquí, y créeme son muchos, eres el único que aún no me ha tirado los tejos —insinuó la chica mientras jugaba lascivamente con el chicle que estaba mascando.

—¿Aún? —pregunté algo sorprendido.

—Bueno, no he perdido la esperanza —contestó melosa mientras jugueteaba cadenciosamente con un bolígrafo.

—¡Marchando un número tres! —interrumpió el grasiento Barry, causando con ello cierto efecto teatral.

Probablemente pasaría de los cuarenta años, guapa de cara, se veía que en su juventud podía haber sido un verdadero bombón, aunque el tiempo se había encargado de poner las cosas en su sitio. Aún así, a pesar de algunas arrugas que acentuaba al reír y la dureza del rostro que imprime ya no el paso del tiempo, sino los avatares de la vida, se podría bien decir aquello de “quien tuvo retuvo”. Alta, piernas y brazos potentes pero proporcionados, caderas sinuosas y unos grandes pechos que aún trataban de aguantar el tipo, de pelo largo y rubio aunque falto de glamour por la acción de la grasa del local. Alguien a fin de cuentas, que no hacía mucho era de las que elegían y rechazaban, y ahora se veía obligada buscar entre los restos.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Minie como queriendo quitar hierro al asunto, utilizando ya el bolígrafo solo para tomar notas.

—Lo de siempre, un par de asuntos judiciales, unos presuntos cuernos y dos embargos —contesté con aire aburrido mientras daba cuenta de los *nuggets*— aunque estoy pensando en tomarme la tarde libre.

—Creo que en el Roxy dan una buena película, ¿por qué no vas y mañana me la cuentas? —contestó burlonamente mientras se dirigía solícita a atender a un nuevo cliente.

Atareada en las labores propias de su oficio y coqueteando con algún

que otro parroquiano, Minie no volvió a darme conversación. No sabía si era la clásica calentapollas en pleno crepúsculo de los dioses, o quizás la típica tía de vuelta de todo que desaparece antes que se enfríen las sábanas. Claro que a mis treinta años, ese tipo de cosas me afectaban menos que el frío a una nevera. Mi potente físico y mi agraciado rostro me permitía elegir sin dificultad, sin embargo, debajo de ese metro noventa de estatura, perfil griego y pelo negro azabache, se escondía un corazón destrozado, ajado y lleno de cicatrices. Nadie como yo se podía sentir tan identificado con Dorian Gray, solo que yo no tenía un cuadro en el desván en el que reconocer todas mis arrugas y cicatrices, en su lugar tenía la foto de Virginia.

Acabé mi comida y dejé escrita mi dirección en uno de los billetes con los que saldé mi cuenta, marchando sin apenas despedirme. Una vez fuera del local, debí avanzar bastante para desembarazarme del fuerte olor a fritura que envolvía aquel lugar.

Mientras recorría las calles adyacentes a mi oficina de forma relajada, como era habitual en mí, reflexionaba sobre la importancia de consolidar un buen porvenir, por lo que recordé que no había comprado el billete de lotería estatal de la semana.

—Hola Lai —saludé a la chica sin apartar la vista de mi monedero.

—Buenas tardes Señor —contestó la joven tímidamente.

—¿Me das mi ración de suerte? —pregunté mirándola a los ojos.

—Claro —sonrió marcando generosamente unos preciosos hoyuelos que lucía a cada lado de su boca, a la par que sus mejillas se enrojecían levemente.

—No tontees con los clientes —interrumpió un hombre bajo, pero corpulento, de mediana edad, con un humeante puro en su boca.

—Deja a la chica Costelo —recriminé al del habano.

—Si es que no sé qué le pasa últimamente, anda, vete a colocar el almacén —ordenó a la joven.

—Igual está enamorada.

—No creo —opinó el del habano.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Esta chica tiene que dar de comer a sus seis hermanos pequeños.

—¿Y?

—El amor es la preocupación de los que no tienen preocupaciones.

Abandoné el local mientras ponía a buen recaudo el billete en mi cartera, mientras no dejaba de darle vueltas a la extraña mirada de la chica del estanco

y la acertada reflexión del estanquero.

La tarde no dio para más, informé al extraño tipo de la mañana, que las salidas y entradas de su estrafalaria esposa en estado febril, acompañadas de una sensible merma de la cuenta bancaria, se debía a la afición de ésta al bingo y no a un presunto amante, y que dicha adicción la había adquirido en la iglesia católica a la que acudía regularmente, donde habitualmente organizaban bingos solidarios para recaudar fondos para los necesitados, una cosa llevó a la otra, y pronto cambio las tazas de té de la parroquia por los *gin tonic* y los ceniceros humeantes del bingo.

Aun así la noticia le llenó de satisfacción y se apresuró a enviarme el cheque correspondiente.

Después de investigar los bienes de algunos morosos, me fui a mi apartamento con la sana intención de ver un par de viejas películas y aislarme de la sociedad, con el fin de evitar que la concurrencia de gente en la calles subrayara aún más mi soledad.

En el momento en que Glenn Ford le propinaba una sonora bofetada a Rita Haywort, llamaron a la puerta.

—¡Espero que no sea el pesado del casero! Aunque a estas horas de la noche no creo —monologué mientras me dirigía a la puerta, ya en pijama y con unas chanclas por calzado.

—Hola, ¿es tarde para tomar una copa? —preguntó una voz de mujer.

—Caray Minie, tú por aquí, ¡cuánto honor! —respondí ciertamente sorprendido ante la inesperada visita.

—¿Puedo pasar? —preguntó mientras recorría con la mirada todo mi apartamento.

—No deseo otra cosa —confesé ante la perspectiva de un revolcón.

—Gracias —contestó agradeciendo el cumplido— Bonito apartamento.

—¿De veras te gusta? —pregunté poco convencido.

—Desde luego, me parece muy personal —contestó apoyando su afirmación con sendos movimientos de hombro y cabeza.

Agradecí su falta de sinceridad, una estancia más o menos rectangular hacía las veces de salón, dormitorio y cocina; en cuanto a la decoración, una serie de láminas baratas colocadas estratégicamente para ocultar los desconches de la pared. Encima de mi pequeña nevera, una caja de galletas metálica donde guardaba la correspondencia, y a modo de cocina un viejo hornillo doble con su correspondiente cafetera a juego, es decir, vieja. Junto a

mi sofá, una cama y una banqueta que hacía las veces de mesita de noche, donde descansaba una botella de ron y una de esas radios despertador. Para terminar la decoración y emulando a singulares frescos, una serie de manchas de café, estampadas en el techo, que se asemejaban a esos extraños dibujos que abundaban en los gabinetes psiquiátricos. En resumen, un antro.

—¿Qué te apetece tomar? —pregunté con suficiencia, como si tuviera en casa la bodega del mejor *bistró*.

—No sé..., lo que tengas —contestó mientras se ponía cómoda.

—No tengo una gran carta de vinos, pero un amigo mío me ha traído un *cabernet sauvignon* de California, que no tiene nada que envidar al galo —confesé mientras me dirigía a un armario situado sobre la mini nevera.

—¿No tienes algo más fuerte? —preguntó mientras aliviada se despojaba de sus tacones.

—Bueno, si no te va la soleada California, podemos irnos a la templada Kentucky.

—*Bourbon*, perfecto, lo mío son los clásicos —asintió a la vez que se masajeaba el empeine del pie.

No parecía la misma chica, zapatos de tacón alto, vaqueros ajustados, blusa con discreto escote, acompañados de un maquillaje más que correcto. Un paisaje muy diferente al que ofrecía en el trabajo. Solo ciertas notas de olor a grasa peleando por zafarse del perfume que llevaba, podrían bajar la puntuación.

—Estás muy guapa —confesé mientras iniciaba mis maniobras de acercamiento, con el lógico nerviosismo que produce el no poder esperar a tomar el postre.

—Gracias, estás muy gracioso en pijama —sonrió mientras comprobaba la calidad del tejido.

—No te rías, es de *Giorgio Armani*.

—Caray, ¿usas pijamas prestados? —bromeó divertida.

—Vaya, pero si es la versión doméstica de *Eddie Murphy*.

—Créeme, prefiero servir hamburguesas —contestó en el mismo tono de broma, para luego ponerse algo más serio— ¿Por qué no me hablas de ti? —preguntó mientras mecía su propio cabello.

—Poco hay que contar, ¿qué te interesa saber? —contesté evasivamente adoptando con ello una posición de retaguardia.

—¿Tienes a alguien en tu vida? —insistió mientras descaradamente observaba los dedos de mi mano, en busca de una alianza o la marca de ésta.

—Deja que lo piense...

Aquello no me gustaba, yo me esperaba otro tipo de relación y, o bien, yo no me había explicado, o tal vez se había pasado mis explicaciones por el arco del triunfo. El caso es que hay preguntas que formuladas a ciertas edades, no presagian nada bueno. Estaba empezando a temer que había metido la pata invitándola.

—¿Alguien en mi vida? Sí, lo reconozco, tenía un gato que se ponía muy contento cuando hacía sus necesidades, no veas que saltos y cabriolas daba después de usar el arenero, pero un día salió a por tabaco y no volvió. Me dejó sumido en la tristeza. Ahora cada vez que veo un felino haciendo sus necesidades se me empañan los ojos de tristeza. A veces pienso que fue raptado por alguna mafia que trafica con órganos de gato. Sufro pensando que ahora el hígado de mi minino estará en el cuerpo de un rico gato persa atiborrado de pienso —contesté fingiendo llorar.

—Tonto, hablo en serio —insistió acercándose más.

—No, la verdad es que no, por lo menos en este momento —contesté un poco más serio, preocupado por el camino que tomaba la velada.

—¿Divorciado supongo? —preguntó intentando examinar mi respuesta.

—Pues no, soltero —respondí como si de una encuesta se tratara.

—No, si es que en el fondo los hombres de hoy día no queréis asumir responsabilidades —contestó moviendo la cabeza a modo de censura.

—¿Responsabilidades?. ¿Qué cojones tiene que ver la libertad de elección con la responsabilidad? —respondí molesto por la conversación.

—Esa es una contestación poco madura, ¿no crees?

Joder, lo que faltaba, la tía desengañada, jugando a psicóloga. Mis temores se estaban confirmando.

—Pregunta tópica, lo que pasa es que siempre que un tío sale con varias chicas o no tiene pareja estable, automáticamente pensáis: “no quiere comprometerse”, sin embargo a vosotras os parece lógico tontear, vacilar o calentar a quien se os ponga por delante —contesté levantándome del sofá, dando por terminada la velada.

—Lo que tú llamas tontear no es sino buscar realmente a la persona con la que realizarnos, alguien que nos llene y con quién compartir nuestra vida —contestó ya claramente a la defensiva.

—Ya, el príncipe azul. Os pasáis la vida buscándolo, y cuanto os queréis dar cuenta se os pasa el tiempo, y ¿qué hacéis entonces? ¿pisar el acelerador? No, subir el listón, cuanto menos os queda por ofrecer, más pedís a vuestro

príncipe azul –respondí desde la nevera, donde rebuscaba más hielo para la bebida.

—Eso es una estupidez, ninguno dais la talla –contestó con desdén mientras se volvía a calzar sus tacones.

Socorro, lo que en principio era un plan se había convertido en una batalla campal sembrada de demagogia femenina y machismo de manual.

—¿Qué talla?, ¿la tuya? —espeté a bocajarro.

—Estoy harta de tíos que amablemente te bajan el respaldo del asiento del coche para ir a lio, y después cuando acaban te lo tienes que subir tú sola –recriminó mientras recomponía su vestimenta.

—Ya, y yo hartó de interrogatorios sumarios sobre mi vida socio económica, y de *head hunters* sexuales –contesté a media voz sin siquiera mirarla.

Desastroso, después de aguantar que desahogara toda una lista de reproches y analizara severamente todos los despropósitos del género masculino, acabó marchando altaneramente, alegando la típica responsabilidad laboral, muy femenina por cierto.

—Se me hace tarde, mañana tengo que madrugar –contestó mientras se retocaba los labios con un carmín intenso, ante un pequeño espejo situado estratégicamente junto a la puerta del apartamento.

—Ya lo creo que se te hace tarde –contesté con mi ironía habitual.

—¡Eres un gilipollas de cartón piedra, estás hueco por dentro! —sentenció mientras me dedicaba una bonita peineta.

Estaba acostumbrado a los portazos, por lo que no me inmuté cuando la chica dio uno de los gordos, tanto que apareció una nueva grieta junto al marco de la puerta.

Pero eso no fue lo que más me molestó.

Aquella tía, que apenas conocía, me había levantado media botella de *Bourbon*, jodido el final de la película y dejado con el calentón, y encima me había llamado hueco por toda la cara, hueco...

Sin embargo, algo positivo saqué de aquella trifulca. El término hueco hizo que algo en mi cabeza hiciera ¡clic!

Busqué desesperado entre los cajones aquel maldito colgante, con la esperanza de que no se hubiera perdido entre la cantidad de papeles, cartas, y recuerdos, que solían acabar en uno de los cajones de mi cómoda, convertida en cajón desastre.

—¡Aquí estás amigo! —me dije a mi mismo mientras examinaba

detenidamente el colgante.

Y efectivamente, estaba hueco.

No me paré a buscar un destornillador, nervioso cogí el primer cuchillo que tenía a mano, y apalanqué lo que parecía una diminuta tapa bajo los pies del buda.

Dentro del cilindro se encontraba un papel cuidadosamente enrollado. Este papel tenía las siguientes palabras escritas a bolígrafo.

" CLUB SÁNDALO. 715 Lexington Avenue. "

Capítulo 5

Hacía tiempo que no sabía nada de mi viejo *Mustang 429*, por lo que decidí acercarme una vez más al taller con el objeto de meter prisa, de todos es sabido que los coches no se reparan por orden de llegada, sino por orden de insistencia de sus propietarios.

—Buenos días. ¿Dónde anda el Sheriff? —pregunté a uno de aquellos chicos de las manos grasientas.

—Al fondo, junto al continental negro —contestó un aprendiz mientras se limpiaba las manos con unos trapos deshilachados.

—Gracias.

Crucé el taller sorteando los charcos de grasa, que camuflados bajo el serrín, se convertían en trampas mortales. Varios coches parcialmente despiezados esperaban a ser reparados en su particular purgatorio. Una serie de calendarios de una conocida marca de neumáticos, permanecían colgados en la pared a pesar de no corresponder al año en curso, quizás la presencia de neumáticas chicas soezmente desnudas en sus portadas, daban justificación a su obsoleta presencia. Por lo demás, latas de aceite, algunos recambios, y una pequeña sala con algunas sillas y unas revistas atrasadas, donde los sufridos clientes esperaban a ser atendidos

Una estufa de leña, alimentada por el aceite sobrante de los cambios de los coches, mezclado con un fuerte olor a grasa y neumáticos, hacía irrespirable el aire del local.

—¿Qué tal Sam? ¿Cómo va mi *Mustang*? —pregunté al cuerpo que salía

del capó del continental, temiéndome por anticipado la respuesta.

—¡Hombre Donovan! —saludó sin levantar la vista del motor— ahí lo tienes, todavía no he empezado con él, ando muy liado.

—¿Pero le has echado un vistazo? —pregunté al descubrir que ni siquiera había movido el coche de donde se lo dejé.

—Buf —resopló como una vieja ballena.

Con su puro en la boca, seguía sin sacar la cabeza del motor del coche, finalmente lo hizo para pararse a sentenciarme solemnemente el estado del vehículo.

—¡Hostias!, ¡es que ese coche está muy mal!

—¿Qué tiene? —pregunté con miedo a lo que pudiera contestarme, y lo que sumaría en dólares el diagnóstico.

—Uf, la caja de cambios no anda bien, luego está lo de la distribución... — su rostro grave parecía el de un médico informando a los familiares cercanos de las horas que le quedaban de vida a un paciente.

—No me llores Sam, lo que sobran son cajas de cambios en el desguace, te pillas una y punto. Oye y... ¿qué cojones es eso de la distribución? ,no me toques los huevos, estos trastos llevan cadena, no correa, no vengas a joderme a estas alturas, si te da la gana esto está listo en nada —contesté acostumbrado a la jerga catastrófica de los talleres mecánicos.

—No, si tú lo arreglas todo en cinco minutos —respondió ya de nuevo con la cabeza metida en el motor.

—¡Pues a ver si tú haces lo mismo! Dentro de unos días me paso por aquí — contesté mientras limpiaba la suela de mis zapatos en el felpudo situado a la salida del local.

Lo que más me jodía, no era que intentaran acojonarte desde la prepotencia que otorga tener un presunto ignorante enfrente, ni que los presupuestos se inflaran como una galleta en un vaso de leche, lo que realmente me empezaba a fastidiar eran los paseitos hasta el taller. Tanto demoraban las reparaciones que hasta pensé en alquilarme un piso enfrente.

Al los pocos minutos de salir del grasiento local, alguien se interpuso en mi camino.

—¡Caramba Dick! ¿Qué haces por este barrio? —preguntó un hombre cogiéndome por el hombro.

—Nada. Venía a ver si me tenían listo el coche, estoy del metro hasta los cojones. ¿Y tú qué haces por aquí? —pregunté en una mezcla de curiosidad y educación.

—Pues nada, después de pensármelo un poco me decidí y he abierto una lavandería al final de la calle —contestó orgullosamente.

Era Nathan, un antiguo compañero de la facultad, algo gilipollas, pero buen tío. Era de esas personas que creías que nunca volverías a ver por lo anodino de su vidas. La verdad es que no había cambiado mucho, al menos en el estilo. Alto, rubio y con corte de pelo estilo Kennedy. Solía llevar polos de marca y pantalones de vestir. Siempre impecable, políticamente correcto. No me extraña que abriera una lavandería, tan pulcro él.

—Oye, pues me alegro un montón —contesté sonriendo con una falta de sinceridad de lo más escandalosa.

—¿Quieres venir a verla? —me propuso con el entusiasmo de un padre ante su primogénito.

—Te lo agradezco, pero ya debería estar abierta mi oficina, tengo que ir a trabajar para el taller —declaré con cierta sorna.

—Es una lástima —contestó compungido— Oye, ¿qué es de aquella rubita angelical con la que andabas?, ésa que se llevaba tan bien con tu padre, ¿cómo se llamaba...?

—Virginia —contesté secamente ante lo inoportuno de la pregunta.

—Es verdad, Virginia —se confirmó a si mismo mientras asentía con la cabeza.

—Se casó —corté bruscamente.

—Bueno pues eso, a ver si vienes a verme —contestó algo azorado ante la evidente metedura de pata.

—No te preocupes, con lo que me queda por venir por aquí seguro que tendré más de una ocasión para ir a verte.

Lo que realmente me jode de los fantasmas del pasado, es que se aparecen en el momento más inoportuno, y cuando no vienen solos, algún imbécil te los trae de vuelta. En mi caso hacía tiempo que dejé de convencerme que lo de Virginia estaba superado, y asumí que su fantasma iba a acompañarme durante mucho tiempo. Era evidente que todo me recordaba a ella, una música, un olor, un rincón en un apartado parque. La veía en todas partes, incluso encarnada en aquella pobre chica del andén, asesinada por un misterioso monje.

Como llevado por una extraña asociación de ideas, saqué el buda del bolsillo, lo apreté fuerte en mi mano, y me dirigí a mi lugar de trabajo en

busca de respuestas.

Y allí estaba yo, de nuevo en mi oficina, dándole vueltas al asunto del Buda, intentando averiguar que llevó a aquel monje, a matar a aquella pobre chica. ¿La conocía a ella? ¿Me conocía a mí? Quizás tan solo fuera un fanático, pero estaba dispuesto a averiguarlo, y por supuesto, a dar con él.

Un hombre gris, de mediana edad, con aspecto de vendedor de grandes almacenes, irrumpió en mi despacho sacándome de mis reflexiones. Haciéndose el simpático y con una gran sonrisa de anuncio de dentífrico, me extendió la mano dejando una peste a loción de afeitado.

—¿Cómo está, señor Donovan?! Espero no interrumpir su trabajo —preguntó el tipo con una voz taladrante.

—Justo lo que estás haciendo, ¿curioso, no? —contesté a la vez que me intentaba zafar del apretón de manos, tan excesivo como artificial.

—Bueno, a ver, ¿tú qué vendes? —proseguí volviendo a fijar la mirada en el listado de congregaciones budistas de la ciudad.

—¿Vender? No vengo a vender nada —contestó negando con la mano.

—Claro, pues tú dirás, porque el día que los clientes entren dando coba, y preocupados por lo que yo pueda hacer, empezaré a dejar de arrepentirme de tratar con el personal —respondí con escepticismo.

—Es usted muy sagaz, pero no trato de venderle nada, solo deseo que pueda beneficiarse usted y su negocio, de grandes ventajas —sentenció aquel tipo como haciéndome un favor.

—¡No me diga! —respondí poniendo mis pies sobre el escritorio.

—Verá, Sr. Donovan, usted sabe muy bien, que hoy día, por unas circunstancias u otras, podemos vernos obligados a cambiar de trabajo —afirmó con un paternalismo totalmente fingido.

—Ah... ¿Sí? —pregunté haciéndome el sorprendido.

—Usted mismo, supongo que su pasión por la investigación, le haría dejar el cuerpo de policía —prosiguió como dándolo por sentado.

—Mire, el único cuerpo que he dejado es el de una rubia llamada Dolly, lo cual me costó unos cuantos dólares en cervezas —repliqué sin prestarle excesiva atención a la argumentación de aquel individuo.

— Ah, entonces le expedientaron —intentó deducir.

—No da una, oiga.

—Que torpe soy, disculpe, lidiar con los bajos fondos le ha traído hasta

aquí.

—Mire listo, nunca he sido policía, ni estoy divorciado de una mujer a la que quiero y no veo por culpa de lo mucho que trabajo, y no soy un tipo duro que va soltando hostias a diestro y siniestro. Simplemente cerré una frutería para abrir ésto, porque estaba hasta los cojones de aguantar viejas manoseándome el género, y con género me refiero a la fruta. Eso me lleva a currar la mitad que antes, a no tener que darme esos madrugones de escándalo, y a ganar más dinero tocándome los cojones —aclaré divertido.

—Bueno, la costumbre, ya sabe —contestó sin acusar el golpe.

—Ni costumbre, ni hostias, mucha novela barata lees tú, ¿o qué pasa? ¿Que todos los vendedores de seguros sois gilipollas? Porque yo conozco muchos y muy buenos —contesté con toda la naturalidad del mundo.

—Usted sabrá, pero como tenga que cerrar el negocio... ¡Lamentará no tener un seguro de empresa con nosotros! —amenazó aquel hombre.

—¿Pero este tío es tonto?! —me dije a mi mismo mientras retiraba los pies de mi mesa.

—¡Usted es el tonto! ¡Debe suscribir nuestra póliza! —insistió

—¡Te vas a comer el maletín! —exclamé amenazante mientras me levantaba bruscamente del sillón.

Afortunadamente para él, no tenía ganas de correr, por lo que permití que se me escapara escaleras abajo. Curiosamente ni corriendo se le arrugaba la americana, eso sí que era tener arte.

La irrupción de aquel tipo me sacó de golpe de la rutina, y peor que eso, me alteró.

Y desde luego, no hay mejor disculpa para echar un trago, que estar alterado. Muchos piensan que el alcohol te da fuerza, valor, cojones, pero la puta realidad es que te convierte en un cobarde, un pelele que se refugia en la autocompasión y el victimismo, y que sin la tutela del alcohol, no es nadie, ocasión que no desprecian los fantasmas del pasado para volver una y otra vez.

Y ahí estaba ella, el recuerdo de Virginia resurgiendo del pasado, para joderme el puto estómago una vez más, porque el corazón ya lo había destrozado en su momento.

Trataba de olvidar, por supuesto, y lo hacía con diversos métodos, pero nunca lo conseguí. A cambio salí ganando mi afición a la bebida.

Fiel a la liturgia de los desheredados, me preparé una ginebra con

Martini, a la que por supuesto nunca añado vodka, con todos los respetos a *Ian Fleming*, los hay que no tienen ni puta idea de bebidas.

Realmente eso de beber en el trabajo, no es muy políticamente correcto, es como mearse en la piscina, debe de hacerse dentro como todo el mundo, y no desde el trampolín como hacemos los alcohólicos, por lo que decidí ser discreto, y salir a la escalera de emergencia que conduce al patio interior del edificio, para hacer lo mismo, pero sin parecerlo. Lejos de testigos, me dispuse a saborear a gusto mi etílico bálsamo.

Fijé la vista en un grupo de empleados que se encontraba varios pisos por debajo del mio, agrupados en el rellano metálico de la escalera de emergencia. Aprovechaban un resquicio en su jornada laboral, para apurar sus cigarrillos como si les fuera la vida en ello. Tras intercambiar algunos comentarios y anécdotas, iban apurando su tabaco y apagándolo en una maceta de porcelana vacía, que portaba uno de ellos, y que hacía las veces de cenicero. Los primeros en apurar sus cigarrillos comenzaron a regresar a su trabajo, siendo los más rezagados en el consumo del tabaco, los últimos en entrar. Al final, solo quedaron en aquella plataforma una chica bajita, morena, algo regordeta y con gafas, y otro empleado no menos joven, algo más alto, delgado y de piel anaranjada, que lucía bastantes pecas en el rostro. Se trataba de una pareja de empleados que al verse solos y tras comprobar que no había testigos incómodos, comenzaron a besarse ajenos al rigor de mi mirada. Sonreí nostálgico y aparté la vista. Volví a mi trabajo para no sufrir más.

Con el teléfono en un mano y con una copa en la otra, me senté cómodamente en uno de los confidentes de mi despacho, una caja llena de paquetes de folios hacía las veces de peana para mis cansados pies.

Alguno de los folios que guardaba aquella caja, estaban ya amarillentos por el paso del tiempo, lo cual me hizo reflexionar si había sido prudente comprar tanta cantidad por baratos que me salieran.

Mientras sonaba el tono de llamada en el auricular, me descalzaba mis flamantes zapatos *oxford full-brogue* de cuero negro, dejándolos caer con suavidad sobre el suelo enmoquetado de mi despacho.

—Distrito cuatro, Comisaria, dígame —anunció el operador.

—Inspector Sauter, por favor —solicité.

—¿Puede decirme quién pregunta por él? —preguntó amablemente.

—Donovan —contesté mientras observaba con preocupación mis

calcetines, debido a la aparición de un roto a la altura del dedo gordo del pie izquierdo.

—Espere por favor.

El hombre de la centralita dio paso a una de esas odiosas melodías que preceden a la comunicación. Y como es de costumbre, la espera además de molesta, se hizo bastante larga.

—Sauter —contestó una voz de fumador.

—¿Trevor? Soy Donovan —informé al hombre del teléfono mientras con el dedo comprobaba el tamaño del agujero de mi calcetín.

—Dick tío, qué te cuentas —contestó sin mucho entusiasmo.

—Bien, todo bien, oye te llamaba para que me contaras algo de la chica del andén.

—Ah sí, la rubita de piernas largas, buf, qué lástima de bombón, qué desperdicio, los chicos de la morgue se peleaban por hacer la autopsia —bromeó el de la voz ronca.

—Ya —contesté algo molesto por el tipo de broma.

—Bueno a ver, hasta donde yo sé, el tipo ese es la hostia, los de la científica no han encontrado nada, ni huellas, ni el arma, ni nada.

—Te refieres al monje —deduje.

—Claro ¿a quién si no?. ¿O sabes algo que yo no sé? —interrogó el fumador.

—“*Scio me nihil scire*” —murmuré para mí, en latín.

—¿Qué dices? ¿Ya estás pedo? —preguntó extrañado Sauter.

—“Solo sé que no sé nada”, es latín, inculto —contesté al de la voz ronca.

—Sí, sí, sí, cierto, es una frase de Al Capone —contestó convencido.

—Estoy de acuerdo en que es muy habitual entre corruptos, políticos y mafiosos decir que no se sabe nada, pero la frase es de Sócrates —aclaré con cierta sorna.

—¿El futbolista? ¡Joder qué figura el tío!. Para mí, uno de los mejores de los 80, ¡y mira que Brasil ha dado futbolistas! —afirmó Sauter con vehemencia.

—No sé tío, yo soy más de béisbol, a ver, que esto se está desmadrando un poco y tus mundos me superan ¿encontrasteis algo en la escena del crimen? No sé... restos de ADN, cabello, ¿algo? —pregunté retomando el tema.

—¿Pelo? ¡Si el tío tenía una bola de billar por cabeza! —contestó a carcajadas, las cuales se interrumpieron por un repentino ataque de tos.

—Bueno, ¿pero fibras habrán encontrado no? Túnicas como esa, no creo que se vendan en el *Wall mart*, digo yo, las venderán en sitios contados – reflexioné.

—¿Qué te estoy diciendo Donovan?, pues eso, que es la hostia, por dejar no dejo ni fibras de su vestimenta en la de la chica y lo que es más curioso, no dejó pisadas.

—¿Pisadas?

—Claro hombre, ¿no ves que era un día lluvioso? El cura o monje o lo que coños fuera, tenía los pies secos.

No había caído en ello, pero Sauter tenía razón, a pesar de estar lloviendo aquella noche, el monje calzaba unas sencillas sandalias de cuero marrón, totalmente secas.

—Curioso —admití mientras pensaba en ello.

—Ya te digo, el tío debe ser un ninja o algo así, todo muy limpio – admitió el hombre de la brigada de homicidios.

—¿Qué dicen las cámaras?

—Pues mira tío, no ayudan mucho, qué quieres que te diga, en la grabación se ve como tras asestar las puñaladas a la chica se vuelve hacia ti y te sonrío — contestó dejando oír de fondo unos estruendosos tosidos.

El repentino ataque de tos del hombre de homicidios, permitió que mi mente se recreara con aquellas palabras, causándome más perturbación si cabe.

—Joder —mascullé.

—Luego, tras hacer una reverencia a la muerta, se bajó a las vías del andén y se adentro en los túneles –remató la información el de la tos seca.

—¿Le dio tiempo a salir por la siguiente estación? —insistí en mi interrogatorio.

—A ver, la estación más cercana se encontraba a unos 1600 metros, con lo que andando podía haberlo hecho en unos veinte minutos, más o menos. Corriendo, en la mitad de tiempo, siempre y cuando estuviera en muy buena forma física. El tiempo de respuesta del operativo fue de unos 15 minutos desde la primera llamada a la centralita de emergencias –razonó el hombre de homicidios.

—Así que podría perfectamente haber tenido tiempo para salir por otra estación –concluí.

—Bueno, por poder podría, pero no fue así –descartó el hombre de la voz de fumador.

—¿Qué te hace estar tan seguro Trevor? —pregunté intrigado.

—Las cámaras... Por suerte, las dos estaciones que están antes y después de donde se cometió el crimen, enfocan perfectamente la entrada de los túneles, y después de revisar una y otra vez las cintas, no hemos visto a nadie salir de los túneles, salvo como es lógico, a los compañeros de los perros que rastrearon minuciosamente ambos tramos de vía.

—¿En algún sitio estará? —pregunté de forma retórica.

—Pues como no se lo haya tragado la tierra... en la brigada ya le hemos puesto mote, el fantasma de la túnica naranja.

Capítulo 6

La jornada había sido totalmente estéril, y la información que me dio Sauter no ayudaba, por lo que decidí investigar por mi cuenta.

No tenía los medios que poseían los de la científica, pero tenía un *as* en la manga, una carta que ellos desconocían, la dirección escondida en el colgante que me había obsequiado el monje.

Con el colgante en la mano y dándole vueltas entre los dedos como si fuera un ilusionista a punto de perpetrar un truco, me dirigí en busca de la dirección que indicaba el papel oculto en su interior

" Club Sándalo " 715 Lexington ave.

No pasó mucho tiempo hasta que empecé a pensar que debía de estar loco, ya que era de madrugada, y en vez de estar soñando con lo que censura el clero, estaba buscando una estúpida dirección que un asesino había ocultado en un maldito colgante. Además, no sabía si conduciría a alguna parte, ni siquiera si todo aquello tendría sentido.

Lo más probable es que fuera otra excentricidad más de aquel monje desequilibrado, una broma tal vez, o un equívoco.

No obstante decidí seguir en la búsqueda, al fin de cuentas, desde que rompí con Virginia me costaba bastante dormir del tirón.

No era la primera noche que despreciaba el abrazo de las sábanas. Cuando Morfeo, Hipnos o el resto de su puta familia se conjuraban contra mí, no había forma de conciliar el sueño.

El caso es que el frío se hacía notar, los charcos empezaban a hacer mella en mis zapatos de 100 dólares, por no hablar de mis manos, que con el frío se habían tornado en muñones. Desdoblé el cuello de la americana para intentar proteger mi cuello del frío, en un acto más litúrgico que práctico.

—A ver si doy pronto con la callecita de los cojones —murmuré.

Mientras caminaba jugueteaba con mi aliento convertido en vaho, intentando sin éxito hacer círculos, no sin por ello dejar de prestar atención a lo que me iba encontrando, ya que aquella zona no la conocía bien, siendo todas las calles oscuras y estrechas con muy poco comercio, apenas unos bares y un par de talleres, el resto trapas bajadas.

Algún que otro contenedor de basura sobre la estrecha acera, me obligaba a invadir la carretera, teniendo con ello que pisar los abundantes charcos.

Al fin llegué a Lexington ave. Ya solo me quedaba encontrar el 715.

Mientras recorría la calle, volvía a recrear como en una moviola los últimos días con Virginia. Y como un autómatas seguía con la mirada los números de la calle, 709, 711... a medida que me acercaba me entraba curiosidad, no sé el por qué, ya que se trataría de uno de esos simples clubs de alterne, que además no destacan por su originalidad, cuatro paredes enmoquetadas, una tenue luz roja y un grupo de desdichadas saliéndose de sus vestidos.

713, empezaba a subirme el pulso, me sentía como un niño buscando el mapa del tesoro, crucé la calle que cortaba Lexington y por fin 715 Lexington ave.

" Iglesia de Filadelfia " Casa parroquial. 715 Lexington ave.

—¿Pero esto qué coño es? —exclamé en voz alta.

Comprobé otra vez la nota manuscrita del colgante, para cerciorarme que no había cometido ningún error. Era evidente, no tenía la más mínima duda.

" Club Sándalo " 715 Lexington ave.

Allí estaba yo confuso, haciendo el ridículo a las puertas de un nuevo día, no obstante terminé de recorrer la calle por si fuera un error tipográfico y pudiera estar unos números más adelante. Ante la evidencia de los hechos, opté por regresar a casa.

—Buf, vaya pérdida de tiempo, tengo que pasar de este asunto —me dije para mí mismo.

Al desandar la calle, observé curioso como parecía un barrio distinto al recorrido, al incidir sobre el mismo el cambio de luces. Los escenarios se mostraban diferentes con el nuevo día.

Mientras empezaban su actividad los repartidores del pan, de los periódicos y los fruteros, recordaba cuantas veces me habría cruzado con ellos viniendo de juerga. En algún tiempo me divertía pensar que cuando ellos se levantaban, yo me acostaba, a algunos incluso llegué con el tiempo a saludarles, circunstancia por cierto que no les hacía mucha gracia. Al final, a consecuencia del suicidio de mi padre, me había visto obligado a dejar mis estudios de derecho para hacerme cargo de la frutería que él regentaba. Fue entonces cuando dejó de hacerme gracia el tema. En aquella época, empecé a sospechar que entraba en esa incomoda categoría denominada adultos.

Por fin, llegué a casa, con la sensación de haber perdido el tiempo, pero con la satisfacción de haber visto la luz, y es que en esa noche aprendí algo, por pura economía mental debía de olvidarme definitivamente de aquel asunto.

Capítulo 7

—Hola Donovan, ¿cómo madrugaste tanto hoy? —se cachondeó uno de mis vecinos.

Tras acordarme de la genealogía del tipo tomé el ascensor, estaba deseoso de llegar a mi cutre apartamento, había sido una noche larga y dura, para colmo de males aquel viejo cacharro parecía que me estaba subiendo a lo alto del *Empire State Buiding* en vez de a un puñetero cuarto piso. Me faltó tiempo para cerrar la puerta de mi apartamento y deslizarme entre las sábanas. No me arrepentía de la caminata infructuosa, simplemente fue una decisión inadecuada pero propia. Bastaría con dormir y simplemente

desaparecería el cansancio, no era de los que se lamentaban por todo. Empezaba a saborear los placeres oníricos, cuando el teléfono me bajó bruscamente a la tierra.

—¿Sí?, ¿Quién es? —contesté casi gritando con el lógico cabreo de quien ve interrumpido el momento justo de conciliar el sueño.

—¿Sr. Donovan? —preguntó una cálida voz de mujer.

—Sí, soy yo, ¿qué desea? —contesté rebajando el tono.

—He ido a su despacho esta mañana, y no estaba. En la planta me dieron este teléfono —indicó la interlocutora.

—Sí, bueno, la verdad es que estuve trabajando hasta tarde, entonces...

—No se disculpe, aparte de su teléfono, me pusieron al corriente de sus, digamos, “aficiones”.

Después de la noche que había pasado y que me sacaran de la cama, solo faltaba el tonillo de cachondeo de aquella mujer para rematar la jugada, por no hablar del impresentable de Brad, que seguro que fue el que le dio el número de casa, y la información extra. No empezaba bien el día.

—Bueno señorita...

—Baker, Linda Baker

—Bien señorita Baker, cuando necesite practicar mis, digamos, “aficiones”, la consultaré por si son las mismas que las tuyas, ¿ahora puede decirme qué es lo que desea?

—Desgraciadamente para usted no creo que mis deseos sean los mismos que los tuyos, por lo demás tengo entendido que es detective.

—Al menos eso pone en mi despacho —contesté secamente.

—Ya vi, espero que usted esté más completo que lo que pone en su placa —replicó en clara alusión al letrero de la puerta.

Comprendí que no era mi día, y tras asumir el zasca en toda la boca, quedé a las once de la mañana en mi oficina para tratar el tema.

Brad era de uno de esos tipos que se suelen dejar un mechón de pelo largo para peinándolo adecuadamente, ocultar una más que evidente calva. Bajito y delgado, siempre refunfuñando, no se le conocía más dedicación que la de conserje en el edificio donde tenía mi despacho. Cada vez que me veía, me miraba por encima de unas ridículas y diminutas gafas de pasta, que según él, no necesitaba, para inmediatamente volver a su frenético consumo

de novelas de ciencia ficción. Que esa mañana acudiera tan tarde a mi despacho no pareció extrañarle, ya que para él, acostumbrado al resto de los vecinos del inmueble, yo debía de parecerle uno de esos alienígenas que protagonizaban sus lecturas.

—Buenos días Sr. Donovan –saludó mecánicamente sin levantar la vista de una de sus novelas.

—Hola Brad. ¿Qué tal esas oposiciones al KGB?

—No le entiendo Sr. Donovan –contestó aquel hombre abandonando momentáneamente su lectura.

—Olvídalo, ¿quieres? —contesté sin siquiera detenerme.

Cuando abrí la puerta del despacho, lo primero que vi fue un montón de archivos desordenados encima de mi mesa, así que para armarme de valor, me dirigí al archivador metálico, una vez allí, al tercer cajón, el de las emergencias, finalmente saqué una botella de whisky, algo imprescindible para ponerme a funcionar. Faltaban cinco minutos para las once y no me había dado tiempo a adecentar mi despacho.

Mientras de forma embarullada intentaba poner un poco de orden entre aquel caos, especulaba sobre lo que podría necesitar aquella mujer de mí, y sobre todo, como buen profesional que soy, qué aspecto tendría, ya que lo que la voz adelantaba se me antojaba muy sugerente, claro que con la racha que llevaba, seguro que sería una vieja gorda con bigote.

No tardé en averiguarlo, a las once, con una puntualidad británica, llamaban a la puerta.

—Adelante, está abierto.

—Buenos días, Sr. Donovan supongo.

Tardé en contestar, no sabía si darme un pellizco y despertar o directamente buscar una cámara oculta. Una tía así no frecuentaba despachos como el mio.

Acababan de atravesar la puerta casi 180 centímetros de mujer, de los cuales más de un tercio eran de una frondosa melena negra, sus labios parecían haber sido esculpidos en mármol rosa y sus ojos de un color turquesa, que unidos a su tamaño, parecían sacados de una serie de anime japonesa, sus piernas de una proporción y esbeltez exquisita, y para redondear, unos pechos no excesivamente grandes que desafiaban las leyes de la gravedad.

—Adelante por favor, siéntese —dije con una sonrisa de político

buscando votos en un mercado de barrio.

—¿Puedo fumar? —dijo sin apartar la mirada de mis ojos.

—Por supuesto, señorita Berter, use de los míos si lo desea —contesté mientras le ofrecía el paquete que solía tener sobre la mesa.

—Gracias, pero es Baker y señora, no señorita —contestó mientras prendía uno de los suyos, evitando cortésmente que me llegara el humo.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarla?

—Se trata del Señor Rocco, mi marido, hace ya dos días que no pasa por casa, me temo que le ha ocurrido algo —relató con una tranquilidad pasmosa.

—Entiendo —contesté mientras comenzaba a tomar notas en un cuadernillo. — ¿Ha acudido a la policía?

—Sr. Donovan...

—Dick por favor —interrumpí.

—Sr. Donovan, sabe usted perfectamente que en esta ciudad se denuncian más de 300 desapariciones diarias, ¿qué le hace suponer que la mía les interesara?

—Comprendo, Sra. Baker.

—Linda por favor.

—Bien Sra. Baker, es posible que se trate de alguna aventura, no sería el primero que se encapricha con una furcia y al cabo de unos días vuelve —aseveré, aunque realmente si así era, con semejante mujer aquel tipo tenía que ser imbécil.

—Si bien es cierto, esta vez no. No es la primera vez que marcha sin avisar y regresa, pero algo me dice que en esta ocasión es distinto —aclaró mientras parecía querer estudiarme con la mirada.

—¿Entonces? —pregunté.

—Verá, solo hay algo que a mi marido le guste más que las mujeres, y eso es el dinero —hizo una pausa para apurar a gusto el cigarrillo de forma teatral, la visión del humo delante de su rostro parecía hacerla más enigmática si cabe, a continuación prosiguió.

—Llevaba más de un año intentando cerrar una operación, y precisamente ayer había quedado en el Waldorf para firmar el contrato que le iba a hacer aun más rico.

—¿A qué se dedica su marido? —pregunté interesado.

—Importaciones. Es una de las empresas estibadoras con más volumen del puerto.

—Continúe por favor —indiqué con atención.

—Después de muchos esfuerzos, consiguió una licencia de importación de coltán para Estados Unidos.

—¿Coltán? ¿No es ese mineral clave en la industria tecnológica?— pregunté extrañado.

—Veo que está usted informado, sin ese mineral, no existirían los dispositivos electrónicos —explicó la enigmática mujer.

—¿Pero no sería más lógico que dicho comercio pasara por algún puerto de la costa Oeste?, al fin y al cabo, los mayores consumidores de ese mineral están en la bahía de San Francisco —razoné.

—Así es —asintió— de hecho mi marido estaba como loco intentando conseguir terrenos en Palo alto.

—Entonces, ¿cómo consiguió esa concesión? —reflexioné ante mi cliente.

—Lo desconozco, lo único que sé, es que jamás hubiera desaparecido sin haber firmado el acuerdo antes.

Tomé algunos datos más y unas cuantas direcciones quedando en llamarla cuando tuviera alguna pista. Acto seguido empecé por hacer las llamadas de rigor, contactos, hospitales, moteles, etc. En una palabra, me puse al tajo. La mejor manera de conocer a un hombre es saber a qué se dedica y a quién se dedica, lo último lo conocía, así que me centré en lo primero. Era hora de descolgar la gabardina del perchero y ponerse en marcha. Lo que más me agradaba de mi profesión era el trabajo de campo.

Siempre me gustó jugar al tetris, pero la idea de cambiar los bloques virtuales por un pedazo container, hizo que mi paseo por los muelles del puerto me resultara algo agobiante. Los grandes silos, competían en tamaño con las enormes grúas, como si de una descomunal lucha de titanes se tratara. Un grupo de aves daba cuenta de los restos de maíz dejados por el muelle, mientras un anciano intentaba pescar algo de entre las grasientas aguas del pantalán. Un mosaico de olores saturó mi fatigado olfato, ya que tan pronto te sorprendía un agradable aroma a especias, como te repugnaba un hedor a pescado, te llegaba un suave olor a maderas frescas o te saturaba el olor a petróleo de los cargueros. Los amarres de las embarcaciones más modestas, emitían unos suaves sonidos, que se asemejaban a lamentos cuando se tensaban por la acción de las suaves corrientes del puerto.

Tras recorrer las numerosas naves y evitar perderme en aquel inmenso

laberinto, logré dar con la empresa de mi cliente, un gran almacén donde albergaba las mercancías con las que trabajaba. Algunos camiones de reparto entraban y salían de aquel lugar. Una vez dentro, una encrucijada de largos pasillos, tapiados por enormes estanterías llenas de cajas de todo tipo, me iban conduciendo hacía el fondo del almacén, donde se encontraban unas escaleras metálicas que subían a la parte alta de la nave.

Mientras me dirigía hacía las oficinas, me iba fijando en todo, como queriendo retener cualquier detalle que más tarde pudiera serme útil. Lo malo es que por fijarme demasiado, no me percaté de algo tan sutil como una carretilla elevadora que venía hacía mí.

—¡Cuidado hombre! ¡¿Está loco?! ¡A ver si mira por dónde va!

Pasado el susto, llegué hasta las escaleras, según las iba subiendo dejaba a mis espaldas el bullicio del trasiego de mercancías. Al final de éstas, una puerta con grandes cristaleras impedía el acceso directo a las oficinas. Al cerrar la puerta detrás de mí, se hizo un repentino silencio que dejó paso al sonido suave del hilo musical. Desde lo alto, unas ventanas que comunicaban con el almacén, permitían observar todo cuanto en él acontecía. Desde allí, me quedé ensimismado viendo como se desarrollaba la vida en aquel lugar. La actividad me resultaba frenética. A veces envidiaba tanta actividad.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarle? —dijo un pequeño hombre con aspecto serio, que portaba unos archivadores en la mano.

—¡Ah! Sí, perdón —contesté sobresaltado ante lo imprevisto de la situación— Me llamo Donovan, Dick Donovan, estoy investigando la presunta desaparición del Sr. Rocco.

Aquel hombre hizo un gesto con la mirada a una de las administrativas, que dejando por un momento su trabajo, se acercó hasta nosotros. Una vez allí, recogió los archivadores que aquel tipo portaba en sus manos, y volvió a sus tareas.

—Claro, ahora recuerdo que Doña Linda nos puso al corriente de su posible visita —contestó haciendo el correspondiente ademán de recordar— ¿Por dónde quiere empezar?

—Bueno, pues la verdad, me gustaría echar un vistazo al despacho del Sr. Rocco, pero antes quisiera hacerle algunas preguntas —respondí con cierto aire de profesionalidad que tanto parecía agradar a los clientes.

—Usted dirá —contestó al mismo tiempo, que cruzaba sus manos por detrás de la espalda a la espera de mis preguntas.

—¿Cuándo fue la última vez que se le vio en su despacho?

—¿Al señor Rocco?

—Sí.

—Hará unos cuatro días, el martes, sí, creo que fue el martes —declaró a la vez que recuperaba la mirada perdida con la que se ayudó a recordar.

—Ya veo. ¿Estuvo todo el día? —pregunté.

—Sí, vino a las nueve, se reunió con su secretaria, despachó algunos asuntos pendientes y se fue a almorzar con ella sobre la una.

—¿Fue a comer con la secretaria?

—Sí, solía hacerlo a menudo.

—Entiendo, prosiga.

—Si no me falla la memoria, esa tarde, después de almorzar estuvo repasando el estado del almacén y viendo clientes, nada más que yo recuerde —contestó dándole a la respuesta un aire de normalidad.

—¿A qué hora dejó el almacén? —interrogué.

—Creo que a las diez y cuarto de la noche.

—Una jornada normal entonces.

—Efectivamente —asintió.

—¿Notó algo o a alguien raro ese día? —pregunté mientras con la vista recorría aquel lugar.

—No. Como usted dijo, una jornada normal —me recordó cambiado sus manos de posición.

—¿Quién fue la última persona en verle? —pregunté mientras buscaba un paquete de goma de mascar en mi americana.

—Lois Lewis, su secretaria.

—¿A las diez? ¿Tan tarde? —pregunté interesado mientras le ofrecía uno de mis chicles .

Aquel hombre se limitó a sonreír por respuesta a la vez que declinaba mi ofrecimiento.

—¿Dónde puedo encontrarla? —continúe interrogando, a la par que sacaba una pequeña agenda para anotar el nombre de la secretaria.

—Me temo que aquí no. Lleva unos días de baja, desde el miércoles. Una gripe, creo —respondió no muy convencido.

—Curioso, ¿no tendrá su dirección? —pregunté de nuevo mientras intentaba sin éxito que mi bolígrafo lograra escribir.

—Por supuesto, le diré a mi secretaria que se la dé, ahora si me disculpa, andamos un poco liados —concluyó aquel hombre a la vez que me ofrecía una de sus plumas.

—Claro, claro, muchas gracias, me ha sido muy útil —terminé a modo de despedida retornando mi agenda al bolsillo.

Abstraído me disponía a salir de las oficinas cuando aquel hombre me hizo sobresaltar de nuevo.

—Al fondo a la derecha.

—Perdón. ¿Cómo dice? — pregunté extrañado.

—El despacho del Sr. Rocco, al fondo a la derecha —indicó con el dedo.

—Ah sí, se me había olvidado, gracias de nuevo.

Hice una mueca a modo de sonrisa y me dirigí hasta allí.

Decorado con buen gusto, aquel despacho decía mucho de quien lo usaba, maderas nobles, varios cuadros de cotizados artistas, y lo que yo más apreciaba, un bar con una buena colección de bebidas. Bourbon, whisky escocés, ginebra, ron, vodka ruso, todas cuidadas marcas y perfectamente colocadas, incluso tenía una vitrina climatizada para vinos, alguno de ellos de gran valor.

Por lo demás, nada que se saliera de lo normal, si por normal entendemos un despacho cuya superficie triplicaba la de mi propio apartamento.

El único detalle que sobresalía, era que sobre la mesa se encontraba una carpeta abierta de la que se habían apartado varios impresos, junto a ellos tenía apilados algunos folios escritos a pluma, con uno de ellos colocado de lado, como indicando hasta donde había llegado su trabajo, quedando pues pendiente tarea para otra jornada.

Aquello en principio reforzaba la teoría de Linda Baker.

Capítulo 8

Otra jornada más acaba de concluir y tal acontecimiento se merecía una copa, por lo cual, antes de recogerme en casa, hice la parada de rigor en el bar que está cerca de mi apartamento. Vamos a ver al bueno de Benson, pensé.

—Hola Dick, ¿a cuántas mujeres infieles has seguido hoy granuja?

—Solo a la tuya Benson —contesté de forma rutinaria.

De complexión fuerte y gran estatura, aquel hombre, a pesar de

acercarse generosamente a los sesenta años, todavía imponía respeto, su fortaleza delataba su pasado como estibador en los muelles del puerto.

—Eh.. espera, yo no estoy casado. ¿No? —preguntó algo confuso.

—Pues... no, dar la mano a una chica no cuenta como matrimonio Ben — tranquilicé a mi viejo amigo.

—¿De verdad?

—De verdad, pero sin embargo pensar en ellas sí.

—No entiendo, qué quieres decir —preguntó preocupado.

—Si piensas mucho en una chica ya estás casado —advertí en tono serio.

—¿Y si pienso mucho en un amigo? —preguntó confuso.

—También —afirmé con solemnidad.

Mi viejo amigo Ben, se estaba tomando la broma en serio, por lo que decidí dar fin a su confusión mental.

—Era broma Ben, broma —aclaré con dulzura.

Benson no supo como reaccionar, pero al cabo de un tiempo lo hizo como solía ser habitual en él, de forma inocente.

—¡Eres el más hijo puta de mis clientes, Dick!, pero qué hostias, de no ser por mi pobre madre, claro que me casaría contigo —replicó aliviado Benson queriendo seguir la broma.

—Tú con tal de vender ese ron de garrafa, eres capaz de casarte con el mismísimo Diablo —repliqué señalando una de aquellas botellas de marca desconocida.

—Me ofendes Dick —aseveró Benson— los antepasados de este viejo negro estuvieron cautivos trabajando en plantaciones de caña en La Habana, elaborando ron para que maricas como tú se desmayaran al primer trago.

Mi conocida afición al alcohol no era la única razón por la que frecuentaba aquel bar. Además de admirar aquel hombre, le respetaba. Ser capaz de regentar su propio negocio, a pesar de las limitaciones que le habían tocado en suertes, no era fácil. No sería muy inteligente a ojos de la sociedad, pero eso no le impedía tener cojones para salir adelante y valerse por si mismo, cosa que muchos pagados de si mismos, no eran capaces de hacer. Ese coraje, y sobre todo esa humanidad, había convertido a aquel tipo en una especie de ícono para mí. Había cogido mucho cariño a aquellos ciento y pico kilos de humanidad.

—Bueno, ya discutiremos la calidad de tu ron en otro momento, Señor garrafón — bromeé con el viejo Ben.

Un hombre de pelo y barba pelirroja que vestía con pantalones de pinzas, camisa blanca y corbata de cuero bajo la americana, irrumpió en el local.

Sentándose en el taburete que tenía justo a mi lado, se dirigió a Ben.

—¿Dónde está tu jefe? —preguntó aquel hombre en forma despectiva.

—Soy yo —contestó Ben tímidamente mientras secaba algunas copas con un trapo.

—¿Tú eres el dueño del local? —respondió incrédulo.

—Sí —contestó de forma humilde.

—Vaya... ¿Seguro? —insistió el pelirrojo.

—A ver amigo, ya le ha dicho que es el dueño, ¿qué pasa?, ¿que tiene usted problemas de comprensión? —intervine molesto.

Ser afroamericano y presentar minusvalía psíquica, no se lo ponía especialmente fácil a Benson. Vivía esa misma escena a diario.

—Eh... bueno, encantado señor...

—Benson —contestó mi amigo.

—Encantado señor Benson —sonrió maliciosamente aquel comercial al intuir una operación sencilla— vengo de su compañía energética. Estoy aquí para mejorarle su tarifa eléctrica.

—¿Ah, sí? —contestó ilusionado Ben a la vez que colocaba el trapo sobre uno de sus fornidos hombros.

—Así es, si cambia su tarifa general a otra con tramo, podrá ahorrarse hasta un veinte por ciento en su factura de la luz, y además, podrá elegir un día a la semana donde podrá disfrutar de un hora gratis de luz —contestó mecánicamente mientras sacaba del maletín lo que parecía un contrato.

—¿Pero tengo que pagar algo? —preguntó ilusionado Ben.

—Nada en absoluto —afirmó con rotundidad el comercial.

—Ya señor, pero llevo muchos años con esta compañía, y no sé... eso de los cambios... —dudó Benson mientras se disponía de nuevo a secar otra tanda de copas.

—Eso lo mejor de todo caballero, no cambia de compañía, sigue en la misma. Y ahora, si es tan amable, firme aquí —indicó el comercial mientras le acercaba el contrato.

Ben ni siquiera lo leyó, se dispuso a firmar donde le indicó aquel hombre, el comercial satisfecho observaba como garabateaba aquellas hojas.

No me gustaba intervenir en los asuntos de Ben, y si lo hacía tenía que ser de forma que no se sintiera mermada su independencia. Yo siempre

velaba por sus intereses, pero de un forma no invasiva.

—Perdona que te interrumpa Ben, ¿me traes un vaso de agua?, se me ha atragantado un cacahuete —rogué a Ben mientras fingía estar tosiendo.

—Claro Dick —contestó Benson mientras se dirigía por agua.

Alargué la mano para coger el vaso que me acercó el bueno de Benson, una vez en mi mano, lo volqué sobre el contrato recién firmado.

—¡Qué torpe soy!, ¡perdón!, no era mi intención, no sé como he podido, la verdad lo siento —me disculpé con una falta de sinceridad evidente.

El comercial me miró con cara de rabia, mientras sacaba un nuevo contrato, mientras Ben se afanaba en limpiar de agua la barra del bar.

—No se preocupe, tengo más —contestó de malas maneras.

—¡Ah, que tienes más!, pues saca otro para mí, que igual me interesa uno para mi casa.

—¿Es usted cliente de nuestra energética? —preguntó desconfiado.

—Eh... sí, sí, por supuesto —mentí.

—Bueno, deme sus datos —contestó ya más calmado ante la perspectiva de poder matar dos pájaros de un tiro.

—Por supuesto, pero... ¿puede explicarme en qué consiste la oferta?. No estaba atento cuando se la explicó a este señor —contesté mientras señalaba con la mano a Benson.

—Claro hombre —contestó sin mucho entusiasmo.

Aquel comercial repitió como si de un discurso aprendido se tratara, los mismos argumentos que había dado a mi amigo Ben anteriormente.

—A ver si lo entiendo, sigo con vosotros, con los de siempre, y voy a pagar menos y encima no sé qué día a la semana con luz gratis, ¿es así? —pregunté a modo de repaso.

—Así es caballero —contestó mientras yo leía el contrato con detenimiento.

—Pues hay algo que no entiendo —señalé dejando el contrato sobre la barra del bar.

—¿Qué es? —preguntó frustrado el de la compañía eléctrica.

—A ver, ¿me estás diciendo que una compañía eléctrica, está contratando a comerciales y gastándose el consiguiente dinero en pagarles, para que estos visiten a sus clientes, para convencerlos de que paguen menos por la luz? ¿Tengo que tragarme eso? ¿Estamos tontos o qué nos pasa?

El comercial no supo qué contestar.

—Voy a hacer lo mismo, voy a contratar a un tipo para que visite a mis

clientes y les recuerde que muchos de los trabajos por los que yo cobro los hace la policía gratis –me respondí a la vez que acompañaba mi reflexión asintiendo con la cabeza

Ben, que estaba con el bolígrafo en la mano, lo guardó otra vez en su sitio.

—¿No es así? ¿Explícame? —insistí

—Eh... bueno, eso es por dar un buen servicio al cliente –contestó el comercial ante el giro de los acontecimientos.

—Ya claro, y una preguntita inocente, todo esto ¿no tendrá que ver con cambio del tipo de tarifa no? —pregunté al hombre del maletín.

—No entiendo caballero —preguntó nervioso.

—No lo entiende usted, ni lo entienden los usuarios confiados que firman el contrato, de eso se valen. Cuando cambias de tarifa, estás aceptando el cambio de mercado, ya no pagarás el kilovatio a precio regulado por el gobierno, sino a precio de libre mercado, donde la administración no puede poner topes y el kilovatio fluctúa, con picos en los que pagas tres o cuatro veces más que en la tarifa regulada. Vamos que te sale cara la broma del día gratis –expliqué.

El comercial nervioso ante mi tono empezó a jugar con el cuello de su camisa.

—Bueno, si usted no quiere firmar, es cosa suya, la oferta ya solo es para él –de pronto aquel hombre se dirigió a Ben con tono imperativo– firma aquí antes de que te quedes sin la oferta tú también –amenazó.

—Igual él se queda con la oferta, pero tú te quedas sin los dientes amigo –esta vez fui yo quién amenazó

Nervioso aquel hombre recogió el contrato sin firmar y salió apresuradamente del local.

—Si vuelves por aquí y yo me entero, te llevas unas cuantas hostias – advertí en voz alta, para que me oyera antes de abandonar definitivamente el Bar.

Aquel hombre no respondió, se limitó alejarse calle abajo lo más rápido posible.

—Joder, qué putas lo ha pasado el tipo ese –reflexionó el bueno de Ben.

—Oye Ben, hablando de putas, dime una cosa.

— Sí, Dicky.

—¿Has oído alguna vez hablar del "club Sándalo"? —pregunté para dar por zanjado el tema del comercial y su mágica tarifa.

—¿Qué pasa, ya te has cansado de hacerte pajas? —contestó enseñando sus grandes y blancos dientes mientras sonreía.

—Bromas ahora no Ben, es algo que me tiene preocupado.

—¿Te sientes solo y por eso buscas a esas chicas? —preguntó ya más serio.

Es cierto que a veces me sentía solo, y eso no es bueno porque uno de los efectos secundarios de la soledad, es tenerse que aguantar a sí mismo, y es jodido escaparse de uno, porque siempre te das alcance. Pero en ese momento no era lo que más me preocupaba.

—No es por eso Ben, son cosas del trabajo —expliqué.

—No sé Dick, deja que lo piense —con la mano izquierda se acariciaba el mentón, mientras que con la derecha me servía un generoso vaso de ron.

—Haz memoria. Es más difícil encontrar ese club, que saber el nombre de soltera de la mujer de Lot —contesté con una de mis habituales reflexiones.

—¿Eh?, ¡ya estás con tus jeroglíficos! —me contestó resignado.

—¡Venga hombre! —arengué— ¡céntrate!

—De verdad Dick, en serio, nunca he oído hablar de ese club, al menos en esta ciudad —contestó Benson a la vez que continuaba— siento de verdad no poder ayudarte, ¿algún caso importante, de esos que me gusta que me cuentes?

—No, la verdad es que no. Además me prometí a mi mismo pasar de ese tema, no sé, no me hagas mucho caso.

—¿En qué andas metido ahora?, ¿no seguirás dándole vueltas al tema de la chica del andén? —interrogó Benson.

—No, ya te dije que prometí olvidarme del tema —mentí adoptando cierto aire aburrido— sigo con lo de siempre, la desaparición de turno. Nada de espionaje, servicios secretos o similar —bromeé en esta ocasión.

—No te quejes, seguro que habrá alguna mujer.

—Y si no, estás tú, pedazo tiarrón —bromeé con el bueno de Ben

—Ja, ja, te mueres de ganas —cambio el tono festivo, para proseguir con un tono más serio— Oye Dick no sé si decirte...

—Dime —apuré algo preocupado ante su cambio de semblante.

—El otro día una dama vino por aquí preguntando por ti —contestó dudando sobre la oportunidad de aquella revelación.

—¿Dama?, ¿desde cuándo entran damas por aquí? —contesté bromeando.

—Era Virginia...

Me dio un vuelco al corazón, tras lo cual me quedé por un momento absorto. Retuve mis pensamientos unos instantes como quien retiene el aire antes de expirar.

—¿Aquí? —pregunté con una fingida pose tranquila.

—La verdad, creo que venía a verte, y no sé...

No acabó de hablar, su rostro bonachón se forjó de repente duro como el acero, su cuerpo corvado se tensó largo dejando ver sin dificultad su verdadera estatura. Al fondo por la puerta tres jóvenes de pelo muy corto, casi al cero, entraron escandalosamente, uno de ellos llevaba un jersey de cuello alto negro muy ceñido y pantalones a juego con unos guantes cortados, los otros dos, rubios como el primero, llevaban unas parkas coreanas sin capucha de colores verde y azul marino respectivamente.

—¡Eh! Negro, ponnos unas cervezas rubias —dijo uno de los más cercanos a la barra, a la par que los otros dos se acercaban a ella más tarde, como siguiendo una especie de protocolo jerárquico.

Con rostro duro, Benson les sirvió las consumiciones mientras acababan de instalarse en la barra, para luego darles la espalda huyendo de cualquier provocación que viniera de aquellos tipos. En su rostro se podía observar perfectamente la rabia contenida hacía ellos.

—Solo hay algo que me moleste más que un negro —incredó el del cuello de cisne, que estaba sentado a mi derecha— ¡un negrata retrasado!

Los otros dos rieron, Benson ni se inmutó.

Los clientes empezaron a marcharse en la medida que la situación se ponía tensa. Al cabo de apenas unos minutos, no quedaba nadie en el local. Uno de los tres, el cercano a mí, empezó a exhibir una navaja.

—¿Sabes que es esto anormal?, ¿lo sabes? es un destripa cerdos, un destripa cerdos negros —declaró uno de ellos intentando sacar gracia de tal torpe ocurrencia.

Benson, que tenía miedo a los servicios sociales, no respondió a la provocación, por lo que optó por sacar brillo a unas copas que estaban más que relucientes. A pesar de eso aquellos tipos insistían en seguir provocando.

—Vamos a acabar con toda la escoria negra —prosiguió el de la voz cantante, mientras era coreado por los otros dos tipos que le reían las gracias.

Era evidente que buscaban una reyerta, lo que no estaba tan claro era cuánto iba a aguantar Ben, lo cual me preocupaba, ya que si él iniciaba la pelea, estaba claro quién tenía las de perder. Decidí por tanto intervenir.

—Pues eso es una putada —medié de pronto.

Los tipos dirigieron sus miradas hacia mí, permitiendo que mi amigo dejara de ser el centro de atención.

—¿Qué dices? —me replicó amenazante.

—Si acabáis con los negros, ¿a quién se la vais a chupar a partir de ahora? —repliqué mientras me acercaba el vaso de ron a la boca.

Los dos acompañantes me rodearon, y empezaron a acercarse estrechando el círculo. La tensión era más que palpable.

—Vaya, el circo llegó a la ciudad y se ha escapado el más payaso —dijo uno de ellos hablando para sus compañeros.

—Brindo por eso —dije dirigiéndome al del "afortunado" comentario, a la vez que hacía un ademán con el vaso.

Este no llegó a mi boca, a mitad de camino el contenido del vidrio se desvió bruscamente hacía los ojos del que había hablado, aprovechando el retroceso del codo para hundirlo en el hígado del que tenía detrás, mientras Benson se ocupaba del tercero dirigiéndole una botella a aquel cepillo que tenía por cabeza. El que parecía el líder, sorprendentemente salió huyendo como pudo dejando tirados a sus compañeros.

Una vez empezada la trifulca solo restaba una cosa, divertirse.

—¡Vaya dos!, Si no es uno, es el otro. ¿Por qué siempre que tengo que recoger algún tipo con la mandíbula rota, está alguno de vosotros presente? Sobre todo tú, Donovan, con esa pinta de estirado que tienes, bien podrías pasear el culo por algún local de pijos, en vez de ir rompiendo caras en antros como este.

Era Smithers, un vulgar patrullero de policía que se creía "robocop" porque le habían ascendido a sargento, lo cual solo le servía para ser él quien decidiera a qué hora se comían los donuts.

—No me digas que ahora vas a ser tú quien me diga a mí, donde me tengo que tomar una puta copa —repliqué.

—No te pega este local, tienes más pinta de tomar zumos detox, que ron de garrafa.

Benson se rió ante la ocurrencia del sargento, y es que en el fondo tenía razón el cabrón de Smithers.

—¿Y tú de qué te ríes Señor Garrafón? —contesté molesto ante las risotadas de Ben.

—A ver, qué parecéis niños, dejaos de gilipolleces y dadme detalles, quiero detalles. ¿Quiénes eran esos tipos? —dijo señalando la ambulancia

que se llevaba a las víctimas de nuestras, digamos, diferencias.

Benson explicó lo ocurrido. Mientras el policía intentaba sin éxito que el bolígrafo que llevaba encima pudiera escribir para poder tomar las pertinentes notas, decidí refrescarme un poco el sofoco, por lo que me limité a pasar detrás de la barra y servirme yo mismo otra copa.

No me llevaba bien con el cuerpo policial, a pesar de mi aspecto pijo, en el fondo guardaba cierto aire antisistema, y para mí seguían siendo los mercenarios de la clase política.

Aquel día llegué a casa algo cansado, por lo cual opté por darme un buen baño que me relajara. Con la dichosa pelea al final no hablamos de lo de Virginia, y los fantasmas acechaban de nuevo. En fin, mucho que asimilar, o más bien, mucho que dejar pasar, que lleva no menos esfuerzo.

Tenía la esperanza de que el abrazo de la espuma y la sensación del agua caliente cubriendo mi cuerpo, podría reconfortarme. Y así era, estaba empezando a deleitarme con los placeres acuáticos, y dejándome llevar por una placentera sensación de abandono. En lo mejor del baño sonó el teléfono.

—¡Dígame!— respondí malhumoradamente mientras a duras penas, intentaba quitarme jabón de encima.

—No se puede negar que es muy particular su forma de responder al teléfono —respondió Linda.

—Sra. Baker, tiene usted el don de la oportunidad —contesté resignado.

—No le entiendo, Dick.

—No importa. A propósito, pensaba llamarla mañana para informarle sobre los progresos de la investigación —proseguí con aire de profesionalidad.

—De eso quería hablarle precisamente —puntualizó la Señora Baker.

—¿Y bien? —pregunté mientras usaba la mano que me quedaba libre del teléfono para secarme con una de mis toallas.

—Esta misma tarde, he presentado la pertinente denuncia en la policía por la desaparición de mi marido —aclaró Linda.

—¿Significa eso que estoy fuera del caso? —pregunté desconfiado.

—Significa lo que he dicho, que he presentado una denuncia por desaparición, nada más, no sea tan suspicaz.

—No es eso, pero no me gusta que la policía meta sus narices en mis casos —reproché a mi interlocutora.

—Mire Donovan, usted tiene un trabajo que hacer, hágalo, el resto es cosa mía —respondió tajantemente.

—Así lo haré —sentencié malhumorado.

Capítulo 9

Era una de esas casas de dos plantas con parterre delante, que suelen encontrarse en urbanizaciones algo alejadas del centro, enclavada en un barrio elegante, no era el sitio en el que yo me esperaba encontrar viviendo a una simple secretaria. Sin embargo, esa era la dirección que me habían dado en el almacén de Rocco. Me acerqué a la puerta, intentando sortear un grupo de bicis que algunos chavales habían dejado sobre el camino que accedía a su adosado.

El ruido de los cortacésped del vecindario me impidió oír con claridad el timbre, por lo que lo pulsé de nuevo para cerciorarme de que sonaba. Esta vez sí.

—No insista, no le van abrir —se apresuró a advertirme un hombre ya mayor que tenía un tiesto en la mano y que deduje era un vecino.

—¿Conoce a la Srta. Lewis? —pregunté al de la maceta.

—Por supuesto, me cuido mucho de saber que clase de gente se instala al lado de mi hogar —respondió con aire de suficiencia.

—¿Por qué piensa que no me abrirá? —pregunté con curiosidad, a la vez que observaba a aquel tipo con su delantal floreado tan estrafalario.

—Creo que le cae a desmano la puerta —indicó mientras se intentaba secar el sudor con la antemanga de su jersey.

—¿Como cuánto a desmano? —pregunté sorprendido.

—Como de aquí a Brasil.

Miré a aquel tipo con detenimiento, quería averiguar si hablaba en serio, o simplemente estaba bromeando.

—Perdón. ¿Cómo dice?

—Como lo oye. Por cierto y ¿usted quién es? —preguntó posando de pronto el tiesto en el suelo.

—De la compañía del gas —contesté a la vez que de reojo observaba el interior de la vivienda de aquel tipo.

—No recuerdo haberle visto —contestó desconfiado.

—No recuerdo que nos haya llamado —me aventuré a contestar.

—Perdone, no tiene pinta.

—¿Cuál se supone qué es la pinta que debe de tener un empleado de la compañía del gas? —pregunté con la intención de desarmar la curiosidad de aquel tipo.

Aquel hombre me miró de arriba a abajo, tras lo cual se quedó unos segundos meditando.

—No sé, mono, herramientas... —contestó señalando mi aspecto con sus manos.

—Me ocupo de problemas de falta de pago de las cuotas —aclaré colocando correctamente mi corbata.

—No, si ya decía yo que muchos lujos y boatos y al final te enteras que no pagaba ni el gas —replicó a la vez que posaba el tiesto en el suelo.

—Me estaba diciendo algo de lejanía de la puerta y tal...

—Ah sí, es cierto, perdone, hace unos días que cogió sus cosas y se marchó apresuradamente a Brasil —explicó el hombrecillo.

—¿Le dijo ella que se iba allí? —pregunté para cerciorarme de la fiabilidad de aquella información.

—Por supuesto que no, no nos hablábamos —respondió indignado.

—Entonces, ¿cómo sabe que marchó a ese destino? —insistí.

—Simple, salió tan precipitadamente que al subir al taxi no se percató de que se le había caído el bolso.

—¿Y? —interrogué ansioso.

—Pues que dentro del bolso, había un billete para Sao Paulo —comentó en voz baja como queriendo dar confidencialidad a dicha confesión.

—Prosiga —animé mientras cruzaba mis brazos.

—Pues eso, al rato llegó toda histérica preguntándonos si habíamos encontrado un bolso, y claro se lo dimos, porque ¡oiga usted!, somos de los más honrados de la comunidad —matizó dándose algo de dignidad.

—Comprendo —contesté ensimismado pensando en lo que me decía, creando con ello un cierto vacío en la conversación.

—¡Hansel! ¿Con quién hablas? —se oyó del interior de la casa contigua, una estridente voz de mujer.

—Ahora voy, estoy hablando con los del gas —contestó dirigiéndose a aquella voz.

—Perdone, mi mujer me reclama. Ha sido un placer hablar con usted, por cierto, a ver si bajan las tarifas —reclamó mientras se agachaba para

recoger de nuevo el tiesto.

—No se preocupe —contesté— para usted le haremos un precio especial.

Me quedé unos momentos parado reflexionando sobre lo que había averiguado, tras lo cual me encaminé hacia la parada de metro más cercana. Apenas había avanzado unos metros, cuando el hombrecillo del adosado me chistó desde el porche de su casa.

—¡Shiss, eh, buen hombre! —gritó aquel hombre mientras me hacía gestos con la mano para que regresara.

Me paré, cogí aire, y me resigné a dar la vuelta, temiendo que aquel hombrecillo me saliera con alguna queja o sugerencia sobre el servicio del gas.

—Dígame caballero —contesté de forma educada.

—Verá buen hombre, he hablado con Gretel acerca de nuestra charla —contestó con cierto aire de confidencialidad.

—¿Y? —pregunté con el objeto de acortar la conversación.

—Pues mi señora vio algo raro —confesó de pronto colocando una de sus manos sobre el mentón.

—¿Algo raro? —pregunté esta vez con verdadero interés.

—Sí, verá, pocos días antes que usted, un hombre vino preguntado por la buscona esa —declaró el hombrecillo.

—¿Otro hombre dice? —pregunté intrigado.

—Sí, llamó a la casa de esa mujer pero nadie abrió, así que aquel tipo se dirigió a nuestra puerta y nos preguntó por ella, yo no estaba en casa sino mi mujer, por eso no se lo comenté antes.

—Comprendo —contesté con la mirada perdida intentando sacar conclusiones de la nueva información

—¿Y qué paso luego? —pregunté de nuevo.

—Pues, le dijimos que no sabíamos donde estaba y se fue sin mediar palabra, al día siguiente se lo comentamos a la vecina y ésta se puso pálida. De hecho, eso paso justo el día antes de que se fuera a Brasil.

Hice un silencio para poder asimilar esa nueva información, la cual ponía de manifiesto que el caso empezaba a ponerse realmente serio.

—¿Y dígame, qué aspecto tenía aquel hombre?

—Eso es lo que más le llamó la atención a mi mujer, aquel hombre vestía raro, muy raro —confesó apoyando dicha afirmación con gestos marcados.

—¿Puede ser más concreto? —pregunté intrigado.

El hombre se tomó unos segundos para reflexionar tras lo cual contestó con rotundidad.

— Claro, vestía una túnica naranja.

Capítulo 10

La cosa se complicaba por momentos, en un extraño giro del destino, dos de los asuntos que más me preocupaban en ese momento, parecían converger, algo que me tenía sumido en una confusión absoluta. Estaba claro que necesitaba más que nunca, algún tipo de información que pudiera poner luz en aquella oscuridad.

Sin embargo, uno de los mayores problemas con el que nos encontramos los detectives privados a la hora de investigar, es que no tenemos la facilidad que tiene la policía para acceder a información, que a nosotros como al resto de los ciudadanos nos es vedada, por tanto, nos vemos obligados algunas veces a desarrollar algunas habilidades sin las cuales nuestro trabajo sería harto difícil.

En este caso necesitaba saber quién era realmente la secretaria de Rocco, y sobre todo, que relación tenía con el que a todas luces, parecía ser el asesino del andén.

Para ello, cualquier tipo de información es oro, conocer datos de alguno de los implicados, como cuentas corrientes, disposiciones en efectivo en cajeros, seguridad social y un largo etc, era crucial para arrojar luz en aquel asunto, pero claro, no es cuestión de esperar que te lo digan amablemente sin más ni más, por lo cual, tuve que utilizar uno de mis recursos.

—Departamento del Tesoro Irs ¿dígame? —contestó una voz de mujer.

—Sí, Hola buenos días, ¿Me puede pasar con Mark Tracy?, extensión 160 por favor —pregunté intentando calcular el tiempo que tardaría en hablar con él.

—Un momento por favor —tras un rato, una musiquilla de fondo dejó paso a una segunda voz —¿Dígame?

—Mark granuja ¿eres tú? —pregunté mientras me servía una bebida.

—¡Hombre, el estirado de Dick! —se oyó al otro lado del teléfono.

—Buen oído Mark —contesté.

—Caray, caray, el bueno de Dick. Creí que estabas muerto —bromeó.

—Perdona que no te llamara antes, pero de verdad que he estado muy ocupado, trabajo, ya sabes —contesté justificándome.

—Supongo que me llamarás para pedirme algo.

—¡Por favor! ¡Por quién me tomas! Somos amigos —dije haciéndome el indignado.

—Me alegro, porque ya sabes que nada de información —advirtió.

—Nada, te lo juro —repliqué inmediatamente.

—Siendo así, tú dirás. Solo espero que no sea uno de tus trucos, que nos conocemos —contestó desconfiado.

Era cierto, Mark y yo no pegábamos nada, pero teníamos una relación simbiótica, él me conseguía información y yo le conseguía citas, lo que pasa es que debido a su carácter blandito, todas sus citas terminaban la misma noche, por lo que él se quedó sin ligues y yo sin información. Sin chicas, el muy cabrón cerró el grifo. Estaba claro que algo tenía que inventar.

—Truco no, para nada hombre, solo quería comentarte una cosa.

—Bueno qué es, dime.

Hice una pequeña pausa dramática que aproveché para saborear tranquilamente el trago, y de paso paso reflexionar como dirigir la conversación a mi terreno.

—¿Te acuerdas de Cindy, mi prima de Seattle? —pregunté mientras saboreaba mi copa.

—Pues no, no sabía que tuvieras una prima —confesó.

—¿De veras? —pregunté sorprendido— creí que te había hablado de ella.

—Pues no lo sé, puede. ¿Por qué? —preguntó con curiosidad.

—Verás, te cuento, el caso es que viene a verme con una amiga que quiere conocer la ciudad —expliqué— y claro, se han empeñado en que las lleve a cenar y todo el rollo y...

—¿Y qué, dime? —preguntó ansioso.

—Pues eso, que había pensado que podías hacer compañía a mi prima, ya sabes...

—Hombre Dick, siendo tu prima...

—Me extraña que no la conozcas, ¿no la recuerdas? sí hombre, fue Miss Seattle el año pasado —contesté haciéndome el tonto.

—Caramba Dicky no lo sabía, ¿de veras? , oye y dime, ¿sale con

alguien? —se interesó vivamente Mark.

—Creo que no, pero igual puedes solucionarlo tú —contesté inocentemente.

— Bueno yo... —se ruborizó continuando— ¿dime a qué hora quedamos?

El tono de voz de Mark indicaba claramente que su órgano en desuso había tomado el control de la situación, dejando fuera de servicio a su cerebro, algo por cierto muy habitual entre el género masculino. Era por tanto el momento de atacar.

—La verdad, ese es el problema, que igual a última hora posponemos la cena — respondí artificialmente apesadumbrado.

—¿Y eso? —preguntó preocupado.

—Nada, trabajo de última hora, una cuestión de morosos, tengo que investigar el patrimonio de una tipeja y su fulano, saber si tiene dinero y tal —continué con aire pesado— mirar bancos, embargos, declaraciones de la renta...

—Ya veo —contestó preocupado.

—Lo peor no es eso, lo malo es que los de la compañía me andan metiendo prisa, pero bueno, no te preocupes, haré lo que pueda y si por lo que sea no acabo el curro a tiempo podemos quedar la próxima vez que venga mi prima —continué lamentándome.

Un breve silencio en la conversación presagiaba que Mark había picado el anzuelo.

—Oye Dick —dijo tímidamente.

—Dime —respondí como si no me imaginara la propuesta.

—Quizás pueda ayudarte —contestó bajando la voz.

—No, no, de ninguna manera. Podrías jugarte el puesto, te lo agradezco mucho pero no —repliqué haciéndome el digno.

—De veras, no es problema, ¿cómo se llaman?

—Es que... no sé... —contesté dudando, mientras que con mi mano hacía el signo de la victoria.

—Insisto, tú me dices los nombres y yo haré lo que pueda.

—Está bien, pero solo por ti y por mi prima, que la pobre le hace mucha ilusión tener un novio —contesté condescendiente.

—Espera que tome nota —contestó más ilusionado

Mientras Mark buscaba donde anotar el nombre, yo estaba al otro lado del teléfono luciendo una sonrisa malévol, que acompañaba con un brindis

al aire con mi copa de ron.

—A ver dime.

—Bueno, pues se trata de Lewis, Lois Lewis. Y Rocco, Johny Rocco. Esos son los nombres —indicó sin dejar de saborear la copa.

—Vale, no te preocupes y déjalo en mis manos, cuando nos veamos en la cena ya tendrás tu informe —contestó a media voz para que no le oyeran.

—Gracias Mark, en cuanto hable con mi prima y su amiga te llamo.

—De acuerdo —contestó.

—Hasta luego pues —me despedí de Mark.

La primera parte había sido fácil, solo faltaba el asunto de mi prima, lo cual me dispuse a solucionar con otra llamada.

—Club Belgrado, dígame —contestó un hombre con voz rota.

—Hola, quería alquilar un par de chicas para una noche —solicité mientras me descalzaba uno de los pies que tenía sobre la mesa.

—¿Algún servicio especial? ¿Bsdm, griego, trío, cuadro...? —interrogó.

—No, algo sencillo, una cena con otro amigo y luego un polvete —proseguí mientras seguía poniéndome cómodo.

—¿Nada más? —preguntó.

—Bueno la verdad es que sí —aclaré.

—Usted dirá.

—Un par de cosas, la primera que vistan con discreción, que no denoten su condición de meretrices —exigí.

—¿Eh? —preguntó extrañado.

—Que mi amigo no sospeche a que clase de cita acude —intenté aclarar.

—¿Cómo? —siguió sin comprender.

—¡Qué no parezcan putas cojones! —aclaré definitivamente.

—Joder, pues dígalo coño —contestó el hombre de la voz rota.

—Perfecto, en ese caso necesito una señorita de pelo más bien largo, cuyo color sea de tono dorado pero que no llegue a platino, alta y de busto prominente, quizás una 100 copa grande, y para mí una chica delicada de piel y pelo cobrizo, senos delicados, no voluminosos, que no sea exhuberante en sus pectorales —detallé.

—Vale, una rubia tetona y una pelirroja plana, muy bien, *anotao* —simplificó burdamente el de la voz rota.

Capítulo 11

En principio, parecía bastante evidente que la desaparición del marido de Linda Baker no había sido voluntaria, pero lo que no me esperaba, era la aparición en escena del hombre de la túnica naranja, por lo tanto esperé a ver como se desarrollaban los acontecimientos, antes de informar a mi cliente sobre la evolución del caso. La precipitación era cosa de principiantes y uno aprende rápido. Además, debería de averiguar si la aparición del monje era una casualidad o no. De la misma forma que asiduamente nos visitan evangelistas, mormones o testigos de Jehova, también lo hacen monjes budistas, por tanto tenía que andar con pies de plomo para no hacer el ridículo relacionando dos casos que igual no tenían nada que ver el uno con el otro.

Me sobraba tiempo y me faltaban datos, por lo que decidí dar otra vuelta de tuerca al asunto de la famosa dirección manuscrita. Cogí el listín telefónico, para ver si existía el famoso club Sándalo que aparecía en la nota.

—Saba, Sabor, Sacerdotisas, Saeta... —pasé página esperando encontrar algo.

—Saholin, Sala, Samaritanas, ¡hay qué joderse con el nombrecito! —exclamé ante tan particular nombre de "club social".

—Sandokan, Sara..., nada, ni rastro —mascullé.

Una llamada telefónica impidió que siguiera curioseando.

—¿Dígame? —contesté de forma automática.

—Buenos días, mi nombre es Mariana y le llamo de la compañía teleup, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

—Conmigo —contesté secamente harto del telemarketing.

—¿Es usted el titular de la línea? —interrogó la operadora.

—No, soy el suplente, ¿a ti qué te parece?—contesté molesto.

—Déjeme señor que le hable de nuestras inmejorables tarifas —replicó mecánicamente, importándole tres cojones mi actitud.

—Vaya por Dios, eres de las que no te rindes... —me temí.

—¿Con qué compañía está?, ¿está contento con su línea? —interrogó de nuevo.

—Pues estoy en compañía de una fulana, ¿por qué no te vienes y te traes

una línea, podemos esnifarla entre los tres —contesté ya de mala hostia.

—Permítame señor que le informe de los servicios de nuestra compañía —insistió cansinamente.

—Te voy a a mandar en compañía de tus familiares muertos como no me dejes en paz! — grité descontrolado.

Tras colgar de forma brusca, no me quedaron ganas de seguir con mi particular investigación, por lo que decidí quitarme un poco la mala hostia que me produjo la llamada, buscando a alguna amiga, por lo que saqué mi raída agenda de cuero. Estaba menos actualizada que la coreografía de Gene Kelly, pero esto es lo que hay.

—Sí, hola, ¿está Andrea? —pregunté al teléfono.

—No, acaba de marchar hace un rato. ¿Quién es? —preguntó una voz de hombre.

—Solo un amigo, ya llamaré en otra ocasión, gracias —contesté a la vez que colgaba el teléfono.

—¿Diga? —contestó una voz de mujer.

—¿Betty? —pregunté.

—Sí, soy yo ¿quién es? —preguntó extrañada.

—Soy Dick —contesté sonriendo.

—¡Tú lo que eres, es un hijo puta! —contestó exaltada colgando bruscamente el teléfono.

—¿Sí?

—¿Caroline? —pregunté en esta ocasión.

—Desde que se casó ya no vive aquí —contestó un hombre.

—Gracias. —vaya día, pensé mientras colgaba el teléfono.

Visto que Vivian se había vuelto lesbiana y que Wendy se había metido a no se qué secta, comprendí que no me quedaba otra que llamar al último recurso.

Marqué el número de Dolly con una mano, mientras con la otra apuraba un vaso de vodka. Al fin contestó el teléfono.

—"Hola, éste es el contestador automático del 555 42 42 58. Por favor, deja tu mensaje después de la señal. Gracias"

—Hola Dolly, soy Dick, si te apetece verme esta noche estaré por casa a eso de las once, hasta luego.

Dolly era una de esas chicas que no te convencen y a las que acudes en períodos de larga abstinencia. No era muy guapa y además solía apestar a alcohol, pero siempre estaba allí cuando la necesitabas. La ley de la oferta y

la demanda en toda su crudeza. Resignado me tomé un par de copas en un bar que pillé de camino, y me dirigí a casa pensando que de lo malo a malo, al final me iba a poder ahorrar los cincuenta pavos de una "profesional", y es que la economía estaba jodida, jodida. Además el hecho de contratar ciertos servicios me hacía sentir un fracasado, era como ver una película sin sonido, faltaba algo, el cariño no se puede alquilar, eso es lo jodido.

Al abrir la puerta, me llevé una grata sorpresa. Dolly me estaba esperando. Lucía un espléndido salto de cama de seda negra y un collar de perlas rodeaba su cuello para terminar descansando su vértice sobre sus pechos. Unas medias de rejilla convenientemente abrazadas a las piernas por sendas ligas, indicaban el camino a seguir con la vista, cual balizas en una pista de aterrizaje. Calzaba un zapato de aguja que todavía mantenía puesto, mientras que el otro ya descansaba sobre la moqueta de mi apartamento dejando descalzo uno de sus diminutos pies, y no sin picardía, se pasaba torpemente la lengua por los labios convenientemente húmedos gracias a una de mis botellas de Bourbon. Tenía cierto puntillo encima que le daba a su mirada un toque entre miopía y perversión. No se puede negar que el morbo estaba servido.

—Hola campeón, veo que sigues sin cambiar la cerradura —advirtió Dolly.

—No sabía que tuvieras copia de la llave —respondí más complacido que enfadado.

—¿Me la hubieras dado si te la hubiera pedido? —preguntó con un toque ebrio.

—Sabes que no —contesté mientras me sentaba a su lado.

—¿Y tus gatitas?, ¿ya no te ronronean que tienes que llamarme?

—¿Te molesta? —pregunté mientras acariciaba su cara con el dorso de mi mano.

—Sabes que sí, pero prefiero tener el diez por ciento de algo, al cien por cien de nada —contestó con una sinceridad conmovedora.

—No sé, a veces me siento culpable —confesé mientras deslizaba uno de aquellos finos tirantes hacía abajo.

—Eres un hipócrita —contestó sin acritud.

—¿Hipócrita yo? ni lo sueñes —repliqué.

—Sí claro..., hablando de sueños, tuve ayer uno muy raro —declaró con la clara intención de cambiar de tema.

—¿Sí? Cuéntamelo —solicité a media voz.

—Salía del último metro y caminaba hacia mi casa, era de noche, no sé si muy tarde o no, pero estaba sola...

—Sigue —animé interesado.

—Iba caminado viendo los escaparates y estos se iban apagando según me acercaba.

—¿Y? —pregunté mientras recorría con mi mano todo su contorno.

—Pues que al apagarse aceleraba el paso, cuando más corría, más escaparates se apagaban tras de mí, llegó un momento en que incluso las farolas de la calle se apagaban a mi paso —hizo una pequeña pausa para rellenar de nuevo el vaso— al final corría y corría dejando detrás de mí toda la ciudad a oscuras.

—Parece interesante —respondí con voz entrecortada mientras mordisqueaba suavemente sus labios.

—Al final llegaba a mi casa, y fíjate, dentro de mi sueño me despertaba, era como un sueño dentro de otro —prosiguió ya casi ebria de los repetidos sorbos.

—¿Acabó ahí? —interrogué mientras mis manos recorrían la parte interna de sus piernas.

—Más o menos, soñé que me despertaba, creía que era una pesadilla y me dirigí a la nevera por una cerveza, pero al abrir ésta, se apagó la luz de la nevera, luego sonó el despertador... Afortunadamente.

—Si aparecieran hormigas sería un sueño Dalidiano, pero con luces apagadas no sé que decirte —contesté burlón.

—Bueno, a ver que hormiguita tienes aquí...

En mitad de la faena estaba a punto de experimentar un desenlace apoteósico, cuando una llamada telefónica me demostró cuan fácil era darse cuenta de lo efímero de los placeres terrenales.

—¿Qué haces que no coges el teléfono?—sugirió Dolly entre ebria y relajada.

—¿A ti qué te parece? Tengo planes a corto plazo más urgentes —repliqué.

—¡Cógelo de una puta vez que me está taladrando la cabeza! —insistió esta vez de forma más brusca.

—Joder... —mascullé mientras estiraba mi cuerpo, a la par que alargaba el brazo hacía la mesita situada justo al otro lado del cabecero de la cama.

— ¡¿Quién hostias es?! —contesté airado.

—La verdad Sr. Donovan, la suya es una fijación algo extraña. Le sugiero tome nota del teléfono de mi psicoanalista.

— ¡Sra. Baker! ¡Quién si no! —contesté resignado.

—La verdad, creo que tiene usted problemas de comunicación, fonofobia diría yo, ¿ha probado a cambiar el teléfono por un Tam-tam?, está más acorde con su carácter — contestó Linda irónicamente.

—Bueno, la verdad es que... —no me dio tiempo a disculparme ya que me interrumpió como solía hacer.

—No tengo ganas de perder el tiempo con sus excéntricos comportamientos, lo que me interesa es saber como progresa la investigación.

—Estoy a la espera de obtener una información, que puede que aclare algo las cosas, pudiendo así arrojar algo de luz al caso.

—Perfecto, cuándo podré pues leer su primer informe —preguntó con aquella voz que resultaba especialmente sensual al teléfono.

—Espero que en un par de días a lo sumo —contesté.

—Bien, llámeme cuando lo tenga.

—Así lo haré.

Capítulo 12

No era un restaurante tocado por la gracia de un chef de renombre, ni disfrutaba de una carta arriesgada, por no hablar de su escasa bodega, pero se comía bien, y lo fundamental, daba el pego de elegante sin serlo ni cobrarlo, algo que hacía del local el sitio ideal para ese tipo de encuentro.

Allí estábamos los cuatro reunidos en una mesa en amor y compañía. Sentado enfrente con un ramalazo vulgar que hasta un provinciano captaría, la que se supone era mi prima de Seattle, a su izquierda el cartesiano de Mark, con ese aire santurrón de no romper un plato que tanto me sacaba de quicio, para terminar la escena y justo a mi lado, la amiga de mi supuesta prima intentando descifrar la utilidad de cada uno de los cubiertos.

¡Joder! Había que ver al perfecto funcionario vestido de domingo, todo orgulloso porque era la primera vez que una mujer le reía sus chistes sosos en vez de salir corriendo, además, el tipo pensaba que estaba seduciendo a Miss Seattle. Pero el despropósito no acababa ahí, lo peor de todo era que se consideraba todo un caballero y trataba a mi presunta prima como si

perteneciera a una de las mejores familias de Boston. ¡Pobre iluso!, él, que no ha visto una puta ni en fotografía, si llega a sospechar la verdad se pondría más pálido que Nosferatu con anemia.

—Bueno Mark, ¿qué te parece mi primita? —pregunté para romper el hielo.

—Toda una dama —contestó causando las naturales risitas.

—¿Y yo Dicky? ¿No te parezco otra dama? —preguntó la pelirroja.

—Sí, de tablero de ajedrez —contesté irónicamente.

—Oye Mark, ¿Tienes novia? —interrogó mi presunta prima.

—Bueno, no, pero tengo un vínculo especial con una persona.

—¡Ah!... ¿Sí? —pregunté con morbosa curiosidad.

—Cierto, verás, me he apuntado a un club de debates.

—¿De bates? ¿Pero hay Clubes de esos? ¿Qué hacéis, colección de todo tipo de bates o solo de los de béisbol?

Hubiera sido una ocurrencia más o menos brillante, si no fuera por que la pobre meretriz lo decía completamente en serio.

—Tiene gracia tu prima, pues no, es un club en el que se habla y se trabaja sobre el tema de discusión propuesto —explicó con suficiencia.

—Ah bueno, entonces es como en el nuestro, se habla y luego se trabaja, pues lo que viene siendo un club —la patada que le di en el tobillo hizo que no siguiera metiendo la pata, aunque el bueno de Mark no se olió nada afortunadamente.

—Y en ese club ¿en qué habláis? ¿en inglés, en francés o en griego? —preguntó con sorna la pelirroja, que parecía ser más espabilada que la rubia.

—Si bien tengo nociones de español y algo de francés, por supuesto siempre elegimos la lengua de Shakespeare —contestó con suficiencia sin seguir enterándose de nada.

—Bueno, vamos a centrarnos —corté temiendo que se descontrolara el tema —nos hablabas de una novia...

—Cierto, como os decía suelo dejarme caer por ese club.

—En mi club también se dejan caer —apostillo entre risas la pelirroja.

—¿Y? —volví a cortar.

—Pues suelo rivalizar con una, si me permitís, sureña encantadora.

—La que te tiene que permitir es ella, encanto —volvió a interrumpir la pelirroja algo aburrida ya de tanta memez.

—¿Perdón? —se extraño el bueno de Mark.

—Nada, no hagas caso, sigue —intervine de nuevo.

—Bueno, pues llegamos a tal confrontación, que creo, que aparte del lógico pulso dialéctico, se esconde algo más.

—¡Es verdad!, a muchos tíos se les sube el pulso —meditó la rubia.

—Pues nada nada, a confrontar, a confrontar —sentencié queriendo cortar la conversación.

Mark, intentaba elegir cuidadosamente el cubierto adecuado para cada plato, en una alarde de clase, incluso se puso a oler el corcho de la botella de vino, cosa que no entendió bien el camarero.

—¿Qué le pasa a la botella?, ¿huele mal? —preguntó el camarero airado— aquí somos muy limpios, ¡este es un restaurante de tres tenedores!

Mientras la rubia confusa, contaba los dos tenedores que tenía junto al plato y miraba debajo de la servilleta en busca de un tercero, la otra movía las mandíbulas a una velocidad tal, que parecía una langosta sobre un campo de trigo, no dejaba ni las migas.

—Ciertamente es una lástima que mi aversión a volar me impida viajar con más asiduidad Dixie Land —declaró Mark con su habitual pedantería.

—¿Dónde dijo? ¿A Disneyland? ¡Tu amigo es mariquita!, ¡a que sí! —interrumpió la pelirroja bajo una más que evidente influencia del vino.

—O peor... ¡le gustan los menores! ¡seguro que es pedestre! —inquirió entre ebria y agresiva.

—Sí bonita, es pedestre, no tiene pasta para taxis, le pasa como a ti, se gasta todo en chicles —contesté malhumorado.

—Pos a mi eso de viajar, como que no, en *verda* no me mola —acabó por rematar la del pecho abundante.

—¿Y a qué es debida esa circunstancia? —se interesó Mark.

—¿Qué? ¿Cómo? —contestó confusa la rubia.

—Que por qué no te gusta viajar —traduje a la del busto generoso.

—Ah bueno, es que tu amigo habla raro, ¿es extranjero o algo? —insistió confusa.

—¡No cojones! ¿Puedes contar ya de una santa vez por qué no te gusta viajar? —respondí al límite de mi paciencia.

—Vale hombre, no te *chines*. Bueno os cuento, tuve un novio judío que me invitó a casa de sus viejos en Chicago, yo no tenía ganas de ir, pero me dijo que era la fiesta del *yonki pur*, así que me planté allí cagando leches —encendió un cigarrillo y prosiguió— total, no veas la cara de los moñas cuando saqué la maría, la farlopa, las pastillitas y demás, ¡me sacaron a patadas!, ¿qué pedazo mierda de fiesta de yonkis era esa? Desde luego no sé quién era el “*pur*” ese, pero su fiesta un mojón —explicó indignada.

—Joder, esto no puede salir bien —mascullé para proseguir esta vez en un tono más audible— que graciosa tu caricatura del día del *yon kipur*, me encanta ese humor ácido que tienes.

—¿Eh? ¿Qué? Ácido... a ver... ¿quieres un tripi? Creo que tengo por aquí... ¡pero eso sí, lo pagas eh! —contestó rebuscando en el bolso.

—Déjalo —contesté resignado apurando la botella ante la deriva de la conversación.

—¿Bueno Mark, te gustan los cuadros? —se le entendió a duras penas a la pelirroja, mientras se le escapaba una batería de perdigones por la boca, al no querer soltar como presa a un muslo de pavo que tenía entre los dientes.

—Bueno, he de confesar que me gusta el expresionismo.

—No te preocupes, soy muy expresiva, si hay que gritar, se grita —contestó la de la talla cien con aire profesional.

—Yo soy más de arte sacro —confesé ante la mirada atónita de la pelirroja.

—¿Eso qué es? —preguntó la rubia extrañada de no conocer “esa técnica”.

—El arte relacionado con lo religioso —expliqué sin mucho afán.

—Anda la hostia, que te va la postura del misionero... No te pega encanto —confesó decepcionada la pelirroja.

Mark no quiso quedarse atrás y acabo por arreglarlo, ajeno a la verdadera naturaleza de la conversación.

—También disfruto con el cubismo, la verdad sea dicha.

—¿Qué? —preguntó la del tinte con aire preocupado.

—Sí, ya sabes, formas cuadradas, con muchas aristas y cubos.

—Ah no, no, cosas raras no, eso no estaba hablado —sentenció firmemente.

Logré terminar la cena, no sin antes haber sufrido intelectualmente lo indecible, eso sí, al menos tuvo sus momentos de gloria. No pasaron muchas ocasiones sin haber tenido que morderme el labio, para no soltar alguna que otra carcajada ante las cándidas ocurrencias de Mark y las diarreas verbales de las discípulas de María Magdalena, tras lo cual, y una vez que tuve el informe en mis manos, propuse que nos fuéramos a un lugar más tranquilo.

—Bueno, creo que no nos vendría mal buscarnos un sitio más acogedor —propuse al grupo con un evidente tono lascivo.

—Estoy de acuerdo, pichurri. Dime tigretón ¿por qué no nos vamos a mover las bolas? —contestó la que le había asignado a Mark.

—¡No te preocupes, para eso conozco el sitio ideal!

Al idiota de Mark, no se le ocurrió mejor idea que la de proponer ir a un billar, por supuesto que yo no estaba por la labor de malgastar trescientos dólares *per cápita*, sin mover otro tipo de bolas, así que consultando con rostro grave el reloj indiqué a Mark lo tarde de la noche para dos incautas señoritas.

—Mark, no creo que sea una hora muy decente para nuestras amigas, será mejor que las lleve a casa. ¡Ah! Por cierto, vete pagando mientras llamo un taxi — dispuse con aire paternal.

Una vez me deshice de Mark, me dirigí a mi humilde apartamento, una vez allí disfrute de mis tres trofeos, la rubia, la pelirroja y el informe completo del servicio de la hacienda pública de los Estados Unidos.

A la mañana siguiente y sin muchas ganas, me puse a investigar los datos que me había conseguido el bueno de Mark, los cuales en un principio relacionaban la desaparición de Rocco y la de su secretaria.

Sin embargo, a deducir de los movimientos bancarios del informe, no había nada que en principio relacionara aquel caso con ningún monje, congregación, culto o similar, por lo que decidí que ya era hora de informar de algo a mi cliente.

—Residencia de los Señores Rocco —contestó una voz de mujer.

—Por favor, querría hablar con la Sra. de Rocco.

—¿De parte de quién, si es tan amable? —interrogó.

—Del Sr. Donovan.

—Un momento, por favor.

Pasaron unos minutos, al cabo de los cuales se puso mi clienta.

—Buenos días Sr. Donovan, espero que no me chille en esta ocasión.

—¿Cómo podría yo hacer tal cosa Sra. Rocco? —respondí haciéndome el sorprendido.

—Señora Baker, si no le importa, no he renunciado a mi nombre de soltera.

—Disculpe.

—Supongo que me llamará por el informe —contestó con aire de suficiencia.

—Así es, sería conveniente que nos viéramos —indiqué a mi clienta.

—Muy bien, ¿qué le parece a las diez de la noche? —preguntó retóricamente.

—No suelo quedarme hasta tan tarde en mi despacho —me precipité a aclarar.

—Pensaba en una cena en un sitio tranquilo, ¡ah!, y no se preocupe, pago yo— aclaró con la autoridad que la caracterizaba.

En principio parecía vislumbrarse el final del caso, o al menos esos eran los indicios. Aunque he de reconocer, que era demasiado evidente para mi gusto, no obstante hasta el momento eso era lo que había, por tanto me dispuse a continuar con otros casos pendientes, cogí mi indumentaria habitual y me fui a la calle. En este caso el trabajo era bastante sencillo, se trataba de buscar pruebas de infidelidad para un tema de divorcio.

—¿Desea habitación señor? —preguntó un hombre con aspecto rudo y con un puro apagado en la boca, sin siquiera separar la mirada del periódico.

—No, solo quería saber qué habitación le ha dado a la pareja que acaba de entrar —pregunté al tipo del habano.

—No es asunto suyo —contestó mecánicamente sin levantar la vista de la sección de relax.

—Comprendo, hágame el favor, entrégueles este frasco cuando les vea, se lo dejaron en mi Taxi —concedí dejando con cierto desprecio un frasco sobre el mostrador.

Dejé de ver la calva de aquella bola de grasa, para por fin verle la cara, la cual por cierto era igual de desagradable. Se paró a mirar aquello con una expresión que afeaba más su rostro si es que ello era posible.

—¿Qué es eso? —preguntó extrañado sin soltar el puro de la boca.

—Creo que un análisis de orina —contesté sin mucho interés.

—¡No me joda! —exclamó con asco.

—No tengo intención, solo aspiro a no quedarme cosas que no son mías —aclaré a aquel hombre.

—Bueno amigo, ¿es su taxi no?, pues déselo usted —insistió mirando el frasco con desdén.

—No, no, que se puede meter en líos, esa información es confidencial —contesté mientras disfrutaba con la situación.

—¡ Habitación 302, tercera planta!, ¡lárguese con eso ya! .

—No se preocupe amigo —contesté cogiendo con asco aquel frasco.

Una vez dejé al tipo detrás abrí el tarro y me bebí su contenido, todavía estaba fresquita. Me había gastado un dólar en una cerveza, pero ahorrado cien en un soborno, y no era solo por el dinero, en el fondo me gustaba reírme de aquellos tipos que porque traten con putillas, camellos y butroneros de poca monta, se creen más listos que los que pagamos nuestros impuestos. Me indignan los binomios honrado gilipollas, culto pardillo, etc. Pues no, conmigo no. Eso se lo dejo a los demás.

Aquella pensión no contaba con ascensor y si me apuran tampoco con escaleras, ya que apenas median poco más de medio metro de ancho. éstas subían de un solo tramo por piso y eran de madera, crujiendo estruendosamente a cada pisada. Llegado a mi destino me dirigí a buscar la habitación, no sin antes atravesar un pasillo largo y estrecho salpicado de apliques, de los cuales la mitad no funcionaban. Una alfombra roja, no precisamente hollywoodiense y alguna mesita, eran todo el mobiliario que se podía observar.

La puerta de la habitación estaba situada al final del pasillo, junto a una ventana que daba a la escalera de incendios. Era sin duda la más discreta para el tipo de uso al que estaba destinado.

—¡Servicio de habitaciones! —levanté la voz mientras llamaba a la puerta, cesando con ello súbitamente, el mecánico chirriar del somier.

—Eh amigo, lárguese, no hemos pedido nada —contestó una voz de hombre tras la puerta.

—Vale, les dejo el cheque detrás de la puerta, total... es al portador —respondí con indiferencia.

Pudo oírse un cuchicheo durante unos minutos, tras lo cual unos pasos se dirigieron hacia la puerta. Un hombre la entreabrió sin más ropa que una toalla, unas botas camperas y sombrero tejano del que se le escurrían numerosas gotas de sudor.

—¿Cheque? —preguntó extrañado.

—Claro, ustedes son la pareja mil que visita este hotel —contesté seriamente, con las manos formalmente detrás de mi espalda.

—¿Qué pasa Jonas? —se acercó la mujer tapada con una sabana, totalmente despeinada y las mejillas coloradas.

—Este tipo dice que nos trae un cheque —contestó franqueando la puerta confiadamente.

—Bueno pareja, antes de entregar el talón una foto para nuestro álbum —declaré retratándolos con un fogonazo de flash.

Antes de que pudieran reaccionar, ya estaba escaleras abajo con cámara en mano, el tipo tejano se cagaba en no sé quién, mientras se oían los lloros y lamentos de la mujer.

Ya tenía lo que necesitaba, pruebas gráficas de la infidelidad de aquella mujer, solo faltaba lo más importante, cobrar aquel trabajo y pasar al siguiente. Esa es la paradoja de un detective privado, convertir en rutina, los actos desesperados de los que precisamente huyen de dicha rutina.

Capítulo 13

Cada vez que algo me salía bien, me regalaba a mí mismo una bebida, de la misma forma que los caballos reciben una manzana junto con una palmadita cuando han realizado el ejercicio correcto. Yo no tenía a nadie que me diera una palmadita, pero debo aclarar que no por eso voy a envidiar a los caballos.

—¡Qué día Ben, ni te lo imaginas! Ponme una Bud, que esta noche tengo cena— exclamé frotándome las manos.

—Hola Dick —susurró una delicada voz de mujer tras de mí.

Por un momento, se detuvo el tiempo. Un escalofrío se apoderó de mi cuerpo y el corazón empezó a latirme aceleradamente. Tragué saliva y permanecí por unos momentos en silencio, paralizado, sin saber como reaccionar. Las manos empezaron a temblarme.

—Esta señorita hace rato que te espera Dick —informó Ben con aire serio mientras me servía la cerveza.

Me di la vuelta despacio, con un temor que no sabría si atribuir a lo que pudiera encontrarme, o a lo que no.

—Señora Andersen, ¿cómo está? —contesté cortésmente.

—Me ha costado mucho venir hasta aquí —contestó aquella mujer con una expresión a caballo entre la dulzura y la melancolía.

—Es lo que tiene no vivir en el centro —contesté de forma cínica.

—Dick yo...

—¿Qué quieres Virginia? —corté fríamente, no sin hacer un gran esfuerzo de contención.

—Hablar, solo hablar.

—Un poco tarde, ¿no crees?, exactamente cinco años tarde —contesté mientras nervioso jugaba con el vaso de cerveza.

—No puedo entretenerme mucho, tengo que acostar a la niña, solo quería verte y saber como estas —se excusó en un hilo de voz.

—¿Cómo estoy? ¿A ti qué te parece? —contesté con frialdad mientras apretaba con fuerza el asa de la jarra.

—Bueno, creo que todo esto ha sido un error —susurró mientras amagaba con irse.

—Espera, ¿te acuerdas del Danubio Café? —contesté en un nuevo alarde de debilidad.

—Allí nos besamos la última vez —sonrió amargamente.

—Allí me dejaste —sentencié— Mañana, ¿a las doce?

—No faltes —asintió.

Virginia me lanzó una mirada nostálgica, y después de darme un beso en la mejilla, se perdió tras las cortinas de la entrada del bar.

—Se te va a calentar la cerveza —interrumpió el bueno de Ben para quitar hierro al asunto.

—¿Cerveza? ¡Tráeme un ron!, ¡ya sabes oscurito como tú!

A veces uno tiene la sensación de que se está metiendo en un charco, pero a pesar de eso te empeñas en mojar los pies. Y acceder a volver a ver a Virginia, no era meter los pies en un charco, era directamente meterse en un pozo, un pozo que posiblemente acabaría ahogándome de la misma manera que me había estado ahogando todos estos años en alcohol.

Pero no era el momento de dar marcha atrás, una vez que la jaula del Kraken se abre, solo te queda enfrentarte a él.

Capítulo 14

—Buenas noches caballero —saludó cortésmente el hombre del atril.

—Buenas noches, estoy citado con la señora Baker —anuncié.

—Perfectamente, la mesa del fondo a la derecha —indicó el *maître* mientras con un gesto demandaba la presencia de un camarero.

—Gracias —contesté mientras me encaminaba a la mesa que me había indicado sin esperar a que me guiaran.

No era el típico restaurante convencional con un salón lleno de mesas colocadas eficientemente, sino más bien, una serie de pequeñas salas donde los clientes podían disfrutar de privacidad y tranquilidad durante toda la cena, y desde luego aquel lugar lo conseguía, un ambiente relajado envolvía aquella pequeña sala discretamente decorada en tonos beige y con motivos versallescos. De entre la melodiosa música barroca que se podía escuchar, apenas se percibían las conversaciones del resto de los clientes, que no sumarían más de una docena. Se podía decir que era un restaurante bastante acogedor, el cual por cierto, no conocía.

Eran las diez menos cinco, aún no había llegado mi cliente. Para hacer tiempo, me dispuse a releer el informe que previamente había elaborado. No acababa de pasar de la segunda hoja cuando apareció ella a la entrada de la sala. No sé el tiempo que me la quedé observando sin apenas pestañear. Envuelta en un vestido entallado de negro satén, lucía un elegante recogido de pelo, y sobre su pecho un fino colgante del que dejaba lucir un espléndido diamante que hacía juego con sendos pendientes. Su irrupción en el local no dejó a nadie indiferente.

Acostumbrado a tratar con los bajos fondos, prostitutas y soplones, tanta elegancia se me antojaba de otra esfera.

—Buenas noches, Sr. Donovan, celebro que sea tan puntual —comentó a modo de cumplido.

—Y de haberla imaginado tan bella, una hora antes que hubiese llegado — contesté mientras le acomodaba a la mesa.

—Gracias Sr. Donovan —contestó sonriendo para más tarde proseguir con un aire más serio —le he hecho venir aquí, porque prefiero tratar tan penoso asunto en un sitio que pueda mitigar la desazón que me provoca la desaparición de mi marido —justificó Linda.

—Yo también pienso que las penas con vino son menos penas —asentí.

—¿Les sirvo un aperitivo? —interrogó el camarero.

—Casi mejor cenamos directamente, no quiero dilatar el tema más de lo necesario, si no tiene inconveniente el Sr. Donovan —contestó Linda a la vez que buscaba con la mirada mi aprobación.

—Por mí no hay inconveniente —me apresuré a contestar.

—Bien, en ese caso ustedes dirán —interrogó el camarero a la vez que nos ofrecía sendas cartas.

Una vez hubo tomado nota el camarero de la comanda, entramos en materia, eso sí, dejando un tiempo prudencial para que se alejara, cerciorándonos con ello de la privacidad de nuestra conversación.

—¿Y bien? —preguntó Linda con tono impaciente.

—Pues no sé, no me gusta el tema, me parece todo demasiado evidente — reflexioné.

—Prosigas por favor —indicó Linda.

—El día siguiente a la desaparición de su marido, la Srta. Lewis, su secretaria, cayó de baja a causa de una gripe.

—Esa mocosa presuntuosa —interrumpió Linda.

—¿La conocía? —pregunté interesado.

—Por supuesto, conozco a todos los empleados de mi marido, pero siga por favor.

—Pues bien, he estado investigándola. En primer lugar vivía en un barrio digamos un poco por encima de las posibilidades de una secretaria, por muy generoso que fuera su marido con sus empleados —expliqué buscando alguna reacción en su mirada.

—Comprendo —contestó resignada.

—En segundo lugar, y esto es lo que me preocupa, liquidó todas sus cuentas corrientes, bastante nutridas por cierto, y salió justa de equipaje precipitadamente hacía Sao Paulo, tan precipitadamente, que ni siquiera dio

de baja los servicios de luz, gas y agua de su domicilio –proseguí en el informé a mi cliente.

—¿Está seguro? —preguntó algo irritada.

—Yo mismo comprobé listas de embarque en el aeropuerto, domiciliaciones de recibos y cuentas bancarias.

—Como usted decía, las evidencias saltan a la vista. Ha sido usted muy eficiente, aunque estará acostumbrado a estos casos —comentó algo dolida.

—No tan deprisa, Sra. Baker, no creo que su marido se haya fugado con su secretaria – declararé contribuyendo al lógico misterio.

—Pero todo apunta a ello —contestó Linda.

—Exactamente. Todo parece indicarlo, y eso es lo que me preocupa.

—No le entiendo –contestó mientras miraba con disimulo a las mesas continuas, como queriendo comprobar que nuestra conversación seguía siendo discreta.

—Efectivamente, siento decirle que su marido y su secretaria eran amantes. Parece ser que la Srta. Lewis poseía una Visa de empresa con la que hacía pagos en boutiques, salones de belleza e incluso en joyerías, eso unido a algunos testimonios que he podido recoger y de los que prefiero no dar detalles, lo confirman.

—Sigo sin entenderle –declaró Linda a la vez que fijaba su mirada en la mía.

—Me he tomado la libertad de investigar las cuentas bancarias de su marido. Espero que no la moleste –me disculpé al no haberla informado previamente.

—Lo comprendo, ¿y bien?

—Dos cosas, la primera es que mensualmente depositaba una cantidad de dinero en una cuenta numerada a la que no he podido acceder.

—Eso no hace más que reforzar la teoría, de que mi marido se fugó con esa rubia de bote que tenía por secretaria —comentó a la vez que asentía con la cabeza.

—No, no coinciden las cantidades que ingresaba con los movimientos bancarios de la Srta. Lewis, ni tampoco coinciden las fechas, ni siquiera la entidad bancaria.

—¿Entonces? —preguntó intrigada.

—Es de suponer que hay terceras personas de por medio, lo cual me preocupa bastante –confesé mientras me pasaba la mano por el mentón en un tic calculado.

—¿Y la segunda? —preguntó Linda.

—¿La segunda qué? —pregunté haciendo alarde de mi habitual despiste.

— La segunda cosa que había averiguado —recordó impaciente.

—¡Ah, sí!, es cierto. Lo segundo es que en torno a la fecha de la desaparición de su marido no hubo ninguna disposición de efectivo, es más, hoy por hoy la cuenta no ha bajado significativamente —expliqué.

—Lo cual significa que, de haberse fugado, hubiera retirado todo o parte del dinero de las cuentas —reflexionó Linda.

—Exacto, además cuando visité su despacho pude observar que tenía sobre su mesa algunos papeles pendientes, con la clara intención de continuar al día siguiente —informé a mi bella interlocutora.

—Ahora sí que no entiendo nada —masculló con preocupación a la vez que nerviosa jugueteaba con la servilleta.

—Hasta ahora tenemos lo siguiente, por una parte desaparece su marido repentinamente dejando una importante reunión pendiente y sin disponer del dinero de sus cuentas, por otra parte y en las mismas fechas tenemos a su secretaria personal, que viviendo por encima de sus posibilidades abandona precipitadamente el país llevándose un par de maletas y todo su dinero.

—Querrá decir el de mi marido —replicó airada.

—Sea como sea, algo o alguien causó la desaparición de su marido y asustó lo suficiente a su secretaria como para huir del país —concluí.

—¿No podría localizar a la rubia de bote? —apuntó con desprecio a la vez que buscaba con la mirada una respuesta.

—Ya lo había pensado, aunque me temo que sería muy difícil y costoso, ya que supongo que a estas alturas se haya procurado una nueva identidad, nadie huye al extranjero para que lo localicen.

—Claro, es lógico —reflexionó.

—De todas maneras, si no hubiera avances tendría que agotar esa posibilidad.

—Por lo que veo no hay motivo para despreciar esta cena, así que disfrutemos lo que queda de velada —contestó Linda mientras degustaba el caviar de los Ayatolás.

Tenía frente a mí a una mujer que a pesar de su fortaleza, seguridad e ironía, denotaba cierto aire de ternura que evitaba evidenciar a cualquier precio, lo que la hacía más atractiva aun. Estaba claro que no solo su belleza era particular, también lo era su forma de enfrentarse a la vida.

Al final de la velada, Linda se ofreció a acercarme a mi apartamento, ya

que por supuesto, seguían sin arreglar mi coche, lo que además de dejarme una pasta en el transporte público, contribuía al fortalecimiento de mi músculo cardíaco. Una cosa por otra, hay que ver siempre el lado bueno de la vida.

—De verdad Sra. Baker, no se moleste, cogeré un taxi —intenté convencer a Linda más por educación que por intención.

—Nada de eso Sr. Donovan, no me cuesta ningún trabajo, además me gusta pasear en coche antes de acostarme.

Apenas cruzamos unas palabras durante el trayecto, era como si la situación invitase a ello.

Cuando por fin llegamos frente a mi apartamento, detuvo el coche junto al portal, dedicándome una sonrisa de cortesía. Hubo un breve silencio.

—Gracias de nuevo por traerme Linda —agradecí con sinceridad.

—Ya le dije Dick que no era trabajo —contestó mientras miraba por el espejo retrovisor con la intención de reincorporarse al tráfico.

—¿Linda? —pregunté dudando.

—¿Sí? —preguntó apartando la vista del retrovisor.

—¿Le apetece subir a tomar un café antes de irse?

No contestó durante un instante que se me hizo eterno. Me arrepentí nada más terminar la pregunta. La perspectiva de quedar como un patético salido me incomodaba, y más ante una mujer con tanta clase como ella.

—De acuerdo Dick, pero no en su casa, sino en la mía.

Acto seguido, dio un golpe de acelerador incorporándose de forma brusca al tráfico a la vez que daba un giro en sentido contrario, todo ello ante mi lógico asombro. Ahora si que el arrepentimiento mutó rápidamente en satisfacción. El preámbulo desde luego era prometedor.

Como si de una premonición se tratara, durante el trayecto, al igual que antes, seguimos sin mediar palabra, siendo el sonido bronco y tubular de su deportivo italiano el único que sonaba en la noche. Era como si los dos sospecháramos sin querer el final de aquella velada.

—Hemos llegado —aseveró Linda.

Capítulo 15

La mañana era hermosa, los rayos del sol se colaban por las cortinas y

las sombras coqueteaban con los reflejos solares, el sonido de los pájaros rompió el silencio, todo invitaba a la relajación por lo que daba pereza levantarse de la cama.

—¿Qué llevas al cuello?, anoche no me di cuenta —preguntó Linda.

—¿Te refieres a ésto? —contesté cogiendo en mi mano un colgante que llevaba.

—Sí —confirmó con la típica voz de quien acaba de despertar.

—Es una mariposa monarca —contesté sonriendo.

—¡Qué bonita!, ¿de qué es? —se interesó Linda.

—Oro blanco, los ojos son dos pequeños diamantes y las franjas incrustaciones de ámbar —aclaré a mi bella compañera de cama.

—No sabía que te gustaban las joyas —masculló Linda mientras sujetaba con los labios una goma del pelo.

—Y de hecho no me gustan, lo que pasa es que este colgante tiene para mí un significado especial —confesé a Linda mientras se recogía el pelo.

—Entiendo, alguna novia, supongo —aseguró mientras ya comenzaba a vestirse, acción que hacía con la misma elegancia con la que se quitaba la ropa.

—Nada de eso, perteneció a mi padre —contesté entre risas.

—Por lo que veo le tenías mucho aprecio —comentó mientras comprobaba su aspecto frente a un espejo de pie.

—Se puede decir que sí, aunque he de confesar que mi padre es todo un enigma para mí, ciertamente le quería mucho, pero hizo cosas que a día de hoy intento comprender —confesé.

—¿Como qué? —interrogó Linda interesada.

—No sé, es todo muy confuso. De niño vivamos en Washington, concretamente en George Town. Mi padre era un alto funcionario del gobierno, por lo que podíamos permitirnos una vida holgada. Un día, cuando regresé del colegio, me encontré un motón de cajas y maletas en el porche de la casa, mi madre me dijo llorando que nos mudábamos, mientras mi padre llenaba el maletero del coche sin ni siquiera mirarme.

Linda dejó de acicalarse y sentándose a los pies de la cama, empezó a interesarse realmente por la historia que estaba relatando.

—Entiendo, ¿qué sucedió luego? —preguntó en busca de más detalles.

—Pues nos trasladamos a una pequeña comunidad de Montana, donde mi padre montó una frutería. Lógicamente mi madre, acostumbrada a otro nivel de vida, nunca entendió aquel drástico cambio de situación. Lejos de la

vida social de Washington y despojada de los lujos a los que estaba acostumbrada, empezó a caer en la bebida. Lo último que sé de ella, es que se fugó con un viajante de comercio. Eso es todo –contesté fijando la mirada más allá del gran ventanal que daba luz al dormitorio.

—¿Tu padre no te contó a qué se dedicaba en el gobierno? —preguntó con curiosidad.

—No.

—¿Nada? ¿Seguro? —insistió Linda.

—Qué va, siempre fue muy celoso de su vida profesional.

—¡Madre mía!, tu vida parece una novela —comentó agarrándome la mano— ¿Qué sucedió luego? —preguntó con el ánimo de saber más sobre mí.

—Pues aquí viene la peor parte. Estando yo en la facultad, en mitad de una de mis clases, entró un hombre en el aula y se acercó al profesor, intercambiaron unas pocas palabras y el profesor me señaló con la mirada. El hombre se acercó a mí y me invitó a salir del aula, una vez fuera me comunicó que mi padre se había suicidado.

Linda pareció quedar impactada ante aquella revelación.

—Tuvo que ser duro –reflexionó mientras aumentaba la fuerza con la que apretaba mi mano.

—Lo fue. Todo lo que me quedó de mi padre se limitó a un montón de deudas y este colgante que encontraron entre sus manos –confesé resignado.

—Lo siento –declaró con sinceridad.

—No importa. Bueno será mejor que me vista, todavía queda mucho por hacer –confesé mientras de un salto abandonaba la cama.

Capítulo 16

De Santos era de esas personas a las que su oficio no le pega con su aspecto, si es que se puede afirmar que existe tal tipo de asociación. Muy alto, extremadamente delgado, y de una palidez preocupante, parecía ser un miembro más de la Familia Adams. Como si dicho parecido le divirtiera, gustaba de llevar pantalones de raya diplomática, camisas blancas y americanas de corte tipo chaqué. Desde luego cuando pensaba en un perito de seguros, no era esa la imagen que se me venía a la mente.

Eran más de las once y media y aquello no tenía pinta de acabar. Me sentía más ansioso que un niño en la cola de un parque de atracciones. De no ser porque De Santos es ese tipo de clientes fijos que te ayudan a pagar los gastos del despacho, ya me lo hubiera quitado de encima mucho antes.

—Sigamos, póliza trescientos doce, presunto atropello, este es un caradura, le han atropellado cuatro veces en el último año, mira a ver qué sacas —señaló animadamente mientras repasaba otro expediente más.

—¿Qué más tienes? —indiqué como metiendo prisa.

—¡Ah! Sí, esta es la hostia, baja por depresión, no veas lo que se está gastando la compañía en psicólogos, toma —me entregó sumando otro expediente al montón de los que me había dado con anterioridad.

—De Santos verás... —indiqué tímidamente a mi cliente.

—Dime Dick.

—Es que había quedado con alguien a las doce —confesé algo avergonzado por mi aparente falta de profesionalidad.

—Una tía o un cliente —preguntó sonriendo.

—Pues para que te voy a engañar, una tía —confesé mientras me rascaba nerviosamente la nuca.

—¿Alguien importante? —preguntó interesado.

— A estas alturas realmente no lo sé —confesé enigmáticamente.

De Santos era persona antes que perito, y se dio cuenta al momento de la situación, por lo que sonriendo se limitó a mover la cabeza a modo de aprobación.

—Venga, lo dejamos para la próxima semana, pero a estos mételos caña — contestó mientras recogía la documentación y la introducía de nuevo en su portafolios.

—¡Gracias tío, te debo una! —contesté ilusionado a la vez que me ponía la americana precipitadamente.

Fue en su día un local de moda, ahora y después de varios traspasos había perdido todo su encanto, los *martinis* habían dado paso a los refrescos de máquina y los crepes estilo *galette bretonne* de media mañana a la bollería industrial, pero cuando entraba por la puerta, noté aquella misma sensación de hormigueo en el estomago que creía desterrada con el paso de los años.

Ahí estaba ella, sentada al fondo del local, junto a la ventana pero de espaldas a la misma, como no queriendo ver que fuera la vida seguía su

curso. Según me acercaba a la mesa, me temblaban las piernas.

—Perdona el retraso, un cliente de última hora —me disculpé con sinceridad.

—¿Sigues con la agencia? —preguntó Virginia.

—Ya sabes, de algo hay que vivir —contesté con una supuesta resignación mientras tomaba asiento junto a ella.

—He dejado a Martin —espetó a bocajarro sin perder la serenidad.

—Vaya, lo lamento —mentí.

Un incomodo silencio se adueño de la conversación, tras unos instantes que se hicieron interminables, Virginia prosiguió.

—Es verdad aquello que dicen respecto a que no te arrepientes de lo que haces, sino de lo que dejas de hacer, lo políticamente correcto pasa factura —confesó dando la sensación de que ya lanzada no había vuelta atrás.

—Ya, y yo soy lo incorrecto, supongo —contesté fríamente.

—Yo te he querido mucho, de lo contrario no hubiera soportado tu forma de ser.

—Creo que ya hemos pasado por esto —corté seriamente.

Virginia guardo silencio, tras el cual me miró fijamente a los ojos.

—Cierto, tienes razón, voy a ser directa, quiero volver contigo.

Cuantas veces había fantaseado con ésto, cuantas recreé esas palabras en mi mente con el deseo de que se cumplieran, cuantas veces me dormí soñando con algo así y sufriendo al despertar, y tras ver mi habitación, darme cuenta de que solo había sido un sueño, deseando con fuerza volver a dormirme con la esperanza de regresar a esa ensoñación en la que Virginia y yo seguíamos juntos. Cuantas me auto engañé de que realmente ésto, llegaría a pasar algún día.

Pero esta vez era real, y curiosamente estaba asistiendo a la culminación de todos mis sueños con una frialdad absoluta. Esa frase, si me la hubiera dicho hace unos años, simplemente tocaría el cielo, mientras que ahora experimenté la sensación vacía que da lograr algo a destiempo.

El *jet lag* sentimental es más que cruel, irónico. Midas tuvo que pasarlo muy putas.

—Virginia, no sé qué quieres decir —respondí como queriendo cerciorarme.

—Lo sé, he sido algo brusca, pero he perdido cinco años de mi vida y no quiero perder ni un segundo más —contestó serenamente.

—Bueno yo...

—No me respondas ahora, ni mañana, solo quiero que nos veamos y ver qué pasa, nada más —cortó Virginia.

—¿Qué le pongo señor? —interrumpió providencialmente el camarero.

—Un agua mineral por favor —contesté si apartar la mirada de Virginia.

Un silencio interminable pareció invadir el local.

—¿Sigues escribiendo? —preguntó con curiosidad.

—No —contesté con poco afán a la vez que encogía mis hombros.

—Lástima, ¿qué fue de aquella novela que empezaste? —se interesó Virginia a la vez que me cogía de la mano.

—Ahí está, en algún sitio, creo que no he pasado de las primeras páginas —contesté con indiferencia, sin responder al tacto de su mano.

—¿Puedo verla? —preguntó a la vez que apretaba con fuerza la mía.

—Ya te he dicho que solo he escrito unos folios —respondí apartando mi vista de la suya.

—Por favor... —insistió a la vez que me cogía delicadamente por la barbilla para dirigir mi mirada al encuentro de la suya.

Cuando sonreía, se le iluminaba el rostro de una forma especial, era imposible negarle algo a aquella criatura.

—Está bien, creo que está en mi despacho, si quieres nos acercamos y la ves —respondí levantándome a la vez que hacía el correspondiente ademán para que me cobraran las consumiciones.

Aquel local no estaba muy lejos de mi oficina, aun así el trayecto de apenas unos minutos se me antojaron horas. Caminábamos a buen paso mientras Virginia me cogía de la mano, entretanto, yo no sabía si retirarla o apretar con fuerza, opté finalmente por dejarla inerte.

Una vez llegamos, Virginia cogió aquellos pocos folios escritos a máquina a doble espacio y sonrió con la satisfacción de haberle sido concedido su deseo, impaciente empezó a leer...

“Pioneras lágrimas, se escapaban de tímidos corazones que se desdibujaban contra el cristal, anegando oscuros líquenes; mientras, las sufridas maderas respondían insolentes a cada paso que daba. Una vieja estufa acompañaba en su soledad a una férrea viga intentado imponerse al gélido intruso, surgiendo del corazón de la misma roncós lamentos. La agónica espera se aliaba con la implacable sencillez de la estancia, haciendo

que mis pensamientos retumbaran con la repetitiva sonoridad del eco entre aquellas paredes. El olor húmedo y tosco del yeso desconchado, mancillaba el recuerdo del aroma fresco y ácido de Virginia, corriendo hacía mi lado, amparada en las sombras cómplices de las noches del estío, posando su perlada frente en mi regazo...”

No acabó de leer el texto, dejó caer suavemente los folios sobre la mesa a la par que se me abrazó al cuello acercando su boca a la mía, no había nada que me pudiera separar de su rostro, apenas me separaba unos centímetros volvía a caer en sus labios, era como un dulce imán. No sé el tiempo que duró aquel beso, no me pareció ni mucho ni poco, simplemente es como si el concepto tiempo desapareciera.

Capítulo 17

Abandoné mi oficina como cada día a la misma hora, con la misma liturgia aprendida.

Relajadamente me dirigí hacía el metro, saboreando cada paso que daba con la estúpida satisfacción que produce una jornada menos. Los antes azules cristales de los edificios se tornaban anaranjados al reflejar los últimos rayos del día.

Mientras, los maletines de los ejecutivos daban paso a las bolsas de los grandes almacenes.

Un hombre con un tríptico en la mano quiso llamar mi atención.

—¡Arrepiéntete hermano, y podrás entrar en el reino de los cielos! —gritó con vehemencia aquel tipo.

—¿Arrepentirme? No hago otra cosa a diario... —mascullé.

—Deja que el Señor te abrace —replicó aquel hombrecillo.

—Puesto a elegir abrazos, prefiero que en vez del Señor, me abrace la señora, si puede ser —contesté sin detener el paso.

Aquel hombre, cegado por su proselitismo, no me prestó mayor atención y se dirigió con su retahíla a otro viandante que tenía más a mano.

Seguí caminando a mi paso sin importarme el ritmo frenético del resto de la gente, con el tenaz objetivo de no sucumbir a la marea humana que me

iba desplazando de un lado a otro de la acera, como si mi persona fuera una bola de billar rebotando por las distintas bandas de la mesa.

Cargado con el portafolios en una mano, y la bolsa de la compra en la otra, pensé lo bien que se desenvolvería en estos casos la divinidad Shiva, mientras a duras penas sujetaba los gratuitos que me iban repartiendo a la entrada del metro.

Ensimismado en mi mundo, jugueteaba con el pasamanos de las escaleras mecánicas, mientras me adentraba en la estación, una vez allí, el olor a grasa y goma recalentada daba paso al penetrante, seco y con cierto toque ácido que envolvía completamente aquel andén, cuyo olor cambiaba a veces cuando pasaba el convoy, arrancando del interior del túnel el inconfundible hedor de la red de alcantarillado.

El silencio reinaba en la plataforma, recordándome con ello la fatídica noche en la que en ese mismo andén había vivido una de las experiencias más impactantes de mi vida.

Intenté desviar mis pensamientos de lo vivido aquel día, y empecé a observar las manchas que las filtraciones de agua ocasionaban en la bóveda de la estación. Algunas de ellas parecían formar la imagen de algún Cristo.

No alcanzo a entender por qué ese gusto por lo cutre del que hacen gala ciertas divinidades, que gustan de tomar forma y aparecerse en humedades, baldosas o culos de perro, nunca lo he entendido.

No pude dar por finalizada mi disquisición, ya que un grupo de alborotados adolescentes con grandes mochilas entraron de pronto en el andén, como queriendo devolver la vida a la estación, a la par que impedían que siguiera con mis elucubraciones.

Absorto en la tarea de observar a tan colorido grupo, casi no me percaté de la llegada del tren.

Al atravesar uno de los túneles, se coló en el vagón un olor dulzón a fritura de soja proveniente de las cocinas de algún chino. No sé porque me acordé de Virginia, acostumbrada a los guisos de su abuela allá en el medio oeste, aquella comida le parecía de lo más sugerente, siempre que tenía ocasión me convencía para que la llevara a cenar a un asiático.

No era de extrañar, aquella sencilla vida que llevaba no daba para mucho, las reuniones dominicales con un grupo cristiano o algo parecido, y la mencionada debilidad culinaria eran uno de sus pocos vicios.

Frágil, delicada, tierna, dulce... esa era Virginia.

Por otra parte, como si de un interferencia se tratara, venía con fuerza a mi mente la imagen decidida, fuerte y con carácter de Linda, una mujer racial, pasional y de una belleza animal, todo ello sin perder su clase y elegancia.

Había pasado de la rutina, el alcohol y la soledad, a tener dos mujeres y un colgante. Lo de Linda parecía claramente el capricho pasajero de una niña rica, sin más recorrido, pero en cuanto a Virginia, sabía, que tarde o temprano tendría que tomar una decisión, y ésta no iba a ser fácil.

Decidí poner un poco de orden en mi cabeza. Era hora de visitar a Ben, así que seguí la liturgia, que no rutina, que marcaba mi andadura diaria.

—¡Buenas tardes, Dick!, ¿cómo madrugas tanto hoy? —preguntó mi viejo amigo.

—Un mal día Benson, solo eso, un mal día —respondí al viejo Ben con un tono de abatimiento.

—Eso tiene solución, un buen bourbon a última hora de la tarde soluciona cualquier problema —contestó con su humor habitual.

—No Ben, ponme un café descafeinado —repliqué a la vez que negaba con la mano.

—Pues ya puedes estar liado, es la primera vez en cinco años que me pides cosa semejante, ¿no te estarás volviendo marica? —contestó en voz baja como temiendo que otros clientes pudieran oírle.

—Te confieso que eso es algo que me planteo cada vez que entro aquí y veo tu enorme culo —bromeé con mi viejo amigo.

—Enorme es el guantazo que te voy a arrear —contestó enfadado.

—Deja de refunfuñar y sirve el café —contesté entre risas.

—¿Problemas? —insistió mientras me servía el café.

—Últimamente no me sale nada al derecho, llevo una semana sin coche, el casero me persigue, me salen novias de debajo de las piedras y encima un psicópata se dedica a matar gente y regalar budas misteriosos —contesté acorde mi confusión verbal.

—¿Qué tiene eso de raro? —preguntó Ben, ya acostumbrado a mis mundos.

—Nada, a no ser que busques un puticlub y te encuentres una iglesia.

—¿Pero qué bobadas dices? —preguntó desconcertado.

—Luego, está lo del Rocky o Rocco o como diablos se llame, te encargan un caso, un tipo desaparece y tienes que encontrarle, ¿podía haberse fugado con su secretaria, encontrarles y cobrar los honorarios, pues no!, el tipo no aparece ni vivo ni muerto, la secretaria huye a Brasil y en su empresa nadie sabe nada.

—Pues a mí me parece que el tipo se fue a Brasil con su fulana – concluyó moviendo una de sus grandes manos.

—Ojalá fuera así, pero no —contesté resignado.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —se interesó Ben.

—¿Te fugarías a Brasil con una nena dejando todo tu dinero en el banco a merced de tu mujer? Además, según aduanas nadie que responda al nombre de Johny Rocco ha salido del país desde la desaparición del fulano hasta hoy. Acabo de volverlo a comprobar esta misma mañana.

—¿Y la secretaria? —preguntó Ben intrigado.

—Ésa sí se fue con bastante prisa, pero no la suficiente como para no retirar antes toda la pasta de su cuenta –comenté divertido a la vez que daba un sorbo a la taza.

—¿Cuál es el siguiente paso que vas a dar? —preguntó mientras sacaba brillo a la barra del bar.

—Acabar el café e irme a dormir unas horas, a ver si saco algo en limpio de todo esto –sentencié dando por terminada la conversación.

— Oye ¿no crees que te dejas algo en el tintero? –preguntó el bueno de Ben.

—No –contesté haciéndome el inocente.

—Virginia –me aclaró pronunciando con dificultad.

—Bueno, vale, y además de todo eso tomé un café con ella –confesé a mi entrañable amigo.

—¿Dick? —reprochó mi viejo amigo ante mi evidente frialdad.

—Déjame, no estoy para historias, estoy hecho una mierda, que te den, me voy a dormir –sentencié malhumorado.

Me costó coger el sueño, eso que dicen que cuando más cansado, más te cuesta dormir debe de ser verdad. No obstante conseguí relajarme lo suficiente como para poder echar una cabezadita, pero de todos es conocido que lo bueno dura poco y una vez más, como no, sonó el teléfono.

—Hola Linda –respondí mientras comenzaba a jugar con el cable del

teléfono.

—¿Cómo sabías que era yo? —contestó intrigada.

—Porque estaba durmiendo apaciblemente —contesté con mi ironía habitual.

—Déjate de tonterías —cortó Linda— me acaban de llamar de la policía, quieren que me persone en la comisaría, tengo miedo.

—No te preocupes, dentro de quince minutos estoy ahí —respondí con voz grave.

Bajé del taxi de forma precipitada, en la puerta, nerviosa, Linda paseaba de un lado a otro de forma frenética mientras apuraba uno de sus cigarrillos. Al verme, tiró la colilla al suelo y me cogió del brazo.

—¿En qué puedo ayudarles? —interrogó el sargento de guardia.

—Soy Dick Donovan, Detective privado, esta es la Sra. de Rocco, mi cliente. Han requerido su presencia en esta comisaría —expliqué mientras miraba de reojo a Linda para comprobar que seguía bien.

—Un momento por favor —ordenó mientras consultaba unos papeles del portafolios— Sí, aquí está, suban a la primera planta y pregunten por el teniente Stick —indicó el oficial de guardia.

—Muchas gracias —contestó Linda.

La comisaría de distrito no era muy original, de mediados de los años sesenta, pertenecía a esa corriente de edificios públicos en los que abundaban formas muy sencillas con fachadas en ladrillo visto, donde lo único que sobresalía era la omnipresente bandera con barras y estrellas.

A veces pienso que las escuelas, parques de bomberos y comisarías de aquella época, salieron de la misma perezosa cabeza por arte de la xerografía.

—Estate tranquila, ya verás como es algo rutinario —intenté calmarla mientras subíamos las escaleras.

—¿Crees que ha aparecido? —preguntó nerviosa.

—Dudo que éste fuera el lugar más idóneo para un reencuentro de ese tipo. No, no creo que te hayan llamado por eso —aclaré a Linda.

—De todas formas ahora lo sabremos —contestó con aplomo a la par que apretaba mi brazo con fuerza.

No tardamos en salir de dudas.

—Por favor, ¿el teniente Stick? —pregunté a uno de aquellos policías.

—El de la máquina de café —contestó señalando a un tipo muy alto y delgado de no mucha edad.

—¿Teniente Stick? —me cercioré.

—Soy yo, ¿qué desean? —contestó secamente sin prestarnos la más mínima atención al estar golpeando la máquina expendedora.

—Es en relación con el caso de la desaparición de Johny Rocco —aclaré.

Aquel hombre empeñado en recuperar su cambio, seguía sin prestarnos la atención debida por lo que propiné un golpe seco en la ranura del cambio, hecho que precipitó la caída de algunas monedas.

—Gracias amigo —contestó mientras recogía las monedas.

—De nada —respondí mientras hacía una mueca a modo de sonrisa.

—¿Son ustedes familiares? —nos preguntó mirándonos descaradamente de arriba a abajo.

—Soy su esposa, éste es mi detective privado —contestó Linda señalándome a modo de presentación.

—Veo que usted es de las que piensa que malgastamos el dinero del contribuyente. En fin, venga conmigo. Usted también si lo desea.

—concluyó dirigiéndose a mí, eso sí, sin ni siquiera dedicarme una mirada.

—¿Se sabe algo de mi marido? —preguntó Linda algo nerviosa.

—Ahora mismo se lo aclarará el capitán —cortó el teniente.

Después de caminar algunos metros por un estrecho pasillo, llegamos en medio de un barullo de teclados golpeados torpemente y timbres de teléfono a una puerta en la que se leía Capt. Bucanan. Aquel hombre golpeó un par de veces en la puerta.

—¡Adelante! —se oyó con una voz gruesa.

Dentro de aquel pequeño despacho, se veía desde una ventana entreabierta el patio interior de la comisaría, donde algunos agentes enjabonaban sus coches patrulla. Un hombre afroamericano con algo de canas en su ensortijado pelo, nos hizo ademán de sentarnos.

—Es la señora Rocco —indicó el teniente.

—Señora Rocco, desgraciadamente a lo largo de mi carrera profesional he tenido mucha gente de bien sentada en ese mismo sillón, y he tenido que darle la misma información que a usted, sin embargo, sigo sin saber como decir ciertas cosas —relató aquel tipo, como si de un discurso aprendido se tratara.

—Simplemente con palabras, capitán. Está muerto ¿verdad? —cortó Linda mientras se ponía sobre los ojos unas oscuras gafas de sol.

—Así es Sra. Rocco —confirmó el capitán.

El hombre del pelo ensortijado hizo una pausa para que Linda pudiera asimilar la noticia, tras un breve tiempo, aquel tipo consideró que ya era suficiente cortesía y retomó la conversación.

—De verdad que lo lamento Señora, pero tenemos algunos trámites que seguir —indicó aquel hombre.

—¿Cuál fue la causa de su muerte? —pregunté.

—Le asestaron varias puñaladas con arma blanca —contestó el hombre del pelo ensortijado sin importarle que la viuda estuviera presente.

—¿Hubo signos de violencia? Es decir, ¿se resistió? ¿pelea previa? —pregunté de nuevo.

—¿Señor...?

—Donovan, Dick Donovan.

—Señor Donovan, le sugiero que antes de que continúe su retahíla de preguntas, se espere a leer el informe policial que con sumo gusto le enviaremos a la Señora en cuanto esté concluido, siempre y cuando que se haya instruido el caso o el juez levante el secreto de sumario —cortó el capitán.

—Siendo así.... —contesté.

—¿Cómo fue, quién ha sido? —preguntó la viuda en voz baja.

—En este momento está en fase de investigación, me temo que no puedo decirle más —contestó el capitán.

—No obstante, nos gustaría que la Señora identificara el cadáver —intervino el teniente que hasta ese momento había estado en silencio.

—¿Está muy mal? —preguntó Linda, esta vez algo asustada.

—No se preocupe señora, según el forense el frío ha conservado el cadáver, el servicio de limpieza del metro lo encontró a primera hora de la mañana dentro de un vagón que estaban limpiando —detalló el capitán.

—De acuerdo, vamos a ello —concluyó Linda.

No tuvimos que desplazarnos mucho, en los mismos sótanos de la comisaría estaba el depósito de cadáveres, sobre una mesa situada delante de una hilera de cámaras frigoríficas, se encontraba un cuerpo casi en su totalidad cubierto por una sábana, exceptuando el dedo gordo del pie derecho, del cual habían atado un lazo con una etiqueta numerada; parecía de ésos que ataban a las barras de salami. Al lado, estaba el forense, el teniente, el capitán y Linda que asombraba por su entereza, entre ellos yo, que por fin iba a conocer a mi cliente.

La verdad, con ese tono grisáceo, inerte, y con una sábana como vestuario costaba ubicarlo en aquel mundo de lujo y exceso que había disfrutado no hacía mucho. Lo miré con curiosidad, no se parecía al tipo sonriente de las fotos, solo se le reconocía por las pronunciadas bolsas alrededor de los ojos y su pronunciado mentón.

A pesar de estar difunto, conservaba un bonito corte de pelo que lejos de ocultar sus pronunciadas entradas, las realzaba sacándolas provecho. No pude evitar pensar en aquel tipo y en el revolcón con Linda. Lo peor de todo es que me daba igual, si tuviera que juzgarme a mi mismo, me absolvería por falta de pruebas, pruebas de moral reconocida. Si bien dudaría mucho entre amoral o realidad paralela en lo que a mi diagnóstico se refiere.

—Es él, no hay duda —declaró tajantemente al tiempo que el forense volvía a cubrir el cadáver.

—¿Habría algún inconveniente en poder ver los objetos personales que portaba en el momento del asesinato? —pregunté al capitán.

—Por mí pueden llevárselos, no hemos encontrado nada que nos sirva —concluyó el capitán despectivamente.

—Se lo agradezco —contestó Linda.

—Señora...

—¿Sí? —contestó Linda

—Supongo que se imaginará que tendremos que hacerle unas preguntas —declaró aquel hombre a la vez que hacía un gesto para que le acompañara.

—No se preocupe teniente, lo entiendo, estoy a su entera disposición.

—Siendo así, gracias por su colaboración —concluyó el capitán en esta ocasión.

Pudimos al fin abandonar la comisaría después de haber dejado resuelto el papeleo y el interrogatorio de rigor. Creí necesario acompañar a Linda hasta su residencia y así lo hice, allí intenté consolarla, aunque a veces me preguntaba de qué, dada su entereza.

—Siento que tengas que pasar por todo esto —consolé a la viuda mientras la abrazaba por el hombro.

—¿Qué está pasando Dick? ¡Estoy asustada! —confesó posando su

cabeza sobre mi hombro.

—No te preocupes, sea lo que sea estate segura que llegaré hasta el final. Ahora intenta descansar —tranquilicé.

—No, ahí fuera hay alguien que ha matado a mi marido, y no sabemos quién y por qué. ¡Quiero que lo averigües!. Contestó buscando confirmación en mi mirada.

—Está bien, como tú digas, será mejor que empiece examinando los objetos personales de tu marido, pero insisto en que deberías descansar. Te prometo que en cuanto sepa algo te llamo en el acto.

—Bueno, pero llámame aunque sea de madrugada —exigió Linda.

—Palabra de Boy Scout. Procura descansar. Nos vemos Linda —contesté medio bromeando para quitar hierro al asunto.

—Adiós Dick —contestó a media voz.

—¿Seguro que no quieres que me quede? —insistí de nuevo.

—Que no, venga, no insistas —contestó sonriendo, siendo ella en esta ocasión la que pretendía tranquilizarme.

—Vale, un beso —sonreí igualmente.

Tuve la intención de dirigirme a mi apartamento, pero al final en un alarde de temeridad sentimental, tomé la decisión no sé si equivocada, de ver a Virginia. A pesar de todo lo que había sufrido, no había duda de que en mi interior la seguía queriendo. No era la Virginia fresca y espontánea que había conocido casi de niña en la frutería de mi padre, pero sus ojos mantenían la misma ingenuidad de entonces.

—Hola Dick, pasa —contestó a media voz, casi susurrando.

—Hola Virginia —saludé en el mismo tono.

Hizo un ademán para que la siguiera en silencio y así lo hice, no tardamos mucho en atravesar el pasillo del pequeño apartamento para que complacida entreabriera una pequeña habitación en penumbra, con la intención de enseñarme lo que sin duda para ella era su mayor tesoro.

—Es preciosa —afirmé al contemplar a aquella niña.

—Lo es —asintió orgullosa.

Por un momento pensé que aquella niña cándidamente dormida, ajena a todo y a todos, podría perfectamente haber sido mi hija.

—¿Qué años tiene? —me interesé.

—Dentro de poco hace cinco años —respondió con una extraña sonrisa.

Se hizo un breve silencio que se me antojó eterno, me apresuré a romperlo sin más dilación.

—Oye ¿dónde puedo dejarte esto para que no te moleste? —pregunté mostrando la bolsa con los efectos del muerto.

—Dick, si vas a ir al tinte yo puedo poner una lavadora en un momento —se apresuró a ofrecerse.

—No hace falta —sonreí ante la ocurrencia.

—¿Has cenado? —interrumpió de pronto.

—No te molestes, solo voy a estar un rato —respondí mientras hacía el ademán de mirar el reloj.

—Una cosa, lo de hoy en tu despacho... —comentó titubeando.

—¿Sí? —pregunté albergando cierto miedo ante la posible respuesta.

—Fue muy bonito.

Ella si que era bonita, con esos grandes ojos que te miraban con inocencia, vestida con una simple bata de andar por casa, con unas zapatillas muy sencillas, y con una goma descolorida en el pelo que se empecinaba en evitar mostrar su melena en todo su esplendor.

—No sé lo que está pasando, esto está siendo muy rápido... —no me dejó continuar, se abrazó a mí y empezó a besarme, y esta vez no terminaría todo en un simple beso.

Capítulo 18

Entre unas cosas y otras apenas había comido, y la hora de la cena había quedado atrás hacía tiempo, por lo cual preferí comer algo antes de subir a casa. Por suerte había un restaurante indio cerca de mi apartamento que solía cerrar tarde.

—Hola, señor Dick —contestó el camarero con un fuerte acento hindi.

—Hola Imran, ¿tienes algo bueno por ahí que no me haga esperar? —pregunté hambriento a la vez que me acomodaba en un taburete rojo con respaldo dorado, que se encontraba situado en la barra de aquel restaurante.

—Hoy haber basmati con crema de lentejas —informó Imran.

—Perfecto, eso me servirá, vete trayéndome una cerveza —indicé mientras alargaba la mano, para coger uno de los periódicos que el local ponía a disposición de los clientes.

—¿Señor mudarse de casa? —preguntó de pronto.

—¿De dónde te sacas eso?—pregunté extrañado.

—Por llevar cosas en bolsa de plástico —contestó señalando la bolsa transparente con los efectos del finado que había depositado en el taburete contiguo.

—Nada de eso —contesté riendo— hoy me llevo el trabajo a casa.

—¿Qué trabajo ser esta vez? —preguntó con total descaro.

—No seas cotilla y tráeme el arroz.

Mientras comía le daba vueltas al tema, no sé por qué me imaginaba un final así, aunque realmente más que un final era un principio, ya que si antes tenía que investigar una desaparición, ahora tenía que buscar un asesino. Por si esto fuera poco, estaba sobre la mesa el lío con mi cliente, además de lo de Virginia. No se podía decir que estuviera pasando por una fase aburrida en mi vida.

—¿No te han dicho que el arroz estriñe, calamidad? —escuché tras de mí.

—Eso solo es un problema para ti, que vives de poner el culo —contesté sin volverme a mi interlocutor.

Aquel hombre corpulento, de largas patillas, mentón afilado y frente huidiza, me dedicó una mirada amenazante.

—¿Quieres probar mis puños? —preguntó fijando su mirada en la mía.

—No, prefiero el arroz, seguro que está menos pasado —contesté sin prestarle mucha atención.

—¡Muchacho! ¿tan mal os va que ahora dejáis entrar a cualquier indeseable? —contestó dirigiéndose al camarero, a la vez que me señalaba con el dedo.

—Solo si venir de parte de usted —contestó Imran.

—Apúntate una —repliqué riendo.

—¿Con que ésas tenemos?, ya ajustaremos tú y yo cuentas. Pero antes de que te meta un par de tiros, tráeme otro arroz de estos raros y una cerveza, eso sí, nacional —ordenó aquel tipo

—¡Oír cocina! —contestó el camarero.

—Oído, calamidad, se dice oído cocina —contestó aquel hombre dirigiéndose luego a mí —Oye Dick, tengo que hablar contigo.

—Dime Luke.

—Vamos a la mesa del fondo —indicó mi amigo señalando con la mirada una apartada mesa.

—De acuerdo —contesté cogiendo mis cosas.

—¿Te han echado de casa?—preguntó con sorna.

—¿Por? —pregunté extrañado.

—Por la bolsa —aclaró señalando los objetos personales de Rocco.

—¡Qué pesados estáis todos con la puta bolsa! —contesté.

Una vez lejos de la curiosidad del camarero y acomodados en aquel rincón discreto, mi extraño amigo se dispuso a desahogarse con mi persona.

—Tengo problemas Dick —contestó Luke ya más serio.

—Joder, qué novedad, dime algo que no sepa —reproché al hombre de las patillas.

—No, en serio, es Betty —declaró apesadumbrado.

—¿Qué le has hecho esta vez a tu santa esposa? —pregunté retóricamente.

—Nada Dick, solo que me ha echado de casa —contestó como de pasada.

—¡Pero coño Luke cómo lo haces! ¡Es la quinta vez en lo que va de mes! —exclamé sorprendido ante tanta reincidencia.

—¿Y qué hago ahora? —preguntó Luke mientras buscaba una respuesta en mi rostro serio.

—Eso lo debiste pensar antes, ¿no crees? —reproché a mi amigo.

—Qué fácil es decir eso, ¿pero qué hago? —insistió puerilmente a la espera de una solución mágica.

—Acabarte el arroz, esta noche duermes en mi casa y mañana le llevas un ramo de flores a tu mujer, espero que se le pase pronto, como siempre. Si no, lo llevas claro, y sobre todo ¡déjate de juergas! —advertí.

—Gracias Dick, te voy hacer caso, nada de juergas —respondió mientras levantaba la mano a modo de juramento.

—Eso espero —respondí desconfiado.

—Por cierto, hablando de esperar, hay un club nuevo a la vuelta del estadio viejo donde no tienes que esperar nada para que te atienda alguna gatita cariñosa.

—¡Pero Luke! ¡¿Qué te acabo de decir?!

Charlamos animadamente sobre los viejos tiempos de la facultad, de nuestras andanzas, aquellas anécdotas revividas que no tenían más objeto que intentar recuperar el pasado. Y es que un recuerdo compartido cobra vida, quizás esa era la única razón que justificaba mi amistad con Luke, ya que realmente no teníamos nada en común. A pesar de eso, cuando nos quisimos dar cuenta, ya estaban cerrando el local.

—Sentir, tener que cerrar, mañana más —anunció cansado el camarero mientras colocaba los taburetes sobre la barra del bar.

—No te preocupes Imran y perdona —contesté.

—Hasta mañana —se despidió Luke.

La calle estaba en completo silencio, salvo por el suave sonido del agua deslizándose por las aceras. Sonido que cesó en el momento que uno de los operarios de la limpieza cerró su manguera.

Inram bajó la trapa metálica del bar, causando con ello un estruendo en la noche.

—Buenas noches señores.

—Adiós amigo —contestamos casi a la vez.

Imran se alejaba por la oscuridad de la noche mientras que nosotros seguíamos charlando en la madrugada.

—¿Cogemos el coche? —preguntó mi amigo.

—No hace falta, ya sabes que vivo al lado, ¿dónde lo tienes? —pregunté.

—Ahí enfrente —contestó señalando un viejo Buick.

—Déjalo donde está, no creo que pase nada, suele ser un barrio tranquilo.

—Oye, ¿qué habrá abierto por aquí a estas horas?—preguntó.

—No lo sé. Igual Ben no ha cerrado todavía, vamos a ver, pero solo una copa y para casa, tengo trabajo pendiente —advertí.

—¡Ni una más ni una menos! Te doy mi palabra.

—¡Joder! Pues voy de culo.

Como siempre uno hace buenos propósitos con el fin de que terceros los deshagan, hecho que determinó que la noche se alargara más de lo convenido. Al final no recordamos a que hora llegamos a mi apartamento, agradeciendo eso sí, que nuestra memoria castigada por el alcohol nos permitiera recordar la dirección de mi vivienda.

—¡Dick, Dick, despierta! ¿No oyes el teléfono? —protestó Luke.

—¡Lo que oigo es tu vozarrón! ¡Cállate y déjame dormir! —refunfuñé.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con el teléfono? —preguntó medio dormido mi amigo.

—Búscales una novia, títalo por la ventana, o descuélgalo, ¡yo qué sé!

—¡Pero Dick, es que me levanta dolor de cabeza! —protestó de nuevo.

—¡Joder qué tío!, ¡Eres un jeta!, como tenga que esperar a que lo cojas o a que te calles me veo cobrando el plan de pensiones —contesté mientras me dirigía al teléfono.

—¡Gracias Dick, eres mi padre!. Contestó Luke mientras se daba media vuelta en el sofá para seguir durmiendo.

—¡Vete a la mierda y haz el favor de quitar los pies de mi cama! —repliqué.

—¿Qué?, ¿pero qué dices? —respondió Linda extrañada al otro lado del teléfono.

—No, no te lo decía a ti, perdona —contesté avergonzado.

—¿Ah sí? Entonces a quién se lo decías ¡sinvergüenza! —respondió malhumorada.

—No, no pienses mal, es un amigo —contesté justificándome.

—¡Pero bueno! ¡Me lo pones peor!

—No, no, no, tampoco es eso, quiero decir... ¡joder que no es lo que piensas! —respondí confuso.

—¡Si mi madre se enterara de lo que pienso de ti, se moriría de vergüenza!

—¿Qué pasa Dick?, ¿discusiones de enamorados? —intervino Luke.

—Sí, sí, ¡morados! Es como te voy a dejar los ojos —amenacé.

—¡Lo que faltaba! ¿Ahora encima me vas a pegar? ¡Qué se te ocurra! —contestó Linda amenazante.

—No cielo, no es a ti, es a un impresentable que tengo aquí conmigo —aclaré.

—No, si no quiero que me lo presentes, lo que quiero es que me digas que has averiguado, señor detective —cortó malhumorada.

—Bueno, verás, no creo que sea prudente que te lo cuente por teléfono, recuerda que no estoy solo —contesté a media voz.

—De acuerdo, esta tarde en el Royal a las cinco, ¡Ah! ¡Y quiero informe por escrito! —concluyó colgando bruscamente el teléfono.

—¡Joder, tío, en vaya líos me metes! —reproché a Luke.

—Lo siento Dick, no sabía que era tu novia —contestó mi amigo afligido mientras intentaba ponerse en pie con una descomunal resaca.

—¡No era mi novia idiota! ¡Era un cliente! —aclaré al de la resaca.

—¿Llamas cielo a tus clientes? Joder con el marketing agresivo —comentó a la vez que se pasaba la mano por la coronilla.

—¡Déjalo, es igual! Será mejor que me despeje, tengo mucho que

hacer.

Me deshice de Luke como pude, lo que no fue fácil, ya que no tenía cojones a enfrentarse a su mujer e intentó demorar el reencuentro con su “santa” el tiempo máximo posible. Una vez logrado mi objetivo, me dispuse a examinar los efectos personales del muerto con el fin de encontrar algo que pudiera aportarme luz al caso y de paso, poder poner alguna chorrada medio creíble que justificara mi nómina de cien dólares diarios, más gastos.

Como buen profesional, en un intento de no llevarme el trabajo a casa, decidí no abrir la bolsa allí y hacerlo en mi despacho para examinarla tranquilamente, por lo que me dispuse a llevármela. Solo había un pequeño problema para tal acción. ¿Dónde estaba la puta bolsa?! Encima de mi escritorio no había nada. Respiré profundamente, intenté no ponerme histérico y me dispuse a revolver todo el apartamento con la vana esperanza de que apareciera. Como no podía ser de otra forma, después de una infructuosa búsqueda me rendí a lo evidente. La había perdido.

—¡Joder tío, no puedes ser tan desastre! —me dije mientras observaba el estado en que había quedado mi apartamento tras la búsqueda.

Era evidente que una vez más había metido la pata, no era capaz de recordar cómo y cuándo había llegado anoche a casa, menos aun imaginar dónde podía haber perdido la bolsa.

Se acercaba la hora de la cita con Linda y no solo no tenía hecho el informe, sino que encima había perdido los efectos personales de su marido. En esos momentos no sé por qué me acordé de la facilidad con la que los avestruces meten la cabeza bajo tierra, y sinceramente, envidié no poder hacer lo mismo. Por fortuna, había perdido los efectos del fiambre, pero no mi capacidad de improvisación...

Todavía no había tirado el embalaje de una cafetera que había comprado hacía poco, así que saqué una bolsa de plástico transparente que tenía dentro, metí un pantalón azul que nunca me había puesto, unas llaves del apartamento de una antigua novia y unos zapatos que nunca pongo porque me hacen daño, y rememoré al famoso filósofo griego que dijo aquello de "si cuela, cuela". Como ya había resuelto parte del problema, me obsequié con una escala técnica en la taberna de Ben, y así de paso contribuir al sostén del sector de la hostelería.

—Buenos días, Dick —saludó Benson con la mano.
—No sé qué tienen de buenos —contesté al bueno de Ben.
—Por el tono de voz, creo que Vodka —dedujo mi amigo.
—Con mucho hielo —contesté.
—Oye por cierto, ¿qué tal llevas tu nuevo trabajo? —preguntó mientras me acercaba un vaso.
—¿Qué dices? —pregunté extrañado.
—Sí hombre, sí, el de lavandero —contestó de forma burlona.
—¿Lavandero?, ¿pero qué cojones dices? —pregunté aun más extrañado si cabe.
—Oye, como ahora te da por aparecer todos los días con una bolsa de ropa sucia en la mano... —contestó señalando con el dedo el paquete que llevaba conmigo.
—¿Me has visto otra? —pregunté ansioso.
—¿Te refieres a ésta? —contestó sonriendo mientras sacaba la bolsa del muerto de debajo del mostrador.
—¡Eres mi padre! —contesté mientras le arrebatava la bolsa casi de un salto a la vez que me dispuse a salir precipitadamente del local.
—Oye tío ¿y el vodka? —me preguntó molesto.
—¡Qué se lo beba Smirnoff! —contesté desde la puerta.
No se podía negar que era un tipo con suerte. El Señor proveerá, amén.

Una vez en el despacho, coloqué la bolsa con los efectos del finado sobre mi mesa, a la vez que frotando las manos me disponía a curiosear entre el contenido de dicha bolsa.

—Vamos a ver, unos pantalones talla elefante, una corbata de seda, un rolex, la cartera... —me paré más detenidamente en la cartera.

—Tarjetas de crédito, novecientos veinte dólares en efectivo, tarjetas de visita... Nada —me desilusionó no encontrar algo interesante en la cartera.

—A ver, un mechero de oro, un clip para fajos de pasta, joder con el tío, a ver que más...

De repente vi algo entre sus pertenencias que me heló la sangre.

—¿Hostias, qué es esto? —mascullé.

De entre los objetos personales del muerto, se encontraba un colgante, un buda concretamente, uno exactamente igual al que me regaló aquel monje en el andén.

—No me lo puedo creer —musité.

Comprobé nervioso si al igual que mi colgante, este guardaba un compartimento secreto, y efectivamente, así era.

Ansioso intenté levantar la tapa inferior del buda con un abrecartas que tenía en el primer cajón de mi escritorio. Tras forzar la tapa, un papel cuidadosamente enrollado salio de su interior, y como en la vez anterior, también tenía manuscrita una dirección, solo que ésta, era distinta.

"Club Caribe" 212 Avenida Lincoln.

Capítulo 19

Aquel descubrimiento no podía esperar, entre eso y que llegaba tarde a mi cita con mi clienta, decidí no perder más tiempo y comunicar mi hallazgo por teléfono.

—¿Sí, dígame? —contestó Linda al teléfono.

—Hola, soy yo —aclaré.

—Dicky, ¿se supone que habíamos quedado! —reprochó indignada.

—Dame algo de tiempo, tengo algo que me ha llamado la atención —justifiqué a la escultural interlocutora.

—Qué ha sido, ¿una rubia? —contestó frívolamente.

—Joder. Que hablo en serio —lamenté.

—Vale, ¿qué es? —prosiguió ya en otro tono más serio.

—Un colgante —aclaré.

—¡Estupendo! ciertamente es un descubrimiento espectacular, ¡vivan los complementos! —contestó en tono jocoso.

—Ya veo que no es tu día...

—Venga tontorrón, ¿qué es?—inquirió suavizando la voz.

—Que no —me mantuve.

—Dímelo y te hago mimos esta noche —insistió melosamente.

—Siendo así, a ver quién se resiste —contesté en el mismo tono.

—Espero que te resistas mucho... —contestó sensualmente.

—¡No sigas por ahí que cojo un taxi y en cinco minutos estoy ahí! —advertí.

— Huy... ¿la carrera va a durar cinco minutos solo? —bromeó con

picardía.

—Bueno, eso depende, a este paso no sé si llegaré a tanto —contesté lascivamente.

—Dicen que el teléfono sirve para más cosas... —insinuó Linda.

—¿Quieres jugar...?

—Yo siempre —susurró.

—¿Y con qué estás jugando ahora? —pregunté ansioso.

—En este momento estoy pasando el cable del teléfono muy, muy cerca de...

No pude escuchar el sitio exacto, alguien aporreó la puerta del despacho interrumpiendo la conversación.

—Tengo que dejarte Linda, están llamando a la puerta —corté resignado.

—Sí majo, ¡pues no veas como me dejas! —reprochó Linda.

—A mí me lo vas a decir. Un beso guapa —contesté lamentándome de mi suerte.

—Chao tigre —se despidió decepcionada.

Colgué el teléfono con suavidad a la vez que bajaba los pies de la mesa.

—Joder, que extraña maldición me perseguirá... —mascullé antes de alzar la voz— ¡Adelante!

—Hola Dick, ¿interrumpo? —preguntó Virginia asomando por la puerta a la par que portaba en la mano una gran bolsa de papel.

—¿Interrumpir?, eh... no..., no, que va, interrumpir para nada ¿qué llevas ahí? —pregunté intentando ganar tiempo, para reconducir la situación.

—Supuse que no habías comido y me he tomado la libertad de traer algo para picar, ¿dónde lo dejo? —preguntó tímidamente.

—¡Comida china! —adiviné— no te preocupes, déjame la bolsa.

De peso abultado y todavía caliente, su contenido se prometía sabroso dado el olor que desprendía.

—He pedido lo de siempre, bueno quiero decir..., lo que solíamos pedir —aclaró Virginia algo azorada.

—¿A ver qué hay por aquí? —revolví impaciente dentro de la bolsa— wan-tun frito, sopa agripicante, langostinos fritos con sésamo, ¡Vaya lujo!

—No me he olvidado de la ternera con salsa de ostras —aclaró eficientemente.

No me costó mucho despejar la mesa de los cuatro expedientes que tenía encima, ya que poco antes de hablar con Linda, había puesto los efectos

personales de Rocco a buen recaudo, lo cual nos permitió degustar aquella sencilla comida sin tener que desplazarnos fuera de mi despacho.

—Increíble, solo falta el postre —declaré satisfecho.

—Sí, pero ése lo pones tú —afirmó mientras empezaba a desabrocharme los botones de la camisa.

—Espera un momento —interrumpí mientras me levantaba del confidente.

—¿Dónde vas? —preguntó Virginia siguiéndome con la mirada.

—Me olvidé cerrar la puerta con llave, podría entrar cualquier cliente — aclaré señalando con un dedo el pestillo.

—Déjala abierta, me encanta el riesgo —sonrió una desconocida Virginia.

Capítulo 20

Era el momento de buscar la dirección del segundo Buda, estaba ansioso por descubrir que se escondía tras aquella dirección. Pensé que quizás no solo obtendría una pista para esclarecer la muerte de Rocco, sino que además podría tener en mis manos la clave para resolver el crimen de la chica del metro, ya que claramente había una relación entre ambos acontecimientos. Más que nunca, estaba claro que el monje estaba detrás de ambos asesinatos.

No tuve tiempo para pensar más en todo aquello. Una vieja bañera amarilla, con el paño de los asientos raídos, y un fuerte olor a ambientador de pino se detuvo a mis pies. Casi me atropella el individuo.

—212 Avenida Lincoln —ordené al conductor, mientras este me miraba descaradamente de arriba a abajo por el espejo retrovisor e intentaba reincorporarse al tráfico.

—Dígame una cosa, ¿conoce la sala Caribe? —pregunté a aquel tipo.

—Soy taxista, no guía turístico —contestó secamente.

Salí del taxi como un claustrofóbico sale de unos grandes almacenes en día de rebajas, es decir, buscando desesperadamente aire libre, pero bueno, al fin y al cabo estaba en la avenida Lincoln, y vivo, a pesar del cargante olor del taxi. Solo esperaba tener más suerte con la dirección del colgante del muerto, ya que el mio no había arrojado mucha luz.

Me cercioré una vez más de la dirección que arrojaba el nuevo colgante que había llegado a mis manos, o más bien, a las del muerto.

"Club Caribe" 212 Avenida Lincoln.

Crucé la calle en busca de los pares, y me encontré a la altura del 198. Para ser un taxi había atinado bastante.

Me dirigía en busca de aquella dirección pensando qué relación tendrían el monje, la chica y el marido de Linda, y sobre todo, que pintaba yo en medio de todo aquello.

No tardaría mucho en averiguarlo, ya que me encontraba a escasos metros de la dirección indicada.

—208, 210, 212, ¡*Voilà c'est là!* Qué bien, y rima y todo. Bueno al fin, aquí es, 212 de la Avenida Lincoln.

—Bueno, a ver qué tenemos... – monologué ante el número de calle indicado.

"Biblioteca pública del Estado" 212 Avda. Lincoln

—Hombre no me jodas, ¡Otra vez no!

Capítulo 21

La luz era muy tenue, tanto que no podría jurar si lo que me llevaba a la boca eran gambas a los cinco perfumes, o realmente lo que estaba comiendo eran las colillas del cenicero. Linda no paraba de hablarme de lo mucho que le estaba ayudando la meditación y la filosofía Zen en momentos como estos. Mientras, desbordado por los acontecimientos, asistía impasible al discurso de Linda.

—Nos vemos envueltos en una ola de consumismo, de materialismo, que nos anula totalmente la espiritualidad —comentaba Linda animadamente mientras lucía un espléndido solitario en el cuello.

El calor de los leños quemándose tímidamente en el hogar, no hacía sino más sofocante el ambiente.

—Míralo de esta forma, Dick, los sueños se esfuman sin llegar a tocarlos

en cuanto los haces realidad –filosofó Linda sin prestar mucha atención a la comida.

Bebía y hablaba, hablaba y bebía, parecía estar sentando cátedra con su monólogo. Por mi parte a esas alturas yo me enfrentaba resignado a una discreta ternera al jengibre.

—Por cierto, no me has dicho nada de la comida, ¿tenía entendido que te encantaba la cocina asiática? —preguntó al ver que comía con poco entusiasmo.

—Hombre, me gusta, pero tanto... —contesté resignadamente, ya que entre la comida y la cena, mi estomago debería ser a esas alturas sede del primer encuentro internacional de cocina oriental.

Linda no hizo mucho caso de mi comentario, como era habitual, y continuó con su discurso.

—Al hilo de lo que hablábamos, lo tenemos todo en nuestro interior, solo hay que encontrarlo, hay que saber buscar, todo lo que nos rodea es superficial e innecesario, la clave está en la mente —afirmó con vehemencia mientras con la mano apuraba las últimas gotas de un sencillo *Ruinart Rose* de andar por casa.

—Abre otra botella Dick —ordenó con su prepotencia habitual.

—Me temo que no nos queda más champan rosado cielo —contesté con poco entusiasmo, a la vez que le enseñaba la cubitera vacía con más agua que hielo.

—Bueno, pues no sé... ábrete un *Moët Chandon*, creo que tenemos alguna *Magnun* por ahí —sugirió Linda, como quien habla de una lata de cerveza.

—¿*Moët Chandon*? ¿Tengo pinta de hortera?. ¡No jodas Linda! —lamenté mientras me levantaba para dirigirme a la vinoteca.

Accedí finalmente por ese champagne tan veraniego, pensando que al menos su fuerte nariz en aromas frutales y sus notas florales en boca, no vendrían mal para ese tipo de comida, por no obviar que nos habíamos bebido media vinoteca.

Sonaba irónico lo banal del mundo y la exaltación de la vida interior, cuando se tenía una cuenta bancaria exuberante, no como la mía, que estaba más vacía que el discurso de un político. Eso de la vida interior, debe de ser para los ricos.

—Nada más tienes que ver lo que le pasó a mi marido, el capitalismo acabó matándolo, él solo veía lo material —sentenció algo ebria a la vez que

volvía en busca de la botella, que a pesar de ser una Magnum, estaba empezando a dar síntomas de agotamiento.

—Tu marido murió por unas cuantas puñaladas, no por su visión pragmática de la vida —contesté mientras apuraba mi copa.

—¡Por supuesto! Me olvidaba que cenaba con la realidad de la calle. ¿Y ya que lo sabes todo? ¿Quién coño mató a mi marido? —contestó molesta fijando su mirada, a estas alturas algo perdida, en mis ojos ya a medio cerrar.

—No lo sé todavía, lo que sí sé es que puede tener relación con otro caso que investigo —contesté con un agotamiento más que evidente.

—¿Qué caso? ¿El robo de la Kriptonita?, ¿el origen de los Anunnakis? ¿O acaso han secuestrado a Batman? —preguntó con ironía.

—No te burles y deja la botella —sugerí cansado ya de aquella velada.

—¡Es mi botella, es mi casa, y pago tus servicios!, así que da gracias que lo que no trabajas en la calle, lo haces en mi dormitorio, porque de lo contrario tenías caso para poco —reprochó en un estado claramente etílico.

—Eso me recuerda que tengo que cobrarte un plus —contesté fríamente.

—¡Ah sí! ¿De qué se trata? ¿Horas extras? —preguntó desafiante.

—Vamos a tu dormitorio que te lo aclaro.

Era una de esas mañanas grises y frías, en las que a uno le cuesta saber si ya ha amanecido, por la notable escasez de luz. Las ventanas empañadas, presagiaban una jornada desapacible. Dentro el panorama no era mucho mejor. La habitación desordenada, la ropa esparcida aleatoriamente por el suelo y un fuerte olor a tabaco y alcohol empapaba el ambiente.

—¿Dónde vas tan pronto Dick? —preguntó Linda incorporándose medio dormida y con unas terribles ojeras.

—A trabajar, por eso me pagas, ¿recuerdas? —reproché un poco dolido por la deriva que tomó la cena.

—Esto... yo... Creo que me pasé un poco anoche —intentó disculparse a la vez que se llevaba las manos a la cabeza.

—No te preocupes, te pasaste sí, pero solo con el alcohol.

—Quédate un poco más —rogó melosamente.

—De acuerdo, pero solo lo indispensable.

—¿Lo indispensable para qué? —preguntó Linda extrañada.

—Para cobrarte otro plus.

Capítulo 22

Estaba llegando a un punto muerto, dos direcciones, dos colgantes, dos asesinatos, un monje de por medio. Eso no podía ser casualidad, pero lo peor de todo, era pensar que algo tenía que ver conmigo, de alguna manera que desconocía, yo estaba involucrado. Era evidente que algo se escapaba a mi razonamiento. Me daba la impresión de que alguien me estaba utilizando, pero no sabía quién. He de reconocer que cierta frustración empezaba a invadirme.

Intenté quemar más cartuchos en busca de nueva información. Tras averiguar que las direcciones eran falsas, me dispuse a comprobar si los clubs eran igualmente falsos, algo que tenía suma importancia, ya que hasta ahora era el único hilo que tenía para poder tirar, además llamaba la atención que en ambos casos era un club de alterne lo que debía de encontrarse en aquellas direcciones. Decidí por tanto hacer una búsqueda inversa.

Me dirigí al registro central de actividades con la vana esperanza de encontrar datos que arrojaran luz a la investigación.

—Lo siento señor, pero me temo que con ese nombre no tenemos ningún club registrado —informó el funcionario, acompañando su respuesta con sendos movimientos de cabeza.

—Comprendo. Por favor pruebe ahora con el club Caribe —indicó preocupado.

—Espere que lo busque —comentó aquel hombre mientras golpeteaba alegremente sobre el teclado de su terminal —lo siento, bajo ese nombre tampoco.

Me detuve unos segundos a reflexionar.

—¿Cómo es posible que en el registro de actividades de la alcaldía, no estén dados de alta esos clubes? —pregunté indignado.

—No se extrañe caballero, la mayoría de ese tipo de locales están a nombre de sociedades o empresas de entramados confusos, raro es que se localicen por el nombre —explicó mientras se rascaba con disimulo la nariz.

—¿Entonces? —pregunté con la esperanza de que aquel hombre me diera algún tipo de respuesta que solucionara mi rompecabezas.

—Pues entonces que si no me da el nombre de algún titular o propietario

del local, no puedo hacer nada —contestó concluyente.

El funcionario tenía razón, la mayoría de ese tipo de clubs realizaban actividades turbias o ilegales por lo que siempre buscaban la ocasión de pasar desapercibidos, no obstante intenté buscar otra salida.

—¿Y en el tesoro público? —pregunté sin mucha esperanza.

—Mucho me temo que le sucederá lo mismo —contestó el funcionario mientras dejaba de observar la pantalla, para pasar a ser yo el observado

—Muchas gracias por su paciencia —respondí resignado.

—A usted señor.

Realmente se podía decir que lo tenía complicado, no había forma de dar ni con el club Caribe, ni con el club Sándalo, sin más pista que una dirección errónea, poco podía hacer en una ciudad donde las salas y clubs se contaban por centenas. Lo peor, es que estaba empezando a creer que esos nombres podrían ser tan falsos como las propias direcciones.

Capítulo 23

No sé por qué, pero ahí estaba, enfrentándome a Virginia y mis fantasmas en un duelo del que no sabía quién saldría ileso.

—Sé que nos estamos dando un tiempo Dick, pero me gustaría saber qué sientes por mí —preguntó mirándome a los ojos con ternura.

—No lo sé ni yo Virginia, han pasado muchas cosas, y sobre todo ha pasado mucho tiempo.

—Sin embargo paseando ahora contigo, en este parque, en este momento, siento como si el tiempo no hubiera pasado.

—Pues lo ha hecho, y mucho Virginia —contesté con cierto aire de amargura.

Virginia se detuvo de pronto.

—¿Me guardas rencor todavía? —preguntó con temor.

—No, desgraciadamente eso ya no sucede, el rencor no deja de ser un sentimiento que mantiene viva una relación, a estas alturas no sé ni lo que siento —confesé.

—Pero creí que este era tu sueño, y se ha cumplido, ¿no? —preguntó

confusa.

—Virginia, lo importante no es que se cumplan tus sueños, sino que estos se cumplan en su momento —confesé.

—Supongo entonces que no queda nada de amor —apostilló dejando caer discretamente su mano de la mía.

—Yo no he dicho eso —respondí a la vez que discretamente retomaba su mano.

El resto del paseo por el parque lo hicimos en silencio, como queriendo evitar que la poca magia que aún quedaba sucumbiera definitivamente.

—Sabes cielo, yo te he querido con locura, pero...

—Pero ¿qué? —corté precipitadamente.

—No quiero echarte en cara nada, pero la muerte de tu padre te cambió —justificó Virginia.

—¿No te cambiaría a ti? —reproché recordando aquellos fatídicos días.

—No sé por qué lo dices —confesó Virginia.

—Te recuerdo que para mi padre erás como una hija más. Siempre tuvo una relación muy estrecha contigo —recordé mientras deteníamos nuestro paseo.

—Eso es cierto, siempre se portó muy bien conmigo. Confesó Virginia.

—¿Tú querías mucho a mi padre no? —pregunté con curiosidad.

—Sabes que sí, para mí fue el padre que nunca conocí —contestó con los ojos empañados.

—Entonces dime, ¿por qué te cuesta tanto entender que me afectará de aquella manera su suicidio? —pregunté buscando una respuesta en sus ojos.

—¿Suicidio?. Es la primera vez que te oigo usar esa palabra, siempre la has evitado —preguntó extrañada.

—Estoy harto de no llamar las cosas por su nombre, y eso te incluye a ti —confesé reanudando de nuevo el paseo.

Virginia dudo en preguntar y permaneció en silencio durante algunos minutos del paseo, pero al final se detuvo y sacó valor para hacerlo.

—¿Y qué nombre usarías para llamar lo nuestro? —preguntó tiernamente.

—Traición.

Capítulo 24

Me dirigí a la empresa de Rocco, con la esperanza de encontrar algo en los libros que pudiera haberseme pasado por alto. El pequeño hombre de la vez anterior salió a mi encuentro.

—Buenos días señor Donovan, nos alegramos de volverlo a ver —saludó con educación el encargado de la nave.

—Buenos días señor...

—Frank Spokolowsky.

—¡Vaya!, ahora entiendo por qué no recordaba su nombre —comenté queriendo hacerme el simpático.

—No llegué a decírselo señor —respondió cortésmente.

—Bueno, será mejor que vaya a lo mío, procuraré no molestarles —respondí en un tono más serio.

—Como usted vea señor Donovan —contestó aquel hombre dándome la espalda.

Subí al despacho, resoplando por el carácter hierático de aquel individuo. No dudaba de su cortesía y eficiencia, pero simpático, lo que se dice simpático, no era.

Una vez dentro del despacho de Rocco todo seguía igual, no parecía que quien hasta hace poco ocupaba esa estancia amplia y lujosa, ahora ocupara otra mucho más estrecha, eso sí, también decorada con maderas nobles. No encontré nada interesante, tarifas de la competencia, listados de venta, nada que llamara mi atención.

De repente la estancia se volvió oscura, la persiana estaba bajada y alguien cortó la iluminación, aprovechándose de la oscuridad se abalanzó sobre mí.

—¡¿Estás loca? podía haberte matado! —increpé molesto mientras retornaba mi Beretta a su funda.

—No te pongas así cariño, solo quería asustarte —contestó Linda.

—Pues ya lo has conseguido —respondí más calmado.

—Joder qué carácter, luego hablas de mí —reprochó Linda— por cierto, ¿desde cuándo usas pistola? —preguntó gratamente sorprendida.

—¿Desde que busco a un asesino? —pregunté retóricamente.

—Pues igual debías de olvidarte de todo esto —sugirió Linda.

—Eso digo yo... —me dije a mí mismo.

—¿Entonces? —insistió Linda.

—Qué quieres que te diga, por ahí anda suelto un monje, con un cuchillo con el que le da por cargarse a gente relacionada conmigo. Y si no doy con él, la próxima víctima podrías ser tú, y ahora dime, ¿qué haces aquí? —pregunté con la intención de cambiar de tema.

—Es mi empresa, ¿recuerdas? —contestó encogiéndose de hombros.

—Claro —asentí.

—¿Sabes que Johny me dejó más de lo que había calculado? —contestó sonriendo mientras se recostaba sobre mi hombro.

—Ya, algo he podido comprobar —contesté francamente sorprendido.

—¿Has encontrado algo llamativo? —se interesó Linda.

—¡Qué va!, nada. Ninguna deuda rara, ninguna amenaza, incluso diría que se llevaba bien con sus competidores —expliqué mientras la agarraba por la cintura.

—Ése era mi Johny —contestó satisfecha, respondiendo a mi acción haciendo lo propio.

—No parece que te afecte mucho su muerte —deduje al ver su actitud.

—Como dicen por ahí, a rey muerto, rey puesto —contestó Linda mientras me soltaba de la cintura para encender uno de sus cigarrillos.

—Vaya, ¿no seré tu rey por un casual? —pregunté divertido.

Linda evitó echarme el humo en la cara, y tras tomarse unos segundos para meditar respondió con una sonrisa enigmática.

—Confórmate con paje.

Abrimos una de las botellas que tan celosamente guardaba el pobre Rocco en su vinoteca, y continuamos charlando.

—¿Qué crees que le pasó? —preguntó Linda, ya más seria.

—No lo sé, pero algo me dice que puede tener relación con otro digamos "caso" que tenía entre manos —expliqué mientras rellenaba un par de copas con un *Château Mouton Rothschild 1945*.

—¡No me digas más! ¡el monje y aquella chica! —adivinó Linda mientras cogía la copa por el pie, y efectuaba pequeños giros de la misma para oxigenar el vino.

—Pues.., sí, para que te voy a mentir —confesé mientras yo hacía lo propio con mi copa.

—Veo que eres de los que no se rinden —comentó Linda a la vez que hacía el ademán de brindar, para inmediatamente dar un sorbo al excelente caldo que tenía en su copa.

—¡Brindo por ello!. Por cierto, este vino es fantástico, me encanta, se

expresa con limpieza, pero a la vez con una enorme complejidad, toques florales, frutas rojas y negras todavía bastante presentes, recuerdos especiados, maderas nobles, cedro, ahumados, todo ello con un espléndido equilibrio entre las distintas notas –exclamé entusiasmado.

—Ya puede gustarte, no te jode, ¡más de mil dólares la botella! –refunfuñó Linda, que a veces era algo tacaña.

—Linda, eh... una cosita, verás... este es un Rothschild del 45 –confesé divertido.

—¿Y? ¿Qué te crees que no vale 1000 pavos? —contestó con suficiencia.

—¿Tú no sabes mucho de vinos verdad? —pregunté temiendo la respuesta.

—Más que tú, paletó –contestó algo molesta.

—Ya, cielo, pero es que no vale mil dolares, vale más –advertí mientras Linda miraba fijamente la botella.

—¿Dos mil? —Preguntó asustada.

—A ver, caja de 6 unidades, botella Magnun, cosecha del 45, certificado de la casa de subastas Sothebys... una preguntita cielo, ¿qué coche has traído hoy? —pregunté con cierta sorna.

—El Testarossa ¿por qué? —preguntó descolocada.

—Pues para hacernos una idea, verás si la caja de seis vale lo mismo que tú Ferrari, eso quiere decir que esta botellita estará por los 25,000 pavos –contesté divertido.

—¡Hostia puta! —exclamó Linda a la vez que alejaba la copa de su mano como si de una serpiente se tratará.

—Ja ja ja, no te preocupes mujer, si él ya no puede beberlas.

—¡Me cago en tú puta madre! ¡Pero se pueden vender!

Tras el susto inicial, decimos acabar la botella y disfrutarla, al fin y al cabo, una vez abierta, ya no tenía valor en el mercado.

Tras apurar varias copas, Linda reflexionó sobre los acontecimientos del andén.

—¿No te estarás obsesionando con todo aquello? —preguntó Linda algo adormilada por el efecto del vino.

En el fondo tenía algo de razón, es cierto que no era la primera vez que vivía situaciones límite en mi trabajo, me he topado con robos, asesinatos y codeado con tipos que se mueven habitualmente en los bajos fondos, pero el

tremendo parecido de aquella chica con Virginia, había hecho que me lo tomará como algo muy personal, además, de alguna manera, yo me sentía responsable de aquella muerte.

—Confieso que algo de razón tienes, pero es que han surgido novedades —respondí con sinceridad.

—Cuéntame —preguntó interesada.

—Verás, como ya te he contado en otras ocasiones, poco antes de que aquel monje cometiera el crimen, me regaló un buda en forma de colgante —expliqué.

—¿Y qué?, ¿No te hacía juego con tus famosas camisas de cuello mao? —bromeó en uno de sus habituales cambios de humor.

—¡No, en serio! Miré dentro del colgante, ¡y descubrí oculto en su interior, una dirección escrita! —aclaré con vehemencia.

—Continua —sugirió interesada.

—Tu marido tenía un colgante exactamente igual al que me regaló el monje —sentencié.

Linda se tomó un tiempo para reflexionar.

—Supongo que también con mensaje oculto —dedujo hábilmente a la vez que se mecía su extraordinaria cabellera negra.

—Efectivamente —confirmé a la viuda.

—¿Otra dirección? —volvió a acertar Linda.

—Sí, y de otro club.

—Hace que pensar... —declaró con preocupación.

—A qué sí.. —contesté con cierta complicidad.

—¿Has sacado algo en claro de alguna de ellas? —preguntó mientras recogía la botella y las copas vacías.

—Eso es lo malo, estoy en un punto muerto, no he averiguado nada de ellas —respondí decepcionado.

—Yo apuntaría por ese camino —sugirió mientras de un vistazo comprobaba que el despacho de su marido muerto, conservara el aspecto previo a nuestra visita.

—Eso es lo que voy a hacer —sentencié.

Seguí los consejos de Linda, y centré toda mi investigación en la

búsqueda de aquellas direcciones. Pateé de arriba abajo tanto la avenida Lexington como la avenida Lincoln, por si hubiera omitido algo, pero la búsqueda fue infructuosa. Dado que las direcciones no aportaron nada, tomé el camino inverso, es decir, encontrar antes los locales que las direcciones, por lo que no me quedó más remedio que recorrer todos los barrios donde abundaban los locales de alterne.

Una serie de torres de apartamentos clonados, que desentonaban en altura con casas desperdigadas al borde de un descampado, me daban señales de retorno. De las fachadas de los bloques, brotaban cientos de pequeñas antenas parabólicas que se asomaban a la calle por encima de los tendederos, los cuales ofrecían una colorida colección de prendas, entre las que abundaban monos de trabajo, lencería no precisamente fina y un sinfín de camisetas de distintas marcas publicitarias.

Mientras, abajo en la calle, varios coches reventados hacían las veces de mobiliario urbano. Sus habitantes no parecían tener mejor aspecto que los coches. De diversas procedencias y etnias, se juntaban en grupos de cuatro o cinco individuos, desperdigados por las aceras, donde conversaban entre sí. Un personaje sobre una escandalosa motocicleta se acercaba a un grupo, para al rato llevar su azulado humo a otro grupo de individuos, en lo que parecía una adaptación libre de una abeja de flor en flor, salvando las distancias, ya que salvo que en ambos casos lo que se buscaba era polen, los tipos aquéllos no parecían apreciar la delicadeza de las flores.

Mi presencia empezó a acaparar miradas peligrosamente, por lo cual opté por desaparecer discretamente y dirigir mi búsqueda hacia sitios más seguros.

Aquella finísima lluvia calaba hasta los huesos. Harto de recorrer todos los tugurios del puerto, y cansado de tropezar con estibadores borrachos y con algún que otro marinero ruso ebrio de civilización capitalista, decidí que era hora de dejarlo, parecía estar buscando una aguja en un pajar. Una tímida luz blanca salía de un pequeño café, con la vana esperanza de competir con la neblina que tintaba la noche. Era hora de meter algo caliente al cuerpo.

—No abrimos hasta las seis —de mediana edad, gordo, calvo y con uno de esos apestosos puros en la boca, el tipo que se dirigió a mí, todavía estaba barriendo, mientras que otro mucho más joven y delgaducho, colocaba las sillas.

—Solo faltan diez minutos, prefiero esperar aquí ,si no les importa —

contesté.

—Siéntese donde pueda amigo, pero le advierto que todavía no está enchufada la máquina del café —contestó aquel hombre, mientras rellenaba algunas botellas de licor con el contenido de una garrafa.

—No se preocupe, esperaré de todas formas —contesté algo alucinado ante el descaro de aquel tipo.

—Joder, si el pavo rellena las botellas delante de un cliente, que no hará cuando esté solo... —murmuré de forma inaudible.

Estaba perdido, no sabía como afrontar aquel caso. Mientras de forma compulsiva daba vueltas al café con la cucharilla, no dejaba de pensar en cuál sería el significado de aquellas direcciones, qué relación tendrían, cómo podría descifrarlas.

Una multitud de cascabeles moviéndose llamaron mi atención. Alguien había abierto la puerta.

—Buenos días Kitty, hoy cerrasteis pronto —saludó el del puro.

—¡Con esta maldita noche, los únicos que mojan son los paraguas! —protestó mientras posaba el suyo mojado en un rincón del local.

—Je, je, ¡quién lo diría! Con lo rica que estás tú, un día abro más tarde y me paso por tu club —contestó el del puro mientras la miraba descaradamente el escote.

—Y de paso gástate algo, gordinflón, no te lo comas todo —masculló la chica mientras encendía un cigarrillo.

—Póngame otro café por favor —solicité desde la mesa donde estaba sentado.

La joven terminó por acercarse a aquel tipo, para ya más confidencialmente interesarse por mi persona.

—Oye Beni, ¿quién es ese tío? —preguntó la chica en voz baja al de la generosa barriga.

—No lo sé, no le había visto antes por aquí —contestó en el mismo tono— ¡Chico! Ponle otro café al caballero —ordenó esta vez en voz alta.

—No tienes pinta de marinero, ¿de qué tienes pinta? —se dirigió la chica hacía mí, sin moverse de la barra.

—No lo sé, pero permíteme que me reserve la pinta que me sugieres tú —contesté algo borde sin prestarle más atención.

La chica movió el taburete en el que estaba sentada, para colocarse en una posición desde la que pudiera observarme sin tener que mover el cuello.

—¿No serás un poli? —replicó desde la distancia.

—¿No serás un donut? —continué.

—¿Eh? ¿Qué respuesta es esa? —comentó confusa ante mi asociación de ideas.

—Es que como a los polis les gusta comer donuts, pues por eso te lo preguntaba.

—¿Que chorrada no? —exclamó mientras me miraba con cara de asco.

La chica tenía razón, era una chorrada monumental, sin gracia ninguna, pero era tarde, estaba cansado y mi cerebro no daba para una de mis habituales salidas brillantes, no siempre se está en lo más alto.

—Bueno, déjalo, me llamo Kitty.

—¡Kitty! Me encanta el nombre, el mío es Dick, pero mis amigos me llaman... la verdad es que ya no me quedan muchos amigos —reflexioné para mi mismo.

—Vaya, bienvenido al club —confesó la meretriz.

Hice un guiño de complicidad a la chica, y comprendí que la soledad no entendía de sexo, condición o clase social. Era la enfermedad de la época que nos había tocado vivir.

Aquella mujer me devolvió el guiño y encendió un cigarrillo.

—¿Qué te pongo Kitty? —interrumpió el gordo mirándome de forma recelosa.

—Un café.

—¿Solo? —preguntó el barrigón sin dejar de mirarme de mala manera.

—No, con este chico, pero no te preocupes, mejor me lo tomo en mi apartamento. ¿Te vienes? —terminó dirigiéndose hacia mí, a la vez que se disponía a abandonar el local.

No tardé ni dos segundos en contestar, estaba de suerte y no iba a despreciarla.

—¡Por supuesto guapa!

Lentamente el día iba ganando su duelo cotidiano a la noche, y la calle empezaba a recobrar su actividad tímidamente, mientras, no muy lejos de aquel bar, la chica se empecinaba en meter en una vieja cerradura, una de las tantas llaves que portaba el manajo que tenía en sus manos.

—¡Maldita sea mi suerte! Nunca logro abrir a la primera —masculló con el cigarrillo en la boca.

—Déjame probar a mí —me ofrecí mientras delicadamente la cogía de la cintura para apartarla de la cerradura.

Poco a poco fuimos subiendo todas y cada una de las escaleras que llevaban al ático. Los peldaños de madera, se quejaban impertinentes a cada pisada, y las mirillas de las viejas puertas se sentían deslizar a nuestro paso. Por fin pudimos entrar, no sin antes agacharme para no pegar en el abuhardillado.

—Ponte cómodo cielo, ahora preparo un café —sugirió aquella mujer mientras tiraba su abrigo sobre una silla contigua.

El apartamento recordaba a una de esas buhardillas de las películas de los años sesenta. Empapelada hasta el techo con unos horribles motivos florales rojos en relieve, como imitando una especie de tela, en los que podían observarse en su parte final, algunos manchones debidos a las goteras. Por lo demás estaba limpio y ordenado, cosa que no se podía decir del mío. Un crucifijo de marfil presidía una de las paredes, dejando en segundo término un par de fotos sepia de principios de siglo, donde estaban retratados unos señores a los cuales yo no tenía el gusto de conocer.

—¿Solo o con leche? —interrumpió mis pensamientos mientras me servía el café.

—Con leche, gracias —respondí amablemente mientras con la mirada hacía un barrido de aquel apartamento.

—Bueno mocetón, ¿y tú de dónde sales? —preguntó lascivamente mientras inclinaba su escote sobre mí al servir la leche.

—De una lámpara de aceite —bromeé como era habitual en mí.

—¡Ah! ¡Cómo Ladino! —contestó mientras retiraba la jarra de leche.

—Como Aladino, y no fue él quien salió de la lámpara sino el que la frotaba —puntualicé.

—¡Cuánto sabes!, y tú ¿qué tal frotas? —preguntó con picardía.

Evidentemente hay cosas que solo te pasan en las novelas, y ésta era una de ellas, y la chica estaba de muy buen ver, con perdón del resto de las señoras, así que nos enzarzamos en los deleites de la vida.

—No ha estado mal, ¿eh? —se auto complació mientras revolvía torpemente un cajón de la mesita que tenía a mi lado de la cama.

—Dime... ¿qué buscas? —le pregunté, no por caballerosidad, sino porque medio de lado, encima de mí para acceder a la diminuta mesilla, me estaba clavando una rodilla en... bueno, ahí...

—Juraría que había por aquí un mechero —aclaró con el extraño acento que produce el hablar con un cigarrillo en la boca.

—¿Pero vas a fumar ahora? —pregunté molesto ante la perspectiva de acabar ahumado como un salmón noruego.

—Anda no te jode, igual soy la única...

En un esfuerzo final por alcanzar su objetivo, acabó tapándome la cara con uno de sus generosos pechos.

Ya libre de tan preciada carga, pasé de la asfixia por falta de aire a la producida por exceso de humo.

—Ésta acaba conmigo —mascullé.

—¿Qué dices churry? —preguntó con tono vulgar, mientras jugueteaba haciendo rizos con los vellos de mi pecho.

—No, nada. Pásame el pantalón bonita —rogué con la intención de zafarme de esa situación.

—¿Ya te quieres ir? Joder, eres como mi gato, cuando no quiere que le coja en brazos empieza a mover el rabo de un lado a otro nervioso.

La chica tenía razón, en cierta forma era bastante felino en ese sentido, estar en brazos extraños me producía cierta ansiedad.

Al alcanzarme los pantalones, se calló de uno de los bolsillos el famoso colgante del buda.

—¿Anda qué es esto? Que bonito es ¿me lo das? ¿sí? ¡Anda, porfa! Que es muy chulo —rogó la meretriz.

—Va a ser que no —contesté con naturalidad.

—¡Anda no seas cutre, si es de plástico malo! —insistió.

—¡Qué no!, no te pongas pesada.. —corté tajante— además, si es una baratija, ¿para qué lo quieres? —continué en tono más amable.

—Soy muy caprichosa, desde que se lo vi un día a un tipo en el Club, siempre he querido tener otro igual.

—¡¿Cómo dices?! —contesté sobresaltado a la vez que me incorporaba.

—¡Tranqui tío, que no te voy a cobrar! Eres un ligue, no un cliente, una también tiene derecho a divertirse —contestó aturdida.

—No coño, no es eso. ¿A quién más le has visto este colgante? —pregunté ansioso.

—Pues eso, a un cliente en mi club —respondió exhalando una bocanada de humo.

—¿En un club? —pregunté sin poder disimular mi excitación.

Se levantó de la cama sin dar tregua al cigarro, mientras ponía una jarra de vidrio que contenía un líquido parecido al café sobre un viejo hornillo, me ofrecía la vista de una curiosa araña tatuada sobre unas de sus nalgas.

—Pues sí cachorro, trabajo en un club, qué te crees ¿que vivo de mis cuentas en Barbados? —aseveró mientras se ponía una bata raída— lo de pretty woman solo pasa en las películas, porque tú no eres Richard Gere, ¿verdad? —interrogó sin dejar el cigarrillo por un momento, ante mi silencio prosiguió— no, ya veo que no eres Richard Gere.

—Déjate de hostias y dime dónde trabajas —exigí algo malhumorado.

—Bueno tío, si no te molo lo dices —contestó mientras esperaba a que el café adquiriera la temperatura deseada.

—¿Me vas a decir qué club es o no? —insistí.

—Que sí pesado, trabajo en el Club Sándalo.

Me levanté con brusquedad mientras me vestía precipitadamente.

—¡CLUB SÁNDALO! —exclamé boquiabierto.

—Anda la hostia, a ti te falta un hervor.

— Sí, y tu café también, dejate de chorradas. ¿Dónde está tu club? — pregunté imperativamente.

—Ahí cerca, en la 12 con Lester Street —contestó mientras ponía dos cafés sobre una mesita redonda.

—¡Joder, si no he pasado tres veces por esa calle, no he pasado ninguna! — lamenté ante mi habitual despiste.

—¿Pero qué coño te pasa, dónde vas? —preguntó mientras acababa de sacar unas galletas de una vieja caja de metal.

—Adiós Caty —me despedí ya en la escalera mientras bajaba los peldaños de tres en tres.

—¡Maricón! ¡Hijo de puta!, ¡Anda y que te jodan! —gritó desde la puerta del apartamento.

—Lo siento Caty, ya desayunaremos otro día –grité escaleras abajo.

—¡Kitty cabrón, me llamo Kitty, no creo ni que recuerdes el nombre de tu puta madre, malnacido!

Los gritos de la chica se diluyeron entre los primeros rayos de sol de la mañana.

Efectivamente, no se hallaba lejos, me hicieron falta apenas diez minutos para llegar a Lester st. Por fin, ahí estaba.

“Club Sándalo” “cerrado”.

—¡Mierda!

Capítulo 25

La echaba de menos, a pesar del engaño, la decepción y la amargura. Eran demasiados recuerdos, aquellas tardes de pesca con mi padre allá en Montana. Las escapadas nocturnas en la caseta del estanque, el rubor de sus mejillas cuando nos besábamos, el tacto suave de su piel inmaculada. Las interminables tardes de domingo haciendo pastel de manzana, donde acabábamos tirándonos divertidos la harina por encima, el sol reflejándose en sus trenzas rubias, sus grandes ojos azules clavando su mirada en los míos. A veces me preguntaba si echaba de menos a Virginia, o quizás añoraba aquella etapa de mi vida.

Sea como fuera, no pude resistirme a la tentación de llamarla.

—¿Diga? —contestó al teléfono una voz de mujer.

—Soy yo –respondí nervioso, dudando si lo que hacía estaba bien o estaba mal.

—Hola Kedi —contestó con voz melosa.

—Hacía mucho que no me llamaban así... —contesté nostálgico.

—¿Llamaban?, creí que ese apodo te lo había puesto yo —acusó Virginia.

—Pues claro, Momo.

—¿Momo? Todavía te acuerdas —preguntó sorprendida.

—Donde las dan las toman —bromeé ante el apodo.

—*Touche*, ¿qué planes tienes para hoy? —preguntó Virginia con su habitual voz acaramelada.

—Había pensado en tomarme un día sabático —respondí mientras jugueteaba con el cable del teléfono.

—Fenomenal, porque precisamente hoy está la niña con su padre, así que podríamos quedar —respondió ilusionada.

—Me parece bien —contesté en el mismo tono.

Parecía como si el tiempo se hubiera congelado, como si despertara de un mal sueño, ahí estaba yo, como tantas otras veces, relajado, viendo el bullicio de las aceras desde el asiento del copiloto del viejo escarabajo de Virginia, todo parecía no haber cambiado, solo que el sueño había sido largo, tan largo como varios años.

—¿Qué te apetece comer? —preguntó Virginia sin apartar su mirada de la carretera.

—Lo que quieras, ya sabes que me arreglo con cualquier cosa.

—Solo hay que verte, no estabas tan delgado antes —contestó echándome una mirada de reojo.

—Serán los disgustos —aclaré a Virginia cínicamente.

—Sí, sí, pobre angelito —contestó en el mismo tono.

—Aquel pavo con salsa de arándanos, ¿sigues haciéndolo? —pregunté al recordar que era una de sus especialidades.

—Pues la verdad es que sí, además tengo pavo congelado que debe estar a punto de confundirse con un mamut, por la cantidad de escarcha que tiene —bromeó

—Ya está, hecho pues —sentencié.

—Bueno, eso de hecho será un decir, porque no recuerdo haberte visto cocinando nunca —bromeó Virginia.

—Bueno, hay cosas en las que he mejorado mucho —alardeé ante ella.

—¿Has mejorado en la cocina? —preguntó con curiosidad.

—Sí, en eso también he mejorado.

—¡Qué tonto eres! —rió Virginia.

Tras reírnos juntos durante unos minutos y bromear entre nosotros, retomé la conversación.

—La macedonia no se me daba mal... —recordé mientras fijaba la mirada en el paisaje que la ventanilla del coche ofrecía.

—Sí, tú con tal de aprovechar la fruta que se te estropeaba en el negocio...

—Economía doméstica —respondí sonriendo.

Virginia sonrió un poco, tras lo cual, volvió su mirada hacia un lado y frunció ligeramente el ceño.

—Lo que pasa es que no tengo arándanos, ¿no sabrás dónde hay un hipermercado por esta zona? —preguntó a la vez que reducía la velocidad de su viejo escarabajo.

—¡Hay que joderse! toda la vida con una frutería y quieres que compre los arándanos en uno de esos monstruosos almacenes de consumidores aburridos.

—Dicky... no digas tonterías —regañó dulcemente.

—Es verdad, son horribles, además no creo que nos dejen entrar.

—¿Por qué? —preguntó confusa.

—Porque no vamos correctamente vestidos —respondí con suficiencia.

—¿Y eso? —preguntó extrañada mientras me miraba de abajo arriba, buscando algún defecto en mi impecable conjunto italiano.

—Piensa...

—No sé, estás impecable, como de costumbre —declaró extrañada Virginia a la vez que se detenía en un semáforo.

—¿No ves que no llevo chándal?

Cada vez que reía, se le marcaban unos preciosos hoyitos en las mejillas, a la par que le subían los colores a las mejillas, resaltando aun más si cabe, su carita de porcelana. Realmente, a pesar de no ser ya una niña, seguía conservando su rostro angelical.

—Vale, deja de hacer el payaso y dime por dónde tiro, que se va a abrir el semáforo, además, sabes que me oriento muy mal.

—Conozco un sitio.

Sinceramente el lugar era horroroso, cientos de coches rodeaban aquellos silos de compradores compulsivos. Varios monopostes gigantes, de distintos comercios, intentaban llamar la atención de los clientes cual vulgar meretriz esquinera. Me llamaba especialmente la atención, ver el desfilar incesante de los carros de la compra, que parecían la reencarnación metálica

de la cornucopia. En el *TOP* de ventas, abundaban grandes sacos de comida para perros, seguidos de los habituales refrescos, los lácteos y algunos productos más, de dudosa utilidad.

—¿Tienes una moneda? —preguntó Virginia mientras rebuscaba en su cartera.

—¡No jodas!, acabamos de pisar el parking ¿y ya nos está costando dinero? – bromeé.

—No digas bobadas, es para el carro.

—Me estás asustando, ¡¿cuántos arándanos necesitas?!

Mientras Virginia intentaba descifrar a cuanto le salía la unidad de compra de un pack de yogures con cereales, se acercó a nosotros un vigilante de seguridad del centro comercial.

—Perdón caballero, ¿es tan amable de acompañarme? —dijo con voz seria el hombre uniformado.

—¿Qué pasa Dick? —preguntó preocupada Virginia.

—Vaya, ya me pillaron mangando condones —respondí resignado.

—Dick, ¡¿cómo has podido?! —exclamó Virginia totalmente avergonzada, hasta tal punto que podía sentir el calor que emanaban sus mejillas, tan roja estaba que habían desaparecido todas sus preciosas pecas.

Nos dispusimos a seguir al guarda de seguridad del centro comercial.

—Usted no señorita —indicó a Virginia con un gesto seco.

—Ya has oído a la autoridad —bromeé— espérame en información.

—Ten cuidado Dick —contestó la pobre criatura.

Una vez dejada atrás la línea de cajas, aquel hombre me hizo entrar en una pequeña estancia, a la que se accedía por una discreta puerta situada entre el tablón de anuncios y los servicios de los clientes.

—Bueno, ahí le dejo —comentó el vigilante, abandonándome dentro de aquel cuarto, en el cual se veía a un hombrecillo de ojos saltones y poco pelo, intentando controlar las numerosas pantallas que tenía delante de él.

—Cierra la puerta que se escapa el frío —ordenó el hombrecillo sin apartar la vista de los monitores.

—Joder, si que hace frío sí... —exclamé frotándome las manos.

—Mira en ese monitor, en el pasillo de los cereales —ordenó aquel hombre.

Mientras con una especie de joystick activaba el zoom de una de las cámaras de seguridad.

—Joder —exclamé.

El cabrón había dirigido una de las cámaras, sobre una pobre madre que se había agachado buscando el cereal más barato de la balda inferior, el culo de aquella pobre infeliz ocupaba casi la totalidad de la pantalla.

—Venga, será mejor que te dejes de chorradas que aquí hace mucho frío —recriminé sin separar la mirada de aquel monitor.

—Perdona Dick, tío, ya sabes, hay que refrigerar los equipos informáticos, así que para calentarme tengo que acudir a otras fuentes de energía —justificó el hombre con una risa un tanto equina

—Qué tal te va Morales —saludé al de los ojos saltones, dudando si dicha característica física no era hereditaria, como siempre había creído, sino producto de la excesiva atención a las pantallas.

—Bien, bien, te vi por uno de los monitores y me acordé que tenía que pedirte un favor —explicó mientras intentaba anudar una bufanda al cuello.

—Pues podías haberme llamado por teléfono, vaya susto se ha dado mi chica —reproché.

—Es verdad, ¿quién es esa muñequita paliducha? —interrogó con curiosidad.

—Eso te da igual —contesté celoso de mis sentimientos.

—¡Mira, mira, te la está pegando con otro en la sección de charcutería! —dijo emitiendo una serie de sonidos que en teoría eran carcajadas.

—A ver si renuevas tu catálogo de bromas —solicité condescendiente.

—Bueno hombre, que sentido del humor más pobre.

—Tú sí que eres pobre, dime, qué quieres —exigí.

—Ah, sí, es verdad. ¿Sigues dedicándote a eso de los detectives? —preguntó fijando sus ojos saltones en los míos

—Claro —respondí a la vez que hacía sendos movimientos con las manos corroborando mi afirmación.

—Verás, es mi cuñado, no sé qué hostias quiere, últimamente está muy pesado con esto de la video vigilancia, quiere que yo le instale una mierda de estas, y no tengo ni puta idea, yo solo se usarlas, no ponerlas —explicó Morales.

—Ya veo.

—Tú sabías de estas cosas, ¿no? —preguntó mientras volvía a colocar de nuevo la bufanda en el cuello.

—Algunas he puesto —contesté con suficiencia.

—Mira, yo lo que quiero es que no me dé la chapa, esta es su dirección,

hablas con él y si te sacas bastante fula, mejor para ti —concluyó mientras anotaba una calle y un nombre en una hoja que había arrancado de uno de los folletos que tenía apilados cerca de su silla.

—Gracias Morales, un cliente es un cliente.

Agradecí sinceramente aquel gesto. No siempre se acuerdan de uno, y menos para darte trabajo. ¡Buen tipo el Morales!

—Que escote trae hoy la promotora de *Oscar Mayer*, ¡qué puta! —escuché ya tras cerrar la puerta.

Al salir, me encontré con Virginia, que impaciente había venido en mi busca.

—¿No te dije que me esperaras en información? —reproché con aire paternal.

—Estaba nerviosa. ¿Te han hecho daño? —preguntó la cándida de Virginia.

—Solo en mi orgullo —respondí supuestamente dolido.

Durante el regreso a casa, aclaré el tema a Virginia, no sin el lógico enfado de ésta. Aunque acabó por admitir, que a veces era más cándida de lo que la realidad cotidiana aconseja.

De vuelta en su casa, ojeé con curiosidad un viejo álbum de fotos, que Virginia me había facilitado, para tenerme entretenido mientras ella cocinaba. En dicho álbum, faltaban algunas fotos.

—Oye Momo, ¿y estas fotos que faltan? ¿por qué las has quitado? —pregunté desde el salón, elevando la voz para que pudiera oírme sin dificultad.

—¿Cómo sabes que he quitado fotos? —preguntó desde la cocina.

—Soy detective, ¿recuerdas?

—Eso no responde a mi pregunta —contestó trivialmente.

—Sencillo, hay partes más claras que otras en el papel. No hace falta ser Sherlock Holmes —aclaré mientras seguía pasando páginas del álbum.

—No seas suspicaz que te veo venir, son fotos de gente de mi antiguo trabajo, no tienen nada que ver contigo —reprochó Virginia.

Dejé las fotos antiguas de lado y me dirigí a la cocina con intención de ayudar a Virginia.

—Tiene buena pinta, la verdad —admití mientras probaba la salsa de

aráندانos con una cuchara de madera.

—Gracias cielo, ¿me alcanzas ese bote de arriba? —solicitó Virginia señalando un bote de miel que estaba en la balda superior.

—Claro, ¿por cierto tienes vino? —comenté mientras bajaba el bote.

—¿Vas a añadir vino a la salsa? —preguntó Virginia probando la salsa y analizando su sabor.

—Yo siempre cocino con vino, y hasta a veces se lo hecho a la comida —bromeé mientras corregía con sal y pimienta la salsa que se estaba reconduciendo.

No sé si eran los nervios, la ansiedad, o la mala conciencia, el que caso es que realmente, no tenía mucho apetito.

—Delicioso el pavo, de verdad —adulé ya que apenas había comido.

—Gracias por el cumplido —sonrió Virginia.

—De verdad, te has superado.

—Bueno, ahora no tengo que estar preocupada por si se presenta de repente mi madre —confesó mientras se dirigía de nuevo a la cocina.

—¿Te acuerdas la primera vez que entré oficialmente en tu casa? —recordé entre risas a Virginia.

—¡Cómo no me voy a acordar!, buf ... ¡si confundiste a mi madre con la señora de la limpieza! —recordó entre risas.

—Sí ,tú riéte, pero todavía me dura la vergüenza —confesé.

—No seas mentiroso, ¡si tú no tienes de eso!

Abrazados en el sofá hojeamos un nuevo álbum, este más antiguo, con las esquinas desgastadas por el paso del tiempo y que portaba en su interior algunas fotos que teníamos de chavalines. Comentábamos divertidos las pintas que llevábamos, un aluvión de recuerdos acompañaba a cada una de las instantáneas.

—No pensé que guardaras fotos nuestras después de lo que pasó —declaré sorprendido.

—¿Por qué no? lo vivido bien, bien vivido está —contestó nostálgica.

—¡Cuánto nos hemos perdido cariño! —reflexioné junto a Virginia.

—Tenemos toda la vida por delante para recuperarlo, podemos volver a empezar.

—¿Y si luego nos arrepentimos?

—Me apetece hacer las cosas mal —contestó dejando perder la mirada.

—¡Brindo por eso!

Capítulo 26

Estaba ante una encrucijada sentimental, que era precisamente lo peor que podía hacer, estando inmerso en un caso tan complejo como el que tenía entre manos, y no solo eso, con el descubrimiento del club Sándalo, temí que los acontecimientos se precipitaran.

Una resolución del caso de Rocco, me pondría en una difícil situación ante Linda.

Ya que la relación detective cliente desaparecería, tendría que volver a recolocar todas las fichas ante ese nuevo envite.

No quise afrontar el tema de momento, y opté por dilatar la investigación. Mientras tanto, me puse a investigar otros casos que tenía pendientes.

Uno de esos casos era el de Richard, un viejo tendero al que tiempo atrás había instalado un par de cámaras de vigilancia en su negocio, y que me había llamado para algo muy gordo, según él.

De mediana estatura, delgado y facciones marcadas, tenía una frondosa pero cuidada cabellera blanca que cubría su cabeza, a pesar de pasar de los sesenta y tantos años. Cada vez que te miraba, quitaba sus gafas de cerca dejándolas caer, confiando ciegamente en que el cordón que las unía al cuello cumpliera su cometido.

—Hombre Dick, qué te cuentas —comentó a modo de saludo cuando me vio entrar por la puerta.

—¡Richard por Dios, con la pasta que tienes todavía trabajando! —recriminé a mi viejo cliente.

—Mira el otro por donde sale —sonrió enseñado su perfecta dentadura postiza.

Propietario de una humilde tienda de ultramarinos de barrio, nadie hubiera sospechado la gran fortuna que había llegado a amasar, si bien sospechaba que dicho capital, no venía únicamente de vender mortadela. Pero lo que más me llamaba la atención no era de donde sacaba el dinero, sino que hacía con él, ya que seguía con el mismo jersey azul lleno de bolas y sus vaqueros raídos que siempre le había conocido.

—¿Sigues escribiendo? —preguntó curioso.

—Me temo que no —contesté escuetamente esbozando una medio sonrisa.

—Lástima, los escritores son los notarios de la vida, anda sígueme.

Le acompañé a través de un pequeño almacén lleno de cajas de whisky y otros licores. Oculto parcialmente por una rancia loneta azul descolorida, se podía adivinar la silueta de un deportivo rojo del que no era difícil deducir la marca, ya que bajo un siete de la lona, se podía ver un caballo rampante. Finalmente llegamos a un pequeño cuarto que hacía las veces de oficina y lavabo. Así era el bueno de Richard.

—Dime, ¿qué tal te va la vida? —pregunté quitando hierro al asunto, a la par que hacía un barrido del almacén con la vista.

—Mal, muy mal, la bolsa no deja de darme disgustos —lamentó mientras ojeaba unos papeles.

—Pues vaya. Esos futuros van a acabar contigo —contesté mientras él seguía afanado en buscar algo de entre las carpetas que descasaban sobre un aparador.

—Bueno, no te he llamado para hablar de chicharros, futuros ni gaitas de esas —comento en la típica jerga bursátil.

—Ya me imaginaba —contesté a la vez que buscaba en mi bolsillo uno de mis chicles mentolados.

—Este desagradable personaje —comentó dándome una foto— vino con una señorita muy bien vestida, fingiendo ser un matrimonio en apuros. Me preguntaron si conocía alguna inmobiliaria en la zona. Entablamos una conversación y me contaron una serie de desdichas, que les obligaban a vender su propiedad rápidamente.

—Comprendo —respondí mientras desenvolvía uno de mis chicles.

—Realmente, no podía permitir que ese hecho les abocara a una situación de indigencia —aclaró el tendero.

—Ya, y tú como eres tan amable, te ofreciste a comprarles el piso para sacarles del apuro. Eso sí, por debajo del precio de mercado —cerré lógicamente.

—Solo quería ayudarles, yo no me aprovecho de la gente, la verdad es que esto me pasa por bueno —contestó mientras volvía a colocar cuidadosamente cada papel en su carpeta.

—¿De cuánto hablamos? —pregunté.
—Doscientos cincuenta mil —respondió sin levantar la vista de las carpetas.
—¡Joder! Te la metieron bien a fondo.
—Es una suma ciertamente importante —apostilló medio enseñado sus dientes— pero tenías que haber visto la casa, estaba en ese residencial donde vive el alcalde, por lo menos debería de valer el millón de dólares.
—Las escrituras falsas supongo —me adelanté a su explicación.
—Tan falsas como el notario y tan falsas como la casa, que la tuvieron alquilada por dos días.
—¿Por qué no vas a la policía?, esto te lo arreglan rápido y te ahorras mis honorarios.
—Mi buen amigo Dick... ¡siempre tan legal!, no tengo ganas de dar explicaciones, y menos al fisco, se podrían a husmear de donde he sacado tanto cash.
—¡No me jodas!, ¡¿pagaste en metálico?! —exclamé asombrado ante la imprudencia de mi cliente.
—Parecía un buen pelotazo —confesó
—Pues esta vez te ha salido mal, haré lo que pueda, pero me quedo con el diez por ciento —advertí al tendero
—Lo que sea, pero quiero mi dinero —volvió a enseñar sus dientes.
—De acuerdo —confirmé a la vez que me dispuse a salir de aquella especie de despacho.
—Solo una cosa más —puntualizó cogiéndome del brazo.
—¿Sí? —contesté a la vez que me detenía.
—No le hagas daño a la señorita.
—Si me atas de manos, tendré que cobrarte el doce por ciento de la suma en vez del diez —contesté sabiendo la respuesta por adelantado.
—Qué mala persona eres. Bueno, del diez no paso, así que haz lo que te da la gana, como si la matas.

Empecé por identificar al que pensaba que era el cerebro de la operación. No hubo forma de que nadie reconociera al tipo, ninguno de mis contactos supo darme pistas, por lo que proseguí por la socia. Con ella tuve más suerte, la chica resultó ser una fulana, que además era bastante conocida por trabajar en la zona oeste, curiosamente no muy lejos de la urbanización del presunto pelotazo.

Era ya de noche y apenas había gente en el parque, apenas unos pocos chavales que se sentaban en lo alto de los respaldos de unos cuantos bancos grafiteados.

Siempre me he preguntado qué tiene de cómoda esa postura, como no sea la de sacar placer de tener una madera estrecha bajo el culo, eso, o la satisfacción por dejar el asiento lleno de mierda y jodernos a los que nos sentamos correctamente.

Ya al final del parque, donde escaseaba la luz, se veía una pobre infeliz intentando matar el frío y calentar los pies, dando pisotones en el suelo. No me hizo falta mirar la foto para saber que era la persona que buscaba, una minifalda negra ajustada de poliéster barato, y unas medias de red llenas de carreras, evidenciaban que no era una mama bajando el perrito a hacer sus necesidades.

—¿Qué pasa nena? —pregunté a la vez que miraba alrededor de ella para comprobar si estaba sola o vigilada por algún chulo.

—Hola prenda —contestó con desgana mientras mascaba chicle compulsivamente.

—Busco a un hombre.

—Mira tío, yo no soy travesti, reconozco que soy algo fea, pero no es para que se confundan —contestó sin siquiera enfadarse.

—Ya sé que eres una putilla vulgar —aclaré a la del chicle.

—Anda el cabrón éste, pues no me jodas, si buscas chaperos te apuntas a un gimnasio, a mi no me toques las narices loca del coño —contestó indignada.

Mientras se despachaba a gusto, yo ya había sacado la foto que me había dado Richard y la había puesto delante de sus morros.

—¿Te gusta la parejita de la foto?, este es el tío que busco —sonreí maliciosamente.

Se quedó sorprendida viendo la foto de aquel tipo y ella misma entrando por la puerta de la tienda de ultramarinos.

—¿Y esto de dónde hostias han salido? —exclamó francamente sorprendida.

—A ver, que hay que explicarlo todo, de las videocámaras de la tienda —aclaré a modo de rutina.

—¿Pero esa tienducha tenía cámaras de esas? —interrogó asombrada la del bolso.

—¿Qué os pensabais? ¿Qué solo tenían cámaras de seguridad las tiendas de *Louis Vuitton, Gucci o de Chanel*? —aclaré mientras retiraba la foto de enfrente de su cara.

—¿Bueno qué quieres? —preguntó nerviosa.

—Todo lo que puedas decirme de este individuo —respondí señalando con el dedo al tipo de la foto.

—¿Así? ¿Por tu cara bonita? —contestó alterada mientras no paraba de frotarse las manos intentando quitar el frío.

—Por mi cara no, ¿pero por la de Lincoln? —respondí mientras guardaba la foto en el bolsillo interior de mi gabardina.

—¿De cuántos presidentes hablamos nene? —preguntó cambiado el tono de voz a otro más relajado.

—De unos diez mil —contesté mirando fijamente a sus ojos.

—¡Hostias, que le den por el culo al fulano ese! —exclamó mientras boquiabierta se le caía el chicle al suelo.

Saqué un fajo de dinero envuelto en papel de periódico, convenientemente atado por sendas gomas, que previamente había escaneado en mi impresora láser. El primer billete y el último del fajo eran verdaderos, el resto falsos, dicho truco y la oscuridad de la noche hizo el resto. La pobre ignorante, cegada por el paquete, el del dinero he de aclarar, cantó hasta la traviata. “Quien a hierro mata, a hierro muere” pensé satisfecho al comprobar, que se la había colado. No se percató del timo, ya que nerviosa escondió tan abultada cantidad de dinero bajo su ropa, ante el temor que o bien me arrepintiera o que alguien se percatara de tan succulenta transacción.

Una vez me di la vuelta, la chica se perdió entre las sombras precipitadamente, buscando supongo, un lugar más discreto donde recontar su botín. Lástima por ella. Me sorprendió la facilidad con la que había colocado la burda falsificación, aunque de la misma forma, ella podría haberme dado una dirección falsa en un particular *quid pro quo* de farsantes. Afortunadamente para mí, no fue así.

La vivienda de aquel tipo parecía la típica residencia del quiero y no puedo, se trataba un bloque de apartamentos con fachada de mármol y grandes ventanales tintados, situados en lo que era la avenida principal de un barrio de clase media con aspiraciones. Las aceras de la urbanización estaban copadas por los típicos todo terrenos, que lo más parecido al barro que habían

visto, era el que se pegaba a las botas de los niños cuando sus mamás los recogían de hípica. El portal muy cuidado, con una pequeña garita situada nada más adentrarte, tras la cual se daba paso a dos pasillos con sendas puertas. Después de cerciorarme de la dirección, tomé el de la derecha. Llegado al quinto llamé al timbre. De fondo noté como bajaba el volumen del televisor. Al rato se dispusieron a abrirme.

—¿Quién es usted? —preguntó aquel tipo extrañado abriendo parcialmente la puerta.

—Vengo de parte de cierto tendero del oeste de la ciudad —expliqué mientras miraba descaradamente en el interior de la vivienda.

—No le entiendo —confesó desorientado.

—Bonita casa, aunque tenía más clase la que le vendieron a mi cliente, perdón, el tendero, sí, creo que suena mejor lo de tendero, es como más familiar —declaré con sorna.

—Haga el favor de marchar o llamo a la policía —contestó en voz baja mientras intentaba cerrar la puerta.

—No se moleste, ya la llamo yo —indiqué poniendo mi pie entre el marco y la hoja de la puerta, a la vez que sacaba la foto que previamente había usado con su partenaire.

—Yo no he hecho nada —exclamó nervioso sin dejar de empujar la puerta.

—Tengo la confesión de ella, y te deja muy mal —amenacé mientras le ponía la foto de la cámara de seguridad frente sus narices.

—Está bien, qué quiere —concedió saliendo fuera y dejando la puerta medio cerrada tras de sí.

—Charlar un poco, hacer amigos... ya sabe —contesté con sorna.

—¿Cómo ha dado conmigo? —preguntó nervioso mientras miraba en todas direcciones, preocupado por la posible irrupción de algún vecino.

—Bueno, ya se sabe, preguntando se llega a Roma, por cierto la chica no le pega con su estatus, creo que viviendo en este barrio podría aspirar a una puta de barra, pero una zorrilla de polígono... ¡qué poca clase! —respondí moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Esa puta no sabe donde vivo, no puede ser —declaró frotando compulsivamente la frente.

—Pues va a ser que sí. Fue muy hábil alquilando aquella propiedad, también lo fue cogiendo como socia a una pobre puta ignorante a la que le sería fácil engañar y quitársela de encima. Pero dejó de serlo cuando quiso ir

más lejos, y pretendió follársela gratis a cuenta del presunto reparto. Pero donde realmente acabó por cagarla, fue cuando no se dio cuenta de que cada vez que salía del motel, ella le seguía, y claro, acabó dando con su verdadero domicilio.

—Hija de puta, se suponía que íbamos a medias —masculló para sí.

—¿Sí?, pues ahí está esperando todavía la pobre idiota, y las únicas medias que tiene están rotas.

—Papá, ¿quién es este señor? Mamá me ha dicho que no os quedéis en la escalera —preguntó un pequeño asomándose al descansillo de la escalera.

—¡Entra dentro! —le gritó causando el lógico llanto de la criatura.

—¿Hablamos? —pregunté sonriendo con cara de satisfacción, al intuir que habiendo familia de por medio tenía al tío agarrado por los huevos.

Capítulo 27

En la partida de la vida siempre me habían tocado cuatros o a lo sumo cinco, pero a pesar de mis malas cartas, siempre jugaba bien mis comodines, uno era mi padre, el otro Ben. Me había tocado un *as* y en justicia el primero en ver la jugada tendría que ser mi fiel cantinero.

—Ben, quiero que conozcas a alguien —declaré orgulloso.

—Si viene de parte tuya, mala cosa —contestó sin levantar la vista de los vasos que estaba lavando en ese momento.

—Creo que no le falta razón —apostilló una voz femenina.

—Válgame el cielo, señorita, pe.. perdóneme, no la había visto —se justificó azorado el bueno de Ben.

—¿Ves como siempre me dejas mal, Ben? —bromeé.

—Yo...

—No le haga caso —tranquilizó ella en tono distendido.

—Bueno ¿qué os pongo? —preguntó Ben deshaciéndose en atenciones.

—Nada Ben, solo vinimos para que te conociera, ahora iremos a comer que ya es tarde.

—¡Nada de eso! Dadme un par de minutos y os prepararé unas fantásticas hamburguesas al estilo sureño.

—¡Pero si eres del norte! —bromeé de nuevo.

—Sí, pero negro, algo se notará ¿no?

El bueno de Ben marchó todo ilusionado a prepararnos algo de comer. Al rato ya nos había traído la comida, dejándonos solos al percatarse de la naturaleza de la conversación.

—¿Por qué no te vienes a vivir a casa? Hay sitio de sobra, estarías más a gusto que en esa pecera de veinticinco metros cuadrados.

—Te lo agradezco, pero yo perdería mi libertad y tú perderías tu reputación —contesté como pude mientras luchaba con una hamburguesa doble con pepinillos y queso.

—¿Quieres limpiarte los morros de tomate y atender a lo que te estoy diciendo? —replicó como era habitual en ella.

—Pero vamos a ver ¿por qué quieres complicarte la vida? —insistí.

No acabé la frase, Ben nos trajo un par de enormes copas de nata y sirope.

—Bueno, ya sabe, señorita, si se cansa de este gamberro yo preparo unos jalapeños exquisitos —bromeo mi viejo amigo.

—No me tientes Ben, por cierto muy buenas las hamburguesas —aduló la chica— pero no me llames señorita, sé lo importante que eres para Dick.

—Uf, no sé cómo llamarla —confesó azorado Ben mientras se rascaba el cogote tímidamente.

—Ben tiene razón, es tu mejor amigo y todavía no se lo has dicho —reprochó con dulzura.

—Vale, esto parece una conjura, Ben... —proseguí ceremoniosamente— tengo el honor de presentarte a mi novia.... Linda Baker.

Capítulo 28

Hieráticos los maniqués asistían impávidos al frenético ritmo nocturno, mientras los carritos de perritos calientes, cedían sus esquinas a las funcionarias del deseo.

Las tiendas de licores empezaban a llenarse de público, mientras empezaban a encenderse los llamativos neones de los locales de *striptease*, los cuales se reflejaban en los numerosos charcos de las aceras. Los locales nocturnos empezaban a abrir sus puertas, mientras que los más madrugadores comenzaban a dar síntomas de embriaguez. Los hombres anuncio salpicaban

las aceras, y grupos de marines, perdían parte de su tiempo de permiso discutiendo a que local entrarían primero. El fin de semana no hacía sino acentuar el ambiente lúdico de la noche.

—Joder, ¿así que este es el famoso Sándalo? La verdad es que no me lo imaginaba así —comenté al encontrar por fin el local que había buscado con tanto ahínco.

—¿Has venido a beber o a escribir un monólogo? —preguntó con desparpajo una escotada mujer detrás de la barra.

—No lo sé, ¿qué más hay en el menú? —continué en el mismo tono.

—¿Qué te parece si te mando a una de mis chicas para que lo averigües? —contestó la que parecía ser la encargada.

—Hecho.

Chasqueó un par de veces los dedos, y me señaló con la vista, a la vez que se dirigía a un nuevo cliente que acababa de llegar.

—Dime cielo, ¿qué haces tan solo? —me susurró la chica mientras acercaba una silla a la mía.

No me dio tiempo a contestarla, bruscamente cambió el tono de voz.

—¿Pero qué es esto?, ¡Tú eres el hijo de puta que me dejó tirada el otro día! —gritó la chica mientras acentuaba su reproche con contundentes movimientos de brazos.

—¡La cagamos!... Cindy veras yo..., deja que te cuente... —contesté rascándome el cogote.

—Sí hombre sí, la Crawford payaso, me llamo Kitty —puntualizó bastante molesta.

—Kitty, sabes lo que pienso, que no tengo vergüenza, eso es, no la tengo, y por eso he venido a buscarte —improvisé como pude.

—¿No me digas que has venido al Sándalo después de lo del otro día solo para decirme eso? —exclamó perpleja.

—Exacto —afirmé mientras me acicalaba mi generoso pelo negro.

—Pues sí que no tienes vergüenza —comentó entre dientes.

—Ves como tengo razón. Venga, tómate algo —animé mientras con un gesto llamaba la atención de una de las camareras de la barra.

—¿Ah sí?, pues te va a salir caro. Carla, champaña —contestó con autoridad, a la vez que se colocaba los pechos dentro del sujetador.

—Joder, pobre Linda —mascullé pensando en la nota de gastos.

—Bueno qué ¿nos ponemos cómodos? —comentó la chica a modo de

venganza.

A pesar de las tres o cuatro botellas que terminamos, y de haber hablado con todo el personal del club, incluidos los clientes más asiduos, no obtuve mucho en claro. Nadie me habló ni de la dirección asociada a la nota, ni habían visto merodear por allí a ningún monje.

El caso es que empezaba a amanecer, y la proximidad de la hora del cierre evidenciaba que en ese sitio no podría sacar más información. Pensé que quizás, siendo amable con esa chica, y ya fuera de ese ambiente, pudiera contarme algo que se le hubiera pasado por alto o no quisiera contarme. No había más había remedio que hacer horas extras.

—Kitty guapa, creo que te debo algo.

—¿Sí?, sorpréndeme —respondió con desidia.

—El desayuno del revolcón de ayer —respondí esperándome cualquier reacción.

—¡Serás Caradura!, ¡pues hoy pagas! Carla, me voy con un cliente.

—¡Ya sabes, que se divierta el caballero! —contestó socarronamente la que parecía ser la propietaria.

—Joder qué noche —mascullé.

—¿Qué dices?

—Que qué noche más fría.

—No te preocupes tigre, acabarás sudando.

Capítulo 29

La noche había sido muy larga, por lo que me arrastré como pude hacía una boca de metro, tuve suerte y a pesar de ser la primera hora de la mañana logré encontrar un sitio para sentarme en el vagón. En el metro todavía no hay coches cama. Lástima.

Tras un monótono recorrido, pude llegar a la casa de Linda, sin embargo no me esperaba un recibimiento cariñoso como es de suponer en ese tipo de visitas, y es que apenas hacía unas horas que estrenaba novia, y ya me estaba cayendo la primera bronca, estaba claro que había pulverizado todos mis

récords.

—¡Toda la noche de putas, más de 1000 dólares de gastos y me dices que no has averiguado nada! ¡Te mato! —desbarró enfurecida Linda.

—¡Joder! —contesté abatido.

—¡Sí, presume de lo único que se te da bien! ¡Imbécil!

—¡Óyeme de una puta vez!, he estado toda la noche aguantando las gilipolleces de una putilla de barrio y teniendo que dar coba a una gorda sesentona, a un asiduo borracho, a los gorilas del local, etc, mientras tú dormías apaciblemente —contesté alterado, prosiguiendo ya más calmado— me sé toda la vida y milagros de todo bicho que ha pisado por el club, incluso podría escribir la biografía de la mayoría de los clientes y del personal, incluida la mujer que limpia los martes y viernes. Yo no tengo la culpa que la información no encaje para nada en lo que hasta ahora sabemos. Además, de la calle Lester a la Avenida Lexington es como ir de una punta a otra de la ciudad.

—Perdona, es que estoy algo nerviosa.

—Celosa, diría yo.

—¡Oye cretino no me toques las...!

—Vale, vale, vale, ya, tranqui —corté evitando otra escalada verbal— además, no he perdido la noche.

—¡Serás jeta! —gritó Linda.

—No mujer, quiero decir que al final de la madrugada, hablando con una tipa que trabaja en ese local, me habló de la Sala Caribe, me dijo que estaba en el este, donde los viejos hoteles.

—¿Fuiste? —preguntó ansiosa Linda.

—¡Qué va!, eso está en la otra punta de la ciudad, no me hubiera dado tiempo, esta misma noche me acercaré por allí.

—Otra juerga ¿no? —respondió Linda resignada.

Dado que Linda había perdido el estatus de cliente, decidí no seguir cobrando por mi trabajo a pesar de sus protestas. Sabía las consecuencias de la nueva situación y quise ser coherente con ello, pero no quería perder mi

independencia económica, con lo que tuve que hacer más trabajos para nutrir mi pequeña economía, la cual tenía algo olvidada. Me dispuse a trabajar para el cuñado de Morales.

—Hola, yo preguntaba por el señor Riviera —aclaré a la mujer que hacía las veces de cajera, vendedora, y secretaria en una zapatería del centro, la cual tenía más años que zapatos.

—Sígame por favor —respondió mientras me miraba por encima de unas diminutas gafas de lectura en forma de concha.

—Bonito local —mentí a modo cumplido.

La moqueta de la sala de ventas dejó paso a un estrecho pasillo de cemento, custodiado a ambos lados por oxidadas estanterías metálicas, repletas de cajas de zapatos. Un olor a cartón húmedo invadía toda la estancia. Por fin llegamos a una puerta amarillenta que en su día debieron pintar de blanco, un cristal opaco con unas letras serigrafiadas, anunciaban que el tipo que se traslucía tras el cristal, debería de ser el jefe.

—Señor Riviera, el Sr. Donovan está aquí —anunció ceremoniosamente aquella servicial mujer, a la vez que con los nudillos daba un par de golpes en la puerta.

—Estupendo, que pase —contestó complacido.

Era de tal obesidad aquel hombre que apenas podía girar el cuello, si eso era lo que escondía detrás del pañuelo de seda que exquisitamente tenía anudado. Una americana azul con botones dorados de ancla, y unos pantalones crema de pata de elefante vestían a aquel individuo. Completaban el paisaje, unos zapatos de charol negros y blancos a lo *Edward G. Robinson*. Un pequeño bigotito y el pelo peinado a raya totalmente engominado, hacían de aquel personaje un tipo estrafalario.

—Me manda Morales por un asunto —expliqué a la par que observaba los muebles *vintage* que saturaban el pequeño espacio de aquel despacho.

—Lo sé, lo sé, lo sé, ¡ese cuñado mío! es la primera vez que hace algo bien en todos estos años, siéntese por favor —respondió cerrando tras de sí la puerta de su despacho, a la par que me hacía un barrido con la mirada de arriba abajo.

—Me adelantó algo pero prefiero que sea usted quien me dé los detalles —proseguí profesionalmente.

—Detalles, detalles, haber cómo se lo digo... yo —titubeé mientras con un enorme pañuelo blanco con encajes, se secaba el sudor de la frente con unos movimientos más que amanerados.

—Dígamelo sencillamente –corté mientras disimuladamente separaba hacia atrás la silla, que para mi gusto estaba demasiado cerca de aquel tipo.

—Bueno, pues, me roban, me roban, y me roban –confesó en voz baja, mientras arqueaba su neumática figura hacia mí.

—Es una afirmación un poco fuerte –contesté retrasando una vez más mi posición.

—Sí, ¿verdad que lo es? –contestó mientras seguía acercando su enorme cuerpo por encima de la mesa.

—¿Qué pruebas tiene? —pregunté mientras me levantaba del confidente para una vez en pie poder mantener mejor las distancias.

—¿Pruebas?, ¡niño!, ¿para qué cree que le he llamado? –exclamó a la vez que se secaba el sudor con el estrafalario pañuelo.

—Entiendo.

—Verá, yo quiero una de esas cámaras en las que se ven cosas — prosiguió con cierto aire detectivesco.

— Video vigilancia.

—Eso, eso, quiero ver por una de esas cosas y así averiguar quién es.

Le expliqué al tipo el funcionamiento de las cámaras, precios de instalación y algunas cuestiones legales, tras lo cual quedé en volver después de la hora del cierre de los empleados para instalarle el equipo. Un trabajo a todas luces sencillo.

De regreso a mi oficina no pude evitar encontrarme con Elmer. También detective, habíamos compartido agencia hacía años.

—¿Dick? –preguntó fijando sus fríos ojos en los míos.

—Hola Elmer –contesté sin mucho entusiasmo.

Era de esos tipos que te hielan sangre, extremadamente violento, capaz de partirle la mandíbula a un tipo, por tan solo rozarle con un paraguas. Tenía unos ojos negros muy pequeños, tan oscuros que no se distinguía el iris de la pupila. Solía vestir de negro, recuerdo además que estaba obsesionado con su cabello, siempre llevaba el pelo, el cual tenía bastante largo, perfectamente recogido con su correspondiente coleta y teñido de rubio. Ya andaría por los 45.

—Debiéramos volver a asociarnos Donovan, no nos iba mal —sentenció con un hilo de voz totalmente monótono.

—Bueno, me llamabas el llanero solitario, ¿recuerdas? –contesté

haciendo un pequeño guiño a modo de despedida y proseguí el camino.

—Ya —contestó alejándose.

—¡Lo olvidaba!, ¡dale recuerdos a Ming Sao de mi parte!

No contestó, se limitó a levantar una de sus manos a modo de cumplido sin siquiera volver la cabeza.

Realmente tenía razón Elmer, no nos iba mal, se puede decir que incluso tenía más trabajo con él, que estando solo. Es cierto que era un tipo raro, pero siempre fue legal conmigo. Vivía con una china diez años mayor que él, se pasaba las horas muertas dándole masajes a sus pies, era tal la veneración que sentía por la asiática, que siempre dormía en el suelo junto a su cama. Resultaba paradójico ver como en la calle la emprendía a hostias con cualquiera, para luego someterse con una sumisión castrense a la oriental, que no pasaría del metro y medio y los cuarenta y pocos kilos.

Curiosamente no fueron sus extravagancias, ni los problemas constantes con la justicia, a causa de su extremada violencia, lo que me empujó a romper la sociedad. Era más que un socio, era un buen amigo. Lo que precipitó la ruptura de la asociación, fue un caso que sin saber por qué, llegó a nuestras manos.

Un hombre extraño contactó con nosotros, nunca supimos realmente quién nos lo mando, cómo nos conoció o por qué nos eligió, pero el caso es que decía tener pruebas sobre un proyecto secreto de una farmacéutica, algo relacionado con un medicamento que causaba una muerte simulada.

Parecía de locos, era el típico caso que no te tomas en serio, pero no tardó en sacar un fajo de billetes y eso convence al más escéptico.

Yo era la parte intelectual del grupo, mientras que Elmer era el que se manejaba mejor en los bajos fondos, por lo que fue él quién más participo en aquella investigación.

Elmer no tardó en encontrar testimonios de numerosos indigentes que denunciaban la desaparición de compañeros suyos en extrañas circunstancias, de hecho, cundía el pánico en la comunidad de los sin techo.

Por mi parte, tuve acceso a ciertas fuentes, que hablaban de un siniestro proyecto que hablaba precisamente de experimentar con humanos sobre el efecto de un fármaco en desarrollo, y que para ello buscaban entre los más desfavorecidos, cobayas con las que poder experimentar.

Un noche quedé en una octava planta de un parking, para recibir

información acerca de una farmacéutica implicada, el confidente debía aparecer sobre las 11 y cuarto de la noche, pero nadie apareció, curiosamente, poco antes de mi cita salio precipitadamente por unas de las salidas del parking, un Chrysler 300 negro matrícula de Nueva Jersey, un vehículo exactamente igual que el de mi entonces compañero Elmer. No había que ser muy listo para asociar ambos hechos.

Fue una lástima, ya que aquello no solo acabó con una de las principales pistas de aquel caso, también acabó con la confianza que tenía en él.

El encuentro con Elmer me llevó a hacer el balance de todas las personas que me habían fallado en la vida, y la verdad es que la suma era importante, tanto, que cuando quise darme cuenta ya había llegado a mi destino.

Entré en el edificio multiservicios donde tenía mi oficina, abstraído en mis pensamientos como era habitual.

—Buenos días señor Donovan. ¿Mucho trabajo? —preguntó con tono impertinente el conserje del edificio.

—Sí, pero no tan divertido como el tuyo Brad.

El olor del despacho recordaba el de un viejo baúl de madera lleno de papeles amarillentos, los rayos de luz que burlaban a las persianas, formaban una batería de pequeños hexágonos, perfectamente alineados sobre la pared dibujando una línea descendente, sobre la mesa todavía había una botella de licor sin cerrar. Me dispuse a ventilar y ordenar todo aquello. El ambiente estaba bastante cargado.

—Papeles, papeles y más papeles, es la historia de mi vida —lamenté mientras intentaba poner orden en aquel desastre de despacho.

Una llamada telefónica interrumpió bruscamente mis pensamientos.

—Dick Donovan, detective privado, ¿dígame? —respondí de forma rutinaria.

—Hola, buenos días —contestó una señora que por la voz se adivinaba ya mayor.

—Buenos días señora, ¿en qué puedo ayudarla? —pregunté con amabilidad.

—Se trata de algo horrible —contestó con voz dramática.

—Tranquilícese, ¿qué sucede?

—Se trata de Fifi.

—¿Fifi?

—En efecto, ha desaparecido, me temo que se trate de un secuestro — sentenció la señora entre sollozos.

—Ya veo. ¿Qué relación tenía con la desaparecida? ¿Su hija quizás? — pregunté mientras buscaba un folio en el cajón.

—No, por supuesto. Pero como si lo fuera, yo la crié al igual que a su madre — contestó en tono nostálgico.

—No era muy mayor pues —deduje mientras buscaba en esta ocasión un bolígrafo decente.

—No se crea, unos diez años.

—Es grave entonces —declaré en tono serio— ¿ha acudido a la policía?.

— Sí, por supuesto joven.

—¿Y qué le han dicho? —pregunté preocupado, abandonado por un momento la búsqueda de algo con lo que tomar notas.

—¡No me han hecho ni caso, dicen que no es de su competencia! — contestó indignada, rompiendo a llorar.

—Ya veo, ¿puede describirme a la víctima? —pregunté mientras rebuscaba de nuevo un bolígrafo en el cajón de mi escritorio.

—¿Víctima?, ¿ha muerto?, ¿acabo de contárselo y cree que está muerta?, ¿qué es usted un detective o un médium? —disparó como una ametralladora, pasando súbitamente del llanto al interrogatorio.

—Tranquilícese, es una forma de hablar, y ahora dígame, ¿puede recordar cómo es? —pregunté algo molesto.

—¡Cómo no! La llevo siempre en mi corazón.

—De acuerdo, dígame.

—Ojos verdes.

—Sí — apostillaba mientras anotaba.

—Pelo abundante blanco y rizado.

—¿Blanco?

— Sí.

—Prosiga —ordené tirando el bolígrafo y buscando otro.

—No muy grande, unos cincuenta centímetros.

—¿Cómo dice?— pregunté extrañado.

—Sí, Fifi no era muy grande. ¡Ah! Y el rabo muy corto, al igual que sus patas.

—¿Me está hablando de un perro? —pregunté bastante molesto.
—¡No señor! — contestó indignada —¡es una perra, y con pedigrí!
—Lo siento señora, pero no me ocupo de ese tipo de casos —respondí con desidia.
—¡Oiga usted joven...!
—Lo lamento, no voy a poder atenderla.
—¡¿Cómo?! Le exijo...
—Perdone que no le acabe de oír bien, debo tener interferencias en el teléfono, ¿oiga?... ¡vaya no se oye nada! Adiós —colgué el teléfono mientras esbozaba una sonrisa.

No acaba de colgar cuando sonó de nuevo el teléfono. Descolgué una vez más, mientras garateaba sobre un folio que tenía sobre mi vade.

—A ver, ¡¿cómo le tengo que decir que aquí no buscamos perros extraviados, desaparecidos o muertos?! —solté a bocajarro.

—Me alegra profundamente que tengamos el mismo concepto del Sr. Rocco, entendemos pues que su sentido común le haga ver las cosas, digamos, desde nuestra perspectiva, y se olvide de nosotros señor Donovan —contestó una voz distorsionada.

—¡¿Cómo dice?! ¿Quién es? —pregunté alterado.

—Siga buscando a mujeres pendencieras y resolviendo fugas de adolescentes, y no se meta en juegos de mayores.

—¿Oiga? ¡Oiga! —nada, había colgado.

No terminé de colgar el auricular, no me dio tiempo, una lluvia de fragmentos de cristal y de astillas de madera anegaron mi mesa, a la vez que el estrepitoso ruido replicaba en todo el despacho, me tiré al suelo y me protegí como pude, esperando pacientemente a que dejaran de disparar. Apenas duraron unos segundos las ráfagas pero juraría que estuve meses bajo la mesa.

—¡Caray Donovan!, ¿y todo esto lo has hecho tú solito? —comentó divertido uno de los detectives que se presentaron en la oficina.

—Cada uno se entretiene en lo que puede, unos coleccionan sellos, otros destrozamos despachos —ironicé mientras me sacaba una pequeña astilla de

madera, que se había quedado enganchada en mi jersey de cachemir.

—Pues la verdad, no se te da mal, deberías escribir un tutorial sobre el tema – ironizó el policía.

—Déjame en paz, Ray. No estoy para chorradas –contesté con total tranquilidad.

—¿Chorradas? ¿A esto lo llamas chorradas? —preguntó el detective sargento de la Brigada de homicidios de la ciudad, mientras señalaba el natural desastre de mi despacho.

—Es que soy un poco desastre para la limpieza, ya sabes —contesté quitando importancia al asunto.

—¿En qué andas metido ahora Donovan? —preguntó aquel hombre mirándome fijamente.

—Deberías de saber que los casos de un cliente son confidenciales – expliqué.

—¿Confidenciales?, no me jodas Donovan. ¡Han podido matarte! – sermoneó el agente, no sin cierto aire paternal.

—Pero no lo han hecho, y dudo que quisieran hacerlo. Por cierto niño, ¡no toques eso! –reñí a un jovencito en prácticas de la científica que estaba manipulando una de mis tallas de ébano.

—Vaya hombre. ¿Pero has visto cómo está el despacho? Pero si te has librado de rebote —sentenció el sargento.

—Venga Ray, no me vengas a joder a estas alturas. Aquí hay por lo menos cuarenta impactos de bala. Dispararon con una automática a menos de doscientos metros. Probablemente desde uno de los apartamentos que están por alquilar en el edificio de enfrente, y para colmo, la mesa da totalmente a la ventana. Más difícil era esquivarme que acertar, no me mataron porque no les salió de los cojones – contesté molesto.

—¿Sospechas de alguien? –preguntó Ray a la vez que se agachaba por uno de los casquillos.

—Algún marido celoso –respondí mientras me servía un trago en el único vaso que había sobrevivido al diluvio de balas.

—No seas tozudo Dick. Esto va en serio, quiero que dejes el caso que tengas entre manos ¡Ya! ¡Ah! Y por amor de Dios, cambia esa puta mesa de sitio. Pareces Gilipollas.

—¡Joder!, ¿dónde quieres que la ponga? Estos son diez metros cuadrados. Además, ¡ni que me tirotearan todos los días! –apostillé pensando que aquel funcionario de policía se debía pensar que yo pertenecía a la

familia Kennedy.

—Bueno, la próxima vez que pase algo llámanos, que no tengamos que enterarnos por los vecinos como esta vez —increpó amenazante.

—¿Con qué querías que os llamara? ¿Con esto? —contesté mientras con una mano cogía los restos destrozados del teléfono.

—Déjalo, ya hablaremos más tarde. Ah, por cierto, que te miren esa mano —ordenó mientras se daba la vuelta para dirigirse a uno de sus compañeros.

—Es solo un rasguño.

No sé cómo, pero al fin pude quitarme de encima a la policía, y sobre todo a la unidad médica que se había desplazado hasta allí. Definitivamente, lo mejor para heridas superficiales es el alcohol, por tanto, concienciado del riesgo de que se infectara la herida, me puse en manos de profesionales.

—Un doble de ginebra Ben —solicité a mi amigo.

—Pero Dicky, no me digas que te mordió una gatita —respondió Benson mientras me servía la bebida.

—Bah, si lo dices por el brazo, solo fueron unos cuarenta tiros —contesté sin dar importancia al hecho.

—Siendo así —contestó Benson acostumbrado a mis devenires.

—Dime una cosa Ben, ¿todo esto merece la pena? —reflexioné más serio.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ben sin prestarme mucha atención.

—Pues eso, a todo este rollo, levantarse, currar, dormir, algún efímero momento de gloria y otra vez de nuevo a la rueda, levantarse, currar, dormir, etc...

—Pues... La verdad yo no sé hacer otra cosa... —respondió dubitativo.

—O no te han enseñado hacerla... — reflexioné mientras daba un sorbo a mi copa.

—¿A qué viene esto? —preguntó preocupado Ben.

—No te preocupes, he tenido un día muy jodido.

Explicué al bueno de Ben el digamos, incidente de la oficina, a lo cual no dio crédito. Irritado empezó a acordarse de la genealogía de los tipos que intentaron matarme. Para no preocuparle en exceso, opté por abandonar el local.

—Bueno, te dejo, tengo que acabar un trabajo que está pendiente — contesté mientras apuraba precipitadamente el vaso.

—Pero después de lo que te ha pasado, ¿te vas a trabajar? —exclamó preocupado.

—Razón de más, tengo que ganar dinero para volver a amueblar la oficina — respondí con resignación.

Capítulo 30

Se acercaba la hora del cierre de la zapatería del tipo estrafalario, por lo que esperé en el bar de enfrente a que salieran todos los empleados. Vi como un chico bien parecido, con aspecto atlético, que no dejaba de mirar el reloj, intentaba bajar con dificultad la trapa que se resistía no por falta de grasa sino más bien por el exceso de ésta, que con el paso del tiempo y la falta de limpieza se había convertido en un engrudo negruzco. Crucé la calle y me metí en un pasadizo que accedía a una de las puertas laterales del negocio.

—¿Señor Riviera? —avisé por el telefonillo.

Tras unos segundos de espera, aquel tipo me abrió la puerta en persona.

—Pase, por cierto ¿qué le ha pasado en el brazo? —preguntó a la vez que se llevaba un pañuelo a la boca, más por postureo que por necesidad.

—Nada, nada, es un disfraz —declaré con un aire confidencial.

—¡Qué profesional! —exclamó con un evidente amaneramiento.

Una vez que me franqueó la puerta, me dirigí junto a la caja registradora buscando un buen ángulo en el que ocultar la cámara, aunque no llegué a hacerlo al interrumpirme mi cliente.

—Perdón, perdón, perdón, no es esa la ubicación deseada —exigió punttilosamente.

—Pues usted dirá, es el sitio más apropiado —contesté a la vez que con la vista examinaba otros posibles ángulos.

—No, no, no, verá joven. la quiero en los aseos de los empleados — explicó dignamente.

—¿Cómo dice? —pregunté boquiabierto.

—Sí, sí, sí, hay que atajar los robos al precio que sea.

—¿Qué pasa, que le roban el papel higiénico? —pregunté con sorna.

—Déjese de chascarrillos joven y haga su trabajo —respondió mientras se secaba el sudor de la frente.

—¿Dónde lo quiere, en los lavabos?

—Si no le importa lo prefiero dentro —confesó a media voz.

—¿En el de señoras quizás? —pregunté con cierto tono de burla.

—No, no, no ¡qué horror! Sospecho de un empleado, no de una empleada — contestó aquel tipo envuelto en sudores.

—¡Bueno, hasta aquí, ya está bien! dejémonos de historias, le va a costar el doble.

—Es usted un ladrón —exclamó ofendido.

—¿Le digo lo que es usted?

Acalorado accedió a pagarme, tras lo cual me puse al tajo. Las maderas de la puerta eran contrachapadas, lo que me permitió no tardar mucho en taladrarlas. Hice el conveniente agujero que permitiera un buen ángulo de visión y una vez incrustada la micro cámara, tape el perímetro del orificio con una masilla imitando un mal acabado. Escribí unas cuantas obscenidades a rotulador para desviar la atención de la zona modificada, luego con un mechero ahumé el contorno de la supuesta reparación. El resto del trabajo fue más sencillo, colocar los monitores en el rancio despacho del grotesco individuo y comprobar que la radiofrecuencia tenía suficiente alcance.

—Bueno ya lo tiene, qué le parece si lo probamos —pregunté con aire cansino dadas las horas que llevaba trabajando ese día.

—Perfecto, ardo en deseos de comprobar la eficacia de su trabajo — contestó mientras se ponía cómodo frente a la pequeña pantalla, como no queriéndose perder ningún detalle.

—Bueno, vamos allá —exclamé poniendo en marcha el monitor.

Una imagen en blanco y negro mostró con detalle la parte superior del inodoro, en un ángulo tal, que el pobre desgraciado que se sentará allí enseñaría hasta el pasaporte, hecho que pareció agradarle y mucho a tan grotesco personaje.

—¡Estupendo, estupendo!. Un trabajo estupendo joven —exclamó.

—Muchas gracias, para eso me pagan —respondí resignado.

Aquel personaje dejó de prestar atención al monitor para dedicarme una intensa mirada que remató con una torpe sugerencia.

—Había pensado en ir a celebrarlo.

—Mire oiga, he colocado una puta cámara en un water, no enviado una

sonda a Marte –contesté con el lógico cabreo.

—Lo sé, lo sé, pero estoy al corriente de los sitios más “in” de toda la ciudad – afirmó satisfecho.

—¿A sí? ¿qué acaba de descubrir una rolling disco? –contesté en una mezcla de alucinación y sorna.

—¡No sea impertinente jovencito!.

Todo un colofón para un trabajo de mierda. En fin, gajes del oficio, aunque también es verdad que en otras ocasiones algún marido me había encargado hacer un seguimiento a alguna mujer de buen ver, circunstancia mucho más divertida y agradable que poner vigilancias en ciertos aseos.

Como se suele decir, unas por otras. Así era este trabajo. Así era mi vida.

Capítulo 31

Allí estaba yo, sentado en el sillón del lujoso salón, de la no menos lujosa mansión de Linda, escuchando impávido toda un serie de alegatos en pro de mi seguridad e integridad física. Y es que cuando las mujeres cogen ciertos atributos, se creen en el derecho de ejercer de madres a tiempo parcial.

—¡Quiero que dejes el caso ahora mismo! ¿Me has entendido? No quiero volver a oír hablar de disparos, desapariciones o de muertos. ¡Se acabó! —ordenó mientras nerviosa paseaba de un lado a otro de la estancia.

—Tú sabes que no puedes pedirme eso, no soy de los que deja las cosas sin terminar —respondí en un tono más suave.

—Terminar contigo es lo que querían esta mañana, ¿no te das cuenta? así que déjate de heroicidades —prosiguió en su alegato, deteniendo su nervioso deambular para poder encender uno de sus cigarrillos.

—Tranquila, no te pongas así, solo querían asustarme un poco –contesté mientras perdía la mirada en las extrañas figuras, que formaba el humo de su cigarrillo saliendo de su boca.

—¿Asustarte?, ¡Querían matarte! —contestó a la vez que exhalaba una generosa cantidad de humo.

—No digas tonterías Linda. Nadie se toma la molestia de advertirte que te van a intentar matar —tranquilicé a mi novia a la vez que me levantaba del sillón, para una vez a su altura, cogerla por la cintura.

—¿A qué te refieres? —preguntó Linda en un tono más relajado.

—Me refiero a que instantes antes del tiroteo, recibí una llamada amenazante intentando persuadirme para que dejara el caso —expliqué con un tono meloso.

—De acuerdo, puede que tengas razón. Pero ¿qué te hace pensar que la próxima vez no vayan en serio? —preguntó Linda mientras me llegaba una de sus bocanadas de humo.

—No lo sé, pero no pienso esperar para averiguarlo —repliqué mientras la solté para apartarme de la trayectoria del humo, circunstancia que aproveché para salir por la puerta..

—¿Adónde vas ahora? —preguntó molesta mientras intentaba seguirme.

—En busca del Caribe, tengo que hacer mi trabajo —contesté ya casi en la puerta de la calle.

Capítulo 32

El amarillento humo envolvía el local bañando con su manto todo lo que tocaba, y contribuía a hacer más denso el ambiente. La tenue iluminación rojiza, el calor y el olor a sudor aliándose al del tabaco, hacían pensar en el infierno más que en el "Caribe", si bien las "diablesas" que pululaban en topless, traían al local un pedacito de cielo.

—¿Qué le pongo? —gritó el camarero en un estoico intento por ser oído por encima de la aberrante música de fondo.

—Ginebra.

—¿Cómo dice? —insistió el camarero.

—¡GINEBRA! —grité a aquel hombre.

— ¡ENSEGUIDA! —volvió a gritar.

—Lo llevo claro —susurré para mí pensando en el trabajo que me iba a costar sacar información al personal con semejante ruido.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Me tomé otro par de copas, di un par de vueltas por el local y asistí al espectáculo de un grupo de salsa en directo. Incluso pude, eso sí, con bastante esfuerzo, charlar con una de las camareras.

—Busco a un amigo —expliqué a la chica acercándome lo que pude a su oído

—Ese es el problema de nuestros días —contestó ella más acostumbrada al ruido del local.

—Ya, pero éste ya lo tenía hecho, me fastidiaría tener que hacer otro nuevo, ya sabes, dejarle el coche, cuidarle el perro, un latazo, prefiero encontrar a éste —proseguí hablándole a aquella oreja.

—¿Cómo se llama tu amigo? —preguntó mientras yo hacía un esfuerzo por escucharla.

—Rocco, Johny Rocco, tengo entendido que suele venir por aquí, mira, esta es su foto —indagué mientras sacaba del bolsillo una foto del fiambre.

—¿No serás maricón? llevar una foto de un tío en el bolsillo...

—¿Qué? —pregunté al no haberla entendido claramente.

—Maricón, que si eres Maricón —gritó entre el ruido de fondo.

—Solo un poquito, un día por semana me gustan las tías, ¿Hoy qué es?

—Jueves —contestó divertida.

—Tienes suerte, ese es el día de la semana, y ahora dime ¿le has visto alguna vez?

—¿A ver?.. Lo siento, no lo he visto en mi vida.

—Qué raro, él me dio esta dirección.

—¿Cómo? —preguntó la chica gesticulando con las manos.

—Digo, que él me dio esta dirección —grité más fuerte esta ocasión.

—Me extraña, yo soy la que abre y la que apaga la luz, además, nunca olvido una cara.

—Bueno... —contesté resignado.

Seguimos tomando copas que yo pagaba por supuesto, y entre copa y copa caía alguna preguntilla, al final de la noche me quede sin preguntas, sin dinero y sin oído, lo malo es que no saqué nada en claro.

Capítulo 33

Tenía que encontrar algo, lo que fuera, de alguna forma había que atar cabos, por lo cual volví a empezar por el principio, decidí volver a la iglesia Filadelfia. Una vez allí, escudriñé el local en busca de alguna pista que relacionara las direcciones falsas con los locales que por fin había hallado.

Muchas pistas no hallé. La estancia era muy austera, un frío suelo de granito, bancos de madera, algunos sencillos crucifijos y varios posters que anunciaban campamentos de verano. Al fondo se veía a un pequeño grupo de adolescentes cantando y tocando la guitarra, uno de los cuales abandonó el grupo y se acercó hacia mí sonriendo.

—Hola hermano, ¿te apetece unirme a nuestra plegaria? —ataviado con pantalón de tergal, camisa blanca y un jersey de pico rojo, parecía un cantante de baladas de los sesenta.

—No muchas gracias, solo buscaba a un amigo —contesté lo primero que se me ocurrió.

—Has acertado sin duda, en Jesús encontrarás un amigo —contestó el joven mientras hacía un ademán para que le siguiera.

—No lo dudo, pero eso de “los amigos de mis amigos, son mis amigos” lo iba a llevar muy mal, te lo aseguro —contesté siendo yo en esta ocasión quién sonreía.

—Ten fe hermano —contestó mecánicamente con gesto sosegado, sin siquiera haberse parado a reflexionar por el sentido de mi comentario.

—Bueno, se me hace tarde, encantado de conoceros —concluí mientras con la vista echaba la última mirada al local.

—Con Dios, hermano.

Evidentemente no había nada en aquel local que pudiera aportar luz a mi investigación. A pesar de que aquellas paredes estaban llenas de consignas que invitaban a ello, no encontré el camino.

Aproveché para comer con Virginia, y de paso aclararle un poco la situación, lo cual realmente no era una tarea fácil. La relación había sido bastante ambigua, en el momento que la situación se calentaba, frenazo. Por contra, cuando se enfriaba demasiado, una cena, un café, una llamada... Creo que iba siendo hora de acabar con aquel limbo. Las rupturas son como los préstamos, cuando más tardes en saldarlos, más caro pagas los intereses.

—¿Me dices que me quieres, pero tenemos que dejar de vernos?, ¿qué es esto Dick? ¿una venganza? —acusó llorando.

—Solo te estoy pidiendo tiempo, no creo que sea algo difícil de entender —intenté apaciguar a duras penas mientras cogía sus manos.

—Pero si algo no tenemos ya, es tiempo Dick —contestó siendo en esta ocasión ella la que apretaba las mías.

—Creo que no tenemos el mismo concepto del tiempo Virginia, los días pueden parecer años y los años días. Contigo el tiempo volaba, sin ti, era una losa difícil de mover, y recuerdo el momento exacto en el que el tiempo se detuvo, exactamente el día que me dejaste solo en aquella cafetería —confesé dolido.

Del rostro de Virginia empezaron a brotar unas discretas lágrimas y ese era un arma contra la que no podía hacer nada. Verla llorar, me destrozaba el alma.

—Bueno, deja que al menos lo piense —sonreí con amargura.

Capítulo 34

A veces me preguntaba si el bar de mi viejo amigo, no era otra cosa que la caverna de Platón, donde Benson y yo, encadenados a la barra, no queríamos saber nada del mundo que había en el exterior. Por eso cada vez que deseaba olvidarme de algo, ignorarlo, o cerrar los ojos a algún problema, me refugiaba en ese desván emocional que era la taberna de Ben, en esta ocasión con la esperanza de ignorar a Virginia, ya que a pesar de ser Linda quién en ese momento llenaba mi corazón, todavía no había olvidado a la que durante años fue mi gran amor.

En este caso usé como excusa para no hablar de temas que me molestaran, el asunto de los famosos colgantes de buda.

—No lo entiendo Ben, te juro que no lo entiendo, tiene que haber algo que se me haya escapado —comenté mientras dejaba sobre la barra del bar unos guantes de piel negra de corte clásico.

—Tranquilo Dick, no hay nada que un buen bourbon no solucione —contestó intentándome animar.

—Lexington Avenue, Lester Street..., Sándalo, Caribe...

—Bébetelo esto y no te comas más la cabeza amigo —sentenció Ben

mientras se dirigía a un nuevo cliente.

—No sé, se me escapa algo, iglesia de Filadelfia..., biblioteca —no hacía más que darle vueltas a las cosas al igual que a los hielos de mi vaso— y sé que lo tengo delante de mis narices.

No hacía otra cosa que intentar combinar en mi cabeza a todas y cada una de las piezas de ese rompecabezas, el monje, las direcciones, los establecimientos, los clubs, las personas muertas. Pocas piezas que no pasaban de la media docena, pero que era incapaz de encajarlas debidamente.

—Te pondré un café la próxima vez para que te centres —intervino Ben sin prestar mucha atención a mi monólogo.

—Estoy seguro que si soy metódico daré con la solución —reflexioné en voz alta.

—Mira que eres cartesiano —comentó mi viejo amigo mientras pasaba la bayeta al mostrador.

—¿Cartesiano?. ¿De dónde has sacado esa palabreja? —pregunté satisfecho al ver los progresos en su léxico.

—Lo vi en uno de esos concursos de la tele, lo decían de la gente que era muy melódica o algo así —respondió Benson confuso.

—Metódica Ben, se dice metódica, melódica se refiere a una melodía, una música... —corregí con dulzura.

—¿Qué significa metódica? —preguntó Benson sin dejar de limpiar la barra.

—Pues es cuando haces las cosas de forma ordenada, siguiendo un plan, por decirlo así.

—¡Entonces he dicho bien la palabra! —contestó entusiasmado.

—Sí Ben, la has usado correctamente, aunque cartesiano también tiene otro significado.

Benson dejó de limpiar la barra para prestarme más atención.

—¿Sí?

—Sí, también puede hacer referencia a los ejes cartesianos.

—¿Eso qué es? —preguntó intrigado Benson.

—Pues son como unas coordenadas, como cuando dos ejes se cruzan, por decirlo de forma simple.

—Ah.. ¿Cómo tus direcciones, no?

— ¡Repítelo Ben!, ¿qué has dicho? —grité excitado.

—Nada chico, pues eso, como tus direcciones esas —contestó algo desorientado.

—¡Eso es Ben!, ¡ejes cartesianos!, ¡Cómo no se me había ocurrido antes! ¡Eres un genio Ben, un puto genio! ¡Rápido tráeme un mapa de la ciudad!

—¿Un mapa?, ¿qué te crees que es esto?, ¿la biblioteca nacional? —refunfuñó mi viejo amigo mientras revolvió unos cuantos cajones que se encontraban en la parte opuesta de la barra, justo bajo un enorme espejo.

Después de varios minutos que se me hicieron eternos, encontró un viejo mapa de la ciudad que le había regalado una marca de bebidas. Ben se apresuró con el plano, eso sí, bastante extrañado. Hicimos sitio como pudimos sobre la barra apartando vasos y botellas. Ansioso deshacía los dobleces del papel.

—¡Un bolígrafo! ¡rápido! —ordené nervioso.

—Aquí tienes, ¿pero qué vas a hacer? —preguntó confuso mi viejo amigo.

—Mira por donde vas a ver qué son unos ejes cartesianos. Verás, por una parte tenemos una dirección, 715 Lexington Avenue —aclaré a la vez que la rodeaba con un círculo en el viejo mapa— y por otra 12 Port Street, que es la dirección real del club Sándalo — contesté dibujando otro nuevo círculo en el lugar del mapa al que correspondía la dirección.

—¿Entonces? —preguntó impaciente Ben.

—Ahora lo que procede es hacer lo mismo con el 12 de Lester Street — señalé en el mapa convenientemente— y con Bulevar Houston, que son las direcciones donde se encuentran, el Sándalo y el Caribe.

—Bueno Dicky, no me dejes así, ¿y ahora qué?

—Pues ahora vas a ver, déjame un palo de billar.

Mi cabeza no hacía más que dar vueltas y vueltas, Ben se apresuró a traerme lo solicitado. Nervioso no hacía más que limpiar el polvo del mapa, como si realmente al hacerlo apareciera la solución a aquel jeroglífico.

—¿Te vale este? —preguntó Ben mostrándomelo con escepticismo.

—Venga, puede valer... Pongo un extremo en Lexington y el otro en el lugar donde está el Sándalo. ¿A ver...?, perfecto —contesté mientras trazaba una línea que unía ambas direcciones.

—Sigue —sugirió Ben con cierta excitación.

Ben me miraba con enorme curiosidad, no dejaba de observar todas las evoluciones que hacía sobre aquel trozo de papel.

—Bueno, ahora con la segunda pista, un extremo en *Lester* y el otro en el club Caribe, es decir *Port Street*, unimos y...

—¿Bueno qué pasa? —preguntó ansioso Ben.

—¡Cojonudo, se llegan a cruzar!, ya están trazadas las coordenadas, en el punto en que se cruzan encontraré seguramente lo que busco —exclamé entusiasmado.

—Pero Dick, eso es un parque —comentó sin entender nada.

—¿Y?

—¿Qué se supone que hay en un parque? ¿Patos? —preguntó mientras retornaba el palo de billar a su sitio original.

—Bueno Ben, tranquilo, ya sé que parece una locura, pero es una corazonada.

—Pues venga a qué esperas —me animó el bueno de Ben.

—Tienes razón, por qué esperar, adiós ya te contaré —me despedí ilusionado.

Me dirigí al parque Victoria, que así se llamaba el lugar que había delatado el mapa de Benson, una vez allí, me dispuse a recorrerlo enteramente en busca de algo.

No sabía bien lo que buscaba, podría ser un árbol concreto, una gran piedra, un monumento, no sabía bien que podría ser. Tampoco tenía claro que esconderían esas coordenadas, dudaba entre una carta con una confesión, un nuevo mapa con una dirección más concreta, alguna cinta con conversaciones comprometidas, la entrada a un zulo... Cualquiera cosa que pudiera llamarme la atención.

Sin embargo, la lógica excitación del momento fue frustrada de golpe. En el lugar donde se cruzaban las líneas, había un lago, un puto lago, nada más. Una vez más la había cagado.

Capítulo 35

La tormenta de acontecimientos vivida con tanta intensidad, me había sacado de mi zona de confort, estaba abandonando mis hábitos de economía emocional, y eso me iba a pasar factura. Opté por poner fin a todo aquello.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? ¿Qué es que no puede esperar Dick?, ¿La fecha de nuestra boda? —bromeó Linda.

—Ojalá fuera eso, mira Linda, no sé cómo decirte esto pero me duele reconocer que lo dejo, tiro la toalla, esto se acabó —expliqué resignado.

Linda cambio la cara, acostumbrada a tener todas las situaciones bajo control, no entendía muy bien que estaba sucediendo.

—¿Que lo dejas? ¿A qué te refieres? —preguntó nerviosa, casi histérica.

Adopté un silencio dramático, que acentuaba aún más mi decisión, tras dicha pausa aclaré la situación a Linda.

—Lo siento, dejo el caso, no más investigaciones. No creía que todavía estuvieras interesada —aclaré sorprendido.

La cara de Linda era todo un poema, paso de la angustia a la incredulidad en apenas unos segundos.

—¿Esa pijada? No fastidies... creí que lo que querías dejar era otra cosa —comentó mientras me miraba realmente sorprendida.

—Pues claro, ¿qué pensabas?, espera un momento... ¿Creías que te iba a dejar? Ja Ja Ja, ¡pues si que estás enganchada! —comenté divertido.

—¡Imbécil!

—Perdona, me he pasado —me excusé, aunque por dentro me parecía de lo más divertido la situación.

—Eso está mejor, ahora explícame eso de que dejas el caso —exigió mientras encendía uno de sus famosos cigarrillos.

—Verás, he puesto toda la ciudad del revés, he pateado todos locales de la ciudad, interrogado a todos mis confidentes, hasta he seguido una de mis estúpidas intuiciones, pero nada, estoy bloqueado, paso, si no se puede, no se puede —confesé abatido, mientras me dejaba caer sobre uno de los sillones de *piel plena flor* que por su posición se enfrentaban a la chimenea.

—Entiendo —contestó exhalando una bocanada de humo.

—Créeme, no sé por donde cogerlo. Lo siento —declaré abatido.

—Me alegro que entres en razón. Ya tenemos un motivo para celebrar algo, vamos a cenar, pero eso sí, pagas tú —contestó satisfecha Linda mientras tiraba el cigarro a las llamas de la chimenea.

Capítulo 36

Tan harto quedé del jodido taller, que con todo el dolor de mi corazón le dije adiós a mi viejo Mustang, no fue solo el coche lo único que se quedó por

el camino, fue mi despacho, mi trabajo, muchas cosas, principalmente una forma de vida y por qué no reconocerlo, la pobre Virginia.

Con la ayuda de Linda, había adquirido la franquicia de una cadena de *tex mex*, en un centro de comercial nuevo, y francamente, no me disgustaba esa vida. Dejé aquel sórdido apartamento y cambié la compañía de los soplones, las fulanas y los polis, por la de los caddie de los campos de golf.

Nueva vida, nuevo trabajo, pero viejas costumbres. Cuando llegué al Tex Mex ya hacía rato que el personal había fichado. Realmente al ser una franquicia no era mucho lo que podías hacer, ya que ellos se encargaban de todo, marketing, publicidad, proveedores, contabilidad, etc. Lo único que debía hacer era controlar que el personal no se escaqueara o robara de la caja, y bueno, habiendo sido detective, tampoco es que eso fuera complicado para mí.

Viendo el ritmo frenético de mis empleados y yo ahí sentado oyendo como sonaba la caja registradora, hacía que a veces me sintiera incómodo. No sabiendo que hacer, me puse a charlar con una de mis empleadas.

—¿Cómo va todo Svetia? —pregunté con aire paternal.

—Bueno, ir bueno —contestó haciendo una parada en su tarea.

—Me alegro —proseguí buscando conversación.

—Clientes comer muy mal, este comida no ser buena, en mía país comer sano ¿*da*? —se defendió en nuestra lengua como pudo.

—Comerán todo lo sano que quieras, pero a mí me da que en lo que ha bebida se refiere, muy sanos no sois —contesté haciendo referencia a su condición de rusa.

—Sano, mucho sano, Vodka, si destilería no mafia, bueno, muy bueno, digestivo — se justificó la joven a la vez que escurría la fregona en el cubo.

—¿Pero no decías que era una comida sana? —repliqué para tomarla el pelo.

—*Da* —contestó en ruso sin levantar la vista del suelo, que estaba encharcando más que limpiando.

—Entonces no necesitareis bebidas digestivas —argumenté mientras retrocedía para no pisar el suelo húmedo.

—Tú saber todo, ser demasiado listo, eso no bueno en mi país —contestó

enfadada llenando el suelo de más agua todavía.

—¡Hay que ver cómo está el servicio! —monologué entre bromas mientras me alejaba.

—¿Cómo? Eso no jefe, yo haber limpiado servicio mucho bien —justificó el malentendido mientras a regañadientes, pronunciaba una serie de palabras en su idioma, inteligibles para mí.

Aburrido de por concluida mi jornada laboral, y me dirigí a coger el metro por última vez, para recoger mi flamante deportivo alemán.

—Odio este medio de transporte —murmuró una mujer de avanzada edad, mientras se tapaba los oídos por el sonido estridente del convoy al entrar en un cambio de agujas.

—Perdón, ¿cómo dice? —contesté a la anciana con la que compartía sitio en el vagón.

—No acabo de acostumbrarme a viajar en metro, me da claustrofobia pensar que un simple incidente nos pueda sepultar bajo tierra —auguró mientras cogía su bolso con fuerza.

—Eso es bastante improbable señora, las estructuras están calculadas al mínimo detalle, además, todas y cada una de las incidencias que pudieran ocurrir se ponen en conocimiento del servicio de mantenimiento —intervino un hombre de mediana edad que estaba sentado frente a nosotros.

—Ya, ¿y si el conductor se queda dormido? —insistió la octogenaria.

—Señora, no se preocupe, un mecanismo automático impide que ningún tren se pase de estación —la tranquilizó sonriendo.

—Parece saber mucho del metro —intervine.

—Es mi trabajo.

—Se nota —contesté coloquialmente.

—Sí, muy bonito pero... ¿quién me dice a mí que haya un apagón y nos quedemos aquí perdidos? —siguió la vieja en plan apocalíptico.

—¡No creará que el gobierno de la nación nos iba a abandonar a nuestra suerte! —declaró entre bromas aquel hombre.

—¡Estoy segura! —afirmó enfáticamente.

—¡No me lo creo! —contestó divertido.

—Pues yo estoy con la abuela —intervine a favor de la anciana— después de que todo el mundo tragara con que llegamos a la luna en el 69, yo, ya me

creo todo.

—¿Qué dice el joven?

—Nada señora, le toma el pelo –sonrió nuestro vecino de asiento.

—¿Broma?, pregúntale a Kubrick cuál fue la película más vista que ha rodado hasta ahora, si pudiera responder igual os caíais de culo –contesté escéptico.

Tras el pequeño coloquio volvimos todos a sumergirnos en nuestros secretos pensamientos, los cuales poco después se vieron sorprendidos por una fuerte disminución de velocidad del convoy en uno de los tramos.

—¿Y ahora qué pasa? —incredó la anciana.

—Tranquilícese señora, este es un tramo en obras, por eso hay que reducir la velocidad, mera precaución —volvió a intervenir nuestro vecino de asiento.

—¿Obras? —pregunté con curiosidad.

—Sí, en efecto caballero, justo en este momento pasamos debajo de un lago, eso hace que se produzcan las lógicas filtraciones que hay que vigilar.

—¿Qué lago? —insistí.

—El del parque que está justo encima.

En ese momento me quedé absorto pensando en las palabras de aquel hombre, tanto que ni siquiera atendía al incesante martilleo de la voz de mi senil compañera de viaje.

—¿Parque?, ¿Lago? —insistí mientras miraba fijamente a los ojos de aquel hombre.

Aquel tipo se detuvo por un momento a estudiarme detenidamente, tras lo cual se decidió a darme la respuesta que yo tanto ansiaba.

—El lago del parque Victoria

Capítulo 37

Salí del metro corriendo, subiendo las escaleras mecánicas de dos en dos. Mientras, no hacía más que recordar entusiasmado las palabras de aquel tipo del metro. Aquello podía ser la explicación del porqué no había encontrado nada en el cruce de ambas direcciones.

Aquella tarde estaba más deseoso que nunca por llegar a casa, por lo que

no solo me salté la parada obligada en el Local de Benson, sino que me olvide de que tenía que pasar por el concesionario a recoger mi flamante auto. Estaba impaciente por contarle mi descubrimiento a Linda.

—¡Linda, dónde andas! —grité al entrar dentro de la casa mientras tiraba las llaves sobre un aparador.

—La señora ha salido, dejó dicho que si llegaba el señor que le dijera que no pensaba tardar y que fuera eligiendo la cena —contestó con voz suficiente el mayordomo de Linda.

—Gracias Jeffrey —respondí con mi habitual sencillez.

—De nada señor, ¿y bien?— contestó inmóvil en su posición.

—¿Y bien qué? —pregunté algo despistado.

—¿Qué ordena el señor para la cena? —contestó inclinando ligeramente la cabeza.

—Eh..., bueno, como no creo que sepas hacer montados de lomo, lo que vaya a cenar hoy la señora —contesté para quitármelo de encima.

—Muy bien señor —respondió ceremoniosamente.

Me debí quedar dormido en el sillón, aunque no sé realmente cuánto tiempo. Lo que sí sé, es que como era habitual, me despertó Linda.

—Señor, señor..., perdone mi atrevimiento, pero la señora está al teléfono —se disculpó a la vez que me ofrecía uno de esos teléfonos inalámbricos convenientemente posado sobre una bandeja de plata.

—No te preocupes Jeffrey. Gracias.

—Señor...—contestó a modo de despedida.

—Hola cielo, ¿estás bien? —preguntó Linda.

—Pues sí, ¿dónde andas?, estoy deseoso de contarte algo.

—Lo siento mi vida, ando reunida, ya sabes negocios, oye cielo, ¿por qué no me cuentas todo eso mañana?, creo que llegaré muy tarde y no quiero que me esperes que estarás cansado, ¡ah y no te quedes despierto!, adiós cielo.

—Bueno pero no te retrases mucho —despedí la conversación resignado.

La habitación comenzaba a tener una claridad tenue que denunciaba la posibilidad de que estuviera amaneciendo, di media vuelta en la cama para

cerciorarme de que seguía solo, como así era, situación que no se alargó más, ya que al poco rato pude sentir como Linda se metía en la cama sigilosamente. Transcurrido un tiempo, la luz evidenciaba que efectivamente el sol había movido pieza.

—Buenos días cariño —saludó afectuosamente Linda.

—Hola grandullona —contesté medio bostezando.

—¿Me has echado de menos? —preguntó mientras intentaba poner orden en mi flequillo.

—Se puede decir que sí, pero no te lo tomes como una victoria —bromeé mientras la guiñaba un ojo.

—Venga, deja de hacer el tonto y vamos a desayunar —concluyó a la vez que se ponía una exquisita bata de seda negra con manga francesa, que se ajustaba a su contorno con delicadeza.

—Vete bajando, yo voy ahora —concluí mientras pensaba qué hacía una mujer como ella con un tipo como yo.

La mesa estaba servida, el periódico, el café, el zumo, etc., además Linda, escultural y preciosa como siempre, me estaba esperando perfectamente arreglada a la cabecera de la mesa. Mientras Jeffrey me servía el café en la taza, yo seguía preguntándome dónde estaría el truco. Igual es que peco de modesto.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante qué tenías que decirme? —preguntó Linda mientras se servía zumo de pomelo en el vaso.

—Fui en metro a recoger el coche nuevo —empecé a contar.

—Perdona cielo, se me había olvidado, ¿qué tal el coche, te gusta? —interrumpió mientras se acercaba una de las servilletas al borde de la mesa.

—Muy bonito, pero no es eso —contesté excitado.

—¿Qué es entonces? —preguntó mientras untaba una tostada.

—Fue por algo que dijo un hombre, pasamos debajo de aquel lago en el que se cruzaban las líneas —proseguí de forma acelerada

—¿Líneas? ¿Qué líneas? —preguntó fijando su mirada ya no en las tostadas si no en mis ojos.

—Las del club Sándalo con Lexington y la sala Caribe con Lincoln Avenue —aclaré.

—No te entiendo —respondió volviendo su mirada a la tostada.

—¡Sí mujer, la intersección de las direcciones que no encontré, ¿y si se cruzaran debajo?! —expliqué con vehemencia.

—¿Otra vez con eso?, ¡creí que había quedado zanjado el tema! —contestó airada, removiendo nerviosa el té.

—Pero Linda, presiento que está ahí mismo la respuesta —seguí entusiasmado.

—Todo eso está muy bien Dicky, pero como has reconocido, no sacaste mucho en claro, ahora lo que realmente me interesa es que tú y yo seamos felices, el resto es pasado, por lo cual me gustaría que no volvieras a hablarme de aquel tema —zanjó tajante, a la vez que se interesaba artificialmente por las noticias que ese día traía en portada el periódico.

—¡Pero Linda! —reproché infantilmente mientras mi desayuno seguía intacto.

—Olvídalo, ya no eres detective ¿recuerdas? —respondió firmemente.

—Como quieras, tú mandas —contesté resignado.

—Me alegro, ya verás como no te arrepientes, y ahora me voy, el deber me llama —contestó un poco más calmada.

—¿Quieres que te eche una mano en la empresa? —me ofrecí espontáneamente.

—Te lo agradezco, pero le estoy cogiendo gustillo a esto de trabajar, al fin y al cabo para mí es novedad, adiós guapetón —concluyó Linda.

Capítulo 38

A pesar de tener pareja, me sentía solo, me faltaba esa complicidad que tenía con Virginia, y que tanto echaba de menos. Pero evidentemente, ya no podía contar con ella, por lo que no tuve más remedio que acudir a mi viejo amigo Ben para poder compartir con él todas aquellas cosas que me preocupaban, y que necesitaba que afloraran.

Una vez más, aquel tabernero hizo las veces de cómplice en mis venturas y desventuras, como tantas otras veces en el pasado.

—¡Hola Ben, viejo negro! —saludé especialmente jovial.

—Coño Dick, hacía tiempo que no te veía tan contento —contestó uno de los parroquianos asiduos a la taberna de Ben.

—Será que está enamorado. Con eso de que tiene novia... —contestó mi viejo amigo.

—Huy, entonces lo siento por el negocio de la prostitución, se van a ir todas las putas al paro —contestó el parroquiano.

—Nada de eso, nunca me ha gustado hacer trampas al solitario —aclaré mientras desplegabam el mapa que me había dejado Ben.

—Bueno. Yo me voy, paso de jugar a las batallitas —contestó Arnie, que así se llamaba el contertulio mientras dejaba un billete sobre el mostrador.

—Piérdete granuja —contesté a modo de despedida.

—Hasta luego Arnie —se despidió Ben más formal.

—¿Recuerdas el tema aquél de las direcciones que se cruzaban? —recordé a Ben mientras me acomodaba en el taburete.

—Recuerdo que no encontraste nada, oye, ¿no me digas que estás otra vez dándole vueltas a aquello? —respondió Ben a la vez que se acercaba a atender a otro cliente.

—Deja que te explique. Verás, en aquella ocasión, me dirigí al punto en que se cruzan las líneas y no encontré nada, ¿no es cierto?—concluí.

—Ya, y por eso estás tan contento —contestó Ben con sorna.

—Nada de eso, calla y escucha, como te iba diciendo no encontré nada arriba.

—¿Arriba? —preguntó extrañado, mientras regresaba junto al mapa.

—Exacto, nada hace suponer que el punto tenga que estar en la superficie —expliqué a Ben.

—Claro, puede que esté en las antípodas, voy a reservar un vuelo al Japón —contestó mientras amagaba ir hacia el teléfono.

—Estate quieto y no hagas el bobo, mira...—contesté sacando un mapa dibujado sobre papel vegetal.

—¿Qué es esto? —preguntó Ben interesado.

—Pensando en que el corte podía ser bajo el parque y no encima, conseguí este plano de la red del metro, está en la misma escala que este de superficie que tenemos.

—Bueno ¿y qué? —interrogó incrédulo Ben.

—Pues lo he calcado sobre este papel transparente —sonreí a Ben.

—Creo que ya sé por donde vas —confesó mi amigo.

—Si lo que creo es cierto, tiene que coincidir el cruce de líneas con algo en este mapa, toma —expliqué a Ben mientras le daba el plano.

—¿Qué quieres que haga con él? —preguntó cogiéndolo con sus grandes manos.

—Colócalo encima del tuyo, a ver que pasa...

Benson colocó el plano cuidadosamente encima del mapa de la ciudad. Ambos mapas tenían la misma escala, pudiendo apreciarse en ambos las distintas calles y avenidas de la ciudad, salvo por un detalle, el plano de la red de transportes, incluía en la cartografía el recorrido real de las líneas del metro.

Tras superponer ambos mapas, Ben hizo coincidir exactamente las calles de ambos planos tras lo cual se pudo ver perfectamente el aspa roja que había marcado sobre uno de los mapas. Dicha aspa, señalaba un sitio concreto.

—¡Hostias! Coincide exactamente sobre una línea de metro —exclamó Ben sorprendido.

—Exacto, la línea 12 para más detalles —contesté eruditamente.

—Oye, me está entrando la intriga —confesó Ben mientras se acariciaba el mentón.

—Sabía que no me podía equivocar —confesé orgulloso.

—¿Crees que allí debajo hay algo? —preguntó intrigado.

—Sí, ¡Estoy convencido y voy a demostrarlo! —contesté con determinación.

—¿No necesitarás un ayudante? —preguntó Ben tímidamente.

—Lo siento, pero esta noche voy a colarme en los túneles de metro y tú por ahí no cabes —respondí recogiendo todo el material.

—¡Serás cabrón!

—Uy, se despertó *Mr. Hide*, será mejor que desaparezca —contesté mientras me iba del local.

—Oye, mamón, vuelve que todavía no te he dado una patada en el culo —oí a duras penas ya en la calle.

Si bien con el plano se evidenciaba una conexión entre la superficie y el interior, necesitaba algo más técnico para no perderme entre las oscuras galerías de la red de metro, por lo que tuve que cambiar la compañía de Ben y el alegre bullicio del local que regentaba, por la hierática mirada de una vieja y anoréxica bibliotecaria. El silencio de la sala me reventaba los oídos.

Cuando dejé la carrera de derecho, pensé que por fin me había librado de aquellas tardes interminables de biblioteca en busca de jurisprudencia. Quién me diría que después de tanto tiempo, volvería a pisarla.

Al fin encontré material suficiente como para intentar una incursión en las venas de la ciudad, el metro.

No quise demorar más el asunto, y tras obtener la información deseada, me acerqué a la estación de metro más cercana al parque Victoria.

Ya estaba allí, solo me quedaba bajar e introducirme por los túneles, sabiendo que era mi último cartucho.

Mientras hacía tiempo a que la gente abandonara el andén, consultaba mis mapas, según los cuales, desde allí al punto en que se cortaban las dos líneas habría unos ochocientos metros.

—Señor, éste ha sido el último tren, las instalaciones del metro van a ser cerradas por hoy —me indicó uno de los guardias de seguridad del metro.

— Ya, ya lo sé, gracias. En el momento en que coloque estos documentos en el portafolios me voy. Fuera está revuelto y tengo miedo que el viento me lleve toda la documentación —expliqué.

—Eso sí que sería una faena, pero dese prisa amigo —contestó el seguridad a la par que se dirigía a un sin techo que intentaba pasar desapercibido.

—Lo haré —sentencié sonriendo.

Aproveché que el guarda discutía con el vagabundo para meterme hacía el túnel, pasado un rato, me encontraba totalmente inmerso en una oscuridad solo tímidamente combatida, con unas pobres bombillas amarillentas de tungsteno, que pendían de un lateral del túnel.

Cauteloso, iba caminando poco a poco, con miedo a que súbitamente se iluminara el fondo del túnel con los potentes focos de un tren. El suelo estaba húmedo, y de vez en cuando, alguna que otra rata se asustaba ante mi inesperada presencia. Tenía que recorrer apenas un kilómetro, pero en según que circunstancias, las cosas cunden, y mucho.

—Vamos a ver, según esto debería de estar justo bajo el lago —comenté al comprobar por mi podómetro que había andado unos ochocientos metros.

Intenté averiguar si había cogido el ramal correcto, por lo que linterna en mano, consulté mi brújula.

—No te molestes tío, eso aquí no funciona —me gritaron desde el fondo del túnel.

—¿Quién es? —grité mientras orientaba la linterna al lugar donde provenían las voces.

—Tranqui colega, no estamos haciendo nada malo —contestaron unos chavales con unos espray de pintura en la mano.

—Solo graffiti, ¿no es así? —adiviné.

—Sí, pero vamos de legales, no rompemos nada, lo nuestro es arte, no nos denuncie —contestó uno de ellos.

—Está bien, acercaros —indiqué con sendos movimientos de manos.

—¿Es usted del metro? —preguntó el más joven que no pasaba de los doce años.

—Sí, y no deberíais estar aquí, ¿lo sabéis no? —amenacé impostando una dura mirada.

—Ya le hemos dicho que no hacemos mal a nadie, las paredes del metro están mejor decoradas —respondió uno de ellos encogiéndose de hombros inocentemente.

—Bueno deja que piense, seguro que conocéis el metro mejor que yo —reflexioné.

—Sí bueno, ya sabe, es el único espacio de expresión que consideramos nuestro.

—Bien, tengo que encontrar algo, si me ayudáis no os denuncio —concedí a los chicos de la pintura.

—Vale —asintió uno de ellos.

—¿Conocéis una entrada falsa, doble vía, o hangar en este tramo? —interrogué pensativo.

—No, es una vía de tránsito, no de servicio, por eso venimos aquí, es uno de los sitios donde no viene personal del metro —contestó el mayor de los tres.

—Sí, antes pintábamos dos estaciones más abajo, pero estaba cerca un depósito de material y siempre estábamos huyendo de los guardas o escondiéndonos del personal que limpia los vagones —dijo el más joven.

—Por eso vinimos aquí, porque no hay nada —se atrevió a hablar el mediano que parecía bastante tímido.

Aquella aclaración trajo a mi memoria un dato curioso, según la policía, el cuerpo de Rocco había sido encontrado por operarios del metro en un hangar de limpieza.

—¿Por qué decíais que la brújula no funciona aquí? —pregunté siendo consciente de que realmente estaba sobre la pista.

—Usted debería de saberlo, en este momento está usted sobre una línea de 780 voltios —contestó el mayor de los tres.

—¡Hostias! —contesté mientras instintivamente daba un salto fuera de la vía, ante las risas cómplices de los chavales.

—No se preocupe señor, la verdad es que mientras no toque el carril de

la tensión no pasa nada —contestó el más pequeño riéndose.

—¿Y cuál coño es ese? —pregunté mirando receloso las vías que tenía a mis pies.

—Pues.... El tercer carril, ¿o era el primero?, no recuerdo bien —dudó— no sé, nosotros no tocamos ninguno. El caso es que aquí, no va a encontrar nada con eso —contestó el mayor señalando mi brújula.

Había que ser realista, sin bien estaba en la pista, era imposible orientarme en aquella maraña de oscuros túneles, con un sencillo mapa de líneas, y sin poder usar nada para orientarme. Una vez más, en el momento que se abría una puerta a la investigación, ésta se cerraba de golpe.

—Bueno gracias por la información, me voy, y creo que vosotros deberíais hacer lo mismo.

—No se preocupe, desde que taparon la entrada a la vieja estación, este sitio ya no mola tanto —contestó el pequeño ante la mirada censurante de los otros dos.

—¿Taparon?, ¿qué taparon? —pregunté esperanzado.

—Bueno, no tiene importancia —aclaró el mayor de los chiquillos.

—Venga, habla —insistí con voz dura.

—Es ese refugio de ahí detrás, antes comunicaba con la otra estación — contestó el mediano— pero nunca entramos, se lo juro.

—¿Otra estación? —pregunté esperanzado.

—Bueno... Sí

—¿Y qué hay exactamente allí? —insistí.

—No lo sabemos, ratas, basura, incluso puede que *mole people*, nunca llegamos a entrar.

—¿*Mole people*? —pregunté extrañado.

—Sí, ya sabe, hombres topo —contestó algo temeroso.

—Además —prosiguió otro de los chavales— antes había una pequeña grieta en el refugio y se podía ver la antigua estación, pero hace un tiempo la taparon y ya no podemos ni mirar.

El encuentro fortuito con aquellos chavales, me había dado la llave del caso de la forma más inesperada. En el fondo tenía que acabar por reconocer que era un tipo con suerte.

—¿Por dónde entráis al túnel?, no me creo que unos chavales como vosotros seáis capaces de evitar la vigilancia del metro... —pregunté para finalizar.

—No hace falta. Si quieres puedes acceder desde fuera, en el parque es

más discreto —contestó el pequeño con aire de suficiencia.

—¿En el parque? —pregunté curioso.

—Sí, por un respiradero, basta con levantar la rejilla que hay en exterior y bajar por unos peldaños —aclaró otro de ellos.

Tras obtener el emplazamiento exacto de aquella entrada furtiva al metro, decidí dar por terminada aquella conversación.

—Está bien ahora iros —concluí amenazante.

Mientras los chiquillos se perdían en la oscuridad, yo me quedé un poco más para comprobar la solidez del refugio. Efectivamente, la pared parecía sonar hueco, pero no presentaba ni una puerta o entrada, ni siquiera una fisura. Lo que sí había, y eso confirmaba la versión de los chicos, eran distintos tonos en el color del cemento que cubría la pared del refugio, alguien lo había tapado. A la luz de los datos arrojados por los chicos, decidí avanzar un poco más en busca de algo que ni yo mismo sabía bien qué. Ya no se podía dar marcha atrás, era ahora o nunca.

Cada vez me parecía más asfixiante la humedad del interior del túnel, eso se unía además a algunas corrientes de aire, que traían un hedor a veces insoportable. Según iba avanzando, me iba inquietando más.

La pobre iluminación del aquel sitio, proveniente de las bombillas espaciadas entre sí perdiéndose en el túnel, me invitaban a adentrarme aun más, hasta que la última de ellas parecía indicarme el final del mismo. Me acerqué pudiendo comprobar que la vía se detenía en un tope, más allá apenas se podía vislumbrar nada por la falta de luz.

Golpeé la base de la linterna con la absurda idea de que eso me proporcionaría más luz, y dirigí el haz a lo que parecía el final del túnel. Daba la impresión de que podría haber aún más trazado, pero no estaba seguro, ante el paupérrimo alcance del foco.

—Bueno, con suerte esto acaba aquí —monologué con el fin de espantar el miedo.

Para cerciorarme, cogí una piedra del suelo y la lancé a la oscuridad para comprobar la longitud.

—¡Toma!

La piedra sonó débilmente a lo lejos formando un eco que multiplicaba siniestramente el sonido del choque contra el suelo. Estaba claro que el túnel seguía.

—Bueno, qué hacemos Dicky, ¿seguimos o no? —me dije a mi mismo.

—Seguro que me arrepiento, pero habrá que seguir...

Si antes me parecía penoso ir adentrándome en el túnel, ahora sin luz era toda una aventura, apenas podía ver un par de metros delante de mí, y lo peor era que trascurridos unos minutos, ya ni siquiera podía ver las luces del camino que había dejado detrás.

Acostumbrado ya a los olores del túnel, hubo uno que me inquieto, al rato de ir caminando, pareció venirme un olor a orín que desde luego podía denotar que por allí había pasado más gente. Pronto dejé de pensar en ello para preocuparme de cosas más serias, llevaba ya mucho tiempo recorriendo el suburbano y la luz de la linterna empezaba a amarillear peligrosamente.

—¡Joder! —exclamé asustado ante la presencia de una gran rata cuya cola podría medir perfectamente los 25 centímetros.

—¡Vaya mierda de sitio!

Me iba guiando por la pared del túnel, hasta que esta pareció desvanecerse de pronto. Apareció otro ramal. Decidí adentrarme unos metros que al final resultaron ser más de los deseados, y es que en algunas condiciones, es como si se perdiera la noción del tiempo y el espacio. Aventurarme en la nueva bifurcación fue una mala opción, no tardaron en llegar las primeras complicaciones, la linterna acabo por agotarse.

—¡Hostia puta!

Decidí que había que regresar como fuera, así que como pude, volví sobre mis pasos. Pero en completa oscuridad es algo más que complicado, y lo peor de todo, aturdido y desorientado, pasé de largo el ramal de túnel por el que había accedido.

El tiempo pasaba y cada vez estaba más desorientado, además avanzar sin luz era muy penoso. Estaba metido en un buen lío, me había perdido.

—¡Joder, de ésta no salgo! —lamenté.

Muy despacito, iba poniendo un pie delante de otro usando la puntera de estos como un improvisado bastón, mientras, usaba mis manos para ir siguiendo las paredes del túnel para evitar tropezar con los raíles.

Era curioso como en ausencia de la vista, el resto de mis sentidos cobraba protagonismo. Podía sentir las corrientes de aire en la cara, oler la grasa de la catenaria y lo que es más angustiante, oír mi propio corazón latiendo acelerado.

Después de tanto tiempo en la oscuridad, mis pupilas se habrían dilatado tanto, que apenas se podría ver el rastro del verde que habitualmente teñían

mis ojos, por lo que cualquier luz por mínima que fuera, me servía de ayuda. Como la que esporádicamente entraba por algún respiradero en el túnel.

Seguí avanzando hasta que algo me llamó la atención. Al fondo del túnel se veía brillar algo, una especie de luz anaranjada. Aceleré el paso, según veía la luz más definida, avanzaba más y más deprisa, estando incluso animado a arrancar a correr. Aquella luz anaranjada podría ser un área de servicios de la red, donde podría por fin poner fin a mi extravío. Pronto pude definir con claridad de donde provenía la luz y frené en seco. Se trataba de una hoguera.

—Esto no me gusta... —murmuré para mí.

Me aproximé sigilosamente, pegándome lo más posible a la pared del túnel. Me acerqué a una distancia prudencial, se trataba de un andén de lo que parecía haber sido antaño una plataforma de servicios, el fuego estaba casi a la altura de mis ojos, ya que se quemaba en la parte superior del andén, quedando un metro y medio por debajo las vías del metro sobre las que se veían un montón de escombros, basuras y un carro de hipermercado totalmente renegrado.

El humo de la hoguera quedaba atrapado en lo alto de la bóveda del techo, tiñendo éste de un color pardo que contrastaba con el anaranjado fluctuante proveniente de las llamas, que parecían estar alimentadas por unas traviesas medio podridas.

Me aproximé un poco más, tanto, que casi podía notar el calor. Algo me sobresaltó por detrás.

—¿Tienes frío hermano? Acércate al fuego —escuché más cerca de lo que me hubiera gustado.

Me volví bruscamente, instintivamente dirigí mi mano hacia mi costado izquierdo, lamentándome de no haber traído mi arma. Sin embargo, aquel joven no parecía peligroso, más bien pudiera haber salido de alguna manifestación antisistema de no ser por su aspecto poco aseado. De piel morena, probablemente indio o pakistaní, lucía, o más bien deslucía, unas rastas recogidas por una cinta de pelo marrón, no sabría decir si ese era el color original o finalmente producto de la suciedad que caracterizaba el lugar. Unas gafas de pasta negra, un pantalón militar y una camiseta con el rostro caricaturizado de Bob Marley, eran toda su vestimenta. Unos guantes de lana negros cortados por los dedos completaban su atuendo.

—Tranquilo, sígueme —prosiguió como si encontraré mi reacción de lo más normal.

—Claro ¿por qué no?

En esa situación no estaba en posición de poder rechazar ningún tipo de invitación.

—Me llamo Dick —me presenté extendiendo la mano.

—Llámame Kaos —respondió sin prestarme excesiva atención, dejándome la mano en el aire al no cerrar el saludo

—Encantado —murmuré ante la evidencia de que aquel hombre iba a lo suyo.

—¿Qué haces por aquí? —interrogó serenamente sentándose en cuclillas frente al fuego y observándome con curiosidad.

—Es una historia muy larga —contesté extendiendo las manos hacía aquella fogata improvisada.

Se quedó un rato mirándome por encima de sus diminutas gafas, daba la impresión de estar analizándome.

—Tengo tiempo —contestó sin dejar de observarme.

—Eso no lo dudo —repliqué con cierto tono de ironía mientras miraba en derredor.

Kaos se dirigió a una de las taquillas herrumbrosas que estaban junto a lo que parecía una antigua garita, y abrió una de ellas sacando un cazo metálico, una botella de agua y una bolsa, con todo regresó al fuego e intentó hacer café.

—Bueno, supongo que no hay motivo para no contártelo —declaré mientras pensaba que no me vendría mal confesarme ante un desconocido.

Parecía no estar muy atento a la conversación, ya que mientras le contaba mi extraña teoría de las direcciones y de que algo debería haber bajo el lago del parque, él se levantaba, cogía un escurridor y servía café en un par de tazas de metal esmaltadas en porcelana, a la par que sacaba algo de marihuana, de una caja de puros que tenía en otra de las taquillas, y liaba un cigarrillo.

—Piensas que hay una pista, o una especie de mapa del tesoro, o algo extraño aquí debajo, que sea la llave de la resolución de un misterio... —pensó en voz alta mientras me acercaba una de esas tazas con café.

—Así es —respondí con cara de circunstancias, mientras sostenía con ambas manos aquella taza.

—Es una historia ridícula —dijo fríamente clavando sus ojos en los míos.

Se hizo un silencio tenso, el tomaba el café sin apartarme la vista, yo jugueteaba con la taza sin querer probar aquella bebida.

—Sin embargo te creo —rompió el silencio— afortunadamente para ti.

—¿Afortunadamente? —pregunté extrañado.

—Sí, de lo contrario te hubiera matado. Deja eso y sígueme, ya veo que mi café te repugna —declaró con absoluta frialdad, mientras se ponía en pie y se dirigía a un pasillo que arrancaba junto a una antigua máquina de fichar.

Dejé aquella taza y disimuladamente me limpié las manos al pantalón, y me dispuse a seguir a aquel tipo, eso sí, a una distancia prudencial.

—Procura no quedarte rezagado, podrías perderte —sentenció en un tono paternal.

Avanzamos por un estrecho pasillo en total oscuridad, yo me guiaba tras los pasos de Kaos, el cual se movía con una asombrosa facilidad a pesar de que la única linterna que llevaba, la dedicaba a iluminar su espalda para que yo pudiera seguirlo sin dificultad.

De pronto se detuvo.

—Agárrate ahí y avanza colgado hasta que yo te diga —indicó señalando con la linterna una barra metálica que colgaba del techo.

—¿Y eso?, ¿Te has cansado de caminar? —bromeé.

No contestó, se limitó a sonreír mientras dirigía la luz al suelo. Simplemente no había. En su lugar un gran boquete en el que difícilmente se podría vislumbrar el fondo.

—¡Joder! —exclamé.

Di un salto y me agarré a la barra, lentamente fui avanzando mientras Kaos me iluminaba el trecho que tenía por delante.

—Suficiente —gritó, ante lo cual solté las manos y caí al suelo. Me incorporé mientras me sacudía las manos.

—Veo que te fías de mí, podrías no haber cruzado el desplome todavía —aseveró satisfecho.

—¡Y me lo dices ahora! —exclamé resignado.

El rasta colocó la linterna entres los dientes y se dispuso a repetir la maniobra que yo acababa de realizar, solo que más rápido y resuelto que mi persona.

—Pasa delante tío —indiqué dudando.

—Ja ja ja.

Transcurrimos en silencio mientras avanzábamos, hasta que el pasillo empezó a iluminarse, unas bombillas que colgaban en lo alto de la pequeña bóveda, aparecieron súbitamente.

—Vaya. Esto tiene mejor pinta —confesé mientras aliviado disfrutaba de la calidez de aquellas viejas bombillas tungsteno.

Kaos no contestó y siguió avanzando.

—Una cosa... ¿Por qué dijiste antes que me habrías matado si mi historia no te convencía? —pregunté al recordar aquella advertencia.

—Ahora lo entenderás —contestó de forma escueta.

Al final del pasillo había una gran puerta corredera. Kaos la deslizó con las dos manos, tras unos segundos que se me hicieron eternos, apareció tras ella una gran estación de metro perfectamente iluminada. Cuidadosamente modificada aparecían algunas estancias como garitas, aseos y kioscos de prensa, adaptadas a lo que parecían dormitorios. Incluso había pinchada una tubería que sin duda proporcionaba agua corriente, todo eso en una estación que llevaba años abandonada.

—Bienvenido a nuestro hogar.

Era increíble, allí se encontraban más de doscientas personas, y lo más llamativo es que entre ellas había hasta niños, familias completas, marginadas por la sociedad, desahuciadas, sin recursos, al abrigo del frío, de las bandas, de la policía, de los temidos servicios sociales que les arrebataban a sus hijos y sobre todo, del desprecio de nuestra sociedad.

Era como un mundo paralelo, con sus normas, su jerarquía, su organización.

—¿Lo entiendes ahora?, mi misión es protegerles, si hubieras sido una amenaza no hubiera dudado en matarte. Soy el centinela —explicó mientras contemplaba orgulloso a su gente.

—Te comprendo —musité— ¿por qué me has traído aquí? —pregunté siendo yo en esa ocasión quien observaba a todas aquellas personas.

—Tienes que encontrar lo que buscas, la base es nuestra mayor amenaza. Hazlo por ellos —contestó mientras con la mirada señalaba a las familias que allí residían

—¿La base? —pregunté intrigado.

Kaos no contestó. Se limitó a enseñarme la ruta de salida y a entregarme una de sus linternas. Una vez empezaba a alejarme aquel joven se dirigió a mí por última vez.

—Recuerda. La base.

Capítulo 39

Había perdido la noción del tiempo, no sabía realmente cuánto tiempo había estado en la red del metro, pero afortunadamente no era tan tarde como para que no me diera tiempo a desahogarme en la taberna de Benson.

—Pero Dick tío, ¿de dónde vienes a mitad de la noche con esa pinta?, ¿encontraste trabajo en una mina? —preguntó socarronamente Ben.

—No, en la mina no, pero contigo no creo que me faltaran ofertas para trabajar en un circo —contesté abatido.

—Bueno no te pongas así, además te debo una patada en el trasero. Ahora dime, ¿qué tal por el metro? ¿Tienes algo? —preguntó mientras se dirigía a cerrar la puerta del bar.

—Lo que tengo es una depre de caballo, ¡Qué mierda de mundo! —

contesté mientras alargando mi mano por detrás del mostrador, alcanzaba una botella de ron.

—¿Estás bien? —preguntó Ben mientras colocaba los taburetes sobre la barra del bar.

—Yo sí, mucha gente no —contesté mientras buscaba un vaso tras la barra.

Ben no dijo nada, intentó comprenderme y me miró cándidamente.

—Si antes tenía que averiguar todo este embrollo, ahora tengo que hacerlo por partida doble. He de comprobar algunos datos que me acaban de dar —contesté ambiguamente.

—Hablando de datos, te voy a dar unos, alta, rubia, pelo largo, mirada penetrante, y buen escote —respondió Ben cambiado de tercio a la vez que iba en busca de una escoba.

—¿Tu fantasía? —contesté mientras me servía yo mismo en el vaso.

—No, Dolly gilipollas, anda buscándote, dice que no sabe nada de ti desde hace meses —contestó a modo de rutina mientras barría unos restos de cáscara de cacahuete.

—Me has acojonado tío, sino fuera por lo del escote pensaba que hablabas de Virginia —confesé aliviado a la par que daba un buen trago al vaso.

—De eso prefiero no hablar, que no quiero enfadarme —reprochó Ben mientras seguía barriendo.

—Oye, ¿no tendrás algo contra Linda? —interrogué mosqueado.

—Ni contra Linda, ni contra Dolly, ni contra Dakota ni contra esa pobre chica a la que has roto el corazón, yo solo pongo copas, nada más, pero tendrías que haberlas tratado mejor —reflexionó Ben mientras empezaba a apagar las luces del bar.

—Nos ha jodido —dije para mí.

—Deberías de decirles lo que pasa —reprochó mientras recogía el dinero de caja.

—¿Qué pasa? ¿Que he dejado el mundo de los muertos y vivo en el Olimpo?, si ni siquiera saben lo que es eso.

—Estás cambiado Dick, tú no eras así.

—¿Cómo?, ¿feliz? —exclamé poco convencido.

—Tú verás, y venga apura el vaso que los mortales necesitamos dormir.

Capítulo 40

Era feliz, al menos en apariencia, circunstancia que cualquier persona sensata hubiera aprovechado para olvidarse del tema de Rocco, la chica muerta del andén, y los hombres topo. Pero sensato, lo que se dice sensato, la verdad es que no lo era, quizás nunca lo he sido.

Por eso seguía dándole vueltas al tema, y lejos de olvidarme del asunto, me dirigí de nuevo a la biblioteca en busca de nueva información. Notaba que mi presa estaba cerca, y no iba a dejarla escapar.

—Hola buenos días —saludé a la bibliotecaria.

—Buenos días caballero, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó con esa amabilidad de protocolo que tanto me molestaba.

—Verá, el otro día saqué unos mapas de transporte de la sección de cartografía, querría saber si existen mapas más antiguos en alguna dependencia.

—Aquí no, todo el material que poseemos, lo ponemos a libre disposición, si no lo ha visto, es que no existe —afirmó tajantemente

—Comprendo.

—No obstante, quizás en el consorcio de transportes tengan alguno más antiguo en sus archivos —aclaró la bibliotecaria.

—Muchas gracias señorita —contesté sonriendo.

—Un momento, espere. ¡Frank, acércate por favor! —levantó la voz la funcionaria, centrando hacía ella las miradas de los que en la sala se encontraban.

—Dime Mónica —contestó un hombre delgado, de unos sesenta años, con pelo y perilla canosos, que lucía una discreta corbata bajo un jersey gris de pico.

—Este señor está interesado en encontrar un mapa antiguo —aclaró la funcionaria.

—¿Un período en concreto? —preguntó el hombre, a la par que no podía evitar el mirarme de arriba a abajo.

—Realmente necesitaba una información —aclaré al hombre del jersey de pico.

—Está de suerte, si alguien conoce la historia del transporte colectivo es Frank, le dejo en buenas manos —concluyó mientras la funcionaria se dirigía

a atender a otro lector.

—Gracias Mónica, no es para tanto; ahora dígame, ¿qué quiere saber? Algo conozco de estas cosillas —contestó con aire de suficiencia.

—Bueno, realmente lo que necesito saber, es un dato sobre una línea de metro en concreto —aclaré al funcionario.

—¿Qué número?—interrogó mientras golpeaba el teclado de un viejo ordenador con pantalla de fósforo verde.

—La línea doce —indiqué impaciente.

—Sí, es una de las antiguas, ¿qué le interesa saber? —preguntó apartando la mirada de la pantalla.

—¿Han suprimido alguna estación?

—Sinceramente, no hacen otra cosa, suprimen líneas, abandonan estaciones, varían recorridos... —contestó aquel hombre moviendo la cabeza apoyando con ello su afirmación.

—No tenía ni idea —confesé.

—¿Sabe cuántos túneles, almacenes, andenes, etc. hay abandonados bajo nuestros pies? —preguntó creando cierto misterio en su entonación.

—Francamente...—titubeé

—¡Cientos!

—¿Entonces no recordará ninguno en esa línea? —pregunté algo decepcionado.

—Es difícil de saber...

—Comprendo.

—Sin embargo, ahora recuerdo que en esa línea precisamente suprimieron a mediados de los 60, una estación que estaba en lo que hoy es el parque Victoria. Antes del parque había un complejo industrial. Cuando sacaron fuera del cinturón urbano todas aquellas fábricas, dejó de tener sentido esa parada. Con el tiempo acabaron reordenando urbanísticamente la zona, demolieron una vieja fábrica textil y construyeron lo que hoy es el parque, en el solar que dejó libre dicha fábrica. Lógicamente la boca del metro en mitad del parque no pintaba nada, hubo que sellarla y demoler los accesos para hacer encima lo que hoy es el lago artificial, por lo que hicieron una nueva unos 800 metros más al norte —explicó en un alarde de conocimiento.

—Así que existe realmente —comenté más para mí, que para seguir la conversación.

—¿Desea saber algo más? —preguntó aquel hombre.

—No, muchas gracias, no sabe lo útil que me ha sido —contesté haciendo una movimiento a caballo entre reverencia y despedida.

—Me alegro mucho —sentenció servicialmente.

—Adiós pues —terminé.

Capítulo 41

—Hola cielo, ¿qué tal la mañana? —saludó Linda sentándose en mis rodillas.

—Especialmente productiva, pero no quiero aburrirte con detalles, ¿qué te parece si nos vamos a comer por ahí? —pregunté feliz.

—Maravilloso, ¡me encantan las hamburguesas! —contestó jovialmente.

—No, esta vez quiero un sitio especial, la ocasión lo merece, además, invito yo —aclaré ceremoniosamente.

—Uy, no sé, ¿no tendrás fiebre? —bromeó Linda en tono divertido.

—No seas boba.

Selecto y refinado, ese era el mejor marco para una ocasión especial, políticos, financieros, abogados, personas de prestigio social compartían local con nosotros. Sin embargo en ese momento, no me habría cambiado por ninguno de ellos. Nunca pensé que sin haber conseguido ningún logro especial en la vida, pudiera desde mi humilde profesión de detective, mirarles por encima del hombro, y es que hay cosas que hasta que no las disfrutas, no sabes que existen. Está claro que la ignorancia de los pobres, es la tranquilidad de los ricos.

—Gracias por la velada, es maravillosa —agradeció Linda, mientras posaba delicadamente sus manos sobre las mías.

—No Linda, no hay veladas maravillosas, hay personas maravillosas —respondí mientras la miraba tiernamente.

—Perdón, ¿champagne señores? —interrumpió el camarero.

Mientras él llenaba las copas, una mirada cómplice se cruzó entre nosotros, sin duda la vida empezaba a tratarme bien.

—Tengo algo para ti —declaré seriamente, mientras me quitaba el colgante en forma de mariposa monarca que portaba en el cuello.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

—Este colgante, lo tenía en sus manos mi padre el día en que murió, desde entonces nunca lo he separado de mi corazón. Quiero que sea tuyo — declaré con solemnidad.

—Dick, no conocí a tu padre, pero he conocido su obra, te he conocido a ti y sé que debió de ser un gran tipo. Eso me hace suponer que le debiste querer mucho, este colgante es lo único que te queda de él, por favor, no me pidas que lo acepte, no puedo —rechazó con cariño.

—Es la mejor forma de decirte que te quiero.

—Venga, no seas tonto, el amor no se demuestra con renunciaciones, ni con sacrificios, se demuestra con el brillo de los ojos de quien te mira.

—Insisto, así lo deseo —rogué con ternura.

—No sé que decir...—respondió Linda emocionada, mientras guardaba el colgante con mimo

—No digas nada, solo que quieres unirme a mí en matrimonio.

—¡Pues claro tonto! —contestó llorando.

—Gracias Linda.

—¿Por qué?

—Por dar guion a la película de mi vida.

—No Dicky, la vida no es una película, es una sucesión de cortometrajes, con distintos guiones, con distintos finales.

Capítulo 42

Aquella misma tarde pasé por mi antiguo despacho, una asociación de ornitología había comprado la oficina y quise echar un último vistazo antes de firmar la venta, y eso sí, llevarme la placa que nunca llegué a reparar...

Dick Donovan. Detective privado.

Con la placa en la mano, me olvidé del ascensor y bajé relajado las escaleras, como queriendo saborear mis últimos minutos en aquél edificio que tantos recuerdos albergaba. Unos pisos más abajo, y sentados en los

peldaños de la escalera, los dos amantes furtivos a los que tanto había envidiado, discutían acaloradamente.

—Perdón chicos, ¿me dejáis pasar?

Cesaron súbitamente la discusión, mientras uno de ellos se ponía en pie para facilitarme el paso, una vez se cercioraron que me había alejado, siguieron discutiendo, esta vez con más virulencia.

La rueda de la fortuna había girado.

A la vuelta pasé a dar la buena nueva a mi amigo del alma.

—Ben viejo amigo... ¡Creo que me voy a casar! —confesé nada más cruzar la puerta.

—¿Entonces? —preguntó Ben emocionado, dejando a medio servir la copa de uno de los habituales del local.

—Se lo he pedido y ha aceptado, y tú serás el padrino de boda, y por supuesto no quiero excusas —declaré emocionado.

—¡No sabes cómo me alegro por ti, muchacho! —confesó Ben con los ojos empañados.

—¿Tan grandullón y llorando? —intenté animarle mientras tomaba asiento junto a la barra.

—¡Nada de eso gilipollas!, es que tengo catarro, ¡venga dame un abrazo mamón! —gritó abalanzándose sobre mí, por encima de la barra del bar.

—Hola tortolitos, ¿me hacéis un hueco en vuestro nidito de amor? —interrumpió uno de los personajes que daban vida al local.

—¡Spencer que te la ganas! —gritó malhumorado Ben.

Estuvimos hablando animadamente, la noticia corrió como la pólvora por el local. Hubo de todo, parabienes, alegría, decepción, advertencias, y, como no, a más de uno le dio exactamente lo mismo.

—Oye Dick, dime una cosa, y ¿cómo quedó lo de la investigación de...?, bueno, tú ya sabes... —preguntó Ben embarazosamente.

—Rocco, Johny Rocco, puedes decirlo hombre —contesté con naturalidad.

—Bueno pues eso, ¿qué pasó? —insistió Ben, algo molesto por la necesidad de abandonar momentáneamente la conversación ante el requerimiento de un cliente.

—¡Pero tío!, ¿Tú te crees que iba a dejar mi último caso sin resolver?, ni de coña, lo que pasa es que no quiero que se entere Linda, le prometí que

lo dejaría – contesté elevando ligeramente la voz para que pudiera escucharme desde su nueva posición en la barra.

—¡Mujeres!, ¡siempre con imposiciones!, pero me alegro que cuide de ti. Así que esta noche al tajo –contestó desde la otra punta de la barra.

—Exacto, y lo mejor no es eso –anuncié a mi viejo amigo.

—¿Ah no? —preguntó confuso.

—No, he pensado, si te parece bien, que ya que es mi último caso, podrías venir de ayudante —ofrecí a mi amigo.

—¡Cojonudo, siempre he querido ser detective!, venga vamos, vete apagando las luces mientras bajo la trapa —contestó entusiasmado.

—Eh, eh, eh, tranquilo ciclón, hay que hacer tiempo a que cierren el metro – contesté en un tono festivo.

—¡Jo! —exclamó impaciente aquella mole con alma de niño.

Capítulo 43

Por fin cayó la noche con todo su rigor, amparados por su manto y teniendo por cómplice a las sombras, nos dispusimos a concretar lo que a todas luces se sentenciaba como mi último trabajo.

El parque no se encontraba muy lejos, de hecho decidimos ir caminando desde el bar hasta allí, y si bien no tardamos mucho en llegar, el trayecto se me hizo bastante largo ante la impaciencia de Benson, que a cada minuto no hacía más que preguntar si faltaba mucho para llegar.

Una vez dentro, tuvimos que caminar algunos metros hasta llegar al lago central, que servía de eje vertebrador del parque. Alrededor de dicho lago se extendía una extensa pradera con algunos álamos, plataneros y sauces llorones, estratégicamente situados para dar sombra. Salpicando el césped, algunas mesas de cemento con su correspondiente banco adosado. Alguna que otra barbacoa de obra completaba la zona de meriendas.

Tras cruzar unos setos que ocultaban una caseta de servicios, dimos con el respiradero que bajaba directamente al metro.

Busqué algo con lo que levantar la rejilla. Pronto vi una pala que unos operarios habían abandonado junto algunos sacos de cemento.

—¡Estás loco si te crees que me voy a meter por ese agujero! — exclamó Ben en voz baja.

—Joder, vaya detective de mis cojones, entra y calla —reproché al remolón de Ben.

—Oye tío, hace años que los negros no nos escondemos en zulos, y estamos en el norte, no en Alabama —replicó Ben en el mismo tono, lo que le confería un aspecto cómico.

—No es un zulo, es un respiradero del metro, entra y calla ya —ordené algo divertido.

—¡Qué se le va hacer! —exclamó resignado Ben.

—¿Trajiste la linterna? —pregunté para comprobar que íbamos correctamente equipados.

—Sí, ¿no lo ves?, ¡estás tonto! —respondió sacando del bolso una de esas linternas de petaca.

—¿Y el mazo? —continué con la misma intención.

—Por supuesto, con qué si no te iba a romper esa cabezota que tienes — exclamó Ben exhibiendo el mazo.

—Bueno, ¡venga, date prisa! —contesté mientras bajábamos por unos hierros en forma de U, que empotrados en el pozo de hormigón, hacían las veces de escalera.

—Oye, esto está muy oscuro —replicó Ben.

—¡No seas cagueta y camina! —increpé una vez que llegamos a pisar suelo.

—Vaya, pues sí que es peligroso eso de ser detective —confesó Benson.

—Venga, no digas chorradas, esto es un paseo.

—Sí, pero bajo tierra —refunfuño Ben.

Al cabo de unos minutos caminando pegados a la pared del túnel, llegamos al punto que indicaba el mapa.

—Yo no soy de los que protesten pero la verdad es que ...

—Calla, me parece que es aquí —interrumpí a Ben al encontrar el refugio.

—¡Pero si está tapado! —replicó mi amigo.

—¿Por qué te crees que te dije que trajeras un mazo?, ¿para partir nueces?, venga, sácalo y comencemos a perforar la pared —contesté mientras con la mano golpeaba la superficie, para descubrir la parte hueca.

—No, si al final me has traído solo para esto —protestó Ben.

Al principio costó horadar el muro que cegaba el refugio, pero en el momento que cedió el primer ladrillo, el resto fue mucho más fácil.

—¡Quieto fiero, ya basta, he dicho un agujero, no el túnel que cruza el canal de la mancha! —calmé a Ben ante el entusiasmo que empleaba.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó mi amigo mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la chaqueta.

—Espera que se disipe el polvo, a ver qué encontramos —contesté mientras hacíamos tiempo.

—¡Anda mira! —exclamó Ben al contemplar el pasillo tras del boquete.

Efectivamente, una vez disipado el polvo resultante del incesante martilleo del mazo, apareció como un barco salido de un banco de niebla, un misterioso pasillo que se adentraba en la oscuridad.

—Bueno, manos a la obra, ¿podrás pasar tu culo por ese agujero? —bromeé mientras enfocaba con la linterna en hueco horadado en la pared.

—¡Vete a la mierda! —exclamó mientras pasaba, eso sí, dejando un buen siete en sus pantalones.

—Venga, sigue —le ordené haciendo unos tremendos esfuerzos para ocultar la risa.

—¡Qué largo es este pasillo! —comentó Ben que no se había percatado del siete en el pantalón.

—Sí, además al estar a oscuras lo parece más —aclaré mientras evitaba mirar el enorme roto del pantalón de Benson.

Avanzamos unos metros, el pasillo en forma de arco en el techo y no muy alto, todavía conservaba publicidad de cuando estaba en servicio. Era difícil averiguar el color exacto de las paredes, debido al polvo y suciedad adherida a los baldosines. Un extraño halo de misterio envolvía aquel lugar, no pude evitar pensar en aquel cuento infantil, *La bella durmiente*. Por fin llegamos a una encrucijada.

—Bueno ¿y ahora qué? —preguntó Ben.

—Vamos a ver, ¿por la derecha? —contesté no muy convencido.

—¿Por qué? —preguntó algo nervioso.

—Porque si te fijas, parece que se va ensanchando, eso significa que va en dirección del andén —expliqué a mi viejo amigo.

—¿Qué se supone que buscamos? —preguntó Ben.

—Una estación de metro abandonada —contesté mientras alumbraba el camino con mi linterna.

Caminamos un rato fascinados por el entorno, que ayudaba a rescatar de nuestras almas, aquel intrépido instinto aventurero de la niñez. Lo que más parecía divertir a Ben, eran los antiguos carteles de una conocida marca de refrescos, que en su anacronía parecían hacerle retornar a su infancia.

—¡Me lo estoy pasando en grande! —exclamó Ben entusiasmado.

—Pues lo tienes fácil, vendes el sidecar y te das una vuelta en metro todos los días, ¡anda que no la ibas a gozar! —contesté a mi amigo mientras con la linterna examinaba el entorno.

—No es lo mismo idiota —protestó Ben.

—La verdad es que esto parece el escenario de una película de terror —confesé.

—Pues a mí me parece más bien el escenario de uno de esos videojuegos que hay ahora, me imagino a una chica, súper heroína, matando ratas por aquí —imaginó Benson ilusionado.

—¿Una chica protagonista de un videojuego de acción?. Qué dices, nadie lo compraría —confesé escéptico.

—Pues yo sí, la asalta tumbas, la llamaría yo —contestó Benson a la par que movía sus brazos de forma teatral.

—¡Espera un momento Ben! ¿No oyes algo? —interrumpí preocupado.

—¿A ver?..., No oigo nada, solo alguna gotera —confesó Ben.

—Acerquémonos un poco más —indiqué mientras con la linterna, apuntaba a la zona de donde parecía provenir aquel sonido.

—Sí, es cierto, son como unos murmullos, ahí al fondo —exclamó Ben mientras apuntaba con linterna al mismo sitio.

Estábamos llegado a lo que parecía la plataforma de la antigua estación, pero a diferencia del trayecto trascurrido con anterioridad, no estábamos solos.

—Apaga la linterna —solicité susurrando— mira, hay como una luz.

—Es cierto —confirmó Ben a la vez que apagaba la linterna.

—Acerquémonos con cuidado...

—Joder, ¿nos damos la vuelta? —sugirió asustado.

—¡Espera! , creo que hemos llegado a la antigua estación —confirmé a Ben.

—¡Hostias!, ¿Qué es esto? —preguntó Ben asustado.

—Calla y agáchate.

Unos gritos espantosos se oían de fondo con total claridad.

—Esto no me gusta nada –murmuré.

Un cañón de luz, se encendió de pronto desde lo que parecía un andén, y empezó a hacer barridos por los distintos túneles y recovecos que partían de la antigua estación.

—Nos pueden ver, corre a mi señal... ¡ahora! —ordené a Ben.

Aprovechando que el foco se dirigía a una zona apartada de nuestra posición, corrimos hacía un recoveco que se encontraba en un lateral del túnel, se trataba de un refugio anti atropello donde pudimos ocultarnos.

—¿Qué hacemos? —preguntó tembloroso Ben.

—Esperar a ver que pasa –contesté con una calma fingida.

De pronto, salido de las sombras, apareció un indigente que se dirigía corriendo hacía nosotros, sin dunda nos había visto.

—¡Socorro! ¡por el amor de Dios AYUDA!

No llegó a acercarse del todo, se oyeron tres detonaciones secas y aquel hombre cayó al suelo desplomado. Todavía podía verse sobre su cuerpo tendido en el suelo, tres pequeñas luces rojas, que no eran otra cosa que las mirillas láser de algún arma de alcance. El cañón de luz se movió de nuevo y alumbró al cuerpo tendido en las vías.

—Nos van a ver, ¡NOS VAN A VER! —lamentó aterrorizado Ben.

—¡Callate!, ¡nos van a descubrir por tu culpa! ¡Pegate a la pared y mantente callado!

Dentro del refugio estábamos ocultos al cañón de luz, pero seguíamos en peligro, unos hombres vestidos con traje azul marino y corbata oscura se acercaban al cuerpo sin vida del indigente.

Uno de ellos agachado ante el cuerpo, buscó pulsaciones en una de las venas del cuello del vagabundo, tras unos instantes, miró al compañero que permanecía en pie y le hizo un gesto de confirmación.

—Amenaza neutralizada, repito, amenaza neutralizada –indicó aquel tipo a través de un pinganillo.

Aquellos tipos dejaron el cadáver allí mismo y se dieron la vuelta. El cañón de luz se apagó.

—Venga, larguémonos de aquí –dijo Ben.

—Sí, será lo mejor, vete –contesté mientras me acercaba al indigente.

—¿Vete? ¿Cómo que vete? —preguntó extrañado mientras me seguía dos pasos por detrás.

—Me quedo —contesté tajantemente mientras examinaba el cadáver del sin techo.

—¿Estás loco? ¿Qué cojones te pasa? —me recriminó casi histérico.

—Esto es lo que pasa... —contesté enseñando a Ben un colgante que llevaba aquel hombre.

Ese vagabundo tenía colgado del cuello algo que me resultaba muy familiar, se trataba de una mariposa monarca, con el mismo diseño que la de mi padre, es más, si no fuera por una ligera diferencia en el color de las piedras engarzadas, podría decirse que ambos colgantes eran idénticos.

—¿Qué cojones...? ¡¿No es este tu colgante?! —contestó pasmado mientras examinaba en su manos aquella copia.

—No lo es, pero se parece demasiado. Aquí pasa algo raro. Vete, busca ayuda y vuelve con la policía. Esto tiene algo que ver conmigo y lo voy a averiguar —contesté tajante mientras examinaba la maloliente ropa del vagabundo en busca de algo que arrojará luz sobre lo sucedido.

—Pero... —dudó Ben con la mirada perdida en el colgante.

—Ni pero, ni hostias, ¡vete ya!

Permanecí oculto en aquella posición, hasta cerciorarme de que las cosas se habían tranquilizado. Pasado un tiempo prudencial, me acerqué sigilosamente hasta la estación.

Examiné el andén, los pasillos, todo parecía estar en orden, de no ser por el misterioso cañón de luz, que estaba estratégicamente colocado sobre lo que antes era la garita del cobrador del metro. Alguien lo había colocado allí, estaba claro que esa estación de metro escondía algo tenebroso.

Exploré la estación en busca de respuestas, pero las antiguas escaleras que salían a la superficie, estaban tapiadas, los accesos al andén de enfrente también, no parecía haber nada extraño, salvo aquel cañón de luz.

Empecé a palpar la pared en busca de algún resquicio, puerta, o trampilla que accediera a algún otro lugar. No encontraba nada.

De pronto tuve una sensación atroz, sentí la presencia de alguien detrás de mí. Desgraciadamente, no me equivocaba. No estaba solo en aquel andén.

Capítulo 44

Benson corrió apresuradamente por los laberintos del metro, mientras movía la cabeza frenéticamente de un lado a otro. Su edad y gran corpulencia le estaba pasando factura, pero la idea de haberme dejado solo en aquella situación, pareció darle una dosis extra de fuerza, lo que favoreció que pudiera llegar a la salida de los túneles en un tiempo razonable. No sin dificultad, encontró las escaleras de obra que accedían a la parte superior del respiradero, asustado trepó hasta el exterior.

Corrió como pudo a través del parque, no sin resbalar en el césped mojado varias veces, pero con cada caída, se ponía en pie con rabia y volvía otra vez a emprender la marcha, a pesar de que una de sus rodillas se había lastimado en uno de los tropiezos.

Con varios jirones en la ropa, la rodilla ensangrentada y manchado de barro, se dirigió a la calle con más luz.

—¿Qué hago ahora? ¿qué hago ahora? —repetía una y otra vez desorientado, mientras deambulaba por la noche de la ciudad.

Una tienda de electrodomésticos, lucía en su escaparate varios televisores sintonizados en una cadena de deportes, Ben se paró frente a ella, y sacando un gran pañuelo blanco, intentó secarse el sudor que perlaba su frente.

Absorto contemplaba en aquellos televisores una recopilación de los mejores *Home-run* de la *Super Bowl*, mientras se colocaba bien el pantalón, dejando el mazo en el suelo por un instante.

Pronto vio reflejado en el escaparate de aquel comercio, los destellos de unas luces azules y rojas parpadeando, algo que le traería problemas.

—¡No te muevas y pon las manos donde podamos verlas ! —oyó tras de si.

—¡Agentes me.. menos mal te.. tengo un problema! —tartamudeo Ben mientras se giraba despacio.

A Ben no le dio tiempo a más, una pistola taser descargó sobre su cuerpo miles de voltios. No tardó mucho en desplomarse.

Ben gritaba de dolor en el suelo, mientras aquellos tipos sentados a horcajadas sobre él, le colocaban las esposas.

Lo que más le dolió a Benson no fue la descarga, la injusticia o el abuso, lo que más le dolía, era que detenido, no podría ayudarme.

Mientras era conducido a comisaría, no dejaba de repetir una y otra vez, Dick, Dick, Dick.

Capítulo 45

Estar a oscuras en un lugar desconocido no es muy tranquilizador, si en ese lugar lo único que se oye es el sonido de una gotera golpeando el suelo no ayuda. Pero si a esto sumamos la sensación de que algo o alguien, está detrás de nosotros, el resultado es algo innato en supervivencia, miedo.

No tardé mucho en experimentar esa terrible sensación.

—¿Busca algo caballero? —oí tras de mí.

Me di la vuelta despacio, detrás de mí, se encontraba un hombre de mediana edad vestido con una bata blanca, pantalones de pana, jersey de pico rojo y una pajarita de lunares. Aquel hombre sonreía cínicamente. Tras él, como si de una guardia pretoriana se tratara, dos hombres de gran envergadura, con sendos trajes azul marino y un par de rifles de asalto.

—Acompáñeme —indicó educadamente, mientras dirigía una mirada a sus esbirros.

Los hombres del traje azul reaccionaron a dicha mirada y me indicaron el camino a golpe de culata.

Una vieja máquina de tabaco, oxidada por la acción del paso del tiempo, colgaba de una de las paredes del andén. El hombre de la bata accionó uno de sus pulsadores, y se oyó el ruido de un mecanismo hidráulico.

El expendedor de tabaco crujió, tras lo cual el hombre tiró de ella como si de una puerta se tratara. Un pasillo perfectamente iluminado apareció de pronto tras la máquina.

—Vamos —ordenó en un tono más hostil.

El suelo estaba revestido con unas losas grises de acabado brillante, muy similares a las que suelen usarse en los suelos de los grandes centros comerciales, por otra parte, se podía apreciar perfectamente el doble techo de la parte superior, que albergaba conductos de climatización y lo que parecía ser un sistema de megafonía.

Estaba claro que esos pasillos eran nuevos, no formaban parte de una estructura de los años 60.

Cada pocos metros había una cámara de seguridad, y la iluminación de una luz fría y potente, brotaba de los laterales del pasillo.

El silencio, era ensordecedor.

Tras caminar varios minutos nos detuvimos ante una puerta metálica. El hombre de la bata blanca, sacó de su pecho un colgante en forma de mariposa monarca y lo colocó sobre una apertura magnética.

La puerta se abrió.

Tras aquella apertura, se podía apreciar un hangar de grandes dimensiones perfectamente equipado con despachos, salas de reuniones, laboratorios, cuartos de utillaje, cuadros eléctricos y por su puesto todo tipo de mobiliario. Su decoración era simple, más bien funcional, con una iluminación que variaba según las zonas, más blanca y potente en las zonas comunes, y más débil y cálida en los despachos. Unas mamparas de cristal tintado para separar despachos, puertas estancas que daban a unas estancias cuyo propósito yo desconocía en ese momento y una sala de esparcimiento con una nevera, una máquina de café y un horno microondas, completaban el paisaje de aquel lugar.

El numeroso personal que allí trabaja, se dividía claramente en dos tipos, los primeros vestidos con traje azul marino y corbata negra provistos de armas, que parecían ser los encargados de la seguridad del recinto, y otro grupo, no menos numeroso, que vestían con batas blancas y calzado similar al que usa el personal sanitario.

Ninguno de los allí presentes pareció prestarnos atención.

—Esto no me gusta nada —murmuré mientras buscaba algún resquicio por donde huir.

—¿Perdón? ¿Decía usted algo? —preguntó el hombre de la bata blanca esbozando una sonrisa siniestra.

No contesté, me limité a observar todo lo que tenía alrededor, como intentado encontrar una salida a aquella situación.

—Llévalo a la zona de aislamiento —ordenó el tipo de la pajarita de lunares.

Sin duda esta debía ser la famosa base a la que tanto temía Kaos.

Solo esperaba que el bueno de Ben, no tardara mucho en venir a rescatarme con la caballería. De lo contrario, podía verme en serios apuros.

Lo que desconocía en ese momento, es que eso, no iba a pasar.

Capítulo 46

Benson se encontraba de pie con las manos agarradas a las rejas, estas estaban pintadas de blanco, salvo en la zona que tenía puestas sus manos Ben, donde la pintura había desaparecido, dejando a la vista el color original, que no era otro que el del hierro ligeramente oxidado, señal inequívoca de que no era el primero en padecer esa posición. Compartiendo celda con él, un hombre de color con un enorme sobrepeso, que lucía varias cadenas de oro, un joven ejecutivo pidiendo hablar con su abogado, y un travesti vestido con minifalda de cuero negro, medias de rejilla y zapatos de plataforma, exigiendo a voces que le pasaran a la celda de las chicas.

Ajeno al barullo de sus compañeros de cautiverio, Benson lloraba en silencio.

No era la primera vez que pasaba una noche en comisaría, pero esta vez, yo no estaría allí para sacarle de lio, y lo peor de todo, él no podría sacarme a mí del mio.

—¡Quiero hablar con el que manda! —gritaba Ben cada vez que alguien pasaba cerca de la celda, hecho que ocasionaba que sus compañeros de celda reivindicaran al unísono la misma petición, algo que hacía que las exigencias de Benson se diluyeran entre los gritos de sus vecinos de celda.

Ben, abatido, se dejó caer al suelo mientras su brazos, aún asidos a las rejas, permanecían como colgados. Estaba empezando a asumir que nadie le haría caso.

Un hombre de mediana estatura, prominente barriga y con algo de pelo negro detrás de la nuca, se detuvo frente a la celda, y con un gesto torpe, intentó sacudirse de su chaleco de lana rojo, los restos de un *pretzel* que se estaba comiendo.

Los gimoteos de Ben le llamaron la atención.

—¡Eh, tú! sí, tú, levántate —ordenó aquel hombre al bueno de Ben.

Benson, con la bondad que le caracterizaba, obedeció el mandato al instante.

—¡No me jodas! ¿Tú no eres el amigo de Dick? —preguntó extrañado el hombre del chaleco rojo.

Ben se limitó a asentir con la cabeza.

Papadopoulos, que así se llamaba el hombre del *pretzel*, me debía bastantes favores. Cuando había que saltarse una orden judicial, efectuar un registro sin autorización, o pinchar una línea telefónica sin orden del juez, aquel inspector de policía acudía a mis servicios para que no le salpicara la mierda.

—¡Qué habrás hecho! hablaré con el sargento de guardia, a ver que puedo hacer —declaró con suficiencia.

Esta vez, la suerte estaba de parte de Ben.

Capítulo 47

Despojado de mis objetos personales, no sé el tiempo que llevaba en aquella estancia, podían ser horas, días o semanas, ya que no variaba la luz ni de día ni de noche, lo cual unido a que carecía de cualquier ventana o reja que me diera una pista sobre la hora del día, hacía que al poco de estar allí, perdiera la noción del tiempo.

La habitación era grande y perfectamente cuadrada, suelos, techo y paredes de un color gris oscuro, sin ningún tipo de detalle o decoración, nada en absoluto que rompiera la buscada monotonía de la estancia. La zona estaba perfectamente insonorizada, no se oía absolutamente nada del exterior, nada que pudiera darme al menos una pista de las actividades que se estaban realizando fuera. La temperatura constante, sin ninguna variación, ajustada de tal forma que no notaba ni frío, ni calor, hacía que no tuviera ninguna sensación térmica. Ni siquiera podía sentir el olor a algo, aunque fuera a alcantarilla, no olía a nada. Estaba aislado sensorialmente.

Si no aparecía Ben a rescatarme pronto, me iba a volver loco.

La pesada puerta que me separaba del exterior se abrió, un hombre me indicó que le acompañara. No tuve miedo, nada podía ser peor que el aislamiento que sufría.

—Vente conmigo —indicó uno de aquellos hombre trajeados.

Sin oponer resistencia le seguí aturdido, al poco de recorrer algunos pasillos me dejó solo en otra estancia.

Esta era más reducida, de apenas unos diez metros cuadrados, tenía una mesa bastante sencilla justo en el medio de la habitación, con una silla en uno de los lados de la mesa.

Enfrente se podía ver una gran cristalera tintada, en la que podía verme reflejado. Aquel cuarto era muy similar a los que solía utilizar la policía para sus interrogatorios.

Me pasé la mano por el rostro, tras comprobar gracias al espejo de la cristalera, que lucía ya barba de algunos días.

Pronto me di cuenta de que estaba siendo observado y saludé al espejo.

Casando de esperar me acurruque en una de las esquinas de la sala, debían de haber pasado ya varias horas y nada sucedía. Era realmente espantoso estar confinado horas y horas esperando a que pasara algo, la impaciencia me devoraba, y la incertidumbre me estaba asfixiando. A veces incluso pensaba que se habían olvidado de mí en aquel cuarto.

Pero lo peor no era solo eso. En esta ocasión, la sala no estaba aislada acústicamente, y de vez en cuando se podía oír unos gritos desgarradores, que provenían de alguna parte de las instalaciones.

Estaba empezando a echar de menos el aislamiento.

Por fin, la puerta se abrió. Un hombre me observó con curiosidad.

—Buenos días Señor Donovan, ¿o quizás buenas noches? ¿quién sabe, verdad? —saludó cínicamente, mientras satisfecho, se metía las manos en los bolsillos de la bata blanca que lucía.

Empezaba a comprender el juego que estaban practicando.

—¿Cómo sabe mi nombre? —pregunté a media voz.

Aquel hombre alto, de piel amarillenta, abundante pelo gris y gafas de pasta, que pasaría perfectamente de los 70 años, me miró unos segundos y esbozó una sonrisa.

—¡Cómo no voy a saberlo Dick!, estuve en la fiesta de tu quinto cumpleaños, ¿no lo recuerdas? —confesó de forma siniestra.

No contesté, pensé que se trataba de uno más de sus trucos para confundirme, ya que en algunos momentos, aturdido por el cautiverio, no sabía si lo que estaba viviendo era real o fruto de una de mis mayores pesadillas.

Un segundo hombre ataviado con otra bata blanca, un fonendoscopio colgado del cuello y unos pantalones verdes similares a los que se usan en los quirófanos, irrumpió en la estancia y murmuró algo al oído de mi interlocutor.

—Está bien, que pase —contestó el septuagenario mientras el joven de la bata blanca se retiraba.

Una mujer joven con aspecto de enfermera se acercó a mí, tras ella dos tipos musculosos que me inmovilizaron antes de que pudiera darme cuenta.

La enfermera acercó un jeringuilla a mi cuello, mientras aquellos tipos

empleando gran fuerza, impedían que moviera cualquier parte del cuerpo. Cuando quise darme cuenta ya me habían inyectado el contenido de aquella jeringuilla.

Capítulo 48

Ben daba vueltas con la cucharilla al café, pensativo, mientras Papadopoulus le observaba en silencio.

Una camarera que mascaba chicle de forma compulsiva, se presentó en la mesa con una jarra de cristal llena de café.

—¿Saben ya qué van a tomar? —preguntó la del chicle mientras rellenaba de café la taza de Papadopoulus.

—Huevos revueltos con bacon y unas tortitas con sirope de arce — contestó a la mujer que estaba tomando nota.

—¿Usted amigo? —preguntó la chica a Ben.

—Para él, lo mismo —intervino el inspector.

Ben permanecía en silencio durante el desayuno.

—Venga tío, no es para ponerse así, un tiarrón como tú deprimirse por unas cosquillitas, no me jodas —contestó con aire jocosos.

El inspector quiso quitar hierro al asunto para no verse salpicado en una detención ilegal con tintes raciales, y no porque pudiera traerles consecuencias judiciales, sino porque en el fondo, Papadopoulus me conocía y no quería líos conmigo, sabía que lo que el Karma no arregla, lo arreglo yo.

—A ver, Ben, que harías tú si ves a un tipo grandote a las tres de la madrugada frente al escaparate de una tienda de teles con un mazo en el suelo, joder, es que eres la hostia —intentó justificar.

Ben rompió su silencio

—No es por eso. Dick está en peligro —contestó Ben mirando fijamente a los pequeños ojos negros de Papadopoulus.

Capítulo 49

Me desperté con la boca seca, aliento metálico, y la vista nublada, en mí

había una extraña sensación de abandono. Miré a mi alrededor y me di cuenta que estaba en lo que parecía el box de un hospital, tumbado en una camilla, con suero, motorizado y con un batín que apenas cubría mi cuerpo. Pensé que todo había sido un mal sueño, o que quizás me habían abandonado en una cuneta de una carretera perdida, y algún alma caritativa me había traído al hospital. Sea como fuere, el caso era haber abandonado aquel horrible lugar.

Me dispuse a levantarme para abandonar aquel sitio. Mucha gente estaría preocupada por mi desaparición, y no quería dilatar más aquella situación. Pensaba en Ben, buscándome por el metro, por no hablar de la pobre Linda, que estaría destrozada pensando en que la había abandonado. Cada minuto en aquella sala hospitalaria era una eternidad.

—Joder, vaya pesadilla. Me largo, ¿dónde habrán puesto mis cosas? — monologué mientras buscaba con la mirada la taquilla de la ropa.

—Será mejor que me largue antes de que venga una enfermera — mascullé.

Intenté levantarme, pero no pude. Estaba atado a la camilla. Desgraciadamente no había sido un mal sueño. Seguía en aquellas instalaciones.

Derrumbado me di cuenta de que aquello podría ser el final. Consciente de la situación, rompí a llorar.

—Tienes que ser fuerte, la debilidad es el arma con el que te atacan, la fortaleza el escudo con el que te defiendes —oí de pronto.

Creía estar solo en aquella habitación, pero me equivocaba, alguien más estaba allí.

Miré confuso la estancia, no parecía haber nadie más, hasta que reparé que junto a mí cama había una gran cortina. La voz que me había hablado, tendría que estar al otro lado. Solo faltaba averiguar de quién provenía aquella voz.

Intenté estirar el brazo como pude, para separar aquel cortinaje, pero no llegaba por las ataduras que limitaban mis movimientos.

Miré a mi alrededor en busca de algún objeto que me ayudara en mi propósito, no había mucho donde escoger.

Opté por lo que más a mano tenía, la percha metálica que sujetaba las bolsas de suero que me estaban administrando.

Me deshice de las vías que tenía colocadas y lo incliné hacia la cortina,

una vez allí, en un último esfuerzo, desplacé la tela hacia un lado para conocer la voz que se escondía tras el cortinaje.

Una cama similar a la mía, albergaba a otro hombre que al igual que yo, estaba atado y monitorizado. No me encontraba solo en aquel box. Tenía un compañero de habitación.

Aquel hombre permanecía inmóvil, con la vista perdida en el techo, por lo que no pude saber quién era mi compañero de desdichas, pero al estar libre de la cortina que nos separaba, aquella persona sacó fuerzas de donde pudo para poder girar su cabeza hacía mí. En cuanto fijó sus ojos en los míos le reconocí en el acto.

— ¡Joder! ¡no me lo puedo creer! !ERES TÚ!

Capítulo 50

—¿Así que este es el agujero por el que entráis en el metro? —preguntó Papadopoulus mientras señalaba una reja metálica con el pie.

—Esta es —respondió nervioso Benson.

—Joder, vaya mierda sitio, entra anda, tú delante —ordenó el Inspector a la vez que gesticulaba con la cabeza de un lado a otro.

Armados con un par de potentes linternas, Ben y Papadopoulus recorrían los túneles del metro. Primero mi amigo, unos pasos por detrás el miembro del cuerpo de policía.

Ben hacía esfuerzos en recordar el camino, pero todo estaba muy oscuro y temía perderse. Cada vez que el túnel se bifurcaba, se golpeaba la frente repetidamente con una de sus manos, como si esa acción pudiera ayudarlo a recordar con más claridad.

—Oye tío, déjalo ya, ¡hemos pasado por aquí por lo menos tres veces! —exclamó cansado Papadopoulus— Aquí no hay nada, seguro que mientras estamos haciendo el gilipollas, tu amigo está bien calentito arrimado a una gatita —concluyó el hombre del chaleco rojo.

—Solo una vez más —suplicó Benson mientras juntaba sus manos.

El inspector se paró un rato, cogió algo de aire y contestó a Ben.

—Pero solo una vez más, no tengo ganas de perder más el tiempo —concedió con desgana, mientras metía la mano que le quedaba libre de la linterna en uno de los bolsillos del pantalón.

Ben se esforzó en recordar todos y cada uno de los pasos que dio aquel día. Ilusionado creyó reconocer el sitio donde abatieron al indigente.

—¡Ahí está, ese es el refugio! ¿Ves? —gritó emocionado Ben al ver un hueco antiatropello, en un lateral del túnel por el que estaban caminando.

—¿Cómo sabes que es ahí? —preguntó escéptico el hombre de homicidios.

—¡Lo sé!, hice una gran cruz en la pared con una piedra, lo hice, lo juro, es la señal que dejé, ya verás! —exclamó Ben nervioso.

— Bueno, vamos a ver —declaró Papadopoulos con poco entusiasmo.

—¡Ahora lo verás!. ¡Aquí está el cadáver! —indicó Ben alumbrando con la linterna al lugar donde había caído aquel hombre.

Papadopoulos apuntó con su linterna al lugar indicado por Ben.

—Aquí no hay nada —concluyó a la vez que se encogía de hombros.

—¡Pero la marca está aquí! —gritó con vehemencia.

El hombre que acompañaba a Benson, iluminó la zona alrededor del refugio en busca de la marca que había dejado antes de irse.

Hizo varios barridos con la linterna. No encontraron ninguna marca.

Ben, incapaz de articular palabra, acabó llorando de impotencia, en ese momento a modo de consuelo, Papadopoulos posó su mano sobre uno de los hombros de mi amigo.

—Será mejor que nos vayamos.

Capítulo 51

Aquel hombre aturdido por la medicación me miró fijamente, parecía haberme reconocido. Humedeció sus labios secos como pudo e intento hablarme.

—¿Tú eres el hombre del andén verdad? —preguntó desde el convencimiento.

—¡Eres un hijo de puta!, no sé cómo tienes valor de hablarme después de lo que hiciste. ¡Asesino! Da gracias que estoy atado, si no acababa contigo en este mismo instante —amenacé mientras le dedicaba una mirada de odio.

El monje me observó con una dulce mirada, tras un breve silencio apartó sus ojos de los míos, y perdiendo de nuevo la vista en el techo, intentó articular unas palabras.

—En caso de una muerte propiciada por un hombre... ¿a quién juzgas? ¿a la fría daga que penetra en la víctima o a la mano que la empuña? — preguntó con dificultad.

No contesté, no estaba para acertijos, sin embargo el monje insistió en su argumentación.

—De la misma forma, ¿es responsable el frío metal de un proyectil de la muerte de una persona, o lo es por contra, el dedo que aprieta el gatillo? — concluyó no sin derramar unas discretas lágrimas.

—Si te han traído aquí para que me vuelvas loco, no te molestes, ya lo han conseguido —contesté más para mí, que para él.

—Las armas no son las asesinas, lo son quienes las utilizan. No era yo quien perpetró el crimen, fueron ellos, yo solo fui el arma que utilizaron para materializar el asesinato —lamentó mientras buscaba mi mirada.

—¿Tampoco eras tú cuando mataste a Rocco? —respondí en tono incrédulo al no darme cuenta de lo que estaba sucediendo.

El monje sonrió lacónicamente.

—Ya te he respondido claramente. Pero he de avisarte, si no eres fuerte, tú serás el próximo arma que utilicen —respondió de forma enigmática.

No pude contestarle, algo llamó la atención del monje.

—Viene alguien, corre de nuevo la cortina a su posición inicial si no quieres que nos separen —advirtió mi compañero de box.

—Y qué pasa si nos separan, ¿me iba a perder la compañía de un asesino? —contesté con desdén.

Tras un breve silencio me hizo una advertencia.

—Te perderías algo peor. La verdad.

Las palabras de aquel hombre empezaban a cobrar sentido.

Como pude, saqué fuerzas para intentar dejar todo como estaba, antes de cerrar la cortina recibí un valioso consejo de mi compañero de cautiverio.

—Escúchame, esto es importante, pase lo que pase, veas lo que veas, no reacciones, finge estar bajo los efectos del fármaco, actúa como si estuvieras en trance. Si ven que estás lúcido, aumentarán la dosis de la droga, y eso podría llevarte a la muerte, o algo peor, convertirte en alguien como yo — sentenció el monje.

No acababa de colocar de nuevo la vía en mis venas cuando alguien entró.

Un hombre de pelo alborotado, con gafas de pasta, nariz aguileña y bata

blanca, entró acompañado de una enfermera.

Tal y como me aconsejó el monje, fingí estar ausente.

—Señor Donovan, ¿me oye? —se dirigió a mí agachándose hasta situarse muy cerca de mi cara.

No solamente no contesté, sino que además fingí estar drogado, adoptando una mirada perdida.

—Este está ido —comentó la enfermera mientras revisaba la bolsa del suero.

—No lo sé, no estoy seguro —contestó el de la bata blanca mientras examinaba mis pupilas con una pequeña linterna.

La enfermera no prestó mayor atención a las palabras del hombre de la nariz aguileña y prosiguió con sus tareas.

—Qué curioso, el caso es que no tiene las pupilas dilatadas, no me fio, vete a buscar al agente de control, prefiero salir de dudas —ordenó el que parecía ser médico.

No pasó mucho tiempo hasta que regresó la enfermera, pero sí el suficiente como para comprender que o disimulaba mi verdadero estado, o acabaría recibiendo otra dosis aun mayor de aquella extraña droga que había nublado mi mente. Hice caso al monje, y me preparé para soportar cualquier acontecimiento por perturbador que fuera.

—Aquí está doctor —anunció la enfermera.

—¡Qué pase! —ordenó aquel tipo.

Alguien entró causándome con ello una enorme conmoción, no daba crédito a lo que estaba viendo, sencillamente, se me heló la sangre, debía ser una alucinación, porque de lo contrario, iba a vivir una de las experiencias más amargas de mi vida.

Capítulo 52

Fuera llovía copiosamente, el estruendo del agua al chocar contra el asfalto amortiguaba el ruido del tráfico, mientras que los relámpagos de la tormenta iluminaban fugazmente la penumbra que reinaba en el bar de Benson.

Mi viejo amigo, ausente, colocaba los taburetes mecánicamente sobre la

barra del bar. De vez en cuando la puerta de la calle, debido a su holgura, golpeaba sobre el marco, ocasionando un sonido similar al de una persona intentando entrar. Ben se acercaba veloz hacía la puerta y con un golpe de mano, desbloqueaba el pasador que trancaba la puerta, con la esperanza de que fuera yo el que regresando, intentaba franquear la puerta. Pero solo era el viento una vez más.

Hacía varios días que no sabía nada de mí, pero como cada noche, como si de una liturgia se tratara, recogía el mobiliario, hacía caja y cerraba el bar para a continuación, enfundarse su enorme abrigo de piel vuelta.

El resto, más de lo mismo, ir al parque, acceder por la rejilla de ventilación, adentrarse en la red del suburbano y recorrer, una y otra vez, los túneles del metro en mi búsqueda. Y como siempre, darse la vuelta con las señales del primer tren de la mañana.

A la mañana siguiente, Ben no abrió el bar como acostumbraba desde hacía ya casi 6 años. Con una nota escrita a bolígrafo advirtió a sus parroquianos de que no estaba en situación de servir bebidas.

“ Bar cerraio por provlemas de familia”

Tras colgar su abrigo en el perchero, y despojarse de la cabeza un gorro con orejeras que torpemente le había intentado proteger de la lluvia, se dispuso a acostarse un rato.

Cruzó la barra del bar para acceder desde una diminuta puerta de madera con unos cristales ahumados en la parte superior, a lo que parecía ser un almacén.

Una estantería llena de bebidas hacía las veces de tabique, tras el cual, se encontraba un viejo camastro y una mesita de noche, donde tenía enmarcado en un cristal astillado, la foto de la que había sido su madre. Del cabecero de la cama, colgaba un crucifijo de una madera sencilla, que en origen había sido de haya, pero que el paso del tiempo se había encargado de oscurecer, hasta adoptar una apariencia más propia de la madera de ébano que la de haya.

Sin siquiera quitarse las botas ,se tumbó en la cama, cogió en sus manos el viejo retrato de su madre y lo colocó sobre su pecho. Con lágrimas en los ojos, cantó una vieja canción de *Blues*.

No tardó en dormirse.

Capítulo 53

Si lo que por la puerta entrara fuera el mismísimo Satán, no me hubiera asustado tanto como la visión de la persona que cruzó la puerta.

El miedo a haberme vuelto loco, hacía que no quisiera dar crédito a lo que estaban viendo mis ojos, pero no había duda, era ELLA.

—¿Qué opinas Linda? ¿finge? tú le conoces muy bien... —preguntó el de la bata blanca.

—No sé Alfred, creo que no, está totalmente para allá. El Dick que yo conozco se hubiera revuelto con virulencia al verme aquí —confesó mientras encendía uno de sus famosos cigarrillos.

—Linda, sabes de sobra que no se puede fumar en las instalaciones, son las normas —recordó el de la nariz aguileña.

—¿Normas? ¿Desde cuándo cumplimos las normas? ¡Cómeme el chirri! —replicó al de la bata mientras me miraba con curiosidad.

Aguantar esa situación era todo un desafío. Difícil no derrumbarse, no gritar, no llorar, o simplemente no volverse loco. Lo que no consiguieron las drogas o el aislamiento, lo consiguió la presencia de la que creía mi prometida

. Entré en estado de shock.

El médico sonrió con satisfacción.

—Creo que esta nueva droga está más conseguida que la anterior, esto merece una celebración, ¿cenamos? —preguntó lleno de orgullo.

—Esta noche no Alfred, tengo que enviar algunos informes a Langley —contestó Linda mientras abandonaba la estancia.

—Espera. Te acompaño, déjame al menos que te invite a un café de máquina — insistió el médico mientras la cogía del brazo.

Pronto volvimos a quedar solos en la estancia el monje y yo, y no hacía más que revivir en mi cabeza una y otra vez, la irrupción de Linda en el box.

—Aguanta hermano, aguanta —murmuraba el monje.

Lágrimas de rabia corrían por mi cara. Una y otra vez, repasaba

mentalmente todas y cada una de las palabras que pronunció Linda en mi presencia. Buscaba alguna justificación a todo aquello, algo que me hiciera comprender que demonios estaba pasando, hasta que de pronto una palabra destacó con fuerza entre todas las demás. LANGLEY.

Capítulo 54

Los días pasaban y Ben seguía sin saber nada de mí. Incluso había acudido a Linda varias veces en busca de ayuda, pero lógicamente, ella nunca lo recibía. Se limitaba a darle largas.

—Ben cielo, ya conoces a Dick, se habrá liado con alguna chica, no es la primera vez que lo hace —replicó Linda al teléfono.

—Pero señorita, ¿no puede usted hacer algo? él nunca me dejaría tirado —suplicó Ben.

—Vaya por Dios, qué ingenuo eres, si es capaz de dejarme a mí tirada, ¡cómo no va a hacer lo propio contigo! —justificó con suficiencia.

—¿Pero no podríamos quedar en persona, aunque sea cinco minutos?, hablar las cosas, darle vueltas al asunto, buscar soluciones... —rogó Benson.

—Bueno cielo no te preocupes, si en unos días no aparece te llamo y quedamos para ver que podemos hacer, ¿Te parece bien?

Ben no tuvo tiempo de articular palabra, ya que cuando quiso darse cuenta Linda ya había colgado el teléfono.

Desesperado, Benson hizo otra llamada. La última y definitiva.

—Espero que sea importante —contestó una voz femenina al teléfono.

—Lo es señora, sino no me atrevería a llamarla —contestó Ben con su habitual humildad.

—Está bien, de qué se trata —interrogó aquella voz de mujer.

Un breve silencio se hizo en el auricular, tras coger aire, Benson informó a aquella mujer del motivo de su llamada.

—Su hijo ha desaparecido.

Capítulo 55

El informe que tenía que enviar Linda a Langley solo podía significar una cosa.

—Joder, Langley... Vaya puta mierda, ¡esto es la jodida CIA !

Horrorizado empecé a atar cabos, no estaba ante una panda de locos, estaba en el puto corazón del proyecto MK Ultra. La base.

Todo era muy confuso, aquel lugar, el monje, y lo que más me dolía, una nueva traición, en este caso la de Linda. En mi corazón no había ya sitio para nuevas cicatrices.

Aprovechando la relativa calma, que nos habíamos ganado al fingir que seguíamos ante los efectos de las drogas, aproveché para intentar entender todo aquello con la ayuda de mi compañero de box.

Esta vez ni siquiera separé la cortina que me impedía ver a mi compañero, apenas me quedaban fuerzas después de lo ocurrido. Intenté levantar la voz lo justo para que el monje me oyera, pero guardando precaución, para que no se nos escuchara fuera de aquel recinto.

—¿Quién eres realmente? —pregunté medio derrotado, a la vez que humedecía mis labios secos.

—En este momento un guiñapo, un títere a la orden de esta gente. Pero si lo que me preguntas es, quién era, te diré que un monje que solo quería esparcir un mensaje de paz y amor entre los más necesitados —confesó abatido.

—¿Cómo has acabado aquí? —pregunté con la dificultad que ocasiona tener un nudo en la garganta.

—Ni yo mismo lo sé. Mi labor era intentar estar con los más necesitados, los más desfavorecidos. Una fría noche de invierno, me adentré en un apartado solar, donde existía un almacén abandonado en el que solían guarecerse de las inclemencias del tiempo un gran número de indigentes. Les llevaba habitualmente, mantas y sopa caliente. Estaba repartiendo mis humildes ofrendas, cuando irrumpieron tres o cuatro vehículos todoterreno negros, no recuerdo exactamente cuántos, pero el caso es que cuando quise darme cuenta, estábamos rodeados de hombres armados. Fue una cacería, los que lograron huir se escondieron en alcantarillas, contenedores de basura, o debajo de cartones. A los que no nos dio tiempo a escondernos, nos dieron caza y acabamos aquí. El resto ya te puedes ir imaginando.

—¿Pero, para qué quiere esta gente indigentes? —me pregunté temiendo la respuesta.

—Indigentes, marginados, prostitutas, cualquiera vale, siempre que nadie les pueda echar de menos o reclamarlos. Gente que no salga en las noticias, que no les importe a nadie. Quieren cobayas humanas con las que experimentar —contestó a duras penas.

—Control mental — deduje.

—Efectivamente, al principio no sabía muy bien de que iba esto, pero aprendí gracias a la meditación, a entrar en trance. Eso me permitía librarme de dosis altas de sus drogas. En cuanto al aislamiento sensorial, para un monje budista, es algo que no hace tanta mella como a vosotros —explicó el monje con un hilo de voz.

—Entiendo, por eso aguantas —deduje— Debes de ahorrarte un pastizal en psiquiatras — bromeé para quitar hierro al asunto

—No me gustan los psiquiatras, es el único negocio donde el cliente nunca tiene la razón —contestó el monje siguiendo la broma.

A pesar de la situación, aquel tipo todavía guardaba sitio para el humor y sobre todo, a pesar de lo que le habían obligado a hacer, le quedaba bondad en el corazón.

—Pero esto no lo aguanta cualquiera —reflexioné.

—Efectivamente, de hecho la mayoría de los que traen, mueren pronto, por eso necesitan a tantas personas —lamentó el monje.

—Eres fuerte amigo —halagué con sinceridad.

—No todo lo que quisiera, como has podido comprobar, no siempre puedo eludir el control mental —confesó a la vez que se le escapaban algunas lágrimas.

Aquel hombre, gracias al dominio de mente y espíritu que le otorgaban los años de meditación, había aguantando lo que para muchos otros significaría sencillamente la muerte, o lo que es peor, la locura. Pero a pesar de ello, las técnicas de control mental habían hecho mella en su mente, lo cual me horrorizaba. Si en un hombre entrenado en la reflexión y meditación lo habían conseguido, ¿qué no harían conmigo? La idea de verme vagando por las calles como un zombi armado y con un objetivo a abatir, era algo que no podía quitarme de la cabeza.

Decidí saber más, necesitaba respuestas.

—¿Por qué mataste a aquella pobre chica? —pregunté apartando cualquier tipo de reproche.

—Puede que ahora no me creas, pero si sigues vivo el suficiente tiempo como para aguantar las drogas y las sesiones de aislamiento, comprenderás

que te digo la verdad, cuando afirmo que yo no quería matarla –declaró el monje.

—Lo sé, perdona, no quería echarte nada en cara, pero, ¿por qué la elegiste?

No pude ver su reacción, pero por el tono de voz intuí que estaba sonriendo en ese preciso instante.

—No tenía que matarla a ella, el objetivo erás tú.

La sinceridad del monje hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo.

—No entiendo ... ¿por qué? ¿y cómo estás seguro? —pregunté confuso.

—Verás, como te he explicado antes, no siempre estoy bajo su control, aunque ellos lo crean. Llevo tanto tiempo aquí, que no creen que sea una amenaza, piensan que estoy a su merced y eso no es del todo cierto.

—Continúa —solicité impaciente.

—Se han confiado tanto, que incluso hablan de sus planes delante de mí. En los momentos lúcidos en los que ellos me dan por drogado, mantienen conversaciones delante mía. La mayoría son triviales, protestan por los cambios de turno, se quejan de la nómina o comentan el partido de béisbol. Pero a veces, hablan sobre el proyecto, dando datos que no sospechan que escucho. Eso me ha permitido saber cosas que ni se imaginan –confesó satisfecho el monje.

—Entiendo, pero sigo sin saber por qué dices que a quién ibas a matar, era a mí –contesté para centrar el tema.

—Perdona, las drogas a veces me hacen desvariar... —confesó aturdido.

—Disculpame tú a mí, no quería presionarte, pero... ¿qué tengo yo que ver en todo esto? —pregunté intrigado.

—Tú nada, pero hay una persona que es fundamental y que es la causa por la que ahora tú estás aquí –sentenció.

—¿Quién? —pregunté intrigado.

La respuesta del monje fue demoledora.

—Esa persona es tu padre.

Capítulo 56

Una gran bandera con barras y estrellas presidía aquel pequeño despacho, tal era la desproporción, que parecía una de esas maquetas donde no se respeta la escala. El resto de mobiliario, eclipsado por dicha enseña, se limitaba a varios diplomas colgados en la pared, una vieja mesa de nogal, un escudo del cuerpo de policía enmarcado y una foto del presidente de turno de los Estados Unidos.

—Así que según usted, unos tipos que se esconden en las vías del suburbano, se dedican a matar gente y han secuestrado a un conocido suyo, ¿Es cierto esto? — preguntó un hombre alto, delgado, y con unas profundas ojeras, mientras estiraba ligeramente los tirantes que sujetaban sus pantalones a cuadros.

—Si señor —contestó Ben, mientras nervioso, retorció en sus manos un par de guantes de piel vuelta.

El comisario de policía miró fijamente a Papadopoulus mientras este se encogía de hombros.

El hombre de los tirantes se acercó a la ventana y escudriñó el cielo con la vista en busca de nubes, interesándose artificialmente por el estado del tiempo.

—Parece que va a llover —indicó el comisario— esto no le va a venir bien a mis adelfas —concluyó como si el tema no fuera con él.

Papadopoulos y Benson permanecieron en silencio a la espera del pronunciamiento del comisario.

—Bien, encárgate del tema Papadopoulus —ordenó.

—Así lo haré comisario —contestó respetuosamente el inspector.

No hubo más palabras, el comisario dio por terminada la reunión.

—Joder Benson, tienes que conocer a alguien gordo para que el jefe se haya comido toda esta mierda —refunfuñó Papadopoulus mientras acompañaba a Ben a la salida.

Benson sonrió con satisfacción al comprobar que la llamada a la madre de Dick, había funcionado.

Capítulo 57

Guardé silencio unos minutos, tras los cuales, me armé de valor para pedirle algo que sin duda, me haría mucho daño.

—Quiero saberlo todo.

El monje se tomó un tiempo, como queriendo ordenar en su mente toda la información que había acumulado en todo el tiempo que había permanecido en aquel sitio. Tiempo que se había prolongado más de lo que le hubiera gustado al hombre de la túnica naranja.

—Por lo que sé, estamos en un sitio que oficialmente no existe, lo cual hermano, no es nada bueno. El proyecto Mk ultra nació en los años 60, al principio se trataba de encontrar nuevos métodos de interrogatorio, para sacar información a los agentes capturados. Pero pronto vieron que aplicando drogas como LSD, la privación sensorial o el castigo físico, podían llegar más lejos. No solamente podía derrumbar al individuo, podían controlar su mente.

Aquel monje estaba mejor informado de lo que yo pensaba.

—Prosigue —pedí amablemente.

—No tardaron en darse cuenta de lo que tenían entre manos, la llave para el control mental de la población. Ante esa perspectiva, los fondos empezaron a llegar generosamente, tanto, que en plenos años 70, el proyecto Mk ultra se llevaba el 6 por ciento de todo el presupuesto de la CIA. Incluso algunas empresas privadas, como la banca *Rockefeller*, se interesaron en el proyecto.

—Entiendo.

—Pero pronto saltaron las alarmas, el suicidio masivo de la Guayana o la actuación de antiguas cobayas como *Unabomber*, hicieron comprender a la parte política de la CIA, que esto se les estaba escapando de las manos, por lo que quisieron poner freno al proyecto. Y ahí entra tu padre.

—¿Mi padre? —pregunté volviendo la cabeza hacia la cortina como queriendo con ello traspasar mi mirada hacia el otro lado.

—Sí, eso me temo. Tu padre era una de las voces disidentes del proyecto, de echo, según comentan por aquí, dejó Langley para irse a un pueblo perdido de Montana, para quitarse del medio —explicó mientras hacía ligeros estiramientos de cuello.

Era cierto, nunca supe realmente a que se dedicaba mi padre en el gobierno, pero lo que sí sabía, es que debería de ser un departamento opaco, nunca se hablaron en casa detalles sobre lo que hacía o dejaba de hacer mi padre en el trabajo.

—Por eso tenía el mismo colgante que esta gente... —deduje a la vez que asentía con la cabeza.

—Efectivamente hermano Dick, la mariposa monarca es el símbolo del MK ultra, todos los responsables del proyecto lo llevan a modo de identificación.

—Algo muy habitual en los proyectos no oficiales de la CIA —asentí.

—Así es, los proyectos secretos se identifican por símbolos, ya sea la pirámide Illuminati, el cristo del proyecto *blue beam* o la aurora boreal del proyecto *Haarp*

—Supongo que eso será mejor que no llevar encima un carnet o tarjeta magnética que ponga “proyecto secreto” —bromeé.

—Mi querido hermano, siento decirte que no es tiempo de bromear, lo que te voy a decir, te va a doler —advirtió con un hilo de voz.

En cierta forma, me temía lo que iba a oír.

—Estoy preparado —indicé resignado.

—Tu padre no se suicidó —sentenció

Aquello me iba a doler, más de lo que pensaba.

—¿Entonces? —pregunté temiendo la respuesta.

—A tu padre lo mató esta gente.

Capítulo 58

Ben nervioso revolvía entre facturas, contratos, y otros papeles, en busca del antiguo plano del metro. Sabía que si le fallaba este último cartucho, no tendría más oportunidades para encontrarme. Había dado ya tantas vueltas, que todos los cajones estaba sacados de su lugar, y el suelo lleno de papeles.

Algo hizo que se le cambiara el rostro. De pronto recordó algo.

—Dick, amigo, ¡te llevaste el plano! —monologó abatido.

Sabía perfectamente que sin aquel plano superpuesto, le sería imposible dar con el sitio exacto, podrían perderse en la maraña de túneles de la red del metro, y lo que es peor, si la policía no encontraba nada ese día, darían por cerrado el caso, por mucho que presionaran desde Washington.

Asustado se dejó caer en una mecedora que tenía oculta tras la barra del bar, justo al final del mostrador, y empezó a mecerse frenéticamente en busca de una solución.

De pronto, alguien golpeo la puerta del bar.

—Está cerrado, lee el cartel por favor —gritó Ben desde el interior.

Nadie respondió y Ben volvió a mecerse compulsivamente.

—Abre —se oyó del exterior.

Ben hizo caso omiso al reclamo de aquel hombre y tapándose los oídos con ambas manos, continuó meciéndose.

Los golpes en la puerta empezaron a hacerse cada vez más insistentes.

—Vale, hombre, ya voy —respondió malhumorado, mientras se dirigía a la puerta del local.

Un hombre joven, desaliñado, y que lucía unas generosas rastas en el pelo se encontraba detrás de la puerta. Ben le miró extrañado.

—¿Qué buscas? Si es dinero, ya te digo que tengo poco —advirtió Ben.

—Tengo el suficiente dinero como para vivir el resto de mi vida, salvo que decida comprar algo, cosa que no está en mis planes —contestó el joven.

Ben intentó dar sentido a aquella frase.

—No perdamos el tiempo, te he traído esto —espetó el joven a la vez que alargaba la mano hacía Ben.

Este, cogió de la mano de aquel hombre, el papel que portaba.

—¿Qué es esto? —preguntó a la par que desdoblaba aquel papel.

—Algo que le puede salvar la vida a tu amigo —contestó el joven con su tranquilidad habitual.

—Un plano... —contestó Ben esperanzado.

—Deberás usarlo bien, no tienes mucho tiempo, si tardas demasiado, no llegarás a verlo con vida —advirtió.

Ben no pudo agradecer aquel gesto a Kaos, cuando quiso darse cuenta, el joven había desaparecido como una sombra en la noche.

Capítulo 59

El monje hizo un breve silencio y se tomó un tiempo para poder ordenar en su mente, las palabras precisas para llegar a explicar la muerte de mi padre.

—Recuerdo que en una de esas conversaciones, que mantenían delante de mí, cuando me creían en trance, discutían sobre si había sido buena idea o

no, haber matado a tu padre –confesó mi compañero de destino.

Unas lágrimas nacidas de la rabia y impotencia nublaron mi visión. Mientras, el monje guardaba un respetuoso silencio.

—¿Por qué ordenaron matarle? —pregunté abatido.

—Estaban muy nerviosos, una comisión del senado desclasificó los papeles secretos del proyecto, en uno de esos papeles mencionaban el nombre de tu padre. A la luz de la información, un senador solicitó una comisión de investigación. Temían que tu padre fuera llamado a declarar, y con ello, pudiera hablar más de la cuenta –concluyó dando por zanjada la explicación.

—Pero... ¿a mí por qué? —pregunté confuso.

—Sencillo. No sabían si antes de morir, tu padre te había contado algo. No sería raro que un padre compartiera sus secretos con su hijo, sobre todo, una vez que las cosas parecían haberse enfriado –explicó acabando su exposición con un ataque de tos.

Las piezas del puzle, empezaban a encajar.

—Claro, y que mejor que mandar un loco para que le ejecuten –razoné.

—Efectivamente, para eso ha quedado ya el proyecto Mk ultra, para orquestar asesinatos de estado. El método es simple, se coge a un sin techo, prostituta o disminuido psíquico y se le manipula mentalmente para que cometa el asesinato, una vez que lo comenten no recuerdan nada, ni siquiera saben por qué lo han hecho, pero a ojos de todo el mundo, son los únicos responsables, sin ningún hilo del que tirar. Para la sociedad, son locos, enajenados o exaltados que en un momento, comenten un crimen llevados por algún tipo de locura o fobia. Los verdaderos criminales, los autores intelectuales, pasan desapercibidos.

—Como hicieron con Kennedy o Lennon ... –reflexioné

—Así es –corroboró el monje.

No sabía el tiempo que llevábamos conversando, pero ante la posibilidad de que nos separan o uno de los dos fuera drogado, alargué el interrogatorio todo lo que pude, a pesar de que mi compañero daba señales de agotamiento.

—¿Pero qué falló? ¿por qué no me mataste? —pregunté a media voz.

— No quería matarte ni a ti, ni a nadie, intenté no hacerlo, pero no soy tan fuerte como creía —se lamentó entre lágrimas.

—No lo entiendo –confesé dejando un espacio de tiempo para que el monje recuperara fuerzas.

—Su sistema es sencillo de aplicar –se lamentó— antes de que te

programen la mente para que cometas el crimen, te someten a una sesión de aislamiento prolongada, es muy duro, luego castigo físico, cuando ya tienes la rabia en el cuerpo te administran unas potentes drogas y te sueltan desorientado en la zona en la que quieren que actúes.

—Entiendo, pero ¿cómo fijan el objetivo? —pregunté intentando conocer todos los detalles.

—Mientras estás bajo el efecto de los fármacos, pasan delante de ti, fotografías del individuo a ejecutar, en tu caso fotos tuyas, pero algo falló, algo que te salvó la vida. Entre las diapositivas se colaron fotos tuyas con una chica rubia, de aspecto delicado.

—La pobre Virginia —deduje.

—Sí, cierto, ahora lo recuerdo, ese era su nombre —contestó al cabo de tomarse unos segundos para recordar.

—¿Pero qué paso? —insistí.

—Se pararon mucho tiempo con esa foto, se pusieron a debatir si la chica sabría algo o no, incluso barajaron la posibilidad de matarla a ella también, en esa discusión, estuvieron hablando de ello más tiempo del que el protocolo aconseja. Eso causó que mi cerebro se quedara con dos imágenes, la tuya y la de Virginia. Cuando llegué al metro en estado de consciencia inducida, te reconocí rápidamente, pero la pobre chica del andén, guardaba un parecido extraordinario con Virginia, mi cerebro no supo discernir.

—Era como una interferencia —asentí.

—Yo usaría otro adjetivo, pero sí, el resultado fue ese, mi cerebro se volvió confuso, no tuvo claro cuál era el objetivo, y por un extraño mecanismo del inconsciente, opté por una salida razonada, preguntar a uno de los dos objetivos, cuál era el verdadero.

—Y yo contesté que ella —admití abatido.

El monje hizo un silencio al comprender el daño que aquel episodio hizo en mi vida.

—No te tortures hermano, si el azar hubiera hecho que le preguntara a ella, en vez de a ti, igual tú ahora estarías muerto —confesó con una pasmosa tranquilidad.

Aquellas palabras me hicieron recordar a Linda y mi desafortunada elección. Había abandonado al amor de mi vida, por una traidora, otra más.

—¿Qué pinta Linda en todo esto? —me atreví a preguntar.

—No todos querían matarte, solo los responsables de la gestión política, por decirlo de algún modo, pero el responsable científico del proyecto quería

descubrir que sabías o que dejabas de saber, no quería matarte sin determinar antes si era necesario, supongo que por cuestiones sentimentales, ya que dicho responsable fue en su día amigo y compañero de tu padre.

—¡Qué majo el tío!, debe ser el tipo este que dice conocerme de niño – contesté con sorna para evitar pensar en que mi padre, también había sido un tipo como ellos.

—Así es —hizo una parada para respirar profundamente y prosiguió — pero la decisión estaba tomada, debías ser neutralizado. Pero cuando yo fallé en el objetivo, les entró el miedo, pensaron que tú sabías algo y que de alguna manera habías logrado manipularme para desviar el ataque. Querían saber cómo lo conseguiste, que información manejabas.

—Y ahí entra Linda –deduje con amargura.

—Me temo que sí hermano, Linda es un agente de control. Su misión meterse en tu vida y sacar toda la información que sea precisa –confirmó mientras tosía de nuevo.

—Pero... ¿y lo de Rocco? —pregunté al pensar la incoherencia de su muerte.

—Como habrás descubierto a estas alturas, Linda no es precisamente un alma pura. Rocco era su marido, todos en la agencia tienen sus vidas más allá de la base, pero ella estaba con él, solo por su enorme fortuna. Sabía que si se divorciaba perdería todo, ya que tenían estipulado por contrato que en caso ruptura se quedaría solo con una paga compensatoria –explicó el monje.

—Y decidió hacer un trabajito para ella misma –acabé deduciendo.

—Me temo que sí, tiene una aventura con uno de los doctores, ella le convenció para usar una de sus cobayas para hacer el trabajo sucio. Me temo que me eligió a mí, ya que me era más fácil acercarme a él y ser recibido sin cita previa y sin llamar la atención. Los monjes somos bien recibidos en la mayoría de los sitios, no solo tenemos las puertas del cielo abiertas, también las de los mortales.

Hizo una pausa y con un tono más dramático continuó.

—Aunque en mi caso, lo que me han abierto son las puertas del infierno – lamentó.

A pesar de las sesiones, las drogas, las torturas, y los crímenes atroces que había cometido inducido por aquella situación, aquel hombre, era un hombre bueno.

—De lo único que me alegro, es que la otra chica que tenía que eliminar, huyera al verme, un crimen menos por el que pagar –declaró a modo de

consuelo a la vez que juntaba las palmas de su mano a modo de plegaria.

—Caray con la fumadora, se carga al marido e intenta cargarse a la querida de este, no se anda con bobadas. Y encima tiene los santos cojones de usar su asesinato para tener una disculpa para contactar conmigo, ¡qué huevos! – monologué.

El monje permanecía en silencio con las manos en forma de oración.

—¿Y lo del buda? ¿a qué venía, por qué me lo diste? —pregunté al recordar aquel momento justo antes del asesinato de aquella chica.

—No te sientas especial hermano. En mis escasos ratos de semicordura en el exterior, escribo inconscientemente las coordenadas de este sitio y las escondo dentro, es como una llamada de socorro en una botella tirada al mar, siempre que salía le daba uno de esos colgantes a cualquiera con el que cruzara unas palabras.

—Incluso con Rocco –comenté lacónicamente– pero... ¿por qué no lo hiciste de forma más clara? ¡No veas lo que me costó encontrar este sitio! – confesé recordando todos los pasos que dí hasta encontrar la base.

—Hermano, en estado de consciencia inducida, lo que se revela no es el consciente, sino el inconsciente, es un mecanismo similar al que produce los sueños, estos se descifran, no son explícitos —aclaró el monje.

—Llevas razón amigo –confesé ante la lógica aplastante de la explicación.

—¿Puedo pedirte un favor hermano ? –me espetó de pronto el monje.

—Si puedo, lo haré –contesté con sinceridad.

—Te lo suplico, en cuanto puedas, mátame.

Capítulo 60

Ben paseaba nervioso de un lado a otro en un pasillo que daba acceso a varias puertas, que a su vez, comunicaban con sendos despachos. El ruido de teléfonos, teclados, y alguna que otra risotada, le impedía tranquilizarse, por lo que que el tiempo de espera se le estaba haciendo eterno. Una de las numerosas puertas se abrió de pronto, concretamente la que tenía un rótulo que lucía la siguiente leyenda...

Insp. Papadopoulos

— Pasa Benson –ordenó el inspector.

—¿Ya podemos buscar a Dick con toda la gente? –preguntó Ben impaciente.

—Sí, ya hay luz verde para el operativo, por eso te he llamado, vamos a proceder con el despliegue, por eso quería ultimar todos los detalles contigo –comentó desganado Papadopoulos.

—Ya era hora hombre, ya han pasado semanas desde que denuncié la desaparición de Dick –refunfuñó Ben.

Papadopoulos posó la taza de café que tenía en la mano y poniendo ambos brazos en jarras, dedicó una mirada desafiante a Ben.

—Que te quede una cosa clara, amigo. Me toca los cojones tener un grupo de asalto haciendo el gilipollas por los túneles del metro, solo porque tu amigo se ha liado con una furcia y ya no recuerda ni donde está –respondió malhumorado.

Benson no pudo contestar, el inspector siguió desahogándose con él.

—Y que te quede clara otra cosa más, yo voy porque me lo ha ordenado mi jefe, y este a su vez obedece las ordenes de arriba, y desde luego de muy arriba tienen que venir para que envíe a este equipo. Pero te lo advierto, me importa una mierda a quien se la hayas chupado, si esta noche no aparece, no vuelvo al metro aunque me lo pida el mismísimo gobernador del estado. ¿Estamos enterados? Pues eso.

Ben no dijo nada, se limitó a asentir con la cabeza.

Capítulo 61

Hacía semanas que estaba aislado en mi celda con los ojos vendados y en total oscuridad, solo mi sed de venganza y los consejos de mi compañero de desdichas me mantenían vivo. Llevaba tiempo sin saber nada del monje, no había vuelto a coincidir con él en el box, ni me lo había cruzado en los paseos que daba desde la celda de aislamiento a la enfermería, ni siquiera en la zona de castigos físicos. Sufría pensando que podía estar vagando por la ciudad en busca de otra víctima, en la que una vez más, se estaría apuñalando o disparando a él mismo en todo el alma. Otras veces sonreía pensando en quizás, no hubiera aguantado más y hubiera muerto como él

deseaba, algo que le libraría de este infierno en la tierra.

Un hombre vestido con un mono verde, zuecos blancos y con una red en el pelo, entró en mi recinto de aislamiento interrumpiendo con ello mis pensamientos. No dijo nada, se limitó a despojarme de la venda que me habían colocado en los ojos. Ver un ser humano tras días ceguera y soledad, era para mí, como contemplar una aurora boreal.

No obstante era raro, en todo el tiempo que llevaba allí, nunca había visto a nadie que no fuera médico o del cuerpo de seguridad, entrar en mi celda.

Pensé que quizás ya estaba listo para convertirme en un asesino.

Aquel hombre se quitó la mascarilla que llevaba en la boca y me susurró algo al oído.

—Métete aquí y no hagas ruido –indicó mientras me señalaba un carro de los que se utilizan para transportar la ropa a la lavandería.

No sé por qué, pero obedecí a aquel hombre, supongo que pensé que nada de lo que pudiera pasarme sería peor de lo que ya estaba viviendo.

Tras pasar varios controles, atravesamos un largo pasillo, al final de este, una puerta metálica. El hombre sacó su colgante en forma de mariposa monarca y lo posó sobre una apertura magnética. La puerta se abrió.

—No te muevas ni salgas de aquí, van a venir a buscarte.

Capítulo 62

Los guardias de seguridad del suburbano apuraban la salida de los últimos viajeros del metro. Mientras, en fila, un grupo de policías esperaban impacientes a que el último usuario abandonara los andenes.

Uno de los responsables de seguridad de la estación, se dirigió con la mirada al responsable del operativo policial e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

Acto seguido, empezaron a entrar en perfecta fila, todos y cada uno de los policías del operativo. Cerrando el grupo, el inspector Papadopoulos y Ben.

Una vez estuvieron todos dentro, un seguridad del metro cerró las puertas de acceso a la estación.

El andén de la estación Parque Victoria, se pobló de repente de

numerosos policías. Recobrando con ello, la vida que apenas hacía unos minutos había perdido.

Un hombre con gorra y chaleco antibalas, empezó a distribuir a los hombres por los distintos pasillos y túneles, mientras que Papadopoulos, un capitán de los SWAT y Benson, repasaban juntos los planos que este último había aportado.

Tras un intercambio de palabras, el operativo se puso en marcha.

Capítulo 63

No sé el tiempo que transcurrió mientras estaba agazapado entre ropa sucia, ya que como era habitual, en aquel lugar no había forma de medir el tiempo, pero lo que sí sé, es que se me hizo eterno. No sabía qué era peor, el miedo o la incertidumbre. Cualquier ruido, cualquier sonido, me aterrorizaba pensando en que pudieran descubrirme y con ello volver a aquel infierno.

Oí unos pasos que se dirigían hacia mí, el miedo se apoderó de mi cuerpo. Una voz femenina susurró al interior del carro de la ropa.

—Puedes salir.

Dudé unos segundos, pero al final me decidí a salir, pensando en que no podía estar allí eternamente. Al hacerlo mi sorpresa fue mayúscula. Allí estaba ella, Linda.

—Eres la última persona en el mundo a la que me apetece ver –contesté mientras salía del carro confuso y desorientado.

—De nada –contestó con sorna.

No entendía bien que estaba sucediendo, quizás en el fondo algo me quería, de lo contrario, no entendía por qué estaba haciendo eso. Liberar un cautivo en la CIA, es traición, y la traición se paga con la muerte.

Empezamos a caminar por el andén de forma apresurada. Hasta que algo nos heló la sangre, el cañón de luz se encendió. En unos segundos ya nos estaba iluminando.

—¡Vamos corre, no te quedes atrás! –gritó Linda mientras tiraba de mi brazo.

Aturdido por la medicación y el aislamiento, apenas podía seguir su

ritmo. Estaba medio cegado por el tiempo en que mis ojos habían estado vendados y tropezaba cada poco con algunas de las piedras que se encontraban desperdigadas por las vías.

Pronto tuvimos detrás un grupo de perseguidores fuertemente armados, que nos gritaba amenazantes.

—¡Alto! ¡Deténgase! ¡Si no se detienen abrimos fuego!

Tuvimos la suerte de que el túnel cambiara de trayectoria, lo que ocasionó que escapáramos del radio de acción del potente foco. La oscuridad del túnel nos permitió adentrarnos en un nuevo ramal y despistar al grupo de perseguidores. Poco a poco, ya solo resonaban en el túnel nuestros pasos. Lo estábamos logrando.

Ya veíamos las luces que provenían de la galería en servicio, cuando alguien salió de un túnel lateral.

Portaba un potente foco que me cegaba totalmente la vista, eso unido a mi estado físico, tras haber sufrido días de privación sensorial, hacía que no pudiera identificar a esa figura humana.

Linda que no estaba bajo los efectos de los fármacos y la privación sensorial, no tuvo dificultad en reconocer a aquella persona.

—Creí que estábamos de acuerdo en todo esto, ¿qué haces aquí? —preguntó Linda sorprendida.

No hubo contestación, solo un sonido metálico procedente del desbloqueo del seguro de un arma corta. A continuación tres detonaciones retumbaron con fuerza a lo largo de todo el túnel.

Se desplomó, su larga cabellera negra se fundía con la oscuridad del túnel, aquellos grandes ojos almendrados empezaban a cerrarse, mientras yo intentaba tapar como podía las heridas por las que brotaba gran cantidad de sangre.

Linda me hizo un ademán para que me acercara a la altura de su boca.

Con un hilo de voz, musitó lo que a todas luces iban a ser sus últimas palabras.

—Sin alguien por quien morir, no hay razón para vivir ...

Mientras Linda agonizaba en mis brazos, volví a oír de nuevo el martilleo de aquel revolver, el próximo iba ser yo, y francamente, ya no me importaba mucho.

Bastó un simple movimiento del brazo de aquella figura humana, para que aquel arma apuntara claramente sobre mi pecho. De pronto, la pistola

dejó de amenazarme. Aquella persona retiró el arma y se quedó unos instantes contemplándome.

—¿Quién eres? —grité aturdido

La figura humana no respondió, se limitó a seguir observándome mientras yo extendía mi mano manchada de sangre, interponiéndola entre el potente foco y mis ojos. A pesar de ello, no alcancé a adivinar la identidad de aquella persona, solo pude vislumbrar una gorra de béisbol y lo que parecía una bata de laboratorio, mis ojos no alcanzaban más.

Pronto se oyó un ruido parecido a una galopada, se trataba del grupo perseguidor que atraídos por las detonaciones, se acercaba peligrosamente. La figura humana apuntó con su potente foco al fondo del túnel, y tras comprobar la cercanía de aquellos hombres, se dio media vuelta y desapareció entre las sombras.

Postrado en el suelo, con el cuerpo todavía caliente de Linda, no me percaté de que ya estaban casi encima. Iban a darme caza de nuevo.

Daba todo por perdido, inmóvil me resignaba a ser capturado de nuevo, cuando algo hizo detenerse a aquellos hombres. Unos nuevos haces de luz entraron en escena, pero en esta ocasión venían del lado contrario al de los perseguidores. Unas sencillas palabras sirvieron para que aquella gente desistiera en mi captura y se dieran rápidamente la vuelta.

—¡ALTO POLICÍA! —anunciaron los primeros en llegar.

—¡FBI DETÉNGANSE! —gritó al rato un segundo grupo de hombres que llegaron desde otro ramal del túnel.

Esas palabras fueron las que me abrieron las puertas del cielo. Todo había acabado, aunque no de la forma que me hubiera gustado.

Una unidad médica intentaba reanimar sin éxito a Linda, mientras un grupo de policías fuertemente armados, coordinados por el FBI, se adentraban en el túnel en busca de los perseguidores, los cuales, probablemente, hubieran desaparecido por las numerosas puertas falsas que habían ocultado durante la construcción de la base.

Aturdido aún por los hechos vividos, creí reconocer entre el grupo de gente que estaba llegando, a la persona que más me apetecía ver en ese momento. No era otro que el único ser humano en el que podía confiar.

—Ben, amigo ... —lloré.

Aquellos ciento y pico kilos de humanidad se abrazaron a mí, y sin decir

ni una sola palabra, Ben me dio todo el consuelo que necesitaba en ese momento.

—Ya puedes abrazarlo, ya, ¡este tío te ha salvado la vida! —comentó Papadopoulos.

Ben emocionado, seguía abrazado a mí.

—Esto..., Benson, quiero decirte algo —interrumpió Papadopoulos— me gustaría pedirte perdón, quizás he sido algo injusto contigo —se excusó.

Ben que no era rencoroso, se abrazó igualmente al inspector.

Un final feliz, de no haber sido por el cuerpo de Linda dentro de una funda.

Capítulo 64

Era un día radiante, el sol jugueteaba con las hojas de los árboles dando vida a las sombras. El carácter festivo de la jornada hacía que no se percibiera más sonido, que el de la grasa de unas costillas chisporroteando sobre el rescoldo de la barbacoa. La primavera, daba un colorido especial al jardín de nuestro adosado. Mientras yo daba vuelta a la carne, Virginia jugaba con la niña en la piscina.

—¡Venga chicas, que se enfría la comida! —animé a la par que no cesaba de llenar el plato de costillas.

—¡Ya va! —contestó Virginia, que lucía un espléndido tipo bajo el pareo.

—Cariño, te he puesto a enfriar una cerveza —indiqué a mi flamante esposa.

—Estupendo, me muero de sed, ¡menudo banquete!, ¿qué celebramos? —masculló mientras intentaba no quemarse la boca con la costilla que estaba intentando comer.

—Pues... no sé, ¿qué somos una familia? —contesté mientras me agarraba a su cintura.

—Bueno, puede ser un buen motivo —contestó en el mismo tono meloso mientras me besaba.

—¿A qué hora vienen los Kirlian? —interrumpió la niña desde el borde de la piscina.

—Deben estar al llegar —aclaró su madre.

—¡Vaya!, deja que piense, ¿y ese repentino interés por los Kirlian?, ¿o

debo decir por Aarón Kirlian? –cuestioné, sonrojando con ello a la pequeña.

—Déjala en paz cielo, es un poco pequeña para pensar en esas cosas – censuró Virginia.

—¡Tengo casi 7 años! –contestó a modo de rabieta la niña.

—¡Cómo si tienes cien jovencita! ¿Cuántas veces te he dicho que no levantes la voz? –regañó la madre con dulzura.

—Bueno, haya paz, estoy harto de asar costilla y no voy a consentir broncas, de lo contrario... –amenacé entre bromas.

—¿De lo contrario qué? –desafió Virginia.

—¡Pues que vas al agua!

Los gritos y pataleos de Virginia no impidieron que todos acabáramos en la piscina chapoteando y haciendo aguadillas. Divertidos con la situación, no dejamos de bromear con nuestro aspecto dentro del agua. Con el jaleo que estábamos armando no nos habríamos percatado del tintineo de la puerta del jardín de no haber sido por la niña.

—¡Mira mama, Dick!, ¡Aarón ya llegó! –exclamó entusiasmada ante la perspectiva de la llegada de su pequeño amigo.

—¿Dónde vas jovencita?, ¿y cómo tengo que decirte que la puerta de casa la abren los mayores? –recriminó monótonamente Virginia.

—¡Pero mamá...! —protestó la niña cruzando los brazos y arqueando las cejas.

—Nada, ya voy yo a abrirles —comentó Virginia mientras se dirigía a la cancela.

—Aarón a punto de entrar y tú con esos pelos –bromeé con la niña.

Después de anudar convenientemente el albornoz, Virginia abrió la puerta del jardín esbozando la mejor de sus sonrisas.

—Buenas tardes, ¿Virginia Taylor? —preguntaron dos hombres trajeados.

—Sí, soy yo –contestó extrañada— ¿Qué quieren?

—Somos agentes del FBI. Queda detenida por el asesinato de Linda Baker.

Epílogo

La lluvia no era excesiva pero sí persistente, los escasos transeúntes que apenas transitaban por las calles a esas horas de la noche, ni siquiera reparaban en mi presencia. Sentado sobre los peldaños que preceden al portal del edificio donde me alojaba, jugueteaba con un colgante del que pendía un buda de plástico, que pasaba de una mano a otra repetidamente, con la mirada perdida en los charcos que se iban formando. De vez en cuando, apartaba la vista de los mismos para coger en la mano una botella de ron.

Me dispuse a posar la botella a mi lado, pero no pude completar la acción, alguien la golpeo con el pie, estrellándola contra la pared del edificio. Los cristales saltaron con violencia ante mi impasibilidad.

—¡Si quieres beber, tendrás que hacerlo en mi bar! —gritó con rabia Ben.

Permanecí ajeno a sus palabras, sentado en el suelo, empapado por la lluvia. Ben no se detuvo y en un gesto brusco me agarró por las axilas. No le costó levantarme de un brinco, dada su corpulencia.

—¡Qué forma más cobarde de afrontar la vida! —me recriminó mientras seguía sosteniéndome con sus fuertes brazos.

Rompí a llorar, hecho que pareció dolerle más a Ben que a mí, por lo que me abrazó con fuerza. Pasados unos minutos caminamos en dirección de local. Ben me miraba con ternura, intentando ocultar bajo su gabardina un paquete cuidadosamente envuelto en papel de estraza.

No tardamos en llegar.

—¿Estás mejor? —se interesó Ben mientras preparaba café.

No contesté, simplemente quedé en silencio, sin fuerzas para sostener una conversación.

—Tómate esto —sugirió Ben mientras me alcanzaba una taza de café bien cargada.

Sin apartar la mirada del infinito, tomé en mis manos el café que el bueno de Ben había preparado para mí, al rato me decidí a dar un pequeño sorbo, insignificante gesto que pareció alegrarle. En ese momento me di cuenta de que no estaba solo.

Podía tener todo el derecho del mundo para autodestruirme, pero no a llevarme por delante a la única persona que siempre había estado a mi lado, él era el único que no me había fallado y solo me tenía a mí. No podía defraudarle.

Nos cruzamos una mirada cómplice y apuré la taza de café.

—Gracias por el café –agradecí en un tono más distendido.

Benson, sonrió emocionado.

Ben empezó a contarme todas las anécdotas que habíamos vivido juntos, y me recordó todos los líos de los que le había sacado, como intentado obtener calor de los rescoldos del pasado.

Valoré su esfuerzo, e intentado sacar fuerzas de flaqueza, disimulé mi estado de ánimo para no preocupar más Ben.

—Gracias por el café Ben, me encuentro mejor –confesé mientras extendía mi mano hacia el hombro de Benson.

—Me alegro mucho amigo –respondió emocionado.

—Oye, ¿qué es ese paquete misterioso que traías bajo el brazo? –pregunté para quitar tensión.

—¿Paquete? ¿qué paquete? —intentó disimular con poco éxito.

—El que te escondiste bajo la gabardina, te he visto Ben –confesé divertido.

—¿Este? –preguntó Benson señalando un paquete envuelto en papel de estraza, convenientemente atado por una fina cuerda de cáñamo.

—Sí...

—Ja ja ja, no te lo pienso decir —declaró intentando crear un halo misterioso alrededor del paquete.

La inocencia de Ben era un bálsamo para mi alma, por lo que dejé que el tiempo se deslizara unos segundos para poder disfrutar más tiempo de ella.

—¿Sabes lo mejor de esta historia Ben? –le pregunté con ironía.

—Dime –respondió mi viejo amigo mientras me observaba cándidamente.

—Ya sé lo que significa realmente la expresión “ir a por lana y acabar trasquilado...”, no me falló una amigo, me fallaron las dos –respondí en un fingido tono jocoso.

—Déjalo Dick, no te tortures más –contestó Ben preocupado por la deriva de la conversación.

—Tranquilo, las malas experiencias son como los empachos, hasta que no los vomitas, no te quedas a gusto —tranqualicé a mi amigo mientras daba otro sorbo a la taza.

—Eso es cierto... —reconoció sin apartar su mirada de la mía.

—No sé cómo no lo vi venir –confesé.

—Creo que fue simplemente un caso de mala suerte –reflexionó Ben mientras se servía así mismo una taza de café.

—Hay quien tiene mala suerte, y quien la elige, me temo que yo soy de esos últimos —razoné a la vez que hacía ademán de brindar con la taza de mi espresso.

—Dick, ¿cómo podías saber que las dos te iban a fallar?, ¡es imposible!
—respondió gesticulando con sus grandes manos.

—Tan listo como me creía, tenía que haberlo imaginado, una mujer como Linda no se fija en tipos como yo, apuntan más alto, caí víctima de mi amor propio — confesé.

—No seas duro Dick, al final se enamoró de ti...

—¿Tú crees? —reflexioné unos instantes— sí, como yo de Virginia...

—Dick, por favor...

—Estoy bien, tranquilo —calmé a Ben— lo que no sé, es como me creí lo de Virginia, las mujeres cuando te dejan, nunca vuelven. Si algo sabe hacer una mujer es pasar página, nosotros... no tanto.

—Bueno, mira el lado bueno de las cosas, al menos no trabajas de enfermero — contestó Ben con una de sus curiosas salidas.

—No lo pillo tío —confesé.

—Fijate, para dos tías que conoces en el trabajo, las dos se enamoran de ti, imagínate que trabajaras en un hospital, con la de enfermeras que curran allí, todas enamorándose de ti, ja ja ja —rió picaramente

—A ver... ¡que no pensamos!, solo conocí una en el curro, a Linda. Virginia me la presentó mi padre, era clienta de la frutería —expliqué al bueno de mi amigo.

—Pues eso, en el trabajo, una en el tuyo y otra en el de tu padre.

Me quedé paralizado, Ben sin darse cuenta dio con la clave, compañeros de trabajo, pero no de la frutería, ¡sino del gobierno!

Virginia no había matado a Linda por celos como pensé desde un principio. Lo hizo porque al igual que Linda, también estaba involucrada en el Proyecto, por eso reapareció en mi vida, casi a la par que Linda.

Mi cabeza empezó a dar vueltas como un tornado, detalles que no había dado importancia hasta ahora, se agolpaban en mi mente.

Las palabras de Linda cuando su asesina se puso enfrente, el porqué se había hecho cargo del caso el FBI y no la policía del estado, la complicidad entre mi padre y ella, por qué desaprecio de repente al poco de morir mi padre sin dar explicaciones, por qué reapareció de pronto. Preguntas que ahora tenían respuesta.

Ben preocupado, interrumpió mi tormenta de ideas.

—Dick, ¡Dick!, ¿estás bien? —preguntó mientras me cogía del brazo.

—Sí, sí, no te preocupes —contesté todavía pensativo.

De pronto, algo se me vino a la cabeza. Había un último cabo por atar y era el momento de atarlo.

—Oye, una cosa, ¿cómo conseguiste al final que la policía te hiciera caso? —pregunté acompañando dicha pregunta con una mirada incisiva.

Benson guardo silencio, nervioso recogió la taza y se puso a limpiar la mesa intentando evadir la pregunta.

—Benson, te estoy hablando — recalqué con firmeza.

—No puedo decírtelo... no... lo siento —confesó nervioso apartando su mirada de la mía.

—Mi madre ¿verdad? —reflexioné a la vez que perdía mi mirada más allá de los escaparates del local del Ben.

—Dick... perdoname de verdad, no es que quisiera ocultarte nada, es solamente que ella me lo hizo jurar por la biblia, me dijo a donde iban a parar los que perjuran y yo no quiero ir allí Dick, ese sitio es horrible, no me gusta —declaró Ben entre asustado y avergonzado.

— Bueno no pasa nada, has hecho lo correcto — intenté tranquilizar al bueno de Ben.

Benson guardó silencio.

—Vale, No me digas donde está, ni que hace, ni porqué, tampoco es algo que me preocupe, a fin de cuentas, me abandonó —concluí mientras dejaba el café para coger un vaso de la barra.

—Está en Washington, y no le va mal —confesó tímidamente mientras me acercaba una botella de mi ron preferido.

No contesté, me limité a acercar el vaso a la botella y observar como Ben vertía un pequeño chorro de licor. La verdad es que siempre había estado dolido por el abandono de mi madre, por lo que preferí no seguir la conversación.

—Ella consiguió que la policía me hiciera caso, fue descolgar el teléfono y rápido se pusieron en marcha —explicó Ben tímidamente.

—Pues si que la va bien —musité.

Mi madre desapareció como si se la hubiera tragado la tierra, y la respuesta a dicha desaparición era que se había fugado con un viajante de comercio. Otras veces la versión recibida era que se lió con un vendedor de coches usados y desapareció con él. Empezaba a plantearme, si las historias del viajante, el vendedor de coches o el *sursum corda*, eran realmente

ciertas.

Ben no dijo nada al respecto, se limitó a observarme en silencio, a la vez que retiraba las tazas de café de la mesa.

—¿Bueno, y qué hacemos ahora? —se preguntó Ben en un intento de retomar la situación.

—Pues... No lo sé. Cerré la frutería, cerré el despacho de detective, traspasé el Tex Mex... no sé, dímelo tú... —respondí encogiéndome de hombros.

—Bueno, podrías volver a la profesión —contestó tímidamente.

—Me temo que no puede ser cabezota —contesté con ternura a mi viejo amigo.

—¿Por qué no? Tienes piel de detective —afirmó Ben sonriendo.

—Gracias por el halago, pero te olvidas de que por tener, no tengo ni oficina —contesté resignado mientras jugaba con el vaso de forma errática.

Ben sonrió tímidamente a la vez que me entregaba ceremoniosamente, el paquete que tan celosamente tenía guardado para mí.

—Esto puede ser un principio —comentó Ben a la vez que esperaba impaciente a que lo desarrollara.

—Joder tío, ¿qué es esto? —pregunté nervioso mientras abría el paquete.

Se trataba de una reluciente placa de bronce, que tenía escrita la siguiente leyenda:

“DICK DONOVAN DETECTIVE PRIVADO”

Ben contempló con lágrimas en los ojos mi rostro emocionado.

Apenas podía articular palabra, aquella sencilla placa de bronce era uno de los regalos más bonitos que me habían hecho nunca. Tras tomarme unos minutos para reflexionar, me decidí a contestar.

—Creo que vas a tener que devolver esta placa —confesé mientras le acercaba la placa.

Benson compungido alargó la mano y recuperó la placa, la acarició con mimo, para posteriormente dejarla escondida en un cajón.

—¡¿Pero qué haces con la placa hombre de dios?! ¡Te he dicho que la

devuelvas, no que la guardes! —indiqué sonriendo.

—No entiendo nada —confesó Ben con perplejidad.

—La placa está bien, pero falta algo tío.

—No me digas, ¡ya he vuelo a cometer una falta de ortografía! —
confesó Ben avergonzado.

—Ja ja ja ja. Bueno hombre, no te preocupes, que yo te lo corrijo.

Tomé un papel y un bolígrafo y anoté cuidadosamente el texto que debía
lucir la placa.

—Toma Ben, que te la hagan de nuevo —declaré mientras le entregaba la
nota a Ben.

Mi viejo amigo empezó a leer el nuevo texto, no sin dificultad, ya que la
emoción le impedía hacerlo correctamente. Estaba llorando, pero esta vez, de
felicidad.

“Dick Donovan. Benson Jhonson . Agencia de Detectives.”

Fin.